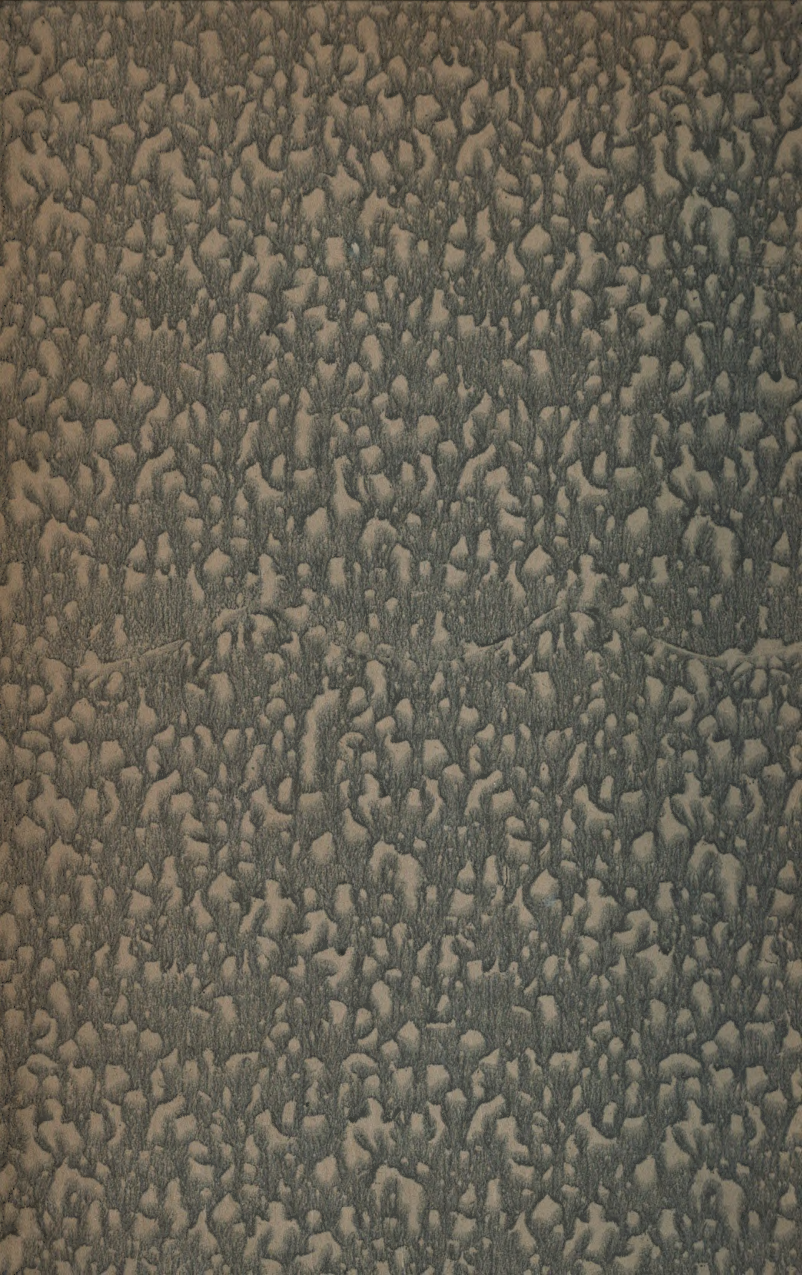
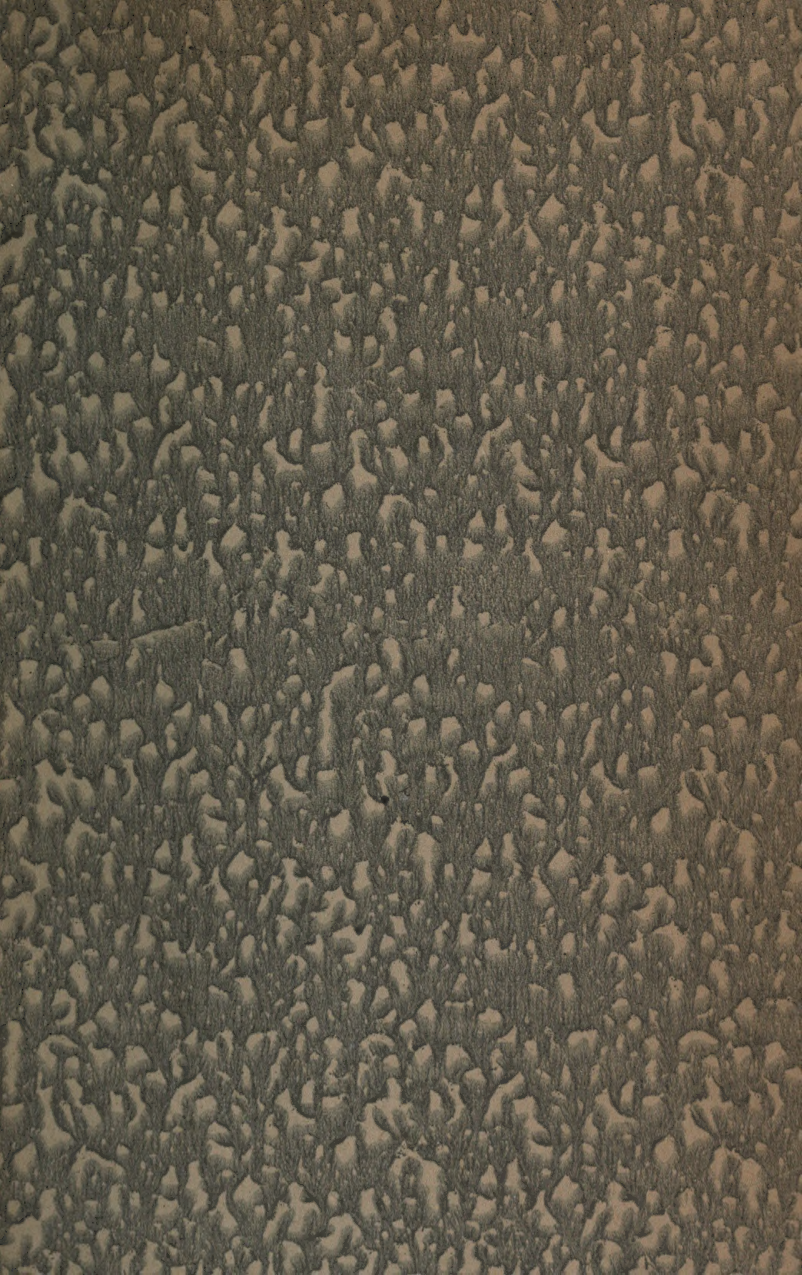

UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01471283 0





HISTORIA DEL PERIODISMO

A MIS QUERIDOS COMPAÑEROS

LOS DIRECTORES, REDACTORES, COLABORADORES, EMPLEADOS Y OBREROS

DE LOS PERIÓDICOS DE «PRENSA GRÁFICA»

CON EFUSIÓN Y GRATITUD

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO.

MADRID, 12 MAYO 1919.

EDMUNDO GONZALEZ-BLANCO

HISTORIA DEL PERIODISMO

DESDE SUS COMIENZOS
HASTA NUESTRA ÉPOCA



BIBLIOTECA NUEVA
LISTA, 66. — MADRID

S. L. de Artes Gráficas.—Cartagena-Madrid.

HISTORIA DEL PERIODISMO

CAPÍTULO I

ORIGEN DEL PERIODISMO. EL PERIODISMO EN ROMA.

VOY a examinar genealógica e históricamente el fenómeno de la prensa periódica, inquiriendo cuándo y dónde nació, a qué necesidades sociales respondió, cuál fué su forma primitiva y en qué sentido ha venido evolucionando hasta la fecha. Examen por cierto más difícil de lo que de primera intención pudiera pensarse. No es que hayan faltado eminentes eruditos para examinar el origen y desarrollo del periodismo en los órdenes político, jurídico, económico, filológico, bibliográfico y literario, no; pero sus opiniones en muchos puntos son en extremo confusas y contradictorias: por esta causa, me ha sido preciso unir a las suyas, contrastándolas o confirmándolas, mis propias indagaciones, hechas directamente sobre los documentos conocidos. Y ¿cuál ha sido el resultado de esas indagaciones?

Antes de darlo, séame permitido manifestar la extrañeza que me ha causado ver en 1892 a nues-

tro Fuensanta del Valle en su *Historia del periódico político*, calificar de infundada la tesis sostenida desde 1838 por Leclerc en *Des journaux chez les romains*, desde 1840 por Lieberkühn en *De diurnis romanorum actis*, desde 1860 por Heinze en *De spuriis diurnorum actorum fragmentis*, prescindiendo de Schmidt (1), Zell (2) y Hübner (3), y sin remontarnos al siglo XVIII, en que el célebre doctor Johnson, el director de *The Idler* (4) y uno de los primeros escritores que se han ocupado del origen del periódico, no contento con señalar su origen en la antigua Roma, quiso remontarse hasta Grecia, para encontrar allí su cuna. Convengo con

---

(1) *Das Staatszeitungswesen der Römer* (en la *Zeitschrift für Geschichte*, I. 303).

(2) *Ferienschriften*, 109.

(3) *De senatus populique romanis actis* (en la *Fleckeisen Jarbücher für Philolagie*, III, 564).

(4) Además de esta revista, fundó el célebre erudito inglés la intitulada *The Rambler*, siguiendo la iniciativa de Addison, creador del periodismo moderno con su revista *The Spectator*. De ella fueron después pálidas imitaciones otras revistas y periódicos más mediocres y de autores que «buscaban en vano el modo de rivalizar con Addison» (como decía lord Macaulay). Con Addison, es Johnson el más alto *pioneer* de la prensa periódica incipiente, y en sus revistas ambos aparecen como genuinos representantes de aquella crítica clásica, preceptista, vulgar, pedestre, mesurada, equilibrada, *tullida* (para servirme de la gráfica expresión de Poe) que en Francia se simboliza en Boileau en el siglo XVII, y que en España tuvo sus órganos más caracterizados en Luzán y Hermosilla en el siglo XVII. Por lo demás, tanto Johnson como Addison fueron hombres estudiosos y meritísimos, a quienes el periodismo europeo debe servicios inolvidables. Acerca de esto, véase la reciente traducción de González-Blanco (Andrés) de las obras de Poe (ediciones Mateu, X, 178). De Addison se habla con toda extensión en el capítulo de esta HISTORIA.

Fuensanta del Valle en que esta última y extrema opinión carece de sólido fundamento. La vida política de Grecia, muy activa, sin duda, estaba circunscrita, en los pequeños Estados de la nación, a la Agora o plaza pública de cada ciudad, donde los compatriotas se reunían y donde, sin necesidad de periódicos ni otro medio de publicidad, se ponían al corriente de cuantas novedades pudieran interesarles. Conservamos sobre esto el testimonio de Demóstenes, el cual nos dice que, paseándose los atenienses en la Agora, se preguntaban unos a otros: *¿Qué novedades hay?*

Volviendo a mi pregunta: ¿cuál es el resultado de las investigaciones sobre los comienzos del periodismo?, responderé que, ante todo, el carácter esencialmente comercial que el periodismo tuvo en sus comienzos. No debemos extrañarlo: todas las instituciones, aun las más nobles, han respondido en sus orígenes a necesidades, y a necesidades de carácter extrictamente utilitario. La prensa periódica no hace excepción en este punto, y no sin razón se la ha citado, al lado del servicio postal, de los caminos de hierro y del telégrafo, como instrumento de circulación, que transporta, no personas y bienes materiales, sino bienes espirituales y noticias. Ni la carta, ni la circular, con ser las formas primitivas del periódico, han podido constituir como éste, órganos de publicidad. La carta transmite nuevas o informaciones de una persona a otra; la circular, de varias personas a otras; el periódico las comunica a un número indeterminado de personas, es decir, al público en general.

Ahora bien: como el fin capital del periodismo es esta comunicación, síguese que en su infancia no

necesitó, ni ser representado por la imprenta, ni aparecer en regulares y cortos intervalos de tiempo; en otras palabras: que hay que distinguir el periodismo, como hecho histórico de la prensa, tal como está constituída en nuestros días. Como la carta y la circular, el periódico antiguo se preocupaba poco de la *actualidad* de las nuevas, y su publicación no seguía paso a paso la marcha de los acontecimientos. Aún no existía en las sociedades convivencia bastante para que se sintiese la necesidad de los periódicos al modo moderno, y las repúblicas urbanas de la antigüedad, sin excluir a Grecia, la satisfacían por sus heraldos o eventualmente por inscripciones. Esto puede comprobarse hasta en imperios tan vastos y cultos como el chino, el caldeo, el asirio, el medo, el persa y el egipcio. (1) Tan sólo la dominación romana sobre todos los países del Mediterráneo, obligó a sus clases directoras, funcionarios o mercaderes, a procurarse un modo de hallarse al corriente de los sucesos de la capital, y los especialistas en el asunto han observado con acierto que César, el fundador de la monarquía militar romana, fué a la vez y por esta misma razón el fundador de la primera institución análoga a la prensa (2).

(1) Aunque en China se haya inventado la imprenta (una imprenta imperfectísima) siglos antes de Guttenberg, y aunque de inmemorial haya existido, en ese país, una especie de *Gaceta del Imperio*, esta publicación gubernamental no tuvo la *circulación* que el periodismo exige. En cuanto a las tabletas, cilindros y monumentos de Ninive y Babilonia, los manuscritos zendos, parsis y pehlevis, y los papiros, jeroglíficos, estelas, mausoleos y bajos relieves de las ciudades del valle del Nilo, creería ofender la cultura de los lectores si me detuviese en demostrarles que tampoco ofrecen nada de común con el periodismo verdadero.

(2) Mommsen, en su *Römischen Geschichte,* habla de una *römischen Intelligenzblatt,* incurriendo en una de esas numerosas mo-

¡Cuán humilde, empero, aparece aquí el noticierismo periódico, del cual, en nuestros días, tanto nos envanecemos! El tenía también sus informaciones, pero no las recibía del público, sino que las tomaba del Gobierno, pareciéndose aquellos periódicos a los boletines que las oficinas literarias de nuestros Gobiernos actuales ponen al servicio de los periodistas. En rigor, el periodismo existía antes de César, quien no hizo otra cosa que acrecentarlo. Antes de César, en efecto, se redactaban por el Gran Pontífice documentos de carácter político, secretos los unos, públicos los otros. Los primeros formaban los *Comentarii pontificum*, los segundos los *Annales maximi*. La publicación de estos últimos (que se exponían delante de la casa del Gran Pontífice) se hacía sobre una tabla blanca llamada *Album*, y en ellos se relataban los principales he-

---

dernizaciones que sólo a medias son verdaderas. Más relativamente lógico Bücher (*Etudes d'histoire et d'économie politique* 184, 187), dice que «la cuestión del origen estricto de la prensa será muy diversamente solucionada según lo que se entienda por periódico». Más radical que ambos, nuestro Pérez de Guzmán, en su estudio sobre *Cuándo y quién fué el fundador del periodismo en España* (en *La España Moderna* de Abril de 1902), emite la opinión extrema de que el periodismo no arguye sólo comunicación, sino generalización dentro de los límites del tiempo y que para tal generalización es elemento sustantivo indispensable la imprenta, de modo que hasta que ésta apareció no pudo haber gérmenes de periodismo. Adviértase, empero (y para mayor amplitud consúltese a Mangold en los *Basler Jahrbucher* de 1897), que la crítica que hace Pérez de Guzmán de los *avisos* como gérmenes del periodismo es demasiado estrecha, pues en Alemania y en época relativamente avanzada todavía el sistema de los anuncios privados se hacía en hojas especiales (*Avis oder Intelligenzblätter*), que salían a menudo de las oficinas generales de información (*Vermittlungsbureaux, Fraghäuser, Berichtshäuser*).

chos acaecidos en el año anterior a la fecha de su aparición. Venían, pues, a ser los *Annales* algo parecido a lo que los franceses llaman *affiches* y nosotros avisos o carteles públicos.

¿En qué tiempo empezaron a darse al público los *Annales?* ¿Cuál fué la duración de esta institución? Nada sabemos. En cambio, no ignoramos la fecha de su supresión, ocurrida en el pontificado de Mucio Escevola; pero ¿por qué se suprimieron? Es verosímil que porque se les considerase innecesarios después de que los libros de Catón, Licinio Macer, Claudio Quadrigario y otros, difundieron en gran medida los conocimientos históricos en la masa del pueblo. Sujeta Italia a la dominación de Roma y conquistada mucha parte del mundo entonces conocido, la publicación de los *Annales* resultaba deficiente, y los romanos que residían en las provincias tenían uno o varios corresponsales (que por lo general eran esclavos inteligentes o libertos), muy parecidos a nuestros actuales *reporters*, quienes les ponían al corriente de los acontecimientos públicos, y algunos de los cuales no se limitaban a noticiar sobre debates judiciales o combates de gladiadores, sino que, autorizados para asistir a las sesiones del Senado, transmitían a generales y procónsules discursos y votos de los senadores. Marco Antonio y Cicerón tuvieron, el primero uno y el segundo varios corresponsales de este género. Notable es en tal concepto la correspondencia de Cicerón con Tito Pomponio Atico, llamada, con razón, «un periódico político de aquellos tiempos remotos», pues ni aun hoy mismo cabe apreciar más sagaz y discretamente de lo que allí se hace, sucesos, hombres y cosas. Cuando el propio Cicerón

estaba de procónsul en Cilicia, recibía por intermedio de su amigo Celio Rufo una crónica intitulada *Comentariun rerum urbanarum*, cuyo autor, no sólo insertaba los *senatus consultus* y los edictos, sino todo lo que se decía en la ciudad, *fabulae et rumores*, añadiéndole que pagaba para que la redactasen a varios *operarii*. Por ella tuvo Cicerón nuevas que le enviaba cierto Chresto (por intermedio de Celio Rufo) sobre asuntos de esa índole, y no parece que le placían mucho los relatos que le hacía su comunicante de los debates judiciales, de los combates de gladiadores y de comadrerías de todo género.

Los mencionados medios de publicidad privada, insuficientes, y además muy costosos, no podían satisfacer a los que tenían interés en saber la marcha de los negocios políticos, y que, alejados de Roma, deseaban conocer lo que en ella sucedía; y así por esta razón, como por hacerse popular, César, en el tiempo de su primer consulado, dió a la información pública más determinada forma mediante las *Acta senatus* y las *Acta diurna populi romani*, cuya redacción se hacía sobre tablas enceradas, que se exponían al público, con derecho a sacar copias que se enviaban a los romanos que residían en las provincias. Las primeras *Acta* fueron suprimidas por Augusto, pero las segundas continuaron, alcanzando bien pronto derecho de ciudadanía y gran éxito; y aunque ignoramos cuanto tiempo duraron (yo me he forjado la hipótesis de que su desaparición, más o menos insensible, coincidió con el traslado de la corte a Constantinopla), no hay duda que las corrompió su carácter oficial y aun oficioso, así como su silencio sobre todo lo que podía perjudicar al Gobierno imperante. Por lo menos, Tácito nos ase-

gura que únicamente penetraban su sentido real aquellos que sabían leerlas entre líneas.

De redactar las *Acta senatus* estaba encargado un senador llamado por ende *curator actorum*, y de las *Acta diurna populi romani* es probable lo estuviese también otro magistrado. Estas últimas, que son las que interesan a nuestro objeto, contenían multitud de noticias, que, con arreglo a los fragmentos que han llegado hasta nosotros y a los informes suministrados por varios escritores latinos, ha clasificado en general Fuensanta del Valle (1) en tres divisiones: 1) asuntos políticos, actos de personajes que tenían relación con ellos (tales como haber rehusado César el título de rey, la defección de Lépido, el proceso de Escauro), discursos de magistrados, extensión del recinto de la ciudad por Claudio, etc.; 2) desde que se estableció el Imperio, todos los hechos relativos a la casa imperial *(domus augusta)*, nacimiento de los miembros de la familia imperial, su muerte, sus funerales y sus triunfos; 3) lo que llamamos hoy noticias varias, pero que interesaban a la ciudad, como el entierro del célebre cochero Féliz, las construcciones, caída o restauración de edificios públicos, matrimonios y divorcios en las familias ilustres, prodigios y curiosidades, como una lluvia de tejas, la llegada de un ave fénix y otras cosas semejantes. En qué forma se publicaban esas actas, no lo sabemos. Sin embargo, después de los trabajos de Hübner, casi puede asegurarse que se escribían, como los *Annales*, en un *Album*, del cual eran copiadas inmediatamente a costa de los *librarii*, que vendían cada documento dividido en capítulos y páginas, y no en una sola

(1) *Historia del periódico político*, 12.

hoja, como se distribuían documentos de otra clase. En resolución: es indudable que ambas clases de *Acta* no son el periódico moderno, y que nada hay en ellas que tenga relación con el fin político y social que se persigue en nuestros días por medio de la prensa; pero tampoco cabe negar que existe analogía entre las dos creaciones, nacidas evidentemente de las mismas necesidades, si bien en tiempos tan lejanos unos de otros y en circunstancias tan diversas por tantos conceptos. A través de la diferencia exterior de formas y palabras, podemos percibir, que, en Roma, el periodismo se desenvolvió según un proceso claramente definido, que le acerca a la prensa política de nuestra época. Va ganando terreno la idea, autorizada por Boissier (1), de que las *Acta diurna* eran una especie de gaceta oficial, antepasada venerable de *Le Moniteur* francés. Mas, como acrecienta el mismo autor, todo periódico de esa índole «está condenado por su naturaleza a ser algo insignificante. El de Roma contenía una reseña bastante pobre de las asambleas del pueblo, el resumen sucinto de las causas célebres vistas ante los tribunales, y también el relato de las ceremonias públicas, con la mención exacta de los fenómenos atmosféricos o de los prodigios verificados en la ciudad y sus alrededores. No eran ciertamente noticias de esta clase las que un pretor o un procónsul deseaban saber. Para llenar las lagunas del periódico oficial, habíase recurrido a corresponsales pagados que escribían gacetas para los curiosos de las provincias, como se estilaba en Francia en el siglo XVIII; pero en Francia se encomendaba esta ocupación a literatos de fama, amigos de los

(1) *Cicéron et ses amis*, introducción.

grandes señores y muy bien quistos de los ministros, en tanto que los corresponsales romanos eran compiladores obscuros, mecánicos, como les llamaba Celio, elegidos por lo común entre aquellos griegos hambrientos a quienes la miseria hacía aptos para todos los oficios; no tenían entrada en las casas importantes ni trato alguno con los políticos; su misión consistía únicamente en recorrer la ciudad y recoger en las calles lo que oían decir o lo que veían; anotaban cuidadosamente las anécdotas de teatros: se informaban de los actores silbados y de los gladiadores vencidos; describían los detalles de los entierros suntuosos: apuntaban los rumores y los propósitos malignos, y, sobre todo, los relatos escandalosos que podían apropiarse (1). Toda esta charla distraía un momento, pero no satisfacía a aquellos personajes de la política, que deseaban ante todo, estar al corriente de los negocios públicos. Para conocerlos bien, se dirigían espontáneamente a alguien que estuviera en condiciones de saberlos. Elegían algunos amigos seguros, prestantes, bien informados: por ellos se enteraban de la razón y del carácter verdadero de los hechos que los periódicos referían secamente y sin comentarios; y mientras sus corresponsales pagados les dejaban por lo general en la calle, los otros les introducían en las habitaciones de los políticos de importancia y les hacían oir sus confidencias y sus secretos.»

Continuando el análisis, debemos observar también cuán perentoria era la necesidad presente en el espíritu de aquellos hombres de enterarse de las murmuraciones del *gran mundo*, aquel gran mundo

(1) Cicerón, *Epistolae ad familiam*, II, VIII; VIII, I.

que Tácito (1) demostró ser una institución consuetudinaria absolutamente nueva, excepcional en la historia y privativa del ambiente imperial romano. Cicerón, por su parte, refiriéndose a las mismas murmuraciones, nos dice que, en tiempo del primer triunvirato, cuando la coalición de la democracia con un hombre de espada entregó el poder a unos cuantos ambiciosos, la plaza pública permaneció muda, y las personas honradas no se atrevieron a hablar más que en los banquetes y en las reuniones *(in conviviis et in circulis)*. Esta oposición tímida no satisfacía al gran orador y aun le enojaba. Sabía de sobra lo impotente que resultaba tal oposición, la cual «mordía, pero no destrozaba», según sus propias expresiones. Echaba de menos la época en que los negocios eran dilucidados a la luz del día, en el Foro, donde los buenos ciudadanos, en vez de gemir a puerta cerrada, subían a la tribuna, y denunciaban, ante el pueblo reunido, a los enemigos de la república, como él mismo había hecho contra Catilina y contra Antonio. Pero esos grandiosos arranques de cólera «no estaban ya en sazón para el régimen que nacía: era indispensable ser más modesto, más prudente, y contentarse con desahogar el mal humor entre algunos amigos discretos, en vez de manifestarlo a todo el mundo» (2). Estos desahogos tomaban comúnmente forma epistolar, y nadie ignora qne Cicerón fué un maestro en el género. Desde 1863, y en una memoria repleta de investigaciones sobre cómo fueron reunidas y publicadas las cartas de Cicerón, Boissier, declarando algunas de las cuestiones suscitadas en la materia,

(1) *Annales*, III XLIX; V, II.

(2) Boissier, *L'opposition sous les Césars*, II, II.

ha demostrado que las cartas que recibió o escribió Cicerón contienen, sin él pretenderlo, toda la historia de su tiempo. Aduce el sabio historiador gran copia de pruebas y documentos en apoyo de su opinión, y patentiza de rechazo que la correspondencia de los hombres políticos de nuestros días, cuando se publica, dista mucho de tener la misma importancia, porque el cambio de sentimientos y de pensamientos no se hace ahora tanto como entonces por medio de cartas. Nosotros hemos inventado procedimientos nuevos. La inmensa publicidad de la prensa ha reemplazado con ventaja a esas comunicaciones discretas, que no podían extenderse fuera del círculo de muy pocas personas. Hoy, a cualquier lugar desierto que se retire un hombre, van los periódicos a tenerle al corriente de lo que sucede en el mundo; como sabe los acontecimientos casi al mismo tiempo que se realizan, recibe, no sólo su noticia, sino que también su emoción; cree verlos y asistir a ellos, y no tiene necesidad alguna de que un amigo bien informado se tome el trabajo de instruirle. Sería un estudio curioso inquirir todo lo que los periódicos han destruido y reemplazado a este respecto (1). La relación de los sucesos y su generalización por medio de la publicidad no se limita a la satisfacción de la curiosidad o del conocimiento sin objeto, sino que se extiende a la ilustración del interés público, por lo que no parece racional que fuera susceptible de despertarse tan continuo elemento de comunicación donde semejante interés supremo no existiera o no lo promoviese. Así, para que el periodismo se produjera como obra eficaz del interés humano, creen

(1) Boissier, *Cicéron et ses amis*, introducción.

muchos (1) que se requieren condiciones sociales y de civilización más complejas que las que en Roma predominaban. Más adelante tendré ocasión de discutir este punto de vista: por ahora, básteme haber puesto en claro un asunto estudiado, si no en detalle, porque ello diera motivo a toda una serie de volúmenes, por lo menos con algún detenimiento erudito, en el libro de Boissier (2). Y como en esta parte del mío no haya hecho más que seguirle con ligeras variantes, cúmpleme añadir que le encuentro acertado en este punto, sobre todo cuando, al estudiar la oposición bajo los Césares, observa que esta oposición tomaba muy diversas formas, y se adaptaba a las circunstancias. Según los tiempos, flotaba en la superficie o se sumergía en la sombra, pero animosa o tímida, visible u oculta, vivía siempre, y en esa flexibilidad y en esa perseverancia estribaba su fuerza. En ocasiones, osaba manifestarse públicamente por medio de un folleto: aparecía, por ejemplo, uno de esos testamentos satíricos ideados usualmente para personajes de gran importancia, testamentos en los cuales decían libremente los muertos lo que pensaban los vivos. Otras veces la oposición divulgaba versos maldicientes que eran repetidos en voz baja, y que, después de haber recorrido todas las capas de aquella sociedad descontenta, aparecían de pronto, escritos por manos desconocidas, en las paredes del *Forum*. «Tiberio (decían los versos) desprecia el vino desde que siente sed de sangre: ahora bebe sangre como antes bebía vino.»

(1) Véase, entre otros, a Pérez de Guzmán, *Cuándo y quien fué el fundador del periodismo en España* (en *La España Moderna* de Abril de 1902.)

(2) *L'opposition sous les Césars*, II, II.

El periodismo bajo Nerón tuvo una orientación singular: la de ejercer una acción más administrativa que política. El conjunto de las *Acta diurna* se desarrolló conforme al espíritu provincialista y aun localista de los grandes propietarios romanos, y Petronio, en los capítulos XXVIII a LXXIX de su *Satyricon,* donde describe el célebre banquete de Trimalcion, articula un esqueleto de aquel periodismo lo más grotescamente posible. No sería justo pedir más a aquellos libertos o antiguos esclavos transformados en ricos, pero que se conservaban groseros, y en quienes una exuberante afición a la vida nueva, que les había hecho pasar con rapidez a la mayor opulencia desde una miseria extremada, arrastrábales a creerse dignos de desquitarse, mediante locos y suntuosos gastos, de las privaciones sufridas durante mucho tiempo (1). Este es el caso de Trimalcion, que gobierna económicamente un verdadero reino, y vive en sus posesiones como un príncipe. En su casa, se publica una especie de periódico, redactado a la manera de las *Acta diurna* de Roma, y que Trimalcion se hace leer durante las comidas, para ofrecerse a sí mismo el espectáculo de su riqueza. Véase una página desglosada, que da idea del resto: «Día 7, antes de las Kalendas de Agosto. En la tierra de Cumas, que pertenece a Trimalcion, han nacido 30 niños y 40 niñas. Se han levantado de las eras, para encerrarlas en los trojes, 500.000 fanegas de trigo. Se han reunido en los establos 500 bueyes de labor. En el mismo día, ha sido crucificado el siervo Mitrídates, por haber blasfemado contra el genio del señor. En el mismo día, reingresaron en caja 10.000.000 de sextercios,

(1) Véase a Boissier, *L'opposition sous les Césars,* V, III.

para los cuales no se encontró empleo. En el mismo día, estalló en los jardines de Pompeyo un incendio, que se había comunicado desde la casa del colono». Aquí Trimalcion interrumpe y se irrita: esos jardines de Pompeyo le son desconocidos; han sido comprados con dineros suyos sin decirle nada, y quiere que en lo sucesivo se le informe, en un plazo de seis meses, de los dominios que él adquiere. El periódico prosigue analizando las relaciones de los presupuestos de diferentes servicios. Nada falta allí, ni aun las noticias y los relatos escandalosos: cuéntase, por ejemplo, que un vigilante ha repudiado a su mujer, por haberla sorprendido con un bañero. Finalmente, se nos entera de que los ayudas de cámara se han reunido, en tribunal de justicia, para oir y condenar a un intendente, culpable de cierto delito, etc., etc.

No hay duda que, durante el Gobierno de los Césares, lo que vengo llamando periodismo romano gozó de toda libertad; pero tampoco hay duda que no hubiera gozado de ninguna libertad un periodismo que en el orden político e ideológico hubiera tenido la condición del nuestro. La libre discusión de los asuntos entonces de actualidad no era posible por escrito y tratándose de actos de Gobierno: lo impedía el régimen imperial. Sin embargo, la Roma de los Césares estaba llena de esos noticieros orales, cuyo oficio han desacreditado los periódicos impresos y el telégrafo, pero que en aquellos tiempos eran los únicos que sobre cuanto ocurría daban los más circunstanciados informes en lo que Tácito llama *circuli*, palabra de significado confuso, que, en cuanto a su semántica aplicada, trae a mal traer a los mejores latinistas. Juzgan-

do por indicios no desdeñables, se ha supuesto que los *circuli*, grupos de gente desocupada y ociosa, que se reunía para ver o para charlar, se parecían bastante a lo que se llamaba *sationes* o *sessiunculae*, grupos de personas sentadas, donde también se hablaba de política, y que debían tener cierta importancia, pues Plinio el Joven (1) asegura que los candidatos a las funciones públicas buscaban en ellos apoyo. Boissier (2), desde su punto de vista, intenta demostrar que los *circuli* se formaban por lo común en el campo de Marte o en el Foro, en torno de los charlatanes que pregonaban sus específicos (de aquí el epíteto de *circulatores* que se les daba), de los domadores de animales sabios o raros (3), de los titiriteros que hacían ejercicios de fuerza. En algunos casos, un infeliz poeta, desesperado por no tener lectores, aprovechaba aquellas reuniones casuales para recitar sus versos a la concurrencia. Lo común era que la gente sólo se reuniera para escuchar las peroratas de alguno de aquellos personajes que se daban tono y presumían de bien informados, de los que había muchos en Roma, y cuando eran graves las circunstancias, en esas horas de expectación e inquietud en las cuales todos sienten viva impaciencia por enterarse de lo mismo que temen conocer, semejantes noticieros ambulantes gozaban de mucho prestigio. Después de haberles escuchado, cada uno emitía su parecer, decretando solemnemente el elogio o la censura de los generales, exponien-

(1) *Epistolae,* II, IX, 5.

(2) *L'opposition sous les Césars,* II, II.

(3) Petronio *(Satyricon,* XLVII*)* afirma que se exhibían cerdos sabios.

do planes de campaña, dictando tratados de paz, y, como hubiera dicho Cervantes (1), relacionando todo ello con eso que llaman razón de Estado y modos de Gobierno, enmendando este abuso y condenando aquel, reformando una costumbre y desterrando otra, haciéndose cada uno un nuevo legislador, un Licurgo fehaciente o un Solón flamante, y de tal manera renovaban la república, que no parecía sino que la hubieran puesto en una fragua y sacado otra de la que pusieran. Estos políticos callejeros, en los últimos años de la república y en los primeros tiempos del Imperio, se reunían al pie de la tribuna de las arengas, razón por la cual solían denominarlos *subrosrani* (2). Y era tal la educación, la preocupación y el sentido políticos de aquel pueblo, que la costumbre de formar en las plazas *circuli* para poner a discusión las cosas públicas y aun las privadas, duraba todavía en Roma en los últimos tiempos del Imperio, si hemos de creer a Amiano Marcelino (3). De los tales *circuli* se esparcían rumores lúgubres, que espantaban a Roma, según Horacio (4): *Frígidus a rostrii manat per compita rumor*. Contábase que los partos

(1) *Quixote*, II, I.

(2) Boissier, *L'opposition sous les Césares* I I, I.

(3) *Rerum gestarum*, XXVIII, IV, 29. En el capitulo III, veremos que una costumbre semejante apareció en la Francia del siglo XVI, y se prolongó hasta los tiempos de la Revolución. Antes de ésta, eran muy contados los periódicos, y no se concibe como hubiera podido formarse y robustecerse la opinión pública, careciendo de órganos que la manifestasen, si no hubiera habido personas dedicadas exclusivamente a traer y llevar noticias. Aquellos primitivos *reporters* recibieron el nombre de *nouvellistes*, y solían reunirse en sitios determinados, ora en el Luxemburgo, ora en el *Palais Royal*, ora en las Tullerías.

(4) *Satyrae*, II, VI, 29.

habían invadido a Armenia, que los germanos pasaban el Rhin, y la multitud que escuchaba tan siniestras noticias, no perdonaba al emperador, ni a sus ministros, que no hubiesen adoptado medidas suficientemente eficaces para proteger las fronteras. Esto fué causa de que los Césares acabasen por disponer que se espiase a aquellos imprudentes charlatanes, enviando cerca de dichos grupos soldados disfrazados de paisano. Por tal medio se enteraban los jefes de cuanto en los *circuli* se decía (1).

Todas estas muestras de periodismo oral o clandestino que dejo apuntadas en un rápido extracto del comentario que Boissier pone a la correspondencia de Cicerón, nos revelan que en tiempo de éste las cartas y las informaciones de los *circuli* hacían las veces de nuestros periódicos y prestaban los mismos servicios. Muy particularmente, empero, las cartas servían para notificar lo que murmuraban los ejércitos, lo que pensaban las provincias, lo que, en desquite de la sujección que la opinión pública sufría en el Senado, podía en la intimidad ser dicho y escuchado sin riesgo. Y así como los noticieros de los *circuli* todo lo sabían, y cuando moría un personaje de importancia referían todos los pormenores de su fallecimiento, contando sin vacilaciones quien había esgrimido el puñal o quien había escanciado el veneno, de igual modo las cartas pasaban de mano en mano cuando contenían alguna noticia cuyo conocimiento era de interés, y no sólo se leían, sino que casi siempre se comentaban, y muchas veces se copiaban las de los grandes personajes que dejaban transparentar sus sentimien-

(3) Boissier, *L'opposition sous les Césars*, II, II.

tos. Por medio de ellas, cualquier hombre político a quien se atacaba, se defendía ante las personas cuya estimación deseaba conservar; por medio de ellas, cuando el *Forum* enmudecía, como en tiempo de César, se trataba de formar una opinión en un público muy limitado. Hoy los periódicos desempeñan esta misión, y como son incomparablemente más cómodos, más rápidos, más socorridos, han hecho perder a las correspondencias uno de sus principales alimentos. Y la evolución no se detiene ahí. No sólo en la prensa periódica, pero en la misma comunicación epistolar, el correo ha sido reemplazado por el telégrafo (o teléfono), y con el nuevo progreso que representa este aparato jadeante, imagen de una sociedad positivista y apresurada, que trata de poner menos de lo necesario en el estilo que usa, el encanto, ya muy comprometido, de las correspondencias íntimas y de los periódicos doctrinales, literarios, críticos, analíticos, opinantes, se desvanecerá para siempre.

CAPÍTULO II

DESAPARICIÓN Y RENOVACIÓN DEL PERIODISMO. LA EDAD MEDIA. EL RENACIMIENTO.

Al comienzo de la Edad Media, ninguna de las condiciones sociales en que a humanidad hubo de vivir, se prestaba a la existencia del periódico. La destrucción de la jerarquía romana por los bárbaros convirtió a Europa en un conjunto de feudos. La vida feudal, reduciendo el interés económico y aun el político a las estrechas murallas de la ciudad o del castillo señorial y al predio del pechero, no necesitaba otros medios de comunicación que los rudimentarios e indispensables de las sociedades primitivas. A lo sumo ocurría lo que en Grecia, es decir, que la vida pública, la vida de noticias e informes, se concentraba en as plazas de las ciudades y en los lugares en donde se reunía el Consejo. El siervo, que era un tipo mixto del esclavo y del bárbaro, y que igual que aquellos no estaba hostigado por el hambre, a menos de calamidad general, tampoco tenía inquietud espiritual de ninguna clase, ni curiosidad por saber lo que pasaba en el mundo, importándole conocer tan sólo lo que su señor deseaba para satisfacerle. Esa inquietud tam-

poco era pecado de nobles, la mayoría de los cuales ni aun leer sabía en aquellos tiempos de terrible incultura. A la sombra del feudalismo, quedó suprimido todo contacto entre las diversas comarcas que componían los reinos; las villas de cada comarca, por verse libres del vandalismo que en otro tiempo las desvastara, se aislaron casi por completo de sus vecinas; las comunicaciones eran muy difíciles, a no ser por caso fortuito e independiente de la voluntad y acción personal de los habitantes de cada villa; en general, ápenas existía otra comunicación que la bárbara y triste de la guerra.

Pero, al final de los tiempos medioevales, Europa varió de aspecto ante la constitución definitiva de asociaciones hermanas de mayor extensión y alcance social: por una parte, la Iglesia Católica, el organismo internacional más vasto que se ha conocido, que penetró todas las razas, unificó todas las clases, habló todas las lenguas; por otra, la burguesía, que estableció esta civilización de que aún nos vanagloriamos, y abarcó en sus relaciones comerciales gran número de dispersos intereses; finalmente, como reacción, los poderes territoriales, que entonces empezaron a tomar fuerza. Asi, en los siglos XII y XIII, el servicio periodístico apareció representado por los mensajeros de todos los dignatarios eclesiásticos, de los claustros y de las Universidades. Y a medida que las naciones se constituyen y el poder real se fortalece, vuelve a surgir la necesidad de satisfacer la legitima curiosidad de los que se ocupaban de los acontecimientos políticos.

En la época del Renacimiento, esa necesidad se acentúa. En los siglos XV y XVI, se funda una institución que tiene alguna analogía con el servicio

postal, a saber: mensajerías urbanas destinadas al transporte de las cartas de los comerciantes y de las autoridades de las ciudades. La gloria de esta invención pertenece a Alemania, como le pertenece la de los primeros periódicos impresos: esto lo han dejado fuera de todo resquicio de duda las investigaciones de sabios de varios países.

A partir de la invención de la imprenta, aun cuando el objeto sea el mismo, los medios de que se valen los gobernantes para tener al corriente a sus administradores de lo que es indispensable llegue a su conocimiento, difieren; y no es sólo el pregonero el que anuncia sus decisiones, sino que empiezan a aparecer también edictos, primero manuscritos, más tarde impresos, que se fijan en las paredes de las casas: pero pronto esto no es bastante, se desea saber lo que sucede en puntos alejados de aquel en que se vive, qué ha sucedido en las guerras civiles y extranjeras, en donde pelean parientes y amigos, y entonces empiezan a publicarse las llamadas *relaciones*, que se imprimían en ciudades importantes por su población y su comercio; muy luego las guerras de religión dan a esas *relaciones* mayor desarrollo e interés, pues no eran los ávidos en tener noticias únicamente los ciudadanos de una nación, eran los católicos de todas ellas, de un lado, y los protestantes, de otro, que se alegraban o afligían al saber el éxito de una batalla o de una derrota, de una nueva alianza que pudiera favorecerles, o de un brusco rompimiento que pudiera perjudicarles; el sitio y la toma de alguna ciudad, todos los acontecimientos importantes, provocaron sátiras, proclamas, manifiestos, y dieron un desarrollo extraordinario a las *relaciones*,

que se vendían baratísimas y a veces se distribuían gratuitamente entre los correligionarios, o se fijaban en los lugares más concurridos; y de aquí, en opinión de Fuensanta del Valle (1), el origen exacto del verdadero *periódico*, puesto que desde el momento en que hubo necesidad de reunir en un pequeño espacio, en una misma hoja impresa, en tres o cuatro a lo sumo, muchas noticias e informaciones de todas clases, sólo faltaba que, animado por el favor creciente del público, hubiese un hombre que, dándoles un título cualquiera, las publicase, bien en días fijos, bien sucediéndose periódicamente unas u otras, que fué, en efecto, lo que aconteció.

Después de esta rapidísima historia de los orígenes de la prensa o más bien de las instituciones similares no solo desarrolladas en conexión con los procesos de la cultura comercial, sino que también íntimamente relacionadas con las vicisitudes de la vida política, justo es que hagamos ver cómo el periódico nació, casi simultáneamente y obedeciendo a las mismas causas, en distintas naciones de Europa. Alemania, Inglaterra, Holanda, Venecia y Francia se disputan la primacía. El citado Fuensanta del Valle no tiene la pretensión de decidir cual es «la que lleve razón en la contienda», y se limita a exponer brevemente «los títulos que cada una alega en su favor», dando a conocer al mismo tiempo los orígenes del periódico en nuestra patria, «injustamente preterida por los escritores que se han ocupado de la historia de la prensa.» Fundado es el cargo por lo que atañe a los autores extranjeros, tan malos conocedores como injustos aprecia-

(1) *Historia del periódico político*, 14.

dores de nuestras cosas; pero ¿qué hemos hecho nosotros, para que podamos tirarles la primera piedra? Mientras que en Alemania, Francia e Inglaterra, la historia del periódico puede mostrar una «literatura» extraordinariamente rica, en España, a excepción del corto trabajo de Fuensanta del Valle, no poseemos más que algunos ensayos dignos de ser mencionados, que estudian la cuestión en aspectos parciales y concretos, o hablan de una manera fragmentaria y reducida del desarrollo histórico de la prensa cuotidiana. Y en cuanto a la actitud excéptica que Fuensanta del Valle asume, no me parece justificada a estas alturas de investigación histórica. Las pretensiones de Francia, Venecia, Holanda e Inglaterra de haber dado nacimiento a los primeros periódicos semanales impresos están hoy día enteramente abandonadas. Alemania es la verdadera cuna del periodismo, como enseguida probaré.

CAPITULO III

EL PERIODISMO EN EL SIGLO XVI

La palabra *Zeitung* se generalizó por primera vez en Alemania, no ya sólo en su originaria acepción de «aquello que sucede en el tiempo» *(Zeit)*, es decir, un acontecimiento actual, mas también en la de cuenta dada de este acontecimiento, en la de mensaje, información, noticia, acabando por ser aplicada al relato de los asuntos públicos, a las comunicaciones sobre las vicisitudes políticas, como las cartas o sus *post-scriptum*, que los cancilleres de una ciudad recibían de otras ciudades o de los miembros del Consejo, y que aun hoy se encuentran en gran número encerradas en sus archivos. Oigamos lo que nos dice uno de los mejores historiadores y economistas contemporáneos, el sabio Bücher (1): «En los archivos de la ciudad de Francfort, existen hasta 188 cartas concernientes a las expediciones de los Armagnacs durante los primeros años del período de 1440 a 1450, y en las que las ciudades de Alsacia y de Suiza relatan su miseria e imploran socorro. Entre otras, he hallado tres narraciones de la batalla de San Jaime, procedente una de Zurich, otra de Estrasburgo y la última del Consejo de Basilea. Estas informaciones enviábanse

(1) *Etudes d'histoire et d'économie politique*, 190.

gratuitamente, pero a título de reciprocidad, sistema que debió su origen a la comunidad de intereses, pues reunía a las ciudades frente a los poderes territoriales y a la nobleza, y que entró fácilmente en vigor merced a los numerosos mensajeros urbanos, cuyos viajes regulares (de donde su nombre de *Ordinari-Boten)* facilitaban las comunicaciones entre la alta y la baja Alemania.»

No se puede describir mejor ni más sucintamente uno de los más vivos caracteres de la sociedad del siglo XV en sus centros alemanes de información internacional. Algún tiempo después empezaron las noticias escritas, que se llamaban sin excepción *Zeitungen* o *Neue Zeitungen*, que eran de carácter privado, y que apenas llegaban al pueblo, dirigiéndose por lo común a los príncipes, a los gobernantes, a los consejeros urbanos, a los profesores universitarios, a las gentes de iglesia y á los hombres de bolsa o a los grandes comerciantes de entonces. La Reforma extendió mucho su uso, como lo prueban, aparte las correspondencias de Lutero con Zuinglio, relativamente pobres, las de Sturm, Bucero, Capito, Ecolampadio, Renano, Hatzer, Regio, Hier, Baumgartner, Camerario, Bugenhagen, y muy particularmente las de Melanchton, que reposan sobre fuentes de información oral, no determinadas todavía (1). La mayor parte de los historiadores incluyen los tiempos que comprende la costumbre de esos avisos de los acontecimientos más notables de todo el mundo en la esfera de noticias por carta,

(1) Esta es la duda contra la que, según puede percibirse, se ha revuelto Grasshoff en su libro *Die briefliche Zeitung des XVI Jahrhunderts*, 23, 28. Reconoce, sin embargo, que la curiosidad tiene en su optimismo erudito más fuerza que la certidumbre.

que caracteriza al siglo XV. No obstante, por extraño que parezca a muchos, en una división científica de los períodos de la historia del periodismo, corresponden, hablando propiamente, al mediar del siglo XVI, y señalan una nueva etapa evolutiva en el proceso de esa institución. En casi todos los que cultivaron tan interesante procedimiento, el primer resultado fué el mismo: no se reseñaban las desgracias y las miserias de la época de una manera puramente ocasional, sinó que se compilaban las noticias metódicamente. Algunos de los *Neue Zeitungen* aparecían regularmente todos los días de correo, con destino a las ciudades comerciales y a los grandes centros de circulación, y sus editores, los llamados *maestros de correos*, alcanzaron un privilegio imperial para la publicación exclusiva de aquellos avisos sobre sucesos políticos y religiosos, de que se tiraban numerosos ejemplares, en combinación con las cartas que se dirigían a multitud de personas, y cuyos destinatarios expedían copias de ellos o los hacían circular entre sus conocidos, dándose el caso de personas reales que llegaron a tener corresponsales que proveyesen a servicio tan importante. Con todo, los *Neue Zeitungen* no pueden reputarse periódicos propiamente tales, pues ni tenían título fijo, ni se publicaban en día determinado, ni estaban numerados, ni tampoco formaban una serie (1).

En la segunda mitad del siglo XVI (2), el servicio

(1) Fuensanta del Valle, *Historia del periódico político*, 15.

(2) En el primer tercio, según los que reivindican para Italia la gloria de ser la primera nación que vió nacer el periódico. Voltaire, en su *Dictionnaire philosophique* (en la palabra *Gazette*), incurre en el error de retrasar «la invención de tan buena cos-

de informaciones recibió una forma regular y una organización profesional, no sólo en Alemania, sino que también en Italia (que era todavía el centro de las negociaciones de Europa), principalmente en Venecia y en Roma (1), donde aparece ya la palabra *gazzetta* como sinónima de periódico. Prescindo aquí de la opinión de algunos autores, para quienes habiéndose aplicado siempre en Venecia esa palabra a una cierta moneda, el nombre de periódico deriva del nombre de moneda en general (2), mas

tumbre» hasta el principio del siglo XVII. Asimismo yerra suponiendo y afirmando que «eran hojas de papel impresas, que se repartían una vez cada semana». Esta equivocación se relaciona con la de la fecha. Las gacetas eran hojas manuscritas, tenían data y el lugar donde se escribían, y algunas de ella el nombre del compilador, y manuscritas continuaron publicándose hasta 1577 en que empezó a ver la luz en Florencia, imprenta de Massi y Landi, un *Bollettino* semanal de cambios y mercancías, y en el mismo punto e imprenta, en 1636, una *Gazzetta* periódica. Pero el primer periódico con título que apareció en Italia fué *Il Sincero*, que empezó a publicarse en Génova en 1648.

(1) Enseguida imitaron ese ejemplo los principales Estados de Italia, especialmente Génova y Milán, que tuvieron sus *notizzi* o *avvisi*, pero los más importantes eran los de Roma, pues, como redactados en el centro del catolicismo, eran los que contenían mayor número de nuevas y más pronto las comunicaban. Véase a Fuensanta del Valle, *Historia del periódico politico*, 16.

(2) Léase acerca de esto el curioso argumento de Hatin (*Bibliographie historique et critique de la presse périodique française*, introducción, 47) en lo tocante a la conexión derivativa entre el nombre del periódico y el nombre de la moneda. La común opinión es que el nombre de *gazzetta* era el de una moneda de escaso valor que tenía curso obligatorio en Venecia y a cuyo precio se vendía cada hoja ambulante. Faltan datos bastantes para sostener esta opinión. Compárese a Voltaire, en el *Dictionnaire philosophique* (en la palabra *Gazette)* con Fuensanta del Valle *(Historia del periódico politico*, 16). (Véase también a Prutz, *Geschichte des deutschen Journalismus*, I, 212) y a Ottino (*La stampa periodica, il comercio del libri e la tipografia in Italia*, 7,18,26).

no hay duda que Venecia, como asilo de la libertad e intermediaria del comercio entre el Oriente y el Occidente, fué la primera ciudad que organizó el servicio de informaciones políticas. Las indagaciones de Valentinelli, conservador de la Biblioteca de San Marcos, han demostrado que, ya en los principios del siglo XV, existían, con la denominación de *notizie scritte* o *fogli d' avvisi*, colecciones informativas que los notables de Venecia aprovechaban para sus operaciones comerciales, anexionando las noticias políticas a la correspondencia de negocios, a las indicaciones sobre la entrada y salida de los navíos, al precio de las mercancías, a la seguridad de las vías de comunicación, etc., etcétera. Hasta llegó a formarse toda una corporación de *scrittori d' avvisi*, que poco después se conocieron en Roma con las designaciones de *novellanti* o *gazzettanti*, y cuya actividad en relatar hechos desagradables y acrecentar los conpersonales observaciones les indispuso con la curia romana, al extremo de haberse fulminado contra ellos en 1572 dos bulas papales (una de Pío V y otra de Gregorio XIII), en las que se les prohibía divulgar noticias bajo pena de ir a galeras y a veces bajo la de muerte y confiscación de bienes (1). Mas estas prohibiciones no impidieron que se generalizase cada vez más,

(1) La bula de Pío V se publicó el 17 de Marzo de 1572 con el título de *Romani Pontifices providentia*, y es más conocida con el de *Constitutio contra scribentes, exemplantes et dictantes monita vulgo dicta «gli Avisi e Ritorni»* Gregorio XIII, no sólo castigó severamente a los que se atrevieron a escribir contra la bula de su antecesor, sino que, a su vez, publicó también la bula *Es eat*. En ambas bulas, no sólo se prohibía toda clase de *avvisi* que contuviera cualquiera ofensa, sino que se anatematizaba el nuevo arte de *gazzetieri*.

extendiéndose a todos los pueblos de Europa, semejante servicio informativo.

A partir de este punto, aparece y se desenvuelve una de las situaciones más notables que registra la historia del periodismo. El fenómeno que hasta ahora hemos contemplado, ha sido el de empezar a desligarse los avisos de las simples nuevas de la ciudad y de los precios que tenían en el mercado los artículos de comercio que más se vendían en él, para consagrar preferente atención a los sucesos de la guerra y a las fluctuaciones de la política internacional. Pero el espectáculo que aquí se nos ofrece es el de tender gradualmente este mismo cambio del periodismo a formar una serie de centros en que se recopilaban las diferentes clases de informaciones. Estos centros satisfacían la ansiedad de los venecianos de saber noticias de la lucha que la república sostenía contra los turcos, y la de los habitantes de los Estados de la Europa central por los turcos amenazados también. Hungría era uno de los centros principales de información, con corresponsales en Viena, Cracovia y Breslau. Para las noticias del Mediodía o que llegaban por mar, eran centros Padua, Bolonia, Roma y Génova. Lyon era el centro de las que venían de España y Francia. Las de Inglaterra y los Países Bajos iban a la Europa central por Amberes y Colonia; las de Suecia y Dinamarca, por Brema, Hamburgo y Lübeck; las del mundo eslavo, por Koenisberg y Riga. En el mundo germano, Nüremberg era el centro de convergencia, el foco de este periodismo en mantillas. Tuvieron gran éxito las noticias de Nüremberg, y no sólo los soberanos de Dinamarca y de Prusia, sino que también muchos ciudadanos de otros Esta-

dos, pidieron se les enviasen periódicamente, o lo que es lo mismo, se subscribieron a ellas. El ejemplo de Nüremberg se propagó rápidamente por Alemania, y Francfort, Augsburgo, Regensburgo, Worms y Espira, se convirtieron en importantes centros de informacion. Examinadas las cosas con suma industria y diligencia, resumió Bücher (1) el resultado de semejante progreso informativo, diciendo, en definitiva, que «las noticias que Melanchton recogía de tan diversas fuentes, son simples indicios históricos, seleccionados seguramente no sin crítica, pero que no contenían sino muy rara vez apreciaciones políticas, y que estaban entreverados muy a menudo de quejas, de aprensiones, de anhelos y de esperanzas. Al lado de indicaciones preciosas sobre los progresos de la Reforma, indicaciones que llegaban de la corte imperial y del teatro de la guerra, se encuentran allí cosas que reflejan toda la ignorancia y toda la credulidad de la época: se hacen predicciones políticas, y se anuncian milagros, temblores de tierra, lluvias de sangre y otros fenómenos celestes.» Hinojosa (2), notable investigador, introduce el periodismo en la correspondencia de las nunciaturas, hablando de esta correspondencia, que hasta mediados del siglo XVI presenta considerables lagunas e irregularidades, en la siguiente forma: «Desde la segunda mitad del siglo XVI, acompañan también a los despachos de los nuncios residentes pliegos u hojas sueltas, *avvisi*, donde aquellos transmitían a la curia noticias escuetas, sin reflexiones ni comentarios, sobre sucesos políticos, nombramientos para altos cargos del Estado, hablillas y aventuras cortesanas,

(1) *Etudes d'histoire et d'économie politique*, 194.

(2) *Los despachos de la diplomacia pontificia en España*, I, 19.

ceremonias públicas, salida o llegada de personajes ilustres, lances personales y cuantas en alguna manera podían servir al Gobierno pontificio, ya para encaminar bien sus pretensiones, ya para corregir abusos contra la religión o la disciplina eclesiástica, ya para mejor conocer las personas con quienes la curia hubiere de hacer oficios en la corte, o con quienes directamente había de entenderse en Roma. La utilidad de tales avisos, especie de crónicas diarias de una época en que no existían periódicos, al menos en la moderna acepción de este vocablo, fácilmente puede comprenderse.»

En Alemania, la redacción de periódicos significó un progreso evidente, que dió facilidades al país para transmitir regularmente noticias. La conversión del periodismo en un oficio (conversión buena, y que, como tal, produjo efectos saludables) fué el principio de una organización admirablemente adaptada a las circunstancias de la época, pues coincidió con la extensión de los correos a una que con el establecimiento por el emperador Maximiliano de la posta entre los Países Bajos austriacos y la capital, Viena. Por otra parte, los citados periódicos constituían, en sí, una empresa especial, y más tenían de económicos que de políticos, como lo prueban las oficinas de correspondencia que reunían nuevas y las transmitían epistolarmente a sus abonados. Fueron hechos concretamente para un momento dado de la vida social. El más antiguo año de la colección de Leipzig lleva el siguiente rótulo: *Neüëtzettung soüil dero von Nornbergk von dem 26 octobris anno 87 bis auff den 26 octobris anno 88 einkommen.* Funcionarios del Estado, miembros del Consejo, secretarios municipales, grandes mercaderes, dueños

de las mensajerías urbanas, dueños de la posta imperial, servían muchas veces de redactores y corresponsales de aquellos curiosos periódicos. Pero con el tiempo, o esos mismos individuos se convirtieron de agentes voluntarios en agentes pagados, o se nombraron individuos especiales *(Zeitunger, Novellisten)* puestos al servicio de los príncipes, con remuneración fija y obligación de enviar nuevas. Opel (1), Witzleben (2) y Faulhaber (3) citan un buen golpe de periodistas de esta especie, que adquirieron fama y nombradía en varias cortes del mundo germano. Por lo demás, hay que advertir que el periodismo de referencia se parecía muy poco a lo que hoy entendemos por tal, pues consistía simplemente en dar noticias de carácter circunstancial y en colocar a los destinatarios abonados en situación favorable para comprender las de carácter general. En aras de este fin se daban, desde cada ciudad, más que noticias de los acontecimientos que en ella habían pasado, indicaciones recogidas en diferentes ciudades. La correspondencia de Amberes no procuraba nuevas únicamente de los Países Bajos, sino que también de Dinamarca, Inglaterra y Francia; la de Roma, de España; la de Venecia,de Oriente, etc. La exposición era escueta, muy seca: era una exposición de cronicón medioeval, y todavía sin relatos sobrenaturales de ningún género: en ella, los datos políticos predominan sobre los mercantiles y financieros.

---

(1) *Die Anfänge der deutschen Zeitungspresse* (en *Archiv für die Geschichte des deutschen Buchhandels,* 1879, III, 28, 66.)

(2) *Geschichte der Leipziger Zeitung,* 5.

(3) *Geschichte der Post in Frankfurt* (en *Archiv für Frankfurter Geschichte und Kunt,* N. F. X., 31, 60).

Hasta aquí la historia nos ilumina. Lo que no nos hace saber (a lo menos mis particulares investigaciones nada han puesto en claro) es de qué modo estaba organizado el servicio de referencia, quiénes eran los que recogían noticias y las comunicaban, y cómo se les retribuía y en qué fuentes bebían sus informaciones. El citado Bücher (1) cree que esta cuestión reclama un examen más profundo. Otro sabio alemán, Steinhausen (2), se limita a decir cómo él presume que pudieron pasar las cosas. Y yo creo que tiene en esto perfecta razón.

Más claras aparecen las relaciones del gran comercio con las hojas periódicas de que vengo haciendo mérito. Ricas casas comerciales, entre las que descuellan la de los Welser y la de los Fugger (3), hacían aparecer con regularidad números en que se daban noticias, no sólo de las varias partes de Europa, sino que también de las principales comarcas de Asia y de América. Nombrábanse tales números *Ordinari-Zeittungen*, y aun había suplementos para las noticias de última hora intituladas *Extraordinari-Zeittungen*. Según Sickel, (4), la Biblioteca de Viena posee, de este órgano de publicidad, una colección, muy rica de contenido, que se extiende del año 1568 al 1604.

---

(1) *Etudes d'histoire et d'économie politique*, 198.

(2) *Archiv für Post und Telegraphie*, 1895, 347, 355. Véase, del mismo autor, el libro II de su *Geschichte des deutschen Briefes*.

(3) Las informaciones de estas casas aparecen registradas, al lado de las de la ciudad de Nüremberg, en el célebre registro de las correspondencias del jurista Scheurl *(Briefbuch, ein Beitrag zur Geschichte der Reformation und ihrer Zeit)*, editadas por Sooden y Knaake, en Postdam, de 1867 a 1872.

(4) *Weimarisches Jahrbuch für deutsche Sprache und Litteratur*, I, 346.

Semejantes periódicos escritos a mano no habían penetrado todavía en las masas, a causa de su carestía, en el siglo XVII. Se les llamaba en Francia *Nouvelles a la main* y en Inglaterra *News letters* (1), y no parecen haber transcendido fuera de las respectivas capitales, ni, dentro de éstas, de los círculos de personas cultas. A título de curiosidad apuntaré aquí el periódico contado o hablado, verdadero diario oral (que en París estuvo de moda en las turbulentos períodos de los siglos XVI y XVII) (2), y la turba de *nouvellistes*, que por su populachería o popularidad fueron objeto de las sangrientas burlas de los escritores satíricos y de los poetas cómicos, y que todavía en el siglo XVIII fustigó con maligno gracejo el grave Montesquieu en la CXXX de sus *Lettres persanes* (3). Los *nouvellistes* o noticieros fueron muy protegidos por Mazarino (quien pagaba 10 libras mensuales a su *nouvelliste)*, y, a despecho de numerosas persecuciones de parte del Gobierno, duraron hasta el siglo XVIII (4). Lo que les permitió durar, de igual modo

(1) «La guerra entre Isabel de Inglaterra y Felipe II creen los ingleses que proporc onó ocasión y motivo para que comenzaran a darse a luz muchos papeles sueltos y hojas volantes, que con el título de *News* contenían la relación de los sucesos más notables del reino y del continente; pero, en el último caso, casi siempre dicen que están traducidas de Holanda, título principal que alega esta nación para afirmar su prioridad periodística sobre la Gran Bretaña, toda vez que el cuidado de los editores británicos en expresar que sus noticias las tomaban del holandés parece probar el crédito que habían adquirido las escritas en este idioma». (Fuensanta del Valle, *Historia del periódico político*, 18.)

(2) Véase a Hatin, *Histoire politique et littéraire de la presse en France*, I, 28. 32.

(3) Véase el apéndice A.

(4) Puede uno formarse idea del contenido de estos perió-

que en Austria (1), al mismo tiempo que los periódicos impresos, fué, de una parte, el hecho de que hacían ilusorio el sistema que el Gobierno seguía de tener cosas secretas, y de otra, que se permitían de cuando en cuando criticar los negocios públicos. La misma concomitancia, parecido descaro e idéntica audacia existían en el periodismo de Holanda, cuyos papeles manuscritos daban cuenta, a aquellos que lo pagaban, de los acontecimientos más importantes, así como de otras noticias de índole más íntima, lo que les hizo adquirir bastante clientela. En los tiempos de la Fronda fueron arma de que se valieron los partidos políticos para desacreditarse unos a otros, y Luis XIV llegó a irritarse por los ataques dirigidos contra su corte por los gacetilleros holandeses, y sobre todo por la medalla insolente que había acuñado Van Benning, la cual mostraba la efigie del rey de Francia con esta leyenda: *In conspectu meo stetit sol* (ante mi presencia el sol se ha detenido) (2). Los *nouvellistes* franceses, por su parte, dejaron de mostrarse rara vez hostiles hacia aquel monarca que, en su absolutismo, pretendía tener «el alma serena como el cielo y el corazón templado como la atmósfera». Pero

dicos leyendo la *Gazette de la Regence* (de Enero de 1715 y Junio de 1719), publicada en París y en 1887, conforme al manuscrito inédito conservado en la Biblioteca Real de La Haya, por el conde de Barthélémy. Véase a Bücher, *Etudes d'histoire et d'économie politique*, 202.

(1) Véase a Winckler, *Die periodische Presse Österreichs*, 19, 28. Schwarzkopf (*Ueber Zeitungen*, 10) cita, no solamente a Viena, sinó a Munich, Berlín y Hannover, como ciudades en que se expedían hojas llenas de informaciones secretas para el país.

(2) Véase a Leber, *De l'état réel de la presse et des pamphlets depuis François I jusqu' à Louis XVI.*

sus invectivas iban más contra la corte que contra el soberano, y sus informes no siempre eran palaciegos. Cada cual tenía su especialidad. Los unos se dedicaban a buscar noticias literarias, los otros contaban lo más reciente en materia de política, y los demás se contentaban con nuevas insignificantes, pero muy variadas, parecidas a los *fait-divers* de los periódicos actuales de la vecina república. Y en París, en los jardines públicos, rodeados de curiosos, contaban las novedades y los chismes de la corte con más libertad, seguramente, que hubieran podido hacerlo en hojas impresas, inventando tratados, deponiendo ministros, matando o resucitando monarcas, y pretendiendo estar al tanto de los sucesos más importantes del Gobierno y de la política exterior. A ellos se debe la tendencia más significada hacia la formación de un periodismo sintético. Se les han egado este título; pero, leyendo con cuidado todos los pasajes del estudio de Bordeaux (1), es fácil descubrir cuán característico y undamental es el supuesto sobre que descansa mi idea. «Los *nouvellistes* (afirma sin reticencias Bordeaux) fueron los verdaderos fundadores de la prensa francesa, y algunos periódicos, entre ellos el *Journal des Débats*, nacieron en el jardín del Luxemburgo, en un corro de *reporters*, honrado de cuando en cuando con la presencia de Voltaire, de Diderot y de Rousseau». En Inglaterra, las *News Letters*, que proveían, a la nobleza rural especialmente, de nuevas de la capital y de la corte, se conservaron también hasta muy avanzado el siglo XVIII, y los mismos periódicos impresos de esta épo-

(1) *Les origines du journalisme* (en *Le Correspondant* de 10 de Noviembre de 1904).

ca hubieron de acomodarse a esa institución, por cuanto aparecían con dos páginas de texto y dos en blanco, a fin de que los abonados pudiesen expedirlas más lejos con adiciones manuscritas (1). Bücher (2) y Schwarzkopf (3) refieren que, en Alemania asimismo, algunos periódicos de Maguncia y Regensburgo, escritos a mano, como se ve por su tenor y forma, tuvieron a veces que recurrir a la impresión, a causa del gran número de sus abonados. El periódico escrito, en cuanto medio de información, no muy extendido entonces, nos aparece poco más o menos en la misma época en todos los países civilizados. Pero lo que hay en ello de notable es que en parte alguna, antes de la invención de la imprenta, se haya hecho un oficio o un negocio de la confección de las *nouvelles a la main*. Esta observación conduce necesariamente a esta cuestión: ¿por qué no se puso la prensa de imprimir al servicio de la publicación regular de las noticias? El ya mencionado Bücher responde que en las nuevas colonias, que encierran una población europea habituada ya en su país natal a los periódicos impresos, los periódicos escritos a mano preceden a los periódicos impresos. Así acontecía aún en los Estados Unidos al comienzo del siglo XVIII (4), y en 1830 en la colonia de la Australia Occidental (5). Estos hechos prueban que lo que impidió por tanto tiempo el empleo de la prensa en

(1) Andrews, *The History of British Journalism*, I, 2, 14. Hatin, *Histoire politique et littéraire de la presse en France*, I, 51.

(2) *Etudes d'histoire et d'économie politique*, 203.

(3) *Ueber Zeitungen*, 9.

(4) Hudson, *Journalism in the United States from 1690 to 1830*, 51.

(5) Andrews, *The History of British Journalism*, II, 312

la publicación de noticias fué acaso menos las trabas opuestas por la censura que la falta de un círculo de lectores suficientemente grande para poder cubrir los gastos de impresión. Nada hay aún semejante a un periódico impreso; pero hay algo que se le asemeja; y ciertos impresos, que se remontan al siglo XV, son simples hojas *(Einblattdruche)* (1), que se vendían en ferias y mercados, y cuya publicación era una especulación del editor. Weiller (2), a quien debemos estos datos, asegura haber leído la más antigua de esas hojas, que da cuenta de los funerales del emperador Federico III en el año 1493. A creer al mismo autor, dichas hojas impresas atravesaron todo el siglo XVI para venir a ser más raras con la aparición de las hojas de información impresas *periódicamente* y no desaparecer hasta el siglo XVIII. Las más antiguas, o no llevaban título, o lo tomaban del contenido del número. El nombre de *Zeitung* aplicado a tales hojas volantes no aparece por primera vez hasta 1505. Pero, en cambio, encontramos otras muchas y variadas denominaciones, por ejemplo: *Brief, Relation, Mär, Nachricht. Beschreibung, Bericht, Aviso, Post, Postillon, Kurier, Fama, Depesche, Felleisen,* a las cuales se añadían a menudo toda especie de calificativos: *Umbständliche Nachricht, Warhaffte und eigentliche Beschreibung, Wolbedenkliche Beschreibung, Warhaffte Relation, Uberschlag und Inhalt, Historischer Discurs und ausführliche Erklärung;* muy frecuentemente *Neue und warhaffte Zeitung, Warhafftige und ers-*

(1) De estas hojas quedan colecciones en todas las bibliotecas, como muy extensa y documentadamente prueba Weiller en *Die ersten deutschen Zeitungen.*

(2) *Germania,* XXVI, 106.

chrockenliche Zeitung, Wunderbarliche, erschreckliche und erbärmliche Zeitung; en Inglaterra, *Newes, Newe Newes, Thiding, Woful Newes, Wonderful and strange Newes, Lamentable Newes;* de igual modo en Francia: *Discours, Mémorable Discours, Nouvelles, Récit, Courrier, Messager, Postillon, Mercure,* etc. Bücher (1) llama la atención sobre lo rebuscado de estos títulos. El asunto del periódico era de los más variados. En la mayoría de los casos consistía en informaciones políticas, y las discusiones se colocaban en el último plano. En realidad de verdad, las noticias escritas no eran las únicas fuentes de esas producciones, pero sí la fuente principal. En cuanto a las simples hojas impresas, son generalmente independientes una de otra, y únicamente al final del siglo XVI se hallan algunas cuyos números se siguen, pero sin que esto indique aún periodicidad en su aparición. En todo caso, por su forma y su contenido, esas hojas volantes prepararon los caminos a la gaceta impresa propiamente dicha, desenvolviendo en el pueblo la curiosidad por los sucesos que rebasaban los meros límites de la política de campanario.

Los primeros *periódicos* impresos comenzaron a aparecer al final del siglo XVI. Alemania (¡no en vano patria de Guttenberg!) es el primer país que puede presentar sus más antiguos ejemplares: ya lo indiqué antes de ahora. Graves historiadores han atribuído este mérito a Inglaterra; alguno que otro a los Países Bajos. Nada más falso, empero. Un estudio detenido de la controversia me ha convenci-

(1) *Etudes d' histoire et d' économie politique,* 205.

do de que en Inglaterra no apareció el primer periódico propiamente dicho hasta 1622. Y el primer periódico escrito en lengua francesa hizo su aparición nueve años más tarde (1631).

Mas no se crea que semejantes publicaciones impresas del siglo XVIII se parecían a nuestros periódicos diarios. Al principio eran *anuales:* se les llamaba en Alemania *Postreuter*, y Prutz (1) (que hace remontar su existencia a la primera mitad del siglo XVI, sin razón, a mi juicio) las compara por su contenido a los resúmenes políticos de nuestros almanaques populares. Vinieron luego las publicaciones *bianuales* o relaciones semestrales *(Messerelationen)*, fundadas entre los años 1580 y 1590 por Hitzing, y que formaron por más de dos siglos uno de los principales artículos de venta en las ferias de Francfort y a poco en las ferias primaverales y otoñales de Leipzig (2). Por esto mismo, por la bianualidad de las ferias en aquella época, no hallamos un solo ejemplo de publicación periódica *mensual:* no hubiera respondido esta publicación a ninguna necesidad

(1) *Geschichte des deutschen Journalimus*, I, 179. Véase también a Wülcher, *Urkunden und Schreiben*. Haebles no considera como periódicos esas relaciones, que veían la luz el día último del año, y contenían un resumen de lo más notable que había acontecido durante él. Coincide, pues, en parte, con Prutz.

(2) Prutz, *Geschichte des deutschen Journalismus*, I, 188. Orth, *Ausführlungen Abhandlung von den berühmten zwoen Reichsmessen*, 714. Stieve, *Ueber die ältesten halbjährigen Zeitungen oder Messrelationem*, III, XVI 1. Schwarzkopf, *Ueber politische und gelehrte Zeitungen in Frankfurt*, 10, 18, 28, 80, 82. Estos críticos parecen poco inclinados a conceder a las relaciones semestrales la calidad de periódicos verdaderos, y sólo conceden este título al que comenzó a dar a luz en Estrasburgo el librero Carolus, bajo el nombre de *Relation aller Historien*, y que se editaba semanalmente. Pero este semanario no empezó a publicarse hasta los comienzos del siglo XVII. A él me referiré en el correspondiente capítulo.

social o económica. En cambio, se dejó sentir muy pronto una necesidad importante indicada por el servicio de posta. La posta pasaba y repasaba una sola vez a la semana por los principales caminos. Saltóse, pues, bruscamente, del periódico que salía dos veces por año a la publicación *hebdomadaria* o *semanario*, cuyo primer ejemplar imprimióse en Estrasburgo en 1609 (1). Aun en esto vemos a Alemania siempre la primera en el orden cronológico. Por último, gracias al impulso que los semanarios dieron a la prensa y al ambiente que favorable a ella crearon, hace su presentación en el globo el primer periódico *cotidiano* o *diario*, también alemán: el *Leipziger Zeitung*, con fecha de 1660. Hasta 1702 no aparece el primer diario inglés: el *Daily Courant*. Hasta 1777 no aparece el primer diario francés: el *Journal de París*.

Viniendo a España, no hay duda que, entendido el periodismo en el sentido amplio que hasta aquí le hemos dado tratándose de otras naciones, tiene una antigüedad anterior a la del mismo siglo XVI. Si se han de unir las ideas de periodismo y de publicidad de sucesos particulares en una suprema síntesis, pocas naciones tan clásicamente afectas a aquella institución como España. Una discusión como la a que se entrega Pérez de Guzmán en un admirable estudio (2), en el que censura a los que hablamos de periodismo antes de la invención de la imprenta, esa invención magna nacida del deseo de prescindir de los copistas, de hallar remedio a

(1) Opel, *Anfänge der deutschen Zeitungpresse* (en *Archiv für die Geschichte des deutschen Buehhandels*, 1879, III, 44.)

(2) *Cuándo y quien fué el fundador del periodismo en España* (en *La España Moderna* de Abril de 1902.)

sus errores y a su lentitud, de transcribir mecánica y exactamente, de multiplicar los ejemplares hasta donde se quiera, y de perpetuarlos, es decir, de eternizar el pensamiento: una tal discusión, repito, pertenece ya a la literatura de la época precientífica, cuando los eruditos no poseían ningún conocimiento serio de las fuerzas biológicas que trabajan en la evolución de la sociedad. ¿Qué más? El mismo Pérez de Guzmán, arrastrado por la lógica sintética de un patriotismo razonado, se rectifica, a pesar suyo, reconociendo que, en casos particulares «siquiera estos casos fueran las conquistas de Málaga y de Granada, los asaltos de Orán y de Trípoli, las victorias de Colón sobre el Océano desconocido o a las de Hernán Cortés sobre el Imperio de los Motezumas, las entrevistas de Fernando el Católico de Aragón con Luis XII de Francia en Saona y la proclamación de Carlos V en Sevilla, la prisión de Francisco I en Pavía y el asalto y saqueo de Roma por los imperiales del duque de Borbón, la derrota definitiva de la media-luna otomana en Lepanto y la victoria sobre los ingleses y el Atlántico en las Azores, el periodismo español, en su cuna, sin que ninguno otro se le antepusiese, generalizó en los dominios de la publicidad tales acontecimientos, a la vez que en instrumentos análogos dirigidos a la conciencia de la opinión, ya de España, ya del mundo, fué por escalones abarcando los primeros términos de la legislatura y de la administración de los Estados, describiendo las campañas alternativas de la espada y del derecho, y consignando las conquistas de la civilización hasta en las costumbres de los pueblos, con sus reseñas ostentosas de fiestas y espectáculos, con sus certámenes de la inte-

ligencia, con sus efemérides de los fenómenos naturales y con la exposición de todo dogma religioso, filosófico o político, hasta que logró sistematizar todos estos elementos para reducirlos, dentro de su fondo y de su forma, a la actual armonía y universalidad del conjunto. Pero entiéndase bien, para los que tenemos el deber imperioso de investigar, de estudiar, de pensar y discernir en español, que, a pesar de las contradictorias vicisitudes del tiempo, en la vanguardia de toda esta conquista hay que colocar gloriosamente el combatido y olvidado nombre de España; porque el periodismo nació cuando España lo era todo en medio del mundo posternado, cuando España no representaba sólo la espada que dominaba pueblos vencidos, sino que, con su altivo pensamiento, constituía la suprema generatriz y la suprema directora de la humana civilización.»

Lo mismo, aunque en otros términos, viene a decir el varias veces citado Fuensanta del Valle (1): «Establecida la imprenta en España, empezaron a ver la luz relaciones de los sucesos más notables de aquel tiempo, habiendo llegado hasta nosotros la del *Descubrimiento del Nuevo Mundo por Colón*, (de la que se hicieron en 1493 tres ediciones, una en folio y dos en cuarto), la *Oración Latina* de Garcilaso de la Vega, embajador de los Reyes Católicos cerca de Alejandro VI, dando cuenta a este Papa de la muerte del príncipe Don Juan, impresa en Salamanca en 1497, y la que sobre la toma de Málaga pronunció ante el Colegio de Cardenales en 1487, si bien de ésta no sabemos donde se im-

(1) *Historia del periódico político*, 35.

primió. Son mucho más numerosas las que se publicaron en el siglo XVI, en que acontecimientos como las Comunidades, Pavía, las guerras de Carlos I en Alemania, San Quintín, Lepanto, el sitio de Amberes y otros sucesos, dieron origen, no a una *relación*, sino a varias. La llegada de algún buque ó flota de América hacía que a los pocos días y con el nombre de *relación*, de *carta* o de *sucesos*, publicasen las imprentas de Sevilla y otras ciudades revistas y alguna de ellas ilustrada, como decimos hoy, pues en la que daban cuenta del castigo de la rebelión de Pizarro, hay grabados en madera, muy curiosos. Eran entonces tales revistas el único medio de saber, no sólo lo que pudiera interesar a la nación en general, sino a los particulares que tenían hijos o deudos en lejanas tierras, pues, aunque en 18 de Enero de 1504, Felipe I celebró en Bruselas un convenio con Francisco de Tássis, capitán y maestro de postas, por el que, y mediante la suma de 24.000 libras anuales, se obligaba a traer y llevar las cartas y despachos reales desde Granada a Bruselas, en quince días en verano, y dieciocho en invierno, y doce días en verano y catorce en invierno desde Toledo, para lo que, en los lugares y sitios más a propósito, tendría siempre un hombre y un caballo dispuestos, convenio ratificado y ampliado por Carlos I, en Valladolid, a 30 de Noviembre de 1517, en el que Francisco de Tássis y su hermano Juan Bautista, se obligaban a tener postas a donde estuviese el rey, sus consejos o personas que él designase, y a llevar cuantas cartas y despachos se le confiasen, pero sin poder seservir de estas postas más que el monarca o aquellos a quien él diere licencia, estas restricciones hacían que pocos pudiesen servirse del correo, co-

mo no fueran personajes de la corte, y prueba de lo que afirmo es que Don Alonso Enríquez, en carta dirigida a Doña María de Mendoza, mujer del comendador mayor de León, Don Francisco de los Cobos, secretario del emperador, le dice que, después de verla su marido, se la envíe a la duquesa de Alba, y luego a Sevilla a su mujer. Pero si bien todo esto hacía que el número de relaciones fuese en aumento durante el siglo XVI, la verdad es que, lo mismo en España que en las demás naciones de Europa, ningún periódico propiamente tal, vió la luz pública en ese siglo, a pesar del tiempo transcurrido desde la invención de la imprenta.»

Cuando el periodismo aspiró á métodos de publicación y a formas definitivas, el pensamiento español había entrado en el rudo período de la conservación por la resistencia. Esto hizo que se retardase su perfeccionamiento y organización. Pero nadie puede disputarnos el honor de haber sido nuestra patria el país en que con mayor rapidez se difundió la invención de Guttenberg. Apenas el arte tipográfico acababa de nacer en Alemania, cuando ya España se apresuró á fomentar tan útil invención, atrayéndola a sus intereses. Maguncia tuvo la gloria de que dentro de sus muros se publicase en 1457 el *Presens Psalmorum Codex*, primer libro con fecha que conocemos. En nuestra patria, fué Valencia la primera ciudad española que puede vanagloriarse de haber poseido imprenta, a no ser que resulte cierto el documento hallado por Serrano Sanz, y en el que se lee que «los primeros libros impresos en España salieron de las prensas zaragozanas». Las primeras obras que se imprimieron en Alemania fueron las de Lactancio Fir-

miano y el *De civitate Dei* de San Agustín. La primera obra impresa en España se cree que fuera la titulada *Obres o troves en laor de la Virge Maria* (otros traen *El Certamen Poetich en loor de la Concepció*, que recopiló Fenollar), impresa en Valencia en 1474, y de la cual había un ejemplar en la Biblioteca de Dominicos de dicha ciudad, según el Padre Villanueva (1). Lafuenté (Vicente) (2) afirma que esta opinión no es corriente, y los barceloneses pretenden que en la ciudad condal se imprimió la primera obra que se dió a luz en España por el nuevo método. Como quiera, es de todo punto indudable que antes de finalizar el siglo XV vemos la imprenta establecida en nuestras principales ciudades: en Sevilla, en 1475; en Zaragoza y Barcelona (probablemente), en 1477; Lérida, 1479; Salamanca, 1480; Zamora, 1482; Toledo, 1486; Murcia, 1487; Monterrey, 1494; Pamplona, 1495; Granada, 1496; Tarragona, 1498, y el Monasterio de Monserrat, 1499. Ahora consideremos que Londres no tuvo imprentas ni publicó obras importantes hasta 1481; Viena, 1482; Estocolmo, 1483; Lisboa, 1485; Munich, 1500; Edimburgo, 1508; Moscow, 1564, y Berlín, hasta el reinado de Federico el Grande.

Varios alemanes ambulantes iban por España recorriendo las ciudades literarias e imprimiendo los libros que se les presentaban. Apresuráronse los Reyes Católicos, el público instruído y el clero a valerse de aquel descubrimiento para la divulgación de sus obras o reproducción de otras antiguas, dando al efecto a la imprenta y a los impresores completa libertad. Cierto que ésta se restrin-

(1) *Viaje literario a las iglesias de España*, II, 114.
(2) *Historia eclesiástica de España*, III, 19.

gió posteriormente, por razones cuya exposición no es de este lugar; pero jamás se llegó entre nosotros a proscribir la imprenta, como en Francia, bajo el reinado de Francisco I, llamado, tal vez por sarcasmo, *Padre de las Letras*. El cual, por su edicto de 13 de Enero de 1534, prohibió la existencia de toda imprenta en París, y menos mal que se encontró con la oposición del Parlamento, que desempeñaba las funciones de una celosa policía real, desplegando una vigilancia exquisita y aplicando el principio de no registrar los edictos del monarca que no merecían su aprobación. A pesar de ello, Francisco I instaba con vehemencia para que se dictasen contra los impresores las leyes penales más rigurosas y se ejecutaran implacablemente. Las autoridades debían ser inexorables con los impresores que volvieran a imprimir y condenarles a la horca. En un edicto publicado al año siguiente de la oposición del Parlamento, Francisco I atenuó sus rigores, pero limitando el número de imprentas y oponiendo trabas y restricciones a la publicación de libros. En cambio, Isabel la Católica, en carta dirigida a la ciudad de Murcia, a 25 de Diciembre de 1479, ordena que «Teodosio, alemán, impresor de libros de molde en estos reinos, sea libre de pagar alcábalas, almojarifazgo ni otros derechos, por ser uno de los principales inventores y factores del arte de hacer libros de molde, exponiéndose a muchos peligros de la mar, por traerlos a España y ennoblecer con ellos las librerías». Esto deshace la equivocación con que casi todos los escritores han dicho, por falta de documentos, que los Reyes Católicos eran enemigos de la libertad de imprenta. Pero hay más, y es que en 1480 se re-

novó una medida análoga, en las Cortes celebradas por los Reyes Católicos en Toledo. Hecha una petición, que es la 97 (1), para los que traían libros, se convirtió enseguida en una ley por la que se declaraban libres de todas clase de derecho, aun de los de aduanas y portazgos, toda clase de libros. Tal fué la primera provisión cultural de aquellos monarcas, y basta por sí sola para conocer el espíritu que les animaba, que les llevó a costear la publicación de la *Crónica* de Diego de Valera y de la de Nebrija, y que tuvo imitadores en los benedictinos y en el conde de Zúñiga. Y esta cultura general de España, tan envidiada entonces por todas las naciones de Europa, se patentiza y remacha con el hecho de haber sido los primeros que llevamos la imprenta a América, puesto que el primer libro que se publicó allí lo fué en Méjico y en 1566.

¿Quién me dará palabras para ensalzar ahora, como yo quisiera, la labor magna del cardenal Cisneros, al mandar imprimir la primera *Biblia Políglota* que se conoce, gastando en ella 50.000 coronas de oro? Imprimió, además, otras muchas obras de utilidad pública, científica y religiosa, cuya serie puede verse en su biógrafo Quintanilla (2), y a sus expensas trajo a Toledo al impresor alemán Brocar, para la edición de los breviarios mozárabes. No contento con esto, pensó hacer una edición políglota de las obras de Aristóteles, en que trabajó mucho Herrera y también su discípulo Santo Tomás de Villanueva. Hizo imprimir asimismo las obras de Avicena, para fomentar el estudio de la

(1) Véase el apéndice B.

(2) *Archetypo de virtudes y espexo de prelados,* III, x.

medicina, en lo que se mostró muy celoso (1). Ni se debe omitir tampoco, en prueba de lo mucho que trabajó para fomentar los estudios, la edición de las obras del Tostado, que hizo a su costa, y no habiendo lugar en Alcalá para imprimirlas, comisionó al maestro Polo para que pasara a Venecia, con el fin de darlas a la estampa. Mirando del lado de Cisneros y de su poderosa obra de cultura, es como hemos de ver alzarse por mucho tiempo todavía la intensa luz que irradiará sobre nuestra organización intelectual, sobre nuestra vida literaria y periodística, tal así como si el espíritu de la raza reconociese, brillando en la profundidad del horizonte, el fuego lejano de su hogar.

(1) Lafuente (Vicente) (*Historia eclesiástica de España,* III, 26) dice que en la Biblioteca de Jurisprudencia de la Universidad de Madrid se conserva un ejemplar de aquella edición en vitela.

CAPÍTULO IV

EL PERIODISMO EN EL SIGLO XVII

Volviendo al grave error de ilustres críticos, que toman por modelo, para determinar los gérmenes espermáticos del periodismo, el que posteriormente se ha formado en condiciones políticas, sociales y técnicas diametralmente contrarias a las antiguas, he aquí como se expresa Pérez de Guzmán, en un admirable estudio (1) sobre la materia: «¡La invención del periodismo! ¡La leyenda de Teofrasto Renaudot! Esta es una de esas ridiculeces tan enteramente francesa como la del famoso y fabuloso navegante de Dieppe, supuesto antecesor y revelador de la primera navegación al Nuevo Mundo, y ante quien, como se puede ver en la *Enciclopedia Hispanoamericana* de Montaner-Simón, Colón y sus marinos españoles no son más que unos falsarios, y el primero casi un ladrón de ideas ajenas... Sin la invención de la imprenta, no hay posibilidad siquiera de la invención del periodismo... Si los italianos nos hablan de que, antes de Guttenberg, sus mercaderes de Génova y Venecia, en sus expediciones mediterráneas hasta el extremo Oriente, se comunicaron avisos manuscritos, con las

(1) *Cuándo y quien fué el fundador del periodismo en España* (en *La España Moderna* de Abril de 1902).

noticias de los sucesos políticos y sociales, cuyos efectos generales podían influir en los precios de los cambios y de las mercancías, según las seguridades con que podían verificarse las operaciones del tráfico, el hecho es tan racional, que lleva en sí mismo las seguridades de su verosimilitud: los holandeses tienen entre sí esta misma tradición. Pero ante hecho material que queda admitido, aunque no testificado, por las condiciones de su probabilidad, nosotros los españoles, pensando en español y con la misma lógica, podemos atribuir la coexistencia de ese mismo medio político de comunicación entre nuestros comerciantes marítimos de Cataluña, cuyas naves, cargadas de los opulentos productos de su industria, frecuentaron las más lejanas riberas de toda la costa de Levante a par de las genovesas y venecianas en el Mediterráneo y las neerlandesas en el mar del Norte. Mas ¿pueden considerarse tales avisos, que debieron tener un carácter privado, como los gérmenes espermáticos del periodismo?»

He querido transcribir estos párrafos de Pérez de Guzmán, porque si la radical opinión que en ellos se sustenta fuese la científicamente valedera y exacta, todo lo hasta aquí expuesto sobraría, mi trabajo precedente resultaría inútil, y la historia, o más bien, prehistoria del periodismo habría que comenzarla con la aparición del periodismo impreso, sin que me hubiese servido de nada haber ido detallando y marcando las sucesivas evoluciones por las que, de mera relación, carta o extracto de casos públicos, ha llegado el periodismo a ser lo que es en la actualidad. Ahora bien: no me mueve un interés polémico a replicar a Pérez de Guzmán, lo uno porque la se-

veridad de la historia no permite la polémica propiamente dicha, y lo otro porque el radicalismo histórico de ese autor es perfectamente legítimo *como criterio* aún no siéndolo como teoría. Pero no puedo menos de hacer notar que hasta como criterio es contrario al de *todos* los historiadores del periodismo por mí consultados (¡y son algunos!), y que, considerándolo con detención, acaba uno por deducir que Pérez de Guzmán, o no dice nada, después de hablar de todo, o afirma lo que nadie niega. Por razonar sin la ecuanimidad debida, hay en lo afirmado por tan insigne investigador exageraciones de bulto o equivocaciones que se desvanecen nada más que con exponerlas a la luz de un examen sucinto. Toda su afirmación y discurso descansa sobre estos cuatro puntales: 1) colocar la invención del periodismo antes de la imprenta, vale tanto como colocar el descubrimiento de América antes de Colón; 2) la invención del periodismo por Teofrasto Renaudot es una leyenda; 3) sin imprenta no hay periodismo; 4) en punto a periodismo no impreso, España tiene tanta o más razón que cualquier otra nación europea para reclamar los honores de la iniciativa. Conviene, pues, aclarar estos extremos, porque es de suma importancia poner las cosas en su punto.

Que Colón haya sido el primer navegante de los mares y costas del Nuevo Mundo, es aserto que hoy no admite ningún geógrafo verdaderamente ilustrado, y aunque la discusión de este asunto es cosa que sale en absoluto de los límites de mi objeto, pláceme reproducir, para solaz de los lectores, lo que acaba de recordar un joven y docto escritor espa-

ñol (1), gran esperanza de la ciencia histórica patria: «En la historia de los descubrimientos geográficos, se ve cómo el recuerdo de las tierras septentrionales de América, descubiertas a fines del siglo IX por los escandinavos, no se había desvanecido completamente en el Norte y Occidente de Europa. Colón no debía ignorar estos descubrimientos, ya señalados con anterioridad al descubrimiento de América en las cartas de los cosmógrafos venecianos, y en la biografía del almirante escrita por su hijo Fernando se asegura que su padre había navegado los mares del Norte. Bergeron (2) y el Padre Charlevoix (3) muéstrannos cómo, desde 1504, doce años después del viaje de Colón a América, bretones, normandos y vascos solían frecuentar las costas de Terranova y el continente vecino, atraídos por la gran abundancia de bacalao que había en aquellos parajes. Esto mismo, por lo que se refiere a los bretones, se asevera por el testimonio del almirante florentino Juan de Varrazzano, quien hubo de visitar aquellas aguas en 1524, por orden de Francisco I, y según indicaciones contenidas en la obra de Ramusio (3), los tales parajes habían sido descubiertos por los bretones y los normandos con anterioridad al primer viaje de Colón. Se tiene también noticia (5) de que, en 1507, un capitán de Honfleur, apellidado Denis, y un tal Gamart, de Rouen, visitaron aquellas costas, que ya estaban visitadas por

(1) García Mercadal, *España vista por los extranjeros*, I, 224.

(2) *Traité de la Navigation*, XV.

(3) *Histoire de la Nouvelle France*, I, 3.

(4) *Collectio*, III, 417.

(5) Véase al Padre Charlevoix, *Histoire de la Nouvelle France*, I, 4.

los portugueses. El Padre Charlevoix (1) pretende que Denis publicó una carta de Terranova y regiones circundantes, y que en Francia, en 1508, vióse un salvaje traido del Canadá por Aubert, piloto de Dieppe, en un navío llamado *El Pensamiento*. Estas noticias parecieron concluyentes a geógrafos del siglo XVI tan célebres como Ortelius, Mercator, Viitfiet, Pontanus, Magín y otros más modernos, según los cuales los pescadores vascos de bacalao, de junto al cabo Bretón, cerca de Bayona, descubrieron antes de Colón esas tierras, y que uno de sus pilotos dió a Colón la noticia. Por esta razón se denominó cabo Bretón a una de las primeras islas descubiertas, que fueron en principio llamadas *islas de los bacalaos*, designación derivada del término vasco de donde tomó la palabra el castellano. Fray Bartolomé de las Casas repitió esto, en su *Historia de Indias*, agregando que Terranova había sido visitada repetidas veces por Miguel y Gaspar de Cortereal, hijos del navegante portugués descubridor de la isla Tercera, en el archipiélago de las Azores. Conocidos son los viajes de los mercaderes de Dieppe hasta Costa de Oro, y la conquista de las Canarias emprendida en los comienzos del siglo XV por Juan de Bethencourt, que se hizo señor de dichas islas (2), y el descubrimiento de Madera, así como el de las Azores, islas visita-

(1) *Histoire de la Nouvelle France*, I, 423.

(2) Se posee la *Histoire* de dos contemporáneos que tomaron parte en la expedición, Juan Boutier y Santiago Leverrier, presbíteros y agregados a la persona de su señor Juan de Bethencourt. Su relación comienza en 1406 y termina en 1425. Bergeron encontró el manuscrito en casa del caballero Galiano de Bethencourt, que pertenecía a la familia del conquistador de las Canarias, y la imprimió en París, en 1630, en un volumen en dozavo.

das por los árabes (1) y por los genoveses (2), ocupadas por los portugueses, y habitadas en 1466 por una colonia flamenca, sometida al rey de Portugal (3). La Academia de la Historia (4) ha recogido la tradición vasca que atribuye a Juan del Chaide el descubrimiento de los bancos de Terranova antes de Colón, y el nombre de *tierra de los bacalaos* estaba consignada en la carta de Cabot, por haber sido reconocida por él y por sus hijos el 24 de Junio de 1494». Pero volvamos al propósito.

Que el médico Teofrasto Renaudot publicase en Francia las primeras gacetas en 1631, concediéndosele este privilegio, que fué durante mucho tiempo patrimonio de su familia, y que se convirtió en un objeto importante de tráfico en Amsterdam, es, para Pérez de Guzmán, una *leyenda*. Ignoro si este crítico habla en sentido propio o en el figurado, pero, de cualquier modo, no leyenda, sino realidad histórica son la persona y la obra del médico Teofrasto Renaudot, el más diestro de todos los hombres emprendedores de su época y el que más dió que hablar por su gran imaginación y hábil filantropía. Nacido de padres obscuros, tuvo una juventud modesta, pero que acreditó en su pueblo natal, ejerciendo con éxito su profesión. Avido de cultura, viajó por el extranjero, y después de haber recorrido diferentes países de Europa, se estableció en París (1612), donde supo adquirir fama y clientela. Sus produc-

(1) Hartmann, *Africa Edrisii*, 317.

(2) Bergeron, *Traité de la Navigation*, VII.

(3) *Notice sur Martín Behaim*, por Muller (a continuación de los *Voyages de Pigofetta*, 307, 330, 332, 370). Malte-Brun, *Précis de géographie universelle*, I, 424, 428, 429.

(4) *Diccionario geográfico de España*, I, 331; II, 313.

tos químicos, que empezó por distribuir gratuitamente a los pobres, y llegaron a ser vendidos a peso de oro, encontraron numerosos compradores. Fué tal la habilidad que desplegó que, con la fundación de un Monte de Piedad para los trabajadores, se convirtió en el hombre más popular de la capital. Personas de todas clases y condiciones le dieron testimonio de aprecio y respètuosa veneración, sobre todo cuando estableció el *Bureau d' adresse et de rencontre*, en el que todo el que quería comprar, o vender, o saber alguna noticia que le interesase, y hasta las señas de alguna persona en París, podía pedirlas y obtenerlas por una retribución módica. Hay quien supone que fué esta oficina la que le inspiró la idea de metodizar de una manera periódica y por medio de la imprenta la publicación de noticias; mas lo probable es que, con independencia de aquel *Bureau*, se hubiese consagrado a redactar *nouvelles à la main*, y que habiendo tenido éxito, mas no recursos para multiplicarlas, y aumentando con el tiempo el número de pedidos, proyectase presentarlas en forma impresa. Lo cierto es que, en 1631, solicitó de Richelieu licencia para dar a luz cada semana un papel con el rótulo de *Gazette*. El cardenal, que reconoció en la prensa un poder incipiente, merecedor de un desarrollo digno, quiso captarse el apoyo de la opinión pública, llamando al periodismo a que colaborase en su pensamiento. Concedió, pues, la licencia solicitada, a que en 1635 se unió un privilegio real que otorgaba a Teofrasto Renaudot la exclusiva para la publicación de la *Gazette*, y que le permitía perseguir legalmente a cuantos *nouvellistes* se obstinaban en competir con él. Muerto

Richelieu, la *Gazette* obtuvo la aprobación y el apoyo de Mazarino, el cual no solamente dirigía de hecho la publicación, sino que, como su antecesor, escribía en ella, siempre con la idea de aprovechar todas las armas contra los enemigos de Francia. El periódico siguió su camino en medio de los vaivenes políticos, y alcanzó nuestra época sin variación notable.

En 1664, Salo, consejero del Parlamento de París, obtuvo igual privilegio para imprimir un periódico científico, el *Journal des Savants*, que aún existe. En 1672, Vise lo obtuvo también para imprimir un periódico de muy otra índole, el *Mercure Galant*, cuya salida produjo gran revuelo en la corte, y que la gente acogió con agrado. El Gobierno fué el primero en sacar utilidad al *Mercure*, pues, no solamente hacía insertar en la esmirriada hoja todas aquellas noticias y advertencias que juzgaba oportunas, sino que acabó por incautarse de él, so pretesto de proteger con pensiones vitalicias a los literatos.

Estos periódicos, eruditos por sus autores, gubernamentales porque el Gobierno los dictaba en realidad, aunque contengan datos históricos de gran interés para los reinados de Luis XIII y Luis XIV, eran impersonales, y, por tanto, no eran políticos, ni expresión de las contradicciones y luchas de la vida pública en aquellos tiempos. El periodista no hablaba en nombre propio, sino bajo la dirección del Gobierno ó del partido con él identificado. Sólo en los folletos, en la hojas volantes y especialmente en las *Gazettes a la main* (que adquirieron gran boga, sobresaliendo entre ellas las *Mazarinades*, llamadas así del cardenal Mazarino contra quienes se escribieron durante la Fronda, aunque también recibie-

ron tal título las publicadas más tarde en su defensa), las cuestiones políticas se trataron desde el principio en son de guerra. Estas publicaciones infundieron algunos temores a los magistrados, y fueron objeto de las pesquisas de la autoridad. Ejercíase la más estrecha vigilancia en la vida privada y social de los gaceteros. Cualquier ataque a los gobernantes existentes se juzgaba como un crimen contra el Estado. Los gaceteros convictos de haberlo perpetrado eran castigados por la autoridad civil. Campañas como la de Laage (1661) se reprimieron con la mayor severidad: azotes, cinco años de destierro y amenaza de la pena capital en caso de reincidencia. Para la rebeldía periodística, como la de Blanchard (1663), existía la misma pena, que sufrió en el Puente Nuevo, con un cartel al cuello en que se leía: *Gazettier a la main*. Por los años de 1683, Bourdin y Dubois fueron condenados a galeras. Las autoridades civiles de Francia mostraron tener empeño en suprimir semejante clase de escritores, y como no obtuvieran sus primeras tentativas el completo resultado apetecido y que ellas habían esperado, recurrieron, finalmente, a medidas más rigurosas. Sin embargo, los gaceteros prolongaron su existencia hasta la Revolución de 1789, y el desaliento sufrido por la persecución no obstó para que redoblasen sus campañas, las cuales acabaron por convertirse en abyectas y calumniosas invectivas, que tomaban por blanco la vida privada de las reales personas. De esta mácula se vieron siempre libres las gacetas impresas, que, ni aun en lo más fuerte de las guerras de religión, apelaron a la injuria ni al proselitismo. Las *Gazettes a la main*, descendientes de la famosísima y muchas veces reeditada *Satire Me-*

nippée, pertenecen a la historia de la literatura política más que a la del periodismo, y se distinguen, como aquélla, por sus polémicas ardientes y apasionadas. Las gacetas impresas son los primeros periódicos dignos de este título, y su aparición en el primer tercio del siglo XVII señala el punto de partida de la genuina prensa, con su objetividad informativa, su neutralidad política, la impersonalidad de su redacción y la universalidad de sus noticias.

Esta concepción de la prensa era realmente nueva en el mundo. Diarios semejantes a las gacetas europeas se publicaban desde tiempo inmemorial en China, donde, por orden del soberano, se imprimía todos los días la *Gaceta del Imperio*; pero mientras las gacetas chinas sólo se ocupaban de su nación, las de Europa se ocupaban de todo el universo; y aunque con frecuencia divulgaban noticias falsas, suministraban, sin embargo, buenos materiales para la historia, porque de ordinario los errores en que incurría un número de la gaceta, lo rectificaban los números siguientes, y en ellos se encontraban todas las disposiciones auténticas de los soberanos, que ellos mismos mandaban insertar (1). Un cuarto de siglo antes de que la honradez y seriedad informativas de esta clase de periodismo decayesen, vemos a Moliére, en la escena primera de su comedia *La comtesse d' Escarbagnas* (1671), comenzar ya a atribuir irónicamente al futuro «cuarto poder» una fuerza absoluta para regir el proceso entero social, insinuando a la vez, no sin sorna, la universalidad noticierística a que aspiraban sus representantes. He aquí cómo se expresa Moliére:

(1) Voltaire, *Dictionnaire philosophique* (en la palabra *Gazette*).

J' ai été arrêté en chemin par un vieux importun de qualité, qui m'a demandé tout exprés des nouvelles de la cour pour trouver moyen de m' en dire des plus extravagantes qu'on puisse débiter; et c'est lá, comme vous savez, le fléau des petites villes, que ces grands nouvellistes qui cherchent partout oú répandre les contes qu'ils ramassent. Celui-ci m'a montré d'abord deux feuilles de papier pleines jusqu'aux bordes d'un grand fatras de balivernes, qui viennent, m'a-t-il dit, de l'endroit le plus sûr du monde. Ensuite, comme d'une chose fort curieuse, il m'a fait avec un grand mystère une fatigante lecture de toutes les méchantes plaisanteries de la gazette de Hollande, dont il epouse les intérêts. Il tient que la France est battue en ruine par la plume de cet écrivaín, et qu'il ne faut que ce bel esprit pour defaire toutes nos troupes; et de l's'est jeté á corps perdu dans le raisonnement du ministère, dont il remarque tous les defauts, et dont j'ai cru qu'il ne sortirait point. A l'entendre parler, il sait les secrets du cabinet mieux que ceux qui les font. La politique de l' Etat lui laisse voir tous ses desseins; et elle ne fait pas un pas dont il ne penètre les intentions. Il nous apprend les ressorts cachés de tout ce qui se fait, nous découvre les vues de la prudence de nos voisins, et remue á sa fantasíe toutes les affaires de l'Europe. Ses intelligences même s'étendent jurqu'en Afrique et en Asie; et il est informé de tout ce qui s'agite dans le conseil d'en haut du Prête-Jean, et du Grand-Mogol.

Estas críticas no deben considerarse sino como bromas, pues, de hecho, en Alemania, los periódicos de los Fugger contenían regularmente noticias de las diferentes partes de Europa, del Oriente, e igualmente de Persia, de China, del Japón, de América. Al lado de informaciones políticas, se encuentran a menudo relaciones sobre las cosechas y listas de precios, así como comunicaciones que tie-

nen carácter de anuncios y una larga lista de firmas vienesas indicativas del precio a que podían comprarse en Viena las cosas necesarias. Hasta se encuentran juicios literarios sobre obras notables y recientes, y aun se anuncia la representación de una nueva pieza de teatro (1).

Imitando las gacetas políticas, empezaron a imprimirse en Francia en 1665 gacetas literarias: los primeros periódicos de ese género no eran más que sencillos anuncios de los libros nuevos que se imprimían en Europa; pero muy pronto se añadió a los anuncios la crítica razonada de las obras, lo que desagradó a muchos autores criticados, por más que en esta materia no se abusó al principio. Voltaire (2), al ocuparse de las gacetas literarias con las cuales se abrumó al público, que recibía ya muchos periódicos de todos los países de Europa que cultivaban las ciencias, se refiere a las del siglo XVIII, que representan ya la decadencia del género. Así dice: «Esas gacetas aparecieron en París el año 1723 con distintos nombres. La mayoría de ellas se escribieron únicamente para ganar dinero, y como no se adquieren ganancias elogiando a los autores, la sátira constituía ordinariamente el fondo de aquellos escritos. Por otra parte, como se ocupaban con frecuencia de personalidades odiosas, dieron pasto a la malignidad; pero la razón y el buen gusto, que a la larga prevalecen siempre, consiguieron excitar el desprecio y hacerlas caer en el olvido».

Periódico propiamente dicho y con todas las condiciones de tal era también el semanario que en Alemania y en este mismo siglo XVII imprimía el

(1) Bücher, *Etudes d'histoire et d'économie politique*, 200.
(2) *Dictionnaire philosophique* (en la palabra *Gazette*).

librero Carolus. En la colección, que todavía se conserva, del mes de Enero de 1609, dice el editor que continúa su publicación como en los años anteriores, lo cual prueba que el periódico empezó antes de esa fecha. Poco después de 1609, apareció en Francfort otro periódico semanal, editado por otro librero, Emmen, a quien el maestro de correos de aquella ciudad demandó por el perjuicio que causaba a los *Neue Zeitungen* la publicación de dicho periódico, con menoscabo del privilegio imperial que tenían los maestros de correos. Aun cuando no se sabe el resultado del litigio, no debió ser favorable a los maestros, toda vez que los periódicos siguieron publicándose, y aparecieron otros varios, alguno de los cuales, que empezó su vida editorial en 1620, continúa todavía (1).

¿Cabrá decir lo propio de las *News* que, desde 1619, empezó a dar a luz en Inglaterra el impresor Newberry? Pienso que no, dado que les faltaba, para merecer el nombre de periódicos, día fijo de publicación. Sin embargo, este requisito lo llenó, tres años después, una hoja de noticias hebdomadarias, editada por diversos impresores, y cuyo radio de acción abarcaba todos los pueblos del continente. Ya en 1611, Butter había iniciado el procedimiento de imprimir, en hojas en cuarto y sobre basto papel, las noticias que hasta entonces se habían escrito, extendiendo a la gran masa lo que hasta entonces sabían sólo unas cuantas personas curiosas e interesadas en conocer los sucesos del día. Como sus similares de Alemania, esas hojas traían noticias de toda Europa, menos de la misma Inglaterra. El comentario estaba prohibido, y aun así no todas

(1) Fuensanta del Valle, *Historia del periódico político*, 15

las noticias las dejaba pasar la censura. Butter se quejó varias veces de esta excesiva suspicacia gubernamental, que alteraba o empequeñecía su información del extranjero.

La revolución que en el reinado de Carlos I tuvo lugar en Inglaterra, trajo consigo la abolición de la Cámara Estrellada, corte especial para los asuntos de justicia que tenía su residencia en el palacio de Westminster, que había tomado de la palabra hebrea *star*, su nombre de *star room*, y que era el único tribunal a que podían apelar los judíos desde el tiempo de los reyes normandos (1). Esa Cámara había sostenido una lucha tan cruel como inútil contra los libelistas y folletistas que atacaban, sin desanimarse por los suplicios más crueles, mutilaciones bárbaras, destierros y confiscaciones, al rey y al Gobierno (2). El primer efecto de semejante supresión fué un renacimiento poderoso del periodismo, que así en cantidad como en calidad de órganos llegó a adquirir importancia suma.

Se comprende muy bien que, desde el momento en que la vida periodística inglesa tomó incremento político, la prensa viniese a ser una tierra de promisión para los hombres cultos y hábiles, ansiosos de alcanzar nombre y riqueza. Por ello, en aquella época verdaderamente individualista, en que los negocios de consideración no tropezaban con los viejos obstáculos sociales, los periodistas ingleses aprovecharon la ocasión que se les presentaba de alcanzar posición y fortuna. Sólo así, por ejemplo, pudo verse que el dueño o editor de *The Postman* se encontrase en poco tiempo rodeado de una fama y boga

(1) Véase a Green, *Short History of the English People*, II, v.
(2) Fuensanta del Valle, *Historia del periódico político*, 19.

extraordinarias, y que llegase a sacar de su periódico 600 libras anuales, cantidad en aquel siglo de mucho momento. El acérrimo realista Birkenhead, director de *The Mercurius of Cour*, ejerció sobre el público tradicionalista de Inglaterra una influencia extraordinariamente grande, que hay que atribuir sobre todo a la seriedad y cultura de su estilo. Bajo la Restauración, sus servicios a la causa de la monarquía fueron premiados con altos cargos y honores. El entusiasta demócrata Marchamont Nedhan, universitario como Birkenhead, hombre de linajuda familia, genuino representante del partido liberal inglés *(whig)* con vistas a la revolución, iba arrastrado, más allá de lo que la continencia británica permitía, por el ímpetu de la juventud. El deseo de propagar sus ideas le llevó a fundar en 1643 *The Bitiish Mercure*. Sus palabras eran otros tantos oráculos. «Todo lo que Marchamont Nedhan decía o escribía, lo miraban sus partidarios como palabra de Evangelio»: esto afirmaba un escritor, enemigo político suyo. Hecho prisionero por los realistas, estuvo a punto de ser ejecutado, pero el rey le perdonó, y él, agradecido, fundó *The Pragmatic Mercure*, donde defendió el ideal monárquico con el mismo ardor que antes había puesto en defender el ideal democrático. Habiendo cambiado las cosas con el triunfo de los revolucionarios, éstos se apoderaron de él, y nuevamente se vió expuesto a perder la vida, que salvó gracias a altas protecciones. Entonces, mudando de casaca por tercera vez, comenzó la publicación de *The Political Mercure*, que redactó durante diez años bajo la protección de Cromwel, y que se convirtió en el periódico inglés de más prestancia. La Restauración no le impuso otro castigo

que el quitarle la propiedad de su periódico, y opulento y respetado vivió hasta 1678, sin que, a pesar de sus esfuerzos, el último *Mercurius* acertase a ser auxiliar de su obra, que él consideraba la de Inglaterra.

Volvamos sobre nuestros pasos. Después de lo dicho, es indudable que la tercera aserción de Pérez de Guzmán de que sin imprenta no hay periodismo, carece de base sólida. No cabe duda que la imprenta es el órgano superior y enteramente desarrollado del periodismo; pero así como los biólogos admiten y prueban la existencia de «organismos sin órganos» y explican desde el punto de vista evolucionista la existencia de «órganos rudimentarios», los sociólogos saben distinguir una institución perfeccionada de sus gérmenes primitivos. Hemos visto que precisamente en la época de la coexistencia del periódico escrito a mano y del período impreso, el primero, verdadero «órgano rudimentario» de la prensa, era, a lo menos políticamente, *más periódico* que el segundo. Nos sería fácil ver, extremando las cosas, que existieron, antes de la organización regular de la prensa, muchos «periodistas sin periódico», vale decir, muchos cronistas expontáneos, historiadores de la actualidad y comentaristas del momento, a quienes hay que recurrir hoy para conocer con precisión el ambiente de épocas pasadas. Contrayéndome a nuestra nación, daré dos solos ejemplos: el del humanista lombardo Pedro Mártir de Angleria, agregado al séquito de los Reyes Católicos, y el de Barrionuevo, periodista, a su modo, del siglo XVII, que comunicaba por cartas, a un deán de Zaragoza, cuanto veía y le contaban en la corte de Felipe IV. La condición que a nosotros

más puede interesarnos en las figuras de ambos escritores es aquella que nos les presenta como una especie de precursores del periodista moderno. Un investigador español, García Mercadal (1), que se ha asomado a estas cuestiones, ha podido asegurar, con conocimiento de causa, que «Pedro Mártir de Angleria fué un ingenio italiano que acreditó su observación: gran conocedor de los hombres, sus juicios reflejan la impresión del instante en que se producen. Fué un periodista de un tiempo en que no había periódicos, escribiendo los 812 números de sus *Opus Epistolarum* (2) y sus ocho *Décadas de orbe novó*, complaciéndose en la amenidad, y entreteniéndose en lo pintoresco, sin cuidar mucho el estilo y sin temer gran cosa a las rectificaciones. Un poco jactancioso (como buen periodista), señálase por sí mismo su puesto en la historia del humanismo español, aseverando haber mamado la leche de su doctrina casi todos los próceres castellanos». En este mismo aspecto de periodista nos lo da a conocer el ilustre polígrafo Menéndez Pelayo (3), cuando escribe lo que sigue: «Mientras otros latinistas se esforzaban en renovar las formas clásicas de la historia y vestir con la toga y el laticlavio

---

(1) *España vista por los extranjeros*, II, 65. Compárese con Torres Asensio, (*Fuentes históricas sobre Colón y América de Pedro Mártir de Angleria*, prólogo, 44) y con Remiro (*Documentos árabes de la corte Nazari de Granada*, 28).

(2) En la biblioteca de la Academia de la Historia se conserva un manuscrito de Fray José de la Canal, en donde aparecen traducidas al español 60 cartas de las escritas por Pedro Mártir de Angleria, las referentes al proceso de las Comunidades castellanas, cartas que constituyen algo muy interesante para apreciar el estado de nuestro país y cómo fué en él desarrollándose aquel movimiento popular y anticesarista

(3) *Antología de poetas líricos castellanos*, VI, introducción, 182.

a los héroes contemporáneos, él escribía día por día, en una latinidad muy abigarrada y pintoresca, llena de chistosos neologismos, cuanto pasaba a su lado, cuantos chistes y murmuraciones oía, dando con todo ello incesante pasto a su curiosidad siempre despierta y a la de sus amigos italianos y españoles. Tenía para su oficio la gran cualidad de interesarse por todo y no tomar excesivo interés por ninguna cosa, con lo cual podía pasar sin esfuerzo de un asunto a otro, y dictar las cartas mientras le preparaban el almuerzo. Acostumbrado a tomar la vida como un espectáculo curioso, gozó ampliamente de cuantos portentos le brindaba aquella edad, sin igual en la historia, y estuvo siempre colocado en las mejores condiciones para verlo y comprenderlo todo, lo mismo la guerra de Granada que la revuelta de las Comunidades...» En cuanto a Barrionuevo, debe afirmarse, desde el punto de vista periodístico, que no existe colección histórica alguna, por razones de varia índole, comparable en interés y valor a la serie de sus *Avisos*. Puede leerse en Fuente (1) una exposición detallada de las noticias más importantes que en ellos se contienen. De la veracidad del autor no es posible dudar, porque bebía en buenas fuentes, según él mismo dice en una de sus cartas al deán: «Cada día que vengo de palacio traigo recogidas todas las novedades que hay, escribiéndolas luego; con que al cabo de la semana vengo a hallarme con la carta escrita para vuestra merced, y se me pasan pocas cosas por alto...» El bueno de Barrionuevo parece que de intento coloca unas noticias tras otras. Flandes está en peligro... El rey ha comprado una góndola do-

(1) *Reyes, favoritas y validos*, 128, 135.

rada de coste de 30.000 ducados... Italia se pierde... Ayer mató el rey tres corzos... En Madrid muere la gente por ayuno forzoso... Diéronse toros y cañas en el Buen Retiro... Era una manera indirecta y soslayada de emitir sobre la corte opiniones cruelísimas y tanto más notables, cuanto que la oficiosidad, el despejo y la cultura de Barrionuevo le proporcionaban excelentes elementos de información, que integraban un juicio muy imparcial de los acontecimientos.

A punto viene aquí, ya que hablo de «periodismo sin periódicos», una disertación aclaratoria donde se consigne el límite de la importancia que debe señalarse a la imprenta considerada como órgano del periodismo. Y el disertante va a ser el propio Pérez de Guzmán (1), a quien cedo gustoso la palabra, para oirle reconocer que, para que el periodismo naciese, en su forma definitiva, no bastaba la imprenta: fué preciso que «con la imprenta coincidiese el establecimiento y la determinación de las modernas nacionalidades de Europa, las conquistas de la geografía en Africa por los portugueses y en América por los españoles, las luchas del equilibrio y los primeros asomos del derecho de gentes, que no surge, como quieren Wheaton y otros tratadistas, de la paz de Westphalia y el principio de la preponderancia francesa en el continente, sino de las guerras de los reyes de Aragón en Italia contra las dilataciones del poder de los de Francia, de la aproximación de los pueblos más distantes bajo soberanías comunes, como la de España, que, con la posesión de Nápoles y

(1) *Cuándo y quién fué el fundador del periodismo en España* (en *La España Moderna* de Abril de 1902.)

Sicilia y la administración de los feudos patrimoniales de Holanda y Flandes, quedó sometida con Alemania a un mismo imperio, y, por último, del mantenimiento de grandes y lejanas colonias y de grandes y movibles ejércitos extraterritoriales, como la encarnación de la soberanía imperial en el monarca de España, y el establecimiento de grandes imperios cristianos en el Nuevo Mundo, lo que hizo sentir la necesidad irresistible de estas comunicaciones periódicas y frecuentes entre los diversos súbditos de nuestra corona que guarnecían todas las fronteras de Africa, desde el Estrecho de Hércules hasta los linderos de Egipto, dominaban enteramente las dos penínsulas más importantes del Mediterráneo, abrían los ignotos caminos del Océano para civilizar un mundo nuevo, salvaje y virgen, descubrían el mar del Sur y el paso angosto y tormentoso que con él se comunica, y, surcando la solitaria extensión de sus aguas agitadas, remontaban hasta los últimos términos del mar de la China, y se engolfaban en los dispersos archipiélagos del mar boreal. ¿Qué nación de Europa podía sentir la urgente necesidad de un instrumento generalizador de comunicación universal y frecuente con que sostener la armonía de los sucesos humanos, como la España del siglo XVI, que los agitó y los dirigió todos, teniendo para ello diseminados tantos millones de sus hijos, miembros desgarrados del tronco de otras tantas familias españolas, por la extraordinaria extensión de territorios en todos los términos del planeta donde dominaba nuestro cetro, combatía nuestra espada y llevaba en sus alas nuestro pensamiento el impulso vital de todo el movimiento de la civilización? Si el periodismo se

incubó en manifestaciones parciales y progresivas de los elementos que hoy lo constituyen en la varia y suprema plenitud de sus facultades, fuerza es confesar que ninguna nación, como España, pudo ser y fué, en efecto, la primera impulsora de aquel instrumento que se dibujaba en el horizonte de su cuna, lleno de la vitalidad que posterior y consecutivamente fué adquiriendo, y que adquiere cada día sin límites ni descanso.»

Así discurre este sabio, a quien perdonemos por ahora que olvide que no fuímos los primeros en el periódico; pero concédanle los amigos de la cultura patria que razona concluyentemente contra los que nos han tratado con desdén u olvido injustificado en este punto. Las gacetas oficiales de Suecia y de Holanda, fundadas en 1644 y 1656 son los únicos periódicos de este género anteriores al nuestro (1661), toda vez que la gaceta de Londres apareció en 1665 (1). Nuestra *Gaceta Nueva*, esta vieja y simpática hoja, bisabuela de todas las lenguas de papel que llenan hoy la corte, tenía cuatro hojas en cuarto de lectura, y se componía de noticias,

(1) El fundador de *The London Gazette*, que desde 1665 llega hasta nuestros días, fué Muddiman, hombre poco amigo de controversias y que no dejó odios. «Se conformaba con dar bien sus noticias, y pronto disfrutó del privilegio del correo gratuito para él y para todo el que quisiera enviarle informaciones: de él data la *tribuna pública*. Sus cartas de noticias, no sometidas a la censura del periódico, circulaban libremente dentro de cierta esfera social, y servían de complemento a las informaciones de la *Gazette*. Esta, erigida en institución permanente, vino a sustituir a los numerosos *diurnalls* suprimidos por Cromwell, y contribuyó en mucho para devolver su crédito al oficio. Antes de cerrarse el siglo, se declara la libertad de imprenta, y con ella empieza el periodismo moderno». Reyes, *Los orígenes del periodismo inglés* (en *El Sol* de 7 de Febrero de 1918).

así políticas como militares, referentes a la mayor parte de Europa. Aun cuando con varias interrupciones y cambios de título, ha llegado hasta nosotros sin variante de gran cuantía en la presentación editorial (1). En 1667, las gacetas eran semanales y salían a luz, sin nombre de impresor, todos los sábados. En 1678, las editaba Villa-Diego, impresor de la Real Casa. En 1680, se mandó de orden superior que *no se imprimiesen ni se publicasen más gacetas*, y toda nuestra literatura periodística, ya bien precaria, quedó reducida a una multitud de *Relaciones, Sumarios, Sucesos* y otros papeles con diferentes títulos, que no eran más que una especie de inventario de noticias, reunidas en un pliego suelto, sin que unas se sucedieran a las otras, sino publicadas en distintas partes y careciendo muchas del lugar y año de la impresión (2).

---

(1) Consúltese a Hartzenbusch, *Apuntes para un catálogo de periódicos madrileños desde el año 1661 al 1870* (obra premiada por la Biblioteca Nacional en el concurso público de 1873 e impresa a expensas del Estado en 1894). Véase también a Pérez de Guzmán, *Catálogo de ilustres periodistas españoles desde el siglo XVII* (publicado por Frontaura en el *Almanaque de «La Ilustración» para 1876)*. La primera edición del libro de Hartzenbusch es de 1876, y lleva por título *Periódicos de Madrid (tabla cronológica de los incluidos en la obra premiada por la Biblioteca Nacional en el concurso público de 1873)*. El autor publicó este librito, en la fecha citada, por su cuenta y a su costa, en atención a ser varias las memorias premiadas por la Biblioteca Nacional con anterioridad a la suya, y que se hallaban sin imprimir, con derecho a serlo.

(2) Fuensanta del Valle, *Historia del periódico político*, 40. Inspiradas en éstas y otras relaciones semejantes, que habían empezado a publicarse también en otras varias partes del continente, estaban las relaciones impresas que en Inglaterra comenzaron a circular por 1622 con los títulos de *novetas* y *corantos*. «Así las de Archer y Bourne, las cuales no llevaban ningún nombre o enseña especial, porque el nombre sólo aparecía con la competencia, para distinguir unas publicaciones de otras.» Reyes, *Los orígenes del periodismo inglés* (en *El Sol* de 7 de Febrero de 1918).

No está representada España antes del siglo XVIII en los anales del periodismo impreso por una cadena de escritores como los que ennoblecieron la prensa de Inglaterra; pero las raras veces que en aquella época suena la voz de sus noticieristas, es siempre para empeños graves y singulares, con todas las pretensiones de un comentario editorial y hasta en ocasiones de una interpretación ideológica. ¡Qué diferencia entre nuestras primeras producciones gacetarias y los *corantos* británicos, que por lo común no eran otra cosa que traducciones de las noticias europeas! Yo los disculpo, pero no los aplaudo. ¿Quién dudará que es mejor escribir como los ecuánimes redactores de la *Gazeta nveva de los sucessos políticos y militares de la mayor parte de la Europa* (1662), de la *Gazeta ordinaria de Madrid* (1667 a 1680), de la *Gazeta general de Europa, Assia y América* (1683) (1), de la *Gazeta general del Norte, Italia y otras partes* (1684) (2), de la *Relación histórica de la liga sagrada contra los turcos* (1685 a 1689), de las *Noticias ordinarias del Norte, Italia, España y otras partes* (1690 a 1696), de las *Noticias ordinarias del Norte, Italia y otras partes* (1697) (3) y de la *Gazeta de Madrid* (1698

(1) Noticias verídicas de los sucesos del Norte, que también se publicaban con el nombre de *Nuevas ordinarias* o *extraordinarias, Nuevas singulares, Carta* o bien *Relación* de algún suceso histórico notable de entonces. Véase a Hartzenbusch, *Apuntes*, 303.

(2) Nuevas singulares, que a veces salían con el título de *Noticias singulares, Nuevas grandiosas* o *Relación* de algún hecho notable. Véase a Hartzenbusch, *Apuntes*, 303.

(3) Desde el segundo número se tituló *Gaceta de Madrid*. Véase a Hartzenbusch, *Apuntes*, 303.

a 1734) (1), que no como lo hacían los apasionados redactores de aquellos *diurnalls* (substitutos de los *corantos*) (2) o semanarios de noticias, que se compraban por algo menos de dos reales, y que, aunque se les llamaba *libros*, sólo constaban de 16 páginas? Entre los nombres que solían adoptar, abunda el de *Mercurio*, y así hubo *The Candid Mercury, The Aulic Mercury, The Academic Mercury, The Warlike Mercury, The Classical Mercury, The Pragmatic Mercury, The Melancholic, The Dogmatic, The Mad*, y hasta alguno en lengua francesa como *Le Mercure Anglois*. La mera consideración de estos títulos dislocados y el hecho de que también salieran a luz algunos *Anti-Mercurios* (3), prueban bien significativamente el contraste entre la exagerada y polémica prensa británica del siglo XVII y la prudente y objetiva prensa española del mismo siglo. Y ya que, cuando se habla del periodismo, se alude siempre, *in mente*, como a un prototipo, al periodismo de lengua inglesa (4), no será mal dejar establecido que el de los comienzos no resiste la comparación con el coetáneo de lengua castellana. Los primeros folicularios españoles, aun los de menor cuantía, jamás perdieron el respeto debido a su pluma y a su público, y sus infor-

---

(1) Véase el apéndice C.

(2) Los *corantos* quedaron definitivamente prohibidos por los años de 1641 a 1642. Véase a Reyes, *Los orígenes del periodismo inglés* (en *El Sol* de 7 de Febrero de 1918).

(3) Véase a Reyes, *Los orígenes del periodismo inglés* (en *El Sol* de 7 de Febrero de 1918).

(4) Véase a Reyes, *Los orígenes del periodismo inglés* (en *El Sol* de 7 de Febrero de 1918).

maciones pueden aún pasar por modelos de consistencia, de nobleza y de imparcialidad (1).

Pero todos los foliculiarios y gaceteros de segundo orden fueron eclipsados por el genio del sevillano Almansa de Mendoza, cuyo lugar colocan los historiadores entre los *cronistas* verdaderos, haciendo arrancar de su labor crítica e informativa la tradición real de la prensa española. A no haber sido por él, el siglo XVII hubiera pasado sin que produjese España un periodista de primer orden, y sus descubridores y apologistas, Gayangos y Sancho Rayón, deducen de los principales hechos de su vida, desde 1615 hasta 1626, que en este tiempo hay que fijar, con documentos patentes de confirmación, el origen histórico del periodismo en nuestra patria (2). Almansa de Mendoza estuvo en la corte con encargo de dar noticias de lo que en ella sucedía a varias personas: así vemos que en la relación dedicada al condestable de Navarra, y que titula *Gaceta de tres meses*, la llama de tal modo, por haber tardado ese tiempo en escribirla, ocupado como estaba en comunicar noticias a otras personas; en la dirigida a Paulo Grao también se discul-

(1) Las personas que quieran encontrar explicados al detalle una multitud de puntos sobre los cuales he tenido que ser muy sucinto, pueden procurarse y consultar las obras de Sentil, *Revues littéraires d'Espagne.* Catalina, *Ensayo de una tipografía complutense.* Pérez Pastor, *La imprenta en Toledo.* Ossorio Bernard, *Diccionario de periodistas españoles.* Campo, *Monografía de la prensa periodística de España* (publicada en *Los Sucesos* de Julio y Agosto de 1868, y que comprende sólo las letras A y B). El excelente artículo aparecido en un suplemento a *The Times* (10 Septiembre 1912) tiene un interés inmediato para la historia de la imprenta y de la prensa en general.

(2) Pérez de Guzmán, *Cuándo y quién fué el fundador del periodismo en España* (en *La España Moderna* de Abril de 1902).

pa de la tardanza en escribirle, por estar abrumado de relaciones de fiestas; y en la que escribe al duque de Medina Sidonia, da claramente a entender que le tenía al corriente de las noticias de la corte, puesto que la carta es continuación de las que acostumbraba a dirigirle (1). Debía tener Almansa de Mendoza muchas y muy buenas relaciones con la gente palaciega, y aun quizá debía ejercer algún oficio en la servidumbre de la Real Cámara y familia, pues sólo a este título se justifica su constante concurrencia desde 1617 en todas las jornadas de la corte (2). Según opinión reciente, que no parece haya motivo bastante para rechazar, pudieron ser suyas, desde 1615, la primera, segunda y tercera *Relación de los felicísimos casamientos de los reyes y príncipes de España y Francia.* El *Discurso contrapuesto al de Pedro Mantuano sobre la jornada de Francia, dado a los Consejos Reales de Estado y Gobierno,* ocupa un lugar intermedio entre la crítica histórica y la periodística. Esta última hállase propiamente representada por las *Relaciones,* pero de una manera más jugosa y precisa por la serie que en 1621 empezó a dar a luz con el título de *Cartas de un señor de esta corte a un su amigo,* o *de un caballero de esta corte a un su amigo,* o *Cartas de novedades políticas de la corte y avisos recibidos de otras partes,* o simplemente *Sumario de las nuevas de la corte,* colección que llega desde el citado año hasta comienzos de 1626, y a la que sólo falta, para que pudiésemos llamarla el primer periódico español, un título constante y día fijo de

(1) Fuensanta del Valle, *Historia del periódico político,* 37.

(2) Pérez de Guzmán, *Cuándo y quién fué el fundador del periodismo en España* (en *La España Moderna* de Abril de 1902).

publicación (1). Fuera de ésto, al leer la mayor parte de esas cartas, creemos estar leyendo alguno de los periódicos que alcanzaron mayor circulación a fines de aquel siglo, pues nada hay que pudiera excitar la curiosidad, ni asunto de interés supremo en la política general y en la sociedad española, que no tenga su determinación particular en aquella especie de *artículos de fondo* y *crónicas del día* del periodista ilustre. Algunas de las observaciones sueltas y raciocinios de Almansa de Mendoza revelan gran sutileza y talento de observación, deformados por su persistente decisión de pensar reservadamente y hasta mal de la corte considerada como un todo (2), aunque se muestre amistoso y a menudo afectuosamente dispuesto hacia cada uno de sus individuos. Sus *Relaciones* son las de un completo periodista, y los asuntos que en ellas se de-

(1) Fuensanta del Valle, *Historia del periódico político*, 38.

(2) Juzgando a la luz que parece arrojar la edición americana (de Lima) del *Sumario de las nuevas de la corte y principios del nuevo Gobierno de la Católica Majestad del rey don Felipe IV, nuestro señor*, Almansa de Mendoza, cuando escribía lo que en Madrid no podía publicar, era menos optimista y más severo en sus juicios sobre la gente palaciega, aun tratándose de personajes tan prestantes como el secretario Vivanco y el almirante de Castilla. En aquel *Sumario*, Almansa de Mendoza asegura, en efecto, que Felipe IV había advertido al secretario Vivanco: «Don Bernabé, diez años ha que andais amancebado, y por vida vuestra que os vais a la mano y os enmendeis, de suerte que yo lo entienda, no sea esto causa que desdoreis vuestros servicios, y me obligueis que os envíe a decir lo que tengo determinado si no os enmendais», y al almirante de Castilla: «Por vida vuestra que lo pasado sea pasado, y que os enmendeis, y no me digan de vos lo que se dice en la corte, ni andeis en compañías que os estorben entrar en palacio», con lo que (añade el periodista) se enmendó de manera, que «luego echó de su casa a todas las comediantas y demás gentecilla que la ocupaban, y vive tan solamen-

sarrollan son generalmente de mayor importancia que los de las *Cartas*. Estas resultan frecuentemente muy patéticas en sus referencias a la miserable situación de España, lo cual puede excusar la frecuente falta de sinceridad de algunas *Relaciones*, demasiado optimistas en el exponer los elementos nacionales con que los gobernantes de entonces se proponían reconstruir el edificio del Imperio Español, que por todas partes se hallaba acribillado de goteras. En conjunto, sus defectos y sus cualidades bastan para hacerle la más viva representación periodística de la España de su época, superior fugitivamente a la España del período inmediatamente anterior en cuanto se había despertado a la conciencia de su abyecta condición moral y política, pero poco robusta ya para luchar por su redención social y económica.

Los periodistas ingleses del siglo XVII a quienes más se parece Almansa de Mendoza, son Chamberlain y Pecke. La labor de Chamberlain, corresponsal de Dudley Carleton, que era embajador del rey Jacobo I, tiene notoria semejanza con la del abuelo simbólico de los periodistas españoles, en cuanto sus cartas ofrecen una revista completa de la sociedad británica y de la vida londinense a principios del siglo XVII, en todas sus clases, condiciones y jerarquías, así de clérigos como de lai-

---

te en compañía de su mujer, que lo deseaba había mucho.» Fuensanta del Valle (*Historia del periódico político*, 39), observa, con acierto, que estas noticias, por referirse a personas de la importancia social y política de Vivanco y el almirante de Castilla, habrían dado lugar a que el autor de ellas sufriese alguna contrariedad, si hubieran sido publicadas en donde aquellos personajes residían.

cos (1). En Pecke, esa revista es más objetivamente expositiva, y coincide con Almansa de Mendoza en que las noticias que publicaba eran genuinamente nacionales, lo cual implicaba una organización totalmente nueva y completamente distinta de los antiguos *corantos* traducidos. También coincide con Almansa de Mendoza en la honradez e imparcialidad de las informaciones. Desde su modesto puestecillo del pórtico de Westmînter dió tanto brillo al noticierismo inglés como al español Almansa de Mendoza desde los centros aristocráticos en que actuó constantemente.

Para terminar, no vacilo en repetir, aunque sea enfrente de adversario tan temible por lo erudito y especialista como Pérez de Guzmán, que es erróneo no admitir otro periodismo propiamente dicho que el periodismo impreso. Yo entiendo el periodismo de un modo más amplio: para mí, el que floreció en el siglo XVIII, no fué más que el remate y feliz complemento de la labor noticierística llevada a cabo en el mundo europeo durante las dos centurias anteriores: para mí, se puede llamar periodismo aun al de los más remotos orígenes, aquel que ni se valía de la imprenta, ni siquiera era público. A la indicada labor contribuyeron por igual las muestras epistolares de un género periodístico que en la Gran Bretaña se confunde con los albores de la literatura política moderna, y los romances posteriores que en la misma nación se imprimían y en los que se daba cuenta de los

(1) «Como Chamberlain, había otros privados, escogidos entre la gente de letras, y cuya misión era tener a los gobernantes al tanto de los sucesos y rumores». Reyes, *Los orígenes del periodismo inglés* (en *El Sol* de 7 de Febrero de 1918).

últimos acontecimientos patéticos. El argumento Aquiles de Pérez de Guzmán es que, para la existencia del periódico, no basta la comunicación, sinó que se requiere asimismo la publicidad o extensividad en la comunicación, principalmente en el orden político; pero ¿quién no ve que no sólo los gobernantes, mas también los simples mortales, se han interesado en todo tiempo por las noticias? En rigor, la cuestión de la publicidad importa poco, pues una vez admitido que, en los orígenes del periodismo, se reflejan las vicisitudes postales de la época, de alguna manera hemos de designar esta armonía entre las necesidades y los medios de comunicación. Reyes, el ilustre redactor de *El Sol*, en su estudio sobre *Los orígenes del periodismo inglés* (7 Febrero 1918) (que es el más reciente ensayo relativo a nuestro asunto), llama a boca llena «verdadero embrión del periodismo» a la efervescencia epistolar *(cartas de noticias, cartas de inteligencia)* que en la Gran Bretaña se produjo en torno a los grandes hechos de armas, como la victoria de los ingleses sobre los franceses en Azincourt, en 1415. ¡Y se pretende negar el título de prensa a aquellos de sus *órganos* británicos del siglo XVII, en que aparecen ya las principales *funciones* del periódico, pues, como advierte el autor citado, hay el noticiero, hay el corresponsal de guerra, y ni aun falta el precursor de nuestro moderno editorialista, el cual a menudo escribe en verso! Verdad es que esos *libros* estaban sometidos a la censura y llenos de deficiencias, que únicamente se suplían merced a las *cartas de noticias* llegadas por el mismo correo; pero ¿no sucede lo propio en la actualidad? ¿No afirmó hace

cerca de un siglo Donoso Cortés que desde que había papeles públicos ocurría el extraño caso de que los sucesos privados fueran conocidos por los papeles públicos y la verdad de los sucesos públicos sólo se conociera por los papeles privados o por las cartas particulares? ¿No repitió Balmes lo mismo en *El criterio*, observando que, ni con respecto a las personas, ni con respecto a las cosas, los periódicos lo dicen todo, ni con mucho, ni siquiera aquello que saben bien los redactores, aun en los países más libres?... Hasta en política no es verdad que los periódicos lo digan todo. ¿Quién ignora cuánto distan por lo común las opiniones que se cambian en amistosa conversación de lo que se expresa por escrito?... Por independientes y originales que sean las manifestaciones modernas del periodismo impreso, no cabe dudar que el factor que las produjo es descendiente directo de otro periodismo anterior, dentro del cual, y no en sí mismo, tiene su razón social.



CAPÍTULO V

EL PERIODISMO EN EL SIGLO XVIII

SE ha sostenido por varios escritores franceses y alguno español que el periódico político tuvo su origen en Europa con la Revolución de 1789; pero ya se ha visto que en Inglaterra, desde la época del Parlamento Largo y de la Revolución de 1649, los periódicos empezaron a debatir las cuestiones de la política diaria y a servirse de la prensa para propagar las ideas de un partido. Aunque más tarde, los Paises Bajos y una parte de las ciudades alemanas adoptaron el mismo régimen periodístico, que en Francia no apareció hasta la época de su gran Revolución, y que en los demás Estados no empezó a consolidarse hasta ya entrado el siglo XIX. La transformación de los periódicos, de simples *noticieros*, en soportes y guías de la opinión pública y armas manejadas por los partidos políticos, es obra genuinamente inglesa y que remonta a los comienzos del siglo XVIII.

Hablando del periodismo en este siglo, y después de consignar que el ministerio revisaba siempre las gacetas de Francia, y por eso los autores empleaban fórmulas decorosas y no olvidaban que

hablaban en nombre del rey, Voltaire (1) añadía que si los papeles públicos de su patria jamás fueron manchados por la maledicencia y se escribieron de continuo con corrección, no sucedía lo mismo con las gacetas extranjeras, especialmente con las de Londres, en las que (exceptuando las de la corte) se insertaban algunas indecencias que la libertad de la nación autorizaba. En esta observación de Voltaire, la sentencia que tiene gozar entonces la prensa inglesa de libertad excesiva, ha de repudiarse como destituída de sólido fundamento, sin por eso ser notada de absurda. A los ingleses se les ensanchó el ánimo, convertida su respetuosidad en bravura, cuando vieron que se les entraba por las puertas el periódico político (1703), desde donde las preocupaciones nacionales y el afán de las controversias literarias, morales y religiosas, transcendían aun a las clases medias y a los campos. (2) Los cultivadores del periodismo *(essayists)* eran mirados como apóstoles de la opinión nacional. El primero de todos en el orden cronológico, fué Buckley, quien, en 1702, imprimió y redactó el primer periódico diario de Inglaterra, con el título de *Daily Courant*. Pero el que mayor celebridad alcanzó en su tiempo, fué Addison (1672 a 1719), fundador de *The Spectator*, distinguido escolar de la Universidad de Oxford, diputado, secretario de Estado más tarde, y que puso su pluma al servicio del partido *whig*. Apareció *The Spectator* diariamente desde el 1 de Marzo de 1711 hasta el 16 de Diciembre de

(1) *Dictionnaire philosophique* (en la palabra *Gazette.*)

(2) Léase a Sevrette *(Chefs-d'oeure de la littêrature anglaise*, 130) y a Pauthier *(Histoire littéraire*, 362). Véase también mi *Historia general de la literatura*, 300.

1712, en calidad de continuación (masculinizada) de *The Thatler*, de Steele, donde la prosa cotidiana alcanzó una cristalización clásica, y que, habiendo nacido en 1709, murió en 1711. Se publicaron 555 números seguidos: de Addison, 274; de Steele, 236. Reapareció lunes, miércoles y viernes, en 1714, sólo con Addison. Al finalizar el año, murió. Los historiadores de la literatura inglesa dicen, por tal causa, al hablar de Steele y de Addison, que tres años y ocho meses bastaron para crear la forma definitiva del *essay* británico. Aparecía *The Spectator* en folio único, sobre una simple hoja de papel, hoy rara curiosidad bibliográfica; mas se ha coleccionado en pequeños volúmenes en octavo menor, de que es el mejor ejemplo la edición Aitken (Londres, Routledge, sin año.) (1) Allí, el gran ensayista y poeta «derramaba, gota a gota, todo el fino humorismo de su espíritu, con sencillez de rústica fuente. Son, a veces, asuntos de actualidad, que dan pretexto a disertaciones amenas de pequeña filosofía y fácil moral, y otras veces son críticas literarias y sociales. Pero todo ello sin afectación, llanamente. Cada número se encabeza con unos versos clásicos, generalmente de Horacio o de Virgilio. Luego, sigue la charla amena, a estilo de la moderna *crónica*. En el primero, hace su retrato moral; en el segun-

(1) Saldaña, *«El Espectador» de Ortega Gasset* (en la *Revista Crítica*, 1916, II, IV.) Este crítico considera que el libro de Ortega Gasset, que es, aunque lo rechaza, una revista, debe mirarse como hermano gemelo del de Addison, apuntando hasta el detalle de que *El Espectador* aparece en el mismo *formato* que *The Spectator* en la edición Aitken. En todo caso, no deja de ser censurable que el joven pensador se haya apropiado hoy en España el título, sin dedicar siquiera un cariñoso recuerdo al crítico inglés.

do, el de sus amigos; y en los siguientes, se leen curiosas descripciones ideales *(lucubrations)* y reales. Asi, burla, burlando, en tono de fumador de pipa, aparecen la *histoira de Eudosio y Leontina*, la *visión de Merrah* y la reseña sobre el rey de la India en Londres, sin contar los bellos ensayos de Steele y las contribuciones de otros ingenios, pues. *Non fumum ex fulgore, sed ex fumo dare lucem cogitat* (1) fué el lema del primer número, sentido de todos. En 1725, Marivaux dió a luz el *Spectatour Français*, pobre imitación de *The Spectator*, de Addison. Aquí, el ingenio parodia al *humour* y el alambicamiento a la elegancia. Marivaux redacta su publicación en forma de supuestas cartas, algunas (preciso es decirlo) extremadamente exquisitas; prismas donde se reflejan las costumbres, virtudes y vicios cortesanos, y las ideas; crítica moral y literaria a un tiempo. Actualmente se publica en Londres otro *Spectator*, revista de sociología y literatura, que aparece los sábados, en casa de los señores *Smith and Son*» (2).

La enorme influencia de Addison no puede explicarse sino por el estado moral e intelectual en que se encontraba entonces Inglaterra. «Después de pasar una velada con Addison (decía Steele), he reflexionado muchas veces que había tenido el placer de hablar con un próximo pariente de Terencio o de Cátulo, con un espíritu adornado de iguales prendas, bien que llevándoles de ventaja una inventiva y una amenidad tan deliciosas como jamás se vieron.» Pope, rival de Addison, añadía: «Su con-

(1) Horacio, *Ars poetica*, 143.

(2) Saldaña, *«El Espectador» de Ortega Gasset* (en la *Revista Crítica*, 1916, II, IV).

versación tiene mayor encanto que cuanto he visto en ningún hombre.» Y Taine, un siglo más tarde, acrecentaba: «Esas palabras expresan todo el talento de Addison, cuyos escritos son conversaciones, dechados de la urbanidad y del recto sentido inglés, y cuyas particularidades de carácter y de conducta contribuyeron a fomentar tales condiciones de urbanidad y de recto sentido.» De un modo general, se puede decir, con el erudito Reyes (1), que el humorismo inventivo era de Steele, y de Addison toda la armonía y la elegancia. La sociedad londinense, añade el mismo autor, estaba dividida en dos clases: la más aristocrática y vieja juzgaba a la cultura con un excepticismo rancio y de casta; la otra salía como de abajo, aportando elementos de seriedad a la vida, y, en rigor, impulsos de civilización nueva. Entonces comienza la «cortesía» inglesa, de que apenas han abjurado algunos escritores postvictorianos. Steele, que se asoma como desde arriba, distingue la ola que se acerca (casi debiera afirmarse que la presiente en las charlas de los cafés), y le abre paso: ¡gran coyuntura para el humorista! Cuando Addison comienza a pesar sobre la labor periodística de Steele, éste parece que se afina, abandonando los primeros intentos de periodismo de información, y entrando de lleno en el campo del *essay*. Les imaginamos (fuera de algún que otro disgusto, del género de los feroces, proporcionado a Steele por el tremendo Swift) (2) en grata colaboración, sonriendo y escribiendo

(1) *Los «ensayistas» en el periodismo inglés del siglo XVIII* (en *El Sol* de 21 de Febrero de 1918.)

(2) Véase a Taine, *Histoire de la littérature anglaise*, III, v, 3. Hay que leer *The public spirit of the whigs*, escrito por Swift con-

con aquel talento dramático que cala un poco más hondo que el simple talento de observación de Labruyère. El gentilhombre del campo pasa por sus páginas ridiculizado cortésmente, si vale la expresión. La finura y el impecable trato de ambos escritores hace de ellos unos verdaderos príncipes de la moda. Cuando dejan de trabajar juntos, casi se obscurecen.

Lo que caracteriza a Addison como ensayista es que, al estudiar la vida pública, la estudia al modo clásico y poético. Se siente clásico él mismo. La crítica literaria ha encontrado los principales caracteres de *The Spectator* en las reminiscencias calculadas, en las alusiones felices y en el espíritu discreto de sus poemitas. A pesar de su experiencia de los negocios, puesto que fué sucesiva o simultáneamente periodista, diputado, hombre de Gobierno, y anduvo envuelto en todos los combates y en todas las vicisitudes de los partidos (1), evitaba las

tra Steele. Página tras página tritura a este último con una calma y un desdén que nadie igualó. Procede en esa obra imperturbablemente, sin dejar ninguna parte sana, infiriendo herida sobre herida, seguro de todos sus golpes, sabiendo de antemano su alcance y profundidad. El pobre Steele, vanidoso huero, parece en sus manos lo que Gulliver entre los gigantes: da compasión ver una lucha tan desigual y tan despiadada: Swift le aplasta con la misma facilidad que si fuera un gusano. El infeliz, antiguo oficial, empleaba torpemente los términos constitucionales. «Contra este escollo viene a estrellarse perpetuamente, cada vez que se arriesga a salir de los estrechos límites de su literatura. Ha conservado un recuerdo confuso de los términos, desde que salió de la Universidad, pero ha olvidado la mitad de su sentido, y los junta sin otra razón que su cadencia, como aquel criado que clavaba mapas en el despacho de un *gentleman*, unos de lado, otros al revés, para ajustarlos mejor a los recuadros.»

(1) Véase a Aikin, *Life of Addison*, I, 15, 26.

contiendas políticas, e invitado a abordarlas en *The Spectator*, se encerraba en las materias generales e inofensivas, que «pueden interesar a todo el mundo sin contrariar a nadie» (1). Ninguno de sus contemporáneos supo como él convencer (aparte el noble ejemplo de su vida), así en lo moral como en lo estético: lo mismo *The Spectator* que *The Thatler*, y *The Guardian*, son sermones; y el fué el primero que logró que Boileau (y con Boileau los literatos franceses en general) formase de súbito, a pesar de inveteradas preocupaciones en contrario, muy alta opinión del genio de los hombres de Ultramancha para la poesía. (2)

Cuando ahondamos un poco en el espíritu de la labor de Addison, aumenta la originaria y favorable impresión recibida. No ha surgido nunca a la vista, en el proceso de la evolución de la prensa, un periodismo tan soberanamente vasto, ni de tanto alcance moral y social. «El grande y único fin de estas consideraciones (declara Addison en un número de *The Spectator*) es desterrar la ignorancia y el vicio del territorio de la Gran Bretaña.» Y cumple su promesa. Todos sus diarios son morales: consejos a las familias, reprensiones a las mujeres ligeras, retratos del hombre honrado, remedios contra las pasiones, reflexiones sobre Dios, sobre la religión, sobre la vida futura. «Yo no sé, o, mejor, sé muy bien (escribe Taine a este propósito) (3), qué éxito tendría en Francia una gaceta de sermones. En Inglaterra fué extraordinario, igual al de los más

(1) Taine, *Histoire de la littérature anglaise*, III, IV, I.

(2) Aikin, *Life of Addison*, I, 65. Véase mi libro sobre *Voltaire*, 58.

(3) *Histoire de la littérature anglaise*, III, IV. 3.

afortunados novelistas modernos. En medio del desastre de todas las revistas, arruinadas por el impuesto de la prensa, *The Spectator* duplicó su precio y se sostuvo. Es que ofrecía a los ingleses la pintura de la razón británica: el talento y la doctrina estaban de acuerdo con las necesidades del siglo y del país.» También lo estaban con aquel indeficiente anhelo que el país y el siglo sentían de armonizar la práctica y profesión de los principios liberales y la exaltación de los ideales democráticos más generosos con la realidad política, la paz pública, el orden y el civismo. Desde su primera juventud se había afiliado Addison al partido liberal, y en él permaneció hasta el fin, confiando en la eficacia de la razón y la virtud humanas; y ya en 1701, en su *Letter to Halifax*, denunció la miseria de los pueblos que, con perder su independencia, abdican de su dignidad (1). Addison no veía discrepancia ni desacuerdo alguno entre la fe y la libertad religiosa, ni entre la autoridad y la autonomía individual, por una razón muy sencilla: porque para él el derecho público no era ortodoxo ni heterodoxo, gubernamental ni antigubernamental; porque para él, dentro de las leyes, no cabía semejante distinción. Hay que añadir que *The Spectator* inaguró un nuevo régimen de libertad en la prensa. Cuando las Cámaras prohibían la publicación de un sermón, salía éste a la mañana siguiente, a los cuatro vientos, en los 14.000 ejemplares de *The Spectator* (2).

Se ha dicho que esta publicaeión no es más que un manual del hombre honrado, y que se parece

(1) *Works*, I, 406 (edición Hurd).

(2) Reyes, *Los «ensayistas» en el periodismo inglés del siglo XVIII* (en *El Sol* de 21 de Febrero de 1918).

mucho a la *Perfecta casada*, el *Perfecto notario* y demás obras del mismo género. Es, en efecto, un tratado de ética social, y no así como quiera, sino de ética social con transcendencia religiosa. Los treinta últimos números de *The Spectator* versan todos sobre la inmortalidad del alma, y en los demás periódicos, todos los conflictos de la existencia se resuelven en un sentido religioso. Addison toma estas cosas con toda la seriedad de un creyente, y sólo se siente humorista cuando compara entre sí las diversas sectas o iglesias cristianas para realzar aquella en que él comulga (1). Inserta oraciones en sus folletines. Prohibe los juramentos, recomendándonos tener perpetuamente presente la idea del Señor Soberano (2). Como Cervantes (3), censura que un cristiano entendimiento mezcle lo sagrado con lo profano, hasta por razones de estética, y admirando el poder épico de Milton, reprueba, como Voltaire (4), la alegoría del mismo sobre el pecado y la muerte. Como piensan los puritanos «sensatos», así se adivina que piensa en el fondo el autor. No le peta ninguna producción de ingenio, ni ninguna línea de conducta, que no conmemoren la Sagrada Escritura (5), o eviten excitar a la piedad

(1) *The Thatler*, 257.

(2) *The Spectator*, 535.

(3) Véase el prólogo a la primera parte del *Quixote*.

(4) *Œuvres*, XIII, 445, 513, 526. Compárese con *The Spectator*, 327. Véase mi libro sobre *Voltaire*, 91. Voltaire dijo que la alegoría del pecado y de la muerte es buena para hacer vomitar las entrañas. Sin ir tan lejos, y aun reconociendo que puede disculparse hasta cierto punto por su belleza, Addison la rechaza, entre otras razones, por no poder admitir que dos personajes de una existencia tan quimérica sean actores propios de un poema épico.

(5) *The Spectator*, 397.

(1). Proscribe en literatura los juegos de palabras, las groserías sensuales, los descarrios de la imaginación, las atrocidades, las inverosimilitudes y todo el bagaje ingrato de Shakespeare (2), y en ética desdeña la alegría física grosera, el placer brutal del movimiento y del ruido (3). Satiriza el mal gusto del teatro y del público (4) con el mismo empeño con que abomina de todo espectáculo que arguya bajeza e inmoralidad (5). Escribe artículos enteros contra los seductores de profesión, que califica de «caballeros andantes del vicio» (6), y ridiculiza severamente a las mujeres que se exponen a las tentaciones, y a quienes llama «salamandras» (7), no menos que a las que reciben visitas en su tocador y hablan alto en el teatro (8). Combate como un predicador el uso de los vestidos escotados, y pide que se vuelva al decoro de los antiguos días (9). Pinta las serias satisfacciones del ciudadano y del propietario (10), y los sanos y viriles goces del padre de familia (11). Es tan discreto, que jamás cae en la sensiblería o en la afectación, ni aún hablando del juicio final (12), o relatando la conmovedora historia de Teodosio y Constancia (13). Hace la disec-

(1) *The Spectator*, 571.
(2) *The Spectator*, 39,58.
(3) *The Spectator*, 173.
(4) *The Spectator*, 13.
(5) *The Thatler*, 108.
(6) *The Guardian*, 123.
(7) *The Spectator*, 198.
(8) *The Spectator*, 317,323.
(9) *The Guardian*, 100. *The Spectator*, 204,224.
(10) *The Freeholder*, 1.
(11) *The Spectator*, 500.
(12) *The Spectator*, 26,575.
(13) *The Spectator*, 164.

ción del cerebro de un elefante (1) con la misma minuciosidad con que recapitula estadísticas, cuadros de cifras, listas de las personas muertas o enfermas de amor y de las causas ridículas que las pusieron en tan triste estado (2). Describe los grandes fenómenos de la naturaleza con la gracia de un literato y el aplomo de un físico (3). Honra a las mujeres con delicadezas, y las rodea de homenajes, pero tratándolas como seres hechiceramente inferiores (4). Tiene idea de un arte sobrio y contenido, mediante el cual se convierte el prosista en un músico (5). Sus definiciones teológicas, aun en el terreno de la escatología, son de un realismo perfecto (6), y sus nociones de lo absoluto son las del fiel de un culto positivo (7). Penetrado de sólidos

(1) *The Spectator*, 375.

(2) *The Spectator*, 233,377.

(3) *The Spectator*, 148.

(4) *The Spectator*, 265, 423, *The Freeholder*, 4, 6.

(5) *The Spectator*, 411.

(6) *The Spectator*, 237,531,571,580,600.

(7) *The Thatler*, 257. No olvidemos que Addison es autor de una *Defence of the christianity*, donde apoya su fe en una serie regular de discusiones históricas, y afirma la existencia de Dios por una serie regular de inducciones morales. Con razón el erudito Taine (*Histoire de la littérature anglaise*, III, IV, 2), notando a Addison, dice: «Basaba la virtud en un orden especial de principios y de pruebas. Su lógica alimentaba su moral, y la rectitud de su inteligencia completaba la rectitud de su corazón. Su religión, completamente inglesa, era por el estilo... La demostración minuciosa y sólida constituyó siempre la guía y el sostén de sus sentimientos y de sus creencias. Así dispuesto, se complacía en concebir a Dios como el jefe racional del mundo; transformaba los accidentes y las necesidades en cálculos y en direcciones; veia el orden y la Providencia en el conflicto de las cosas, y percibía en torno de sí la sabiduría que en sí propio trataba de implantar.»

sentimientos religiosos, no concede al mundo terrenal más valor que el que tiene, ni siente tan vivamente como el incrédulo las miserias de la naturaleza humana: se encuentra como en un fresco y risueño valle desde donde oye retumbar a los lejos el trueno de las falsas pasiones. Cuando, abandonado de los médicos, sintió aproximarse su fin, mandó llamar a uno de sus parientes más jóvenes, a quien profesaba sumo afecto. Este, después de algunos momentos de espera, afligido y desconsolado, le dijo: «Puesto que me habeis llamado, dadme vuestras órdenes, y las cumpliré religiosamente.» Addison le pidió la mano, y le respondió: «Mira con qué tranquilidad muere un cristiano» (1).

En aquella época, en que el público de periódico era ya abundante, no fué cosa baladí poner en boga la moral. «Addison la puso, y en boga quedó», asevera Taine (2). Antes, las personas honradas no eran cultas, y las personas cultas no eran honradas; la piedad se mostraba fanática y la urbanidad licenciosa; en las costumbres como en las letras, no se encontraban más que puritanos o libertinos. Addison reconcilió por primera vez la virtud y la elegancia, enseñó el deber en excelente estilo, y puso el atractivo al servicio de la razón. «Se cuenta de Sócrates (escribía) (3) que hizo bajar la filosofía del cielo para alojarla entre los hombres. Yo ambiciono que se diga de mí que saqué la filosofía de los gabinetes y de las bibliotecas, de las escuelas y de los colegios, para instalarla en los *clubs* y en las asambleas, en las mesas de te y en los cafés. Así,

(1) Zimmermann, *Die Einsamkeit*, VII.

(2) *Histoire de la littérature anglaise*, III, IV, 4.

(3) *The Spectator*, 10.

recomiendo muy particularmente mis meditaciones a las familias metódicas que dedican una hora todas las mañanas al té, al pan y a la manteca, y las aconsejo por su bien que se hagan servir puntualmente este periódico como una parte del servicio del te.» Los coches correos de Palmer salían a horas fijas de Londres para distribuir entre las «familias metódicas», entre hombres de mundo que leían una página «de bocado a bocado de bollo» *(bohea-rolls)*, entre damos que «interrumpían una frase para preguntar la hora del baile», aquellas hojas volantes que no habrían alcanzado tanto favor si en ellas no se hubiese procurado constantemente mezclar lo agradable con lo útil.

Atento a la divisa de «pasarlo bien aquí y ser feliz después» (*to be easy)*, Addison vivió y predicó siempre una virtud sencilla y «moralmente higiénica», si aceptamos aquella sabia fórmula del filósofo griego Aristón de Chios: «La virtud es la salud del alma.» Como escritor, fué el verdadero reformador de la prensa británica, el que la hizo entrar en los procedimientos críticos de popularización, y al mismo tiempo trajo a ella con los *essays* (que se iban alejando del tipo tradicional del ensayo, caracterizado en la obra de Bacon y conservado todavía en el siglo XVIII por Hume) la improvisación sobre el suceso o la discusión del día (1), el calor y la animación del período desenvuelto, el poder de adivinación de los gustos del público y el arte de condensar y agrupar los ensayos antes sedantes y ponerlos en marcha, dando así origen a una «literatura combativa y plenamente *movilizada*, a la que

(1) Véase a Reyes, *Los «ensayistas» en el periodismo inglés del siglo XVIII* (en *El Sol* de 21 de Febrero de 1918).

conviene menos la erudición con sus abismos de cifras y sus guijarrales de nombres que el ritmo o el olor de la erudición con sus insinuaciones precisas y snficientes.» Cuando se haga un catálogo más escrupuloso que el hecho hasta aquí de los grandes «ensayistas» del siglo XVIII (que para la historia del periodismo constituye en verdad un siglo de oro), el nombre de Addison figurará como el primero en el escaso número de nombres británicos que pueden citarse, Swift, Defoe, Johnson, los mismos cuya labor paso a estudiar someramente.

Considerado como periodista, Swift se levanta a altura inmensa, no sólo sobre sus colegas en literatura, sinó sobre todos sus contemporáneos en política, sin excepción ni ofensa de nadie, y reconociendo desde luego todo lo que valen los «ensayistas» de una época en que la literatura penetraba por primera vez en la política, para no hablar de los numerosos, reiterados y casi siempre directos imitadores que durante todo el siglo tuvo el deán inglés en aquel su modo especialísimo de argüir que a la prensa trajo, en aquella su nueva e insuperable agilidad polémica, antes desconocida. En su época y entre sus manos adquirió el periódico en Inglaterra su carácter propio y su mayor fuerza. Sus trabajos, notables por la superioridad de su estilo, muestran que Swift, poseído de un cierto amor morboso a la crítica social, sentía toda la magnitud de la empresa de aplicar la literatura a la política, y saludaba el derrumbamiento de un régimen, que, a sus ojos, era el colmo de la iniquidad. La influencia de Swift en los principales acontecimientos políticos de su siglo y de su nación ha sido exagerada en los

términos (1); pero es innegable respecto de algunos y puede presumirse racionalmente respecto de otros. En el campo de las luchas políticas fué donde ejercitó principalmente su actividad Swift, y por ello sus escritos de esa indole no más que a medias nos parecen literarios: únicamente cuando nos remontamos en el vuelo de las memorias infantiles, recordamos una que otra vez que estamos leyendo al autor de los *Gulliver's Travels.*

La originalidad que los críticos reconocen en Swift, estriba más en la forma que en el contenido de su ideología. *Intelectual puro* llama con piedad un crítico reciente (2) al hombre que tanto sufrió y tan desdichado fué a veces por ser intelectual; mas lo que en boca de ese crítico son palabras de compañerismo para indicar la causa de que la sociedad humana no pudiera convencer a Swift, son un objeto de muy diversa consideración para quienes reconocen en él una mentalidad extraña y poderosa, pero tan prácticamente inglesa como el orgullo y las pasiones de quien la poseía. Aquel espíritu tras-

(1) Particularmente en el magistral estudio de Taine (*Histoire de la littérature anglaise*, III. v, 3), que tuvo el mérito de llamar por primera vez la atención sobre la relación estrecha que, en el siglo XVIII, existía entre la literatura y la política británicas. «Para comprender lo que llegó a ser la una, hay que comprender lo que era la otra: el arte se supeditó a los negocios, y el espíritu de los partidos creó el espíritu de los escritores.»

(2) Reyes, *Los «ensayistas» en el periodismo inglés del siglo XVIII* (en *El Sol* de 21 de Febrero de 1918): «El cree haber descubierto la llaga del universo, y lo va a decir (porque su honradez mental se lo exige) con aquel su pesimismo alegre y aristocrático. En el fondo, si ríe y retoza, es porque le sobra la alegría pura de la inteligencia, un deleite superior y estético, frio para la pequeña tragedia humana, con la que se entretiene en infinitas combinaciones dialécticas, como el dios de un *Génesis* grotesco.»

tornado y devorado, que, ni como eclesiástico, ni como político, logró triunfar, tampoco sabía ceder ante la farsa y la miseria de la sociedad humana, y no comprendía la calma de sus amigos, a quienes preguntaba «si las maldades y las corrupciones de los hombres del poder no les consumían la carne y les secaban la sangre.» La resignación le sublevaba, creyendo, como creía, que la vida vale para algo más que para vegetar en un excepticismo cómodo o en una credulidad bonachona. Fué, en tal concepto, el precursor del «radicalismo» ideológico y pragmático de ciertos sectores de la prensa contemporánea, y fué a la vez, por su espíritu genuinamente inglés y por ende positivo, un precursor de ese afán de «actualidad», que comprenderán bien cuantos sepan apreciar lo muchísimo que influyen en los trabajos de los periodistas de todos los tiempos y comarcas las circunstancias ocasionales que les muevan a escribir. Lo de menos para Swift es el buen gusto y la brillantez filosófica: lo que quiere alcanzar no es la razón abstracta, sino el éxito actual. Nada más lejos del pensamiento de Taine (1) que

(1) *Histoire de la littérature anglaise,* III, v, 3. Taine juzga con su acostumbrada perspicacia, pero quizá con excesiva sutileza, el carácter de la tentativa de Swift y de las muchas que le precedieron y siguieron, relacionándolas de un modo general con la índole de la política en Inglaterra, donde los partidos fueron siempre cuerpos compactos y vivos, cuerpos unidos por intereses de dinero, de rango y de conciencia, que no tomaban las teorías más que por bandera, o especies de Estados secundarios, que, como en otro tiempo las dos órdenes de Roma, trataban de monopolizar legalmente el país. De análogo modo, la Constitución inglesa no fué nunca más que una transacción entre potencias distintas, obligadas a tolerarse unas a otras, dispuestas a dominarse unas a otras, ocupadas en tratar unas con otras. «La política es para ellos un interés doméstico; para los franceses

considerar a nuestro autor como un *intelectual puro*: terminantemente declara que «Swift no se dirige al hombre en general, sino a ciertos hombres. No habla a razonadores, sino a un partido; no trata de enseñar una verdad, sino de producir una impresión; no tiene por objeto ilustrar esa parte aislada del hombre que se llama la mente, sino de remover esa masa de sentimientos y de prejuicios que constituye el hombre real. Mientras escribe, no pierde de vista su público: *squires* gordinflones, atiborrados de Oporto y de carne, y acostumbrados a desgañitarse, después de las comidas, voceando lealmente en pro de la Iglesia y del rey; hidalgos rurales agriados contra el lujo de Londres y la nueva importancia de los comerciantes; eclesiásticos con la cabeza llena de sermones pedantescos y el corazón henchido de odio contra los disidentes y los papistas. Aquella gente no poseía inteligencia bastante para comprender un principio abstracto o seguir una deducción rigurosa. Había que calcular los hechos de que tenía conocimiento, las ideas que había recibido por educación, los intereses que la movían, y no recordar más que esos hechos, no partir más que de esas ideas, no agitar más que esos intereses. Así hablaba Swift, sin desarrollos de pensamiento, sin aparato de lógica, sin efectos de estilo, pero con un vigor y un éxito extraordinarios, mediante sentencias que los contemporáneos comprendían y aceptaban al punto, porque no hacían más que decirles a las claras y en alta voz lo que ellos balbuceaban obscuramente por lo bajo. Tal fué el poder de *The Examiner*, que cambió en un

---

una ocupación del espíritu. Los ingleses hacen de ella un negocio; nosotros la reducimos a una discusión.»

año la opinión de tres reinos, y sobre todo el de las *Drapier's Letter's*, que hicieron cejar a un Gobierno.» Es el mismo punto de vista que con sobria apreciación mantiene Binney Dibblee (1), al comparar a Swift con sus émulos y adversarios, así como con sus continuadores: *Swift in his* DRAPIER'S LETTERS *made one countermove to the whig government of his time, which shoved that, if he had sufficiently valued the weapon of an ephemeral pen, there is no one living or dead, who could have beaten him either in literary style or in practical effectiveness.*

Porque la grande y verdadera originalidad de Swift consiste en su «manera», según queda indicado. No puede afirmarse que creara el humorismo polémico, porque de él había admirables ejemplos en varios de sus colegas contemporáneos, pero inventó un «estilo de cirujano y de juez», estilo frío y grave, «sin adornos, ni viveza, ni pasión, completamente práctico y viril», que sabía amotinar al pueblo, hablándole su lenguaje, y triunfar del Estado y aun del buen sentido. En lo cual, si bien se mira, no hacía Swift más que glosar la inquietud popular en el tono sencillo y minucioso que emociona y hace mella en los hombres del taller, del mostrador y del campo. El autor se declaraba *drapier*, como hubiera podido declararse *workman* o *peasant*: lo importante era que obreros, tenderos y labriegos pusiesen su confianza en quien se colocaba entre la gente de su condición, y dejando a un lado toda demostración y todo raciocinio, sabía impresionarles con la contundencia de las afirmaciones, con la repetición de las injurias, con lo gráfico de los ejemplos. También en este punto es Swift un

(1) *The newspaper*, 235.

precursor de cierta clase de periodismo posteriormente muy acreditado. Y el odio a toda argumentación en forma venía en él de muy antiguo, pues se cuenta que en su examen de grados del bachillerato (1685), habiendo mostrado por segunda vez su ignorancia de la lógica, al extremo de no saber poner en forma la argumentación, y preguntado por el catedrático cómo podría razonar bien sin las reglas, él contestó que razonaba muy bien sin las reglas (1). Y en sus escritos razonó, en efecto, no sólo muy bien, sino con más rigidez que con las reglas mismas, y con aquella intensidad y continuidad de raciocinio, que, según Santo Tomás y Balmes, distinguen a las inteligencias superiores (2). Es que sabía elegir bien las materias, para seguir cautelosamente, en su explicación, el hilo entero de la trama. En general, cuanto más evidente y simple es una materia y menos sujeta está a la intervención de factores inciertos, tanto es más una la razón explicativa. Sucede esto principalmente en las matemáticas (y aún más en las superiores que en las elementales) ý en parte de la filosofía, pues vemos que un matemático y un filósofo discurren a veces horas enteras, desenvolviendo en nuestra presencia

(1) Le aprobaron, aunque con grun esfuerzo (*especiali gratia*, dice el registro). Esta aprobación recuerda la de nuestro insigne autor cómico García Alvarez, a quien salvó un chiste en su examen de historia. El examinador le hizo varias preguntas, y a todas dió la callada por respuesta. «Pero ¿no sabe usted nada, nada?», insistió el profesor. «Señor (repuso García Alvarez), para no mentir, sé una cosa, pero nada más que una cosa». «Dígala, que algo es algo.» «Pues la única cosa que sé es que me van ustedes a suspender.»

(2) Véase al Padre Farpón, *Jesucristo*, (en la revista *España y América* de 1 de Mayo de 1919).

consecuencias y aplicaciones, con sólo desentrañar pocos principios y aducir la razón demostrativa en cada caso, añadiendo a lo más la indirecta o *ad absurdum*, es decir, que, de no admitir el propuesto nuevo sillar de la armazón científica, se vendría abajo todo lo edificado.

Pero lo que hace de Swift el periodista más tristemente genuino de su época, el prototipo lamentable del eterno periodista, es su impenitente malignidad. Swift, no sólo se complace en sacar a luz lo bajo, lo impuro, lo innoble, sino que hasta cuando habla de cosas buenas, dignas, loables, las mira siempre por el reverso. En esto es implacable, lo mismo trate de política oficial *(Letter to lord Bolingbroke)*, que del clero *(Cask's Tale)*, que de justas súplicas palaciegas (*Mistress Harris's petition)*, que de la reina *(The prophesying of Windsor)*, que del liberalismo *(Discordances of Graece and Rome)*, que de la independencia de Irlanda *(Modest Proposition)*, que de estética *(The progress of beauty* y *On poetry)*, que de crítica literario-gubernamental *(Public Spirit of Whigs* y *Portrait of lord Wharton)*, que de religión *(Argument against the abolition of christianity)*, que de la felicidad de las doncellas *(Letter to a very young lady)*, que de indumentaria femenina (*The lady's dressing room*), que de los encantos del amor *(Strephon and Chlos)*, que de los artificios del tocado *(A love-poem from a physiciam)*, que de las grandes emociones nocturnas *(The problem)*, que de la belleza ideal *(Examination of certain abuses)*, que de tradiciones *(The christian verity,)* que de martirios *(Persecutions and struggles of the ancien Curch)*. Estos pesimismos radicales, que padecen los grandes talentos del periodismo, dimanan de que ensayan y

ejercen la crítica social dentro de términos inconmensurablemente idealistas, y el juicio se formula sólo recogiendo las realidades concretas, tal como pueden ser y son, y no tal como deberían ser... Pero dejemos ya a Swift, y pasemos a estudiar la interesante fisonomía periodística del más ilustre quizá de sus émulos en el siglo en que vivió.

Aunque se cuenta, con razón, a Defoe en el número de los publicistas independientes, porque toma una dirección original y personalísima, y recoge de la experiencia inmediata los temas y argumentos de sus lucubraciones «ensayísticas», tiene, con todo, un precursor de nota en Roger L'Estrange, periodista político de fuste, si bien como recopilador de noticias cree un crítico reciente (1) que «se quedaba muy atrás de Muddiman. Luchó por la restauración de Carlos II, y llegó a ser censor de la prensa. Entre sus deberes oficiales y sus campañas públicas (que alguna vez le obligaron a refugiarse en Holanda), le quedaba tiempo para traducir los *Sueños* de Quevedo. Con *The Observator* reformó el aspecto de los periódicos e inventó el editorial dialogado, de que llegó a usar hasta el fastidio. Tras de haber recibido honores y desempeñar cierta misión en Escocia, la revolución le hizo aprisionar, y desde entonces cambió su vida. Su esposa murió arruinada por el juego; los hijos le salieron ingratos; y entonces, perdidas las influencias, transformado en un modesto librero, empezó su más importante obra literaria, comentando y traduciendo fábulas antiguas y libros franceses y españoles. Así acabó este gran luchador y hombre de negocios. Sus intentos

(1) Reyes, *Los orígenes del periodismo inglés* (en *El Sol* de 7 de Febrero de 1918).

y sus realizaciones quedaban propuestas como ejemplo a los que habían de seguirle. En él se inspiró principalmente Defoe al fundar *The Review*, hija, más o menos inmediata, de *The Observator.*» Comparte con ambos la celebridad Fielding, director de los periódicos *The Campion* y *The True Patriot*, órganos los dos del partido *whig*. Defoe y Fielding fueron los representantes del no conformismo en 1718, los debeladores de los tres órganos de los jacobitas y de la Alta Iglesia: *Mercurius Politicus*, *Dormer's News Letter* y *Mist's Journal* (1).

Defoe, como Swift, está asociado a nuestros recuerdos infantiles por los populares arreglos de su *Robinson Crusoe*. Este libro (que «ha merecido las bendiciones de los niños y las reflexiones de los hombres») participa de lo lírico y de lo didáctico, de relato pragmático y de poema πέρι φύσεως, donde el arte del poeta y su cálculo moralizador se dan la mano, por lo minucioso y natural de las descripciones. ¡Prestigiosa fama la de un libro que siendo por su índole tan completamente de su raza, y pudiendo instruirla aún hoy, ha alcanzado la categoría de libro mundial, al lado de esos otros libros, *Faust*, *Nathan*, *Emile*, los que cada cual en su esfera de pensamiento, y como antes *Segismundo*, *Quixote*, *Hamlet*, tiene el sentido humano sin localismo alguno! Cuesta trabajo resignarse a la idea de que la falta de arte de su autor se convirtiera en esa obra en un arte profundo y universal. Defoe produce ilusión, porque no es a los ojos a los que engaña, sino al espíritu, y eso a la letra; su relato de la peste (*Journal of the plague in 1665*) ha pasado más de una vez por verdadero, y lord Chatham to-

(1) Véase a Binney Dibblee, *The newspaper*, 164.

maba sus *Memoirs of a cavalier* por una historia auténtica (1). A eso aspiraba él. «El editor (dicen las ediciones antiguas de *Robinson)* cree que este libro es una relación verídica de hechos. Y, realmente, no se ve en él apariencia alguna de ficción.» No produjo la literatura de Inglaterra novela más grande en el siglo XVIII, y de ella escribe Chesterton que es uno de los más profundos poemas, porque toda vida humana es, en cierto modo, un remedo del *Robinson*: todos hemos padecido un naufragio, y nos aferramos con amor a cada uno de los objetos que vamos salvando de la catástrofe: cuando un hacha o una escopeta; cuando un libro, un amigo, una mujer. «El tipo del hombre que se pone a rehacer el mundo por su cuenta, es el tipo del héroe mental. Por lo filosófico lo trata Tofáil, en aquella novela árabe que hemos acabado por llamar el *Robinson metafísico*; y entre alegórico y novelesco, Baltasar Gracián, en su riquísimo libro del *Criticón*. Defoe lo hace cómplice de nuestros primeros asombros y nuestros primeros regocijos. ¡Oh, quién nos devolviera la hora envidiable en que abrimos, por primera vez, las hojas del *Robinson Crusoe!*». (1)

El historiador encuentra en los folletos y artículos de Defoe, preciosas indicaciones sobre el estado social de aquella época, especialmente en *The Review*, y en el periódico comercial que publicó durante algún tiempo con el título de *The Mercator*. Era un verdadero inglés, de fuerte y ruda armazón espiritual, batallador, orgulloso, amoral, inteligente, periodista desvergonzado, político venal, mercena-

(1) Taine, *Histoire de la littérature anglaise*, III, VI, 9.

(2) Reyes, *Defoe y el periodismo inglés* (en *El Sol* de 14 de Febrero de 1918).

rio de la pluma, frecuentemente liberal e inclinado a ratos a la filantropía, espíritu místico y lleno a la vez de sano sentido utilitario, hombre de acción, personaje de temperamento tribunicio, amante y protector de las bellas artes, bienhechor de la general cultura, y desde todos estos aspectos se nos presenta en sus producciones. En cuanto a su vida, está en armonía con su personalidad, porque padeció mucho, combatió mucho y se atrevió a mucho, siendo sucesivamente o a la vez disidente, *whig*, gorrero, tejero, empleado en aduanas, publicista, negociante, agente de partido, viajero, geógrafo, moralista y novelista. Como se ve, Defoe aparece, en el orden biográfico, como denodado combatiente y trabajador infatigable, dispuesto a todo, con tal de llamar la atención de Inglaterra. Para empezar, había tomado las armas por Monmouth, y en poco estuvo que no le deportasen o ahorcasen. Habiéndose después metido en ciertos negocios, acabó en la quiebra. En 1702, por un artículo entendido al revés, sufrió las consabidas prisiones, le condenaron a una fuerte multa y le pusieron en la picota. Durante los dos años de encarcelamiento, no tuvo para mantener a su mujer y sus seis hijos más que la pluma, con la cual en la mano se sentía capaz de toda mala estratagema periodística. A su salida de la prisión, marchó a Escocia para ganarse la vida, y se dedicó a predicar la unión de los dos reinos. Agresivo y paradógico, hirió, en sus discursos, los sentimientos nacionalistas de los escoceses; a consecuencia de ello, le silbaron sin piedad y anduvo cerca de que le apedreasen. De vuelta a Inglaterra, otro artículo, mal comprendido también, le llevó nuevamente a la cárcel, y le obligó a pagar una fian-

za de 800 libras; felizmente recibió a tiempo el perdón de la reina (1). Noticiero, quiso hacer creer al público en la resurrección de una dama al otro día de muerta y enterrada, en los alrededores de Cantorbery; y bien puede afirmarse, con un reciente crítico (2), que, para la historia de la «noticia sensa-

(1) Taine, *Histoire de la littérature anglaise*, III, VI, 2.

(2) Reyes, *Defoe y el periodismo inglés* (en *El Sol* de 14 de Febrero de 1918.) El escrito de Defoe a que alude Reyes, y que se ha comparado con *The case Waldemar*, de Poe (sin más diferencia en el respecto personal que la de ser el norteamericano un artista enfermo y el inglés un burgués sesudo), se intitula *Relación verídica de la aparición de cierta mistress Veal, al día siguiente de su muerte, a cierta mistress Bargrave, en Cantorbery, el 8 de Septiembre de 1705, aparición que recomienda la lectura del* LIBRO DE LOS CONSUELOS CONTRA EL TEMOR DE LA MUERTE, *de Drelincourt.* Taine, *(Histoire de la littérature anglaise,* III, VI, 3), expone con mucha exactitud, y con más indulgencia que Reyes, el punto de vista «periodístico» de Defoe: «Los libracos de derecho que deletrean las comadres, no son más monótonos que esa *Relación.* Hay tal cúmulo de detalles circunstanciados y legalizados, tal cortejo de testigos citados, designados y confrontados, tan completa acumulación de buena fe burguesa y de sensatez vulgar, que se tomaría al autor por un tendero retirado, de inteligencia demasiado limitada para inventar un cuento: ningún escritor cuidadoso de su reputación hubiese compuesto insulsez semejante. En efecto: no es de su reputación de lo que Defoe se preocupa; tiene otras miras; nosotros, los escritores, no las adivinamos: es que nosotros no somos más que escritores. En substancia, él quiere hacer que se venda un libro piadoso que no se vende, y, encima, confirmar a la gente en su fe, convenciéndola de que vuelven almas del otro mundo. Esa es la gran prueba que se ofrece a los incrédulos; aun el grave Jonhson tratará de ver un aparecido, y no hay, desde entonces, suceso más apropiado a las creencias de la clase media.» De Binney Dibblee (*The newspaper*, 230) es también la certera idea de considerar a Defoe como el «maestro del detalle circunstancial», añadiendo: *The reader can find no modern instance, which will excel or equal in this respect his* TRUE RELATION OF THE APPARITION OF MISTRESS

cional», su obra es un monumento. En política, de tal modo aprovechó sus talentos de espía, su inconsecuencia, su cinismo y su perversidad, que acabó por poner desconfiados a los amigos y a los enemigos, reclamando contra el abandono de los *whigs*, que no le juzgaban bastante dócil, y contra la animosidad de los *orys*, que veían en él el primer campeón de los contrarios. En medio de estas peripecias, sufrió un ataque de apoplegia, y desde la cama siguió defendiéndose y ofendiendo (1). Llegó, al cabo, la vejez, y con ella los achaques, la enfermedad, la gota y la piedra, pero sin que Defoe pudiera todavía quejarse, como Ben Jonson, de que su «triste musa emparedada, arrinconada, clavada en el lecho, incapaz de recobrar la salud ni aun el aliento» penaba y suspiraba por obtener una limosna o dar con una idea (2): lejos de ser así, nunca nuestro autor reincidió con tanta furia en sus hábitos juveniles de mercader temerario; nunca se quejó tanto de que le persiguiesen o traicionasen sus acreedores, prueba indirecta de que la fiebre de los negocios no se había extinguido en él; nunca, sobre todo, escribió con tal ahinco y fecundidad, bien que apartando los ojos de la realidad, volviéndolos hacia la ficción. y, «como quien narra sus recuerdos y los confunde con sus sueños», po-

---

VEAL. *He first employed this art of inducing credibility for his central tale, wheether fact or fiction, by so surrounding it with petty and commonplace exactitude, that criticism is divertee and put to sleep and conviction is insensibly compelled. He was also master of an equally modern art, intimately allied to the other, of selecting subjects of topical interest and treating them in a realistic way.*

(1) Taine, *Histoire de la littérature anglaise*, III, VI, 2.

(2) Véase *An epistle mendicant* (1631) de Ben Jonson.

niéndose a trazar unas novelas. Fué un extraordinario ejemplo de fecundidad literaria en la ancianidad, «el más raro de la literatura inglesa» (1). A los 58 años, compuso el *Robinson Crusoe*, y luego *Moll Flanders*, *Captain Singleton*, *Duncan Campbell*, *Colonel Fach*, *Journal of the plague in 1665*, *Memoirs of a cavalier* y otras más. Agotada esta vena, cavó al lado, y explotó otra de carácter más práctico y popular con sus obras *The perfect english trader*, *The perfect english gentleman*, *Square of english commerce*, *The secrets of unseen world* y *Journey about the Great Britain*. Pero no logró, ni aún en estos sus últimos años, que se le aquietase el corazón. Había su reputación padecido por el papel que en política representaba bajo un disfraz; acusado de haber llevado un doble juego, provocó rencores que le perseguían; en 1724, estuvo a punto de ser asesinado por uno de sus antiguos colaboradores; en el año que precedió a su muerte, tuvo aún que escaparse y permanecer oculto (2); en 1731, tornaron y se agravaron sus apuros de dinero; había transferido sus bienes a su hijo, pero este hijo ingrato, faltando a su promesa firmada, dejó «a sus hermanos y a su pobre madre moribunda mendigar el pan a su puerta» (3). Por fin, un día le vino a Defoe un letargo, y murió, no ya sin un cuarto, pero dejando deudas.

Pudiéramos censurar los vicios del pensamiento y del estilo de Defoe, el desorden y la incertidum-

---

(1) Reyes, *Defoe y el periodismo inglés* (en *El Sol* de 14 de Febrero de 1918).

(2) Taine, *Histoire de la littérature anglaise*, III, v, 2.

(3) Lee, *Defoe, his life and recently discovered writrings*, I, 458. Véase una carta de Defoe de 12 de Agosto de 1830.

bre que reinan en su labor total, el desequilibrio de su espíritu, su fiebre de actividad que a veces llegaba a extremos místicos y otras se reducía a un estado de excepticismo casi profesional, su moral acomodaticia y vagabunda, su carácter agresivo e inarmonioso; pero al despedirnos para siempre de aquel gran periodista, el sentimiento que nos causa tan irreparable pérdida, hace que las censuras mueran en nuestros labios. Admíranse, en algunos de sus folletos y artículos, una brillantez de color y una libertad de pincel absolutamente desusados en la mayoría de los «ensayistas» de su época, y que revelan hasta qué punto su talento era comprensivo, vivaz, eficacísimo y pronto. La producción completa de Defoe elévase al número de 254 obras, y si no todas son igualmente profundas, ni todas acusan la misma originalidad, hay que tener en cuenta la inmensa variedad de los asuntos sobre que recaen (1): asuntos políticos y religiosos, de circunstancias y de principios, sátiras y novelas, historia y poesía, geografía y viajes, noticias estadísticas y tratados de negocios, en alguno de los cuales se manifiesta como uno de los creadores de la doctrina económica que en su patria ha llegado a ser tan célebre: la doctrina del libre cambio. Si sus escritos en verso son por lo común poemas triviales, «absolutamente desprovistos de finura, de fervor y de atractivo» (2), en cambio, sus escritos en

(1) Binney Dibblee *(The news paper*, 163) dice que sólo los artículos de Defoe, relativos a casi todos los asuntos propios del humano conocimiento *(on almost every subjęct of human knowledge)* alcanzan el número de 5.000 páginas.

(2) Véase, por ejemplo, el intitulado: *Jure Divino, a poem in twelve books, in defence of every man's birthright by nature.*

prosa, sobre todo, los de índole periodística, nos interesan doblemente, por cuanto se enlazan de un modo estrecho con los principales acontecimientos de su vida, lo cual les quita mucho del amaneramiento retórico. Su inmensa labor ha establecido prácticamente el tipo del periodismo inglés que ha sobrevivido y llegado hasta nuestro tiempo (1), tipo ni crítico ni literario, pero verdadero órgano de la opinión pública, por su hábil adaptación a los lugares comunes, y que ha ejercido, por tal causa, una gran influencia política, sin por ello perder su estilo la condición atildada e irónica.

El profesor Minto demuestra que muchas de las obras más celebradas de Defoe tienen un origen completamente oportunista. «Defoe era periodista esencialmente. Escribía para el día y para el mayor interés del mayor número dentro del día. Siempre tenía algún barco con el pasaje dispuesto y la carga útil para dirigirse a la costa sobre la que el viento soplaba. Si la prueba de Tichborne hubiera sido hecha en su propio tiempo, hubiera obtenido exactamente de él una historia de la mocedad y de las sorprendentes aventuras de Tomás Castro, comúnmente conocido por *Sir Roger*, que hubiera venido a mostrarse como un verdadero relato, tomado acaso por el capellán de la cárcel de Portland, de los labios del convicto. Y habría tenido tal aire de autenticidad y habría sido corroborado por tal falange de testigos fidedignos, que nadie en posteriores tiempos podría haber dudado de su verdad. Defoe escribió siempre lo que un considerable número de personas estaba en condiciones de leer. Todos sus escritos, con tan pocas excepciones, que

(1) Binney Dibblee, *The newspaper*, 163.

puede suponerse razonablemente que han de caer dentro de la categoría, fueron *pieces de circonstance.* Siempre que cualquier persona distinguida moría o la atención popular estaba interesada de cualquier manera por un hombre, ya fuese político o criminal o clérigo, Defoe se apresuraba a escribir su biografía. En tales emergencias, produjo sus memorias de Carlos XII, Pedro el Grande, Conde de Patkul, Duque de Shrewsbury, Barón de Goertz, Reverendo Williams, Capitán Avery (el Rey de los Piratas), Cartouche, Rob Roy, Jonathan Wild, Jack Sheppard, Duncan Campbell. Cuando había sido designado el día para el proceso de alta traición del *Earl of Oxford,* Defoe produjo las ficticias *Minutee of the secret negotiationes of Sir Mesnager,* en la corte inglesa, durante el desempeño del ministerio de este hombre público. Debemos el *Journal of the plague in 1665* a una epidemia que cayó sobre Francia en 1721 y causó mucha aprensión en Inglaterra. El germen que en su fértil espíritu fructificó en *Robinson Crusoe* sobrevino de las aventuras reales de Alejandro Selkirk, cuya residencia solitaria de cuatro años en la isla de Juan Fernández produjo un asombro de nueve días en la corte de la reina Ana. Defoe estaba demasiado atareado en su política en el momento de emprender el relato; fué devuelto a su cargo en el año 1719 cuando las hazañas de los más famosos piratas habían dado un interés vívido a las hazañas de los aventureros en lejanas islas sobre las costas americanas y africanas. *The life, adventues and piracies of the famous captain Singleton,* que desde la costa situada frente a Madagascar, atravesó el Continente de Africa del Este al Oeste, pasadas las fuentes del Nilo, y volvió asolan-

do en compañía del famoso capitán Avery, fué producido para satisfacer la misma exigencia.»

Muy semejante a Defoe en lo cortante y dogmático de la dicción, y todavía más en lo estrafalario y desconcertado de su vida, se mostró el célebre doctor Johnson, de quien tenemos, en los cuatro volúmenes de su *Biography*, por Boswell (1), muy peregrinas noticias, las cuales reflejan a maravilla, así lo autoritario e inadaptable de su condición, como las ideas claras y precisas sobre la moral práctica a que habían llegado los espíritus en Inglaterra hacia la mitad del siglo XVIII. Este personaje extraño, este «respetable hotentote», hombre el más acreditado de su tiempo, dictador literario cuya crítica se convirtió en ley, adoptó una actitud ecuánime y firme ante la vida, y tuvo cierto optimismo inteligente, que le llevó a ser el *leader* de una sociedad tan brillante como la sociedad inglesa de 1780. «La época de Johnson», se dice para hablar de los años de 1740 a 1780, más o menos. Ya en 1731 había comenzado a publicar una revista aristocrática, *The Gentleman's Magazine*, donde, a la vez que su estilo

(1) El que quiera conocer en todo lo más interesante la vida y el carácter de Johnson, sin necesidad de recurrir a una obra tan prolija como la de Boswell, tiene a su disposición varios estudios, entre los que me cumple mencionar, por lo curioso, el que con el título de *The doctor Johnson and the fair sex* consagró Craig a estudiar el influjo del célebre doctor sobre las mujeres de su siglo. Acerca de ésta y de todas las importantísimas cuestiones de ambiente social e histórico que suscita la biografía del gran prosista clásico, léase el reciente libro de Bailey: *Doctor Jonhson and his circle*. También merece tenerse en cuenta la obra general de Escott: *The masters of journalism*, que sirve igualmente para Defoe, Swift, etc. Basten estas someras indicaciones, puesto que no pretendo agotar aquí la rica bibliografía johnsoniana.

adquiría vigor y temple, empezó contra los *whigs* una campaña, que le valió el dictado de *Hércules del torismo*. Más tarde, en *The Rambler*, resucitó el tipo de las composiciones a lo Addison, y Richardson, gran amigo suyo, colaboró con él asiduamente, y le proporcionó muchos ensayos para su periódico. Además de sus innumerables artículos y de las conversaciones tan cuidadosamente recogidas por su biógrafo Boswell (1), compuso Johnson algunas tragedias, escribió diez volúmenes de vidas de poetas británicos y ocho volúmenes de *Essays*, y, árbitro del estilo a una que del léxico, fué el más formidable analista de la lengua patria, a la que erigió, en su *Great Dictionnary*, un verdadero monumento de erudición y de crítica. Signo indudable de buen gusto era tal empeño de haber seguido siendo inglés respecto al idioma, en un tiempo en que la prosa inglesa llevaba un siglo de imitación francesa, y en que hasta la prosa de Hume (aquel Hume a quien Johnson tanto despreciaba, a pesar o a causa de que valía mucho más que él en el terreno ideo-

(1) Para apreciar debidamente el mérito y la originalidad del doctor Johnson, es preciso fijarse precisamente en esas *conversaciones*. Como verdadero clásico, el doctor Johnson era más amigo de vivir que de escribir, y el único método que para llegar a la sabiduría defendía y preconizaba era el de la meditación y el de la *conversación*. «Sólo los necios (solía decir) se empeñan en escribir. Al sabio, el escribir le importa poco, a menos que sea para ganarse la vida.» En la casa en que vivía, situada al Norte de *Fleet Street*, recibía, sin levantarse de la cama, a una tertulia de personajes distinguidos y aun de señoras. Así rodeado, *declamaba* hasta la hora de comer. Luego disertaba toda la tarde, «salía por las calles a gozar del lodo y de la niebla de Londres, enganchaba a un amigo para seguir conversando, y se dedicaba a pronunciar oráculos y sostener tesis hasta las cuatro de la mañana» (Taine, *Histoire de la littérature anglaise*, III, VI. 9).

lógico) se arrastraba entre giros y vocablos franceses (1). No se puede negar a Johnson el mérito de haber cuidado, limpiado y pulido su vieja lengua, sin ductilizarla de manera que la desnaturalizase.

Hijo de un librero y melancólico de nacimiento, Johnson vivió como un excéntrico, un cínico y un maniático, pasando su juventud en leer infolios latinos, sobre todo los más ignorados, como Macrobio, y quiso encontrar recursos proponiendo al público una edición de Policiano. Aunque pobre, era misericordioso con los desvalidos, y aunque fuerte, era incapaz de matar una mosca (2). A los 25 años se casó «por amor» con una mujer de 50, mofletuda, coloradota, vestida de telas vistosas, que se ponía en las mejillas media pulgada de afeite, y tenía hijos de la misma edad que él. Johnson, que había de llegar a ser el varón más literario de Inglaterra, tuvo unos comienzos, no ya de bohemio, pero de ganapán. Cuando fué a Londres para proveer a su sustento, unos, al ver que se movía con los gestos más cómicos, le tomaron por un estúpido; otros, al contemplar su tronco macizo de rinoceronte, le aconsejaron que se hiciese mozo de cuerda. Pena da recordar estos detalles. Cuando no ayunaba, su comida era precaria hasta lo sumo. Durante treinta años, trabajó como un menestral para los libreros, a quienes sacudía si se ponían impertinentes (3), y sus

(1) Véase mi libro sobre *Voltaire*, 168.

(2) Bobadilla, *Al través de mis nervios*, 24. En su estrecha y obscura morada, aparte un negro que le servía, había recogido y mantenía, cuando se lo permitió una pensión del rey, a cuatro mujeres y a un viejo médico charlatán, infelices sin recursos, achacosos y de mal genio, y que, en agradecimiento a sus favores, le atormentaban o insultaban de continuo.

(3) Taine, *Histoire de la littérature anglaise*, III, VI, 9.

más grandes obras parecen así manifestaciones de sus pobrezas más grandes (1). Como no tuviera para pagar el entierro de su madre, escribió en las tardes de una semana la incomparable *History of Rasselas*, que le valió 100 libras esterlinas (2). Pero, al fin, llegó a imponerse y a ser el árbitro de una sociedad refinada.

Tal es la vida: veamos ahora la persona y sus costumbres en aquella sociedad. ¡Qué facha la suya! Era la de un ogro grotesco y gigantesco: su cuerpo semejaba el de un hipopótamo. Tenía la estatura titánica, las espaldas anchas como las de un toro, el aspecto sombrío y rudo, los ojos parpadeantes, divergentes, «mirándose el uno al otro, como los de algunos hidalgos del Greco.» Su cara de plato estaba llena de costurones escrufulosos. Boswell ha hecho su retrato con tal viveza y color, que nos parece tener delante de los ojos aquella fisonomía robusta y carnal, rebosante de salud y grosería epicúreas. Andaba como el que pisa huevos. Llevaba siempre la camisa sucia, y usaba una levita color de tabaco, raida y llena de manchas, y una peluca atravesada en el cráneo, que no era la peluca del médico, ni la del artista, ni la del letrado, sinó una peluca típica, *sui generis* y chamuscada por los bordes, porque Johnson se inclinaba de noche sobre la vela, a causa de su miopía, para leer (3). En medio de una tertulia se le oía mascullar de re-

---

(1) Reyes, *Los «ensayistas» en el periodismo inglés del siglo XVIII* (en *El Sol* de 21 de Febrero de 1918).

(2) Reyes dice conocer dos traducciones de esta obra al castellano: una, de 1798 y de Madrid, por Joyes; y otra de 1834 y de Méjico, por Cuevas.

(3) Bobadilla, *Al través de mis nervios*, 23.

pente un verso latino o una oración. «Otras veces, en el hueco de una ventana, meneaba la cabeza, agitaba el cuerpo de adelante a atrás, y tan pronto alargaba como retiraba convulsivamente la pierna. Su compañero refería que había querido llegar con el pie derecho a toda costa, y que, no habiéndolo conseguido, había vuelto a probar con profunda atención, contando uno a uno todos sus pasos. La gente se sentaba a la mesa. De pronto se le iba el santo al cielo, se bajaba, y sacaba en la mano el zapato de una señora» (1). Apenas servido, no comía ni bebía: se precipitaba sobre los platos como un animal famélico. Su voracidad era la de un Heliogábalo, o si se quiere, la de un Carlos V, según que la describieron el francés Mignet y el inglés Asham (2). Sopa de tortuga, costillas con patatas, pescado a la parrilla, pastel de liebre, carne de ave, ensaladas picantes, nada rechazaba el doctor. Veces y más veces hundía su cabeza en el vaso, y en cada una no bebía menos de medio cuartillo de vino. Cuando al cabo saciaba su apetito, y se dignaba hablar, no hablaba, ladraba, disputaba, vociferaba, hacía de la conversación un pugilato, no admitía interrupciones ni réplicas. De gustos groseros en la gula y en la conversación, al pronunciar, hacía ruidos extraños, «ya dando vueltas a la boca como si rumiase, ya silbando por lo bajo, ya chasqueando la lengua como si cloqueara.» Al fin de su período, soplaba como una ballena, le temblaba el vientre y trasegaba a su estómago una docena de tazas de té (3).

(1) Taine, *Histoire de la littérature anglaise,* III, VI, 9.

(2) Véase a Fuente, *Reyes, favoritas y validos*, 36.

(3) Taine, *Histoire de la littérature anglaise*, III, VI, 9.

Y ahora es caso de curiosidad el de saber de qué raros elementos espirituales se componía tan singular sujeto para que todo el mundo se agolpase a oir sus conversaciones; para que se le considerase y llamase por excelencia *a representative man* de su siglo y escritor en quien la dignidad del periodismo alcanzó su mayor altura como género literario; para que miss Burney imitase su estilo y le reverenciase como a un padre; para que el actor Garrick, el pintor Reynolds, el orador Burke, el historiador Gibbon, el indianista Jones, fuesen a su *club* a hacerle coro; para que lord Chesterfield, que «había perdido su favor», se esforzase inútilmente en recuperarlo, proponiendo concederle la autoridad de un Papa sobre todas las palabras de la lengua. Hay un cuadro de Howard Pyle, que representa al doctor Johnson, hercúleo y dominador. A su lado, «como un antílope al lado de un elefante», según la feliz expresión de Gosse, se ve a su amigo Goldsmith, ligero, nervioso como su estilo, más elegante que el otro, más ameno, lleno de vanidad candorosa, y que admira al maestro, sufriendo al verse siempre eclipsado por él. A su izquierda, y un poco atrás, hay un hombrecillo que se acerca, sombrero en mano, con claras señales de sumisión. ¿Quién puede ser? ¿Quién sino el amable Boswell, discípulo y biógrafo de Johnson, a quien sigue los pasos y de quien anota las frases, para por la noche llenar volúmenes con ellas? «Con Masson, es Boswell el que da carácter literario a la biografía, en Inglaterra, tratando de destacar la figura estudiada, como la de un héroe de novela. Johnson se perpetúa en la obra de Boswell lleno de humoradas, paradojas, resoplidos y puñetazos. Hasta los ade-

manes del maestro adquieren, a los ojos del pobre Boswell, una significación transcendental. Los ingleses han inventado el verbo *boswelizar* para los que creen candorosamente en la divinidad de sus biografiados. El humorista norteamericano Holmes considera el cuadro formado por estos escritores como un tipo muy recomendable, según él, de las *Sociedades de Admiración Mutua.* Me parece que a quien admiraban era a Johnson» (1).

¿Cómo, repito. explicar la hegemonía literaria y social que Johnson alcanzó en su nación y en su época? ¿Fué acaso por el influjo irresistible del genio? Pero él no fué genio, aunque, por su talento y pasmosa energía, no pudiese menos de jugar al genio. Pecaba de pedante en la conversación. No hablaba, puesto que sus deseos eran tan violentos, que nada le detenía para satisfacerlos, y cuando discutía, arrancaba de cualquier modo la victoria, imponía su opinión doctoral e impetuosamente, y ponía de vuelta y media a las personas a quienes refutaba. «Caballero, veo que sois un miserable *whig*». «Señora mía, no hableis más de esto; la tontería no puede defenderse más que con la tontería». «Caballero, he querido ser descortés con vos, pensando que vos lo érais conmigo». (2). ¿Tal vez por la incoherencia entre su persona y su temperamento y la gente que le rodeaba? Esta disonancia era superficial y aparente; estaba en las costumbres, no en las convicciones; en la práctica, no en la teoría. De hecho, Johnson participó de las ideas y de los prejuicios de su país y de su tiempo. De-

(1) Reyes, *Los «ensayistas» en el periodismo inglés del siglo XVIII* (en *El Sol* de 21 de Febrero de 1918).

(2) Taine, *Histoire de la littérature anglaise*, III, VI, 9.

testaba a los *whigs* desde la infancia, y jamás habló de ellos más que para insultarles, pues hasta en su diccionario les insultó, aseverando que «el espíritu *whigs* es la negación de todo principio», y que «el primer *whig* fué el diablo.» Poseía nociones infantiles sobre el Gobierno, la metafísica y la religión; creía que «la corona no tenía bastante poder»; exaltó a Jacobo II y a Carlos II como a dos de los mejores reyes que se han conocido; justificó las contribuciones arbitrarias que el Estado inglés pretendió imponer a los norteamericanos; calificó de *infame* a Espinosa, de *botarate* a Hume, de *bribón* a Rousseau y de *canalla* a Voltaire. Según declaraba, hubiera firmado mejor una orden de destierro a trabajos forzados para Rousseau que para cualquier criminal procedente de Old Bailey, y añadía que la diferencia entre él y Voltaire era tan ligera, que «sería dificil establecer una desproporción de iniquidad entre ambos» (*it would be difficult to settle the proportion of iniquity between them*) (1). Precisamente porque emitía las tendencias del medio ambiente en que se agitaba, porque era anglicano ferviente e idólatra de la autoridad y del orden establecido, se ajustaba perfectamente a la mentalidad e inclinaciones de la alta sociedad inglesa. En un país latino, hubiera podido ser bien quisto del gran mundo, aunque en su persona hubiesen estado estrechamente unidas la devoción y el libertinaje; hubiera podido ser popular, si a su despreocupación en el trato de gentes hubiera unido el radicalismo ideológico en religión y en política; pero en Inglaterra se entendian las cosas de otro modo, y Johnson era un britano de cuerpo entero, temeroso de Dios, pre-

(1) Morley, *Voltaire*, 5.

ocupado por el juicio final, advertido de las consecuencias del pecado en esta vida y en la futura. «Garrick (dijo un día), no voy más entre bastidores, porque las medias de seda y los pechos blancos de vuestras actrices excitan mis propensiones amorosas». Estas cualidades morales se reflejan en su crítica. Reyes (1) avanza más: a su juicio, hasta las físicas se reflejan. «La crítica de Johnson es dogmática, y tiene algo de la corpulencia del hombre. En cierta época era de buen tono: hoy ya nadie hace caso de ella». Hoy, en efecto, no nos agrada ni en ciencia ni en arte que la crítica que ha de parar en afirmación tenga ya bien betunada su tez; porque entonces la condenación o la alabanza se imponen, no brotan de la trama de la apreciación justa e identificada con el pensamiento o la creación ajenas. No hay que olvidar, sin embargo, que, en Johnson crítico, no tanto triunfó el fondo como la forma, la manera, la argumentación, la afición a la antítesis y al estilo sentencioso, el vigor de la disertación y la pompa perorativa. Taine (2), poco sospechoso a este respecto, encarece la excelencia y hasta el encanto de la prosa de Johnson, leída en sus mejores originales con conciencia de los gustos de la época. Fué la consumación y el exceso, el triunfo y la tiranía, el estilo oratorio. Comprendemos ahora que una edad oratoria le reconociese por maestro, y que se le adjudicase en la elocuencia la primacía que se otorgaba a Pope en los versos. Tal resultado solamente podía lograrlo un espíritu completamente penetrado en la cultura clásica, que aquí por primera

(1) *Los «ensayistas» en el periodismo inglés del siglo XVIII* (en *El Sol* de 21 de Febrero de 1918.)

(2) *Histoire de la littérature anglaise*, III, VI, 9.

vez en la prensa inglesa se muestra unida al periodismo literario, aunque no enteramente asimilada a él.

Desde la época de Addison, los periódicos ingleses mejoraron constantemente, así en su redacción, como en su parte material. Por lo que toca a esto último, la mayoría de las gacetas del Reino Unido daban, todavía en el siglo XVIII, una renta a muchas familias de magistrados, que pagaban a los que las escribían. Según Voltaire (1), la ciudad de Londres publicaba entonces más de 12 gacetas cada semana, y allí sólo se podían imprimir en papel timbrado, lo que daba al estado un buen producto. Mas no se crea que el elemento espiritual quedaba olvidado en las gacetas. Sucede a veces que los historiadores, mirando aisladamente la cuestión, niegan que en Europa haya existido el periódico político antes de la Revolución Francesa, y hablan del «libertinaje» de la prensa británica, como si fuese un episodio de la historia de Inglaterra, sólo explicable por la debilidad de los monarcas o las especiales circunstancias del reino. Quien estudia a fondo la historia, advierte que este punto de vista es altamente fútil, y que la libertad de escribir en los periódicos políticos existió en Inglaterra durante casi todo el siglo XVIII. De que esta libertad había adquirido valor bastante hasta para ser, no ya defendida, pero positivamente razonada, tenemos una muestra en el prólogo que precede a la edición de las célebres *Letter of Junius*, que habían visto la luz en el *Public Advertiser*, (editado por Woodfall, de 1769 a 1772), y cuyo desconocido autor hace una elocuente apología de la libertad de

(1) *Dictionnaire philosophique* (en la palabra *Gazette*).

escribir en la prensa (1), la extensión que debe tener esta libertad tutelar, la protección que debe otorgársele, su poder (que sería bastante para contener el despotismo, si con él pudiera coexistir), la penalidad por el Jurado, etc. La exposición de estas verdades, familiares hoy en las naciones libres, pero imperfectamente conocidas entonces, parece indicar las graves condiciones de la contienda, y produce la impresión de una mayor o menor resistencia del poder civil. Pero lo que constituye la importancia más grande y más profunda del caso en sus relaciones con el desarrollo de nuestra civilización, es el conflicto mismo de donde surgieron esas *Letters*, a las que debe la libertad de escribir la posición legal que adquirió en la nación británica. El poder que había ya vencido al Parlamento y triunfado de los Estuardos, no podía ser resistido, con facilidad por ningún Gobierno de Inglaterra que se hubiera propuesto hacerle frente, y basta a este propósito recordar el éxito obtenido por el editor demagogo Wilkes con su *Nort Britain* (1762 y 1763).

Todo ello, sin embargo, no se logró sin grandes luchas. Las Cámaras habían llegado a expulsar de su seno al diputado Steele por unos artículos publicados en *The Englishman*, y en general perseguido a cuantos periodistas se atrevían a emitir juicios adversos e insidiosos sobre los debates parlamentarios. Para cohonestar esta conducta, la prensa inglesa se

(1) *After Suvitf comes Junius, ith his newly-discovered advertisement of anonimity, a long way behind, a' kind of ostentations but safely sheltered temerity colouring his natural tendeney to seclusion and his disinclination to take the responsibility of parring counterattacks*) Binney Dibblee, *The newspaper*, 235).

armó de paciencia y perseverancia. Empezóse por recurrir al apoyo de los grandes literatos, Bolingbroke, Goldsmith, Brougham (y más tarde, Disraeli, Thackeray, Dickens (1), quienes, con su elevado estilo, dieron a las discusiones políticas un tono de moderación y dignidad, hasta entonces desconocido en la prensa, y templado por un humorismo sano. También se puso en la lucha pasión cuando fué preciso (2), ya que la pasión, en dosis moderadas, es con fre-

(1) Bolingbroke, con su *Disertation on parties* y el *Patriot Kin*, se adelantó a las novelas de Disraeli y a la *Saturday Review*. Véase a Biuney Dibblee, *The newspaper*, 235. Compárese con mi *Voltaire*, 87.

(2) *Since the time of Junius there has been little litèrary mater in the press equally brilliant as well as ferocius. The battles of journalistic independence were fought more with the special message and thelegram han with the pen* (Binney Dibblee, *The newspaper*, 236). Los nombres representativos de aquellas encarnizadas luchas a que alude Binney Dibblee (luchas que abarcaron todo el reinado de Jorge III y se prolangaron hasta bien entrado el siglo XIX) son Coleridge, Stead, Cobbett, Southey, Arnold, Hunt, Coven, Harlitt, Meredith Townsend, Hutton, Lang, Forbes, Borrow, Oliphant, Henley, Steevens, Russel, Dunckley, Delane, etc. Para formarse alguna idea de lo que fué entre los ingleses semejante *Kulturkampf* periodístico, que tuvo su período álgido en el siglo XVIII, pero que registra inolvidables episodios aun en toda la pasada centuria, y que, por otra parte, apenas cabe sea comprend do sin el estudio previo de las condiciones sociales de la historia británica, puesto que difiere esencialmente de todo lo que en el continente entendemos por «cruzada en favor de la libertad de la prensa», puede consultarse a Dasent, *Life of Delane*. Atkins, *Life of Russell*. Ogden, *Life of Godkin*. Greeley, *Memoirs*. Blowitz, *Memoirs*. Rochefort, *Memoires*. Montague, *A Hina let Leose*. Gibbs, *Street of Adventure*. Courlander, *Mightier than the Sword*. Murray, *The Way of the World*. Barrie, *When a Man's Young*. Véase también las informaciones técnicas del editor Baker en *Newspaper Owner*, el artículo *Advertising* en la *Encyclopaedia* de Chambers, y el artículo *Newspaper* en la *Encyclopaedia Britannica*.

cuencia un atributo de las almas delicadas y sensibles, y es, asimismo, fuerza y coraje, que pueden tornarse en elementos constructivos. Las almas que vibran, por lo común ven claro, y su tenacidad se explica por su clarividencia. Así, la prensa inglesa se propuso a toda costa imponerse y se impuso. La represión no contaba, y se estrelló de continuo ante el compañerismo y apoyo mutuo de los periódicos. Condenado por determinada información política, al día o semana siguiente la reproducía otro; penado éste, la hinchaba las medidas un tercero; si, como ocurrió en 1771, el impresor del *London Evening Post*, era preso por dar a luz muchas noticias de las sesiones parlamentarias, el *Lord Maire* les ponía en libertad, alegando privilegios de la *City* (1);

(1) Es de advertir que, en la fecha citada, la Cámara, de la que formaba parte el *Lord Maire*, después de una discusión borrascosa, reprendió públicamente a éste, y, además, le mandó encerrar en la Torre de Londres. Empero, disuelto el Parlamento a los pocos días, y puesto en libertad por tal hecho el *Lord Maire*, al reunirse las nuevas Cortes, todos los periódicos publicaron un extracto de sus sesiones, que la Cámara de los Comunes toleró. En rigor, esto hubiera podido no correr después como válido y constituir un episodio meramente circunstancial, aunque bien se le alcanza a nuestro Fuensanta del Valle (*Historia del periódico político*, 23) que, con no haber sido aquella transigencia competente autorización, el tiempo se encargó de ponerle eficaz refrendo. Así, decía ese autor en 1892: «Sin estar derogada hoy la ley que prohibe la publicación de las sesiones de las Cámaras, la costumbre se ha sobrepuesto a la ley, y los periódicos ingleses contienen casi íntegro el diario de las sesiones.» No debemos, sin embargo, poner por verdad lo que no consta, y justo es dejar consignado que la victoria conseguida por la prensa en este punto no cabe referirla a la benevolencia de ciertos sectores de la política, ni a los esfuerzos del periodismo por sí sólo, sino a ayuda decisiva de la opinión pública, siempre tan liberal en la nación inglesa.

si la represión tomaba grandes vuelos, el pueblo en masa intervenía. Solían ir, pues, en sus peculiares manifestaciones, por un lado la libertad de escribir, que se iba abriendo paso como podía, y por otro la pertinacia de las autoridades; y así vemos que, al empezar la Revolución Francesa y estallar, por esta causa, en Inglaterra, una reacción contra las ideas liberales, manifestóse la reacción por la persecución de los periódicos de tal matiz, siendo entonces cuando Sheridan, uno de los jefes del partido *whig*, fundó la *Sociedad de los Amigos de la Libertad de la Prensa*, a la que debieron los periódicos perseguidos su salvación: de tal manera contribuyó con su influencia, con sus medios pecuniarios y con sus miembros en el Parlamento, a defenderla y protegerla, y a que pasase aquella etapa para ella tan difícil. (1)

Aquellos críticos, que generalmente conjeturan que el periodismo ya desde sus principios fué por necesidad democrático, como lo testifica Binney Dibblee (2), concuerdan en que lo fué, por lo menos en Inglaterra y desde el punto de vista de la forma, en cuanto debió su existencia a una exigencia democrática de las sociedades modernas, siendo a su vez, por la ley de reciprocidad, la fuerza que en mayor grado ha contribuído a la organización de la democracia. Nuestro Araquistain (3)

(1) Fuensanta del Valle, *Historia del periódico político*, 24.

(2) *The newspaper*, 235. Sobre la importancia social del periodismo en Inglaterra ha de consultarse principalmente el bellísimo libro del publicista británico Scott-James, que se intitula *The influence of the press*, y que vió la luz en 1913. En él se señalan las causas de la evolución interna de la prensa, se mide su fuerza y se determinan sus funciones.

(3) *La prensa como fuerza social* (en *La Voz de Sonora* de

entiende las cosas de la misma manera, e insiste en que la democracia o Gobierno del pueblo supone un conocimiento nacional de todos los hechos en que ha de fundarse este Gobierno, y la libertad de la prensa, por tanto. Si el pueblo, dice, ignora las condiciones de la realidad política, vivirá reducido a la impotencia, y gobernarán por él los que mejor informados estén acerca de esa realidad: unas veces será la Iglesia, otra la monarquía, otras las oligarquías... Cuando el Estado estaba circunscrito a la ciudad de los griegos, la democracia no requería más que ir a la plaza pública para informarse y expresarse. Siendo esto imposible en las sociedades modernas, la democracia ha necesitado crear la prensa como medio de información y expresión. Pero la conciencia colectiva o sentido democrático íntimo, no apareció de repente, ni existe aún, sino que ha pasado por un largo proceso de formación, y necesitará todavía irse formando durante mucho tiempo, antes de adquirir una perfecta situación de unidad y claridad. Las diversas etapas de la prensa corresponden al despertar de diferentes capas sociales. La actividad intelectual del siglo XVIII produjo un extenso grupo social que anhelaba seguir el curso de la historia de su tiempo. Influían en este deseo la curiosidad despertada por la cultura y la correlativa aspiración a intervenir en la marcha de la cosa pública. El grupo estaba constituído por las zonas superiores de la burguesía, y el resultado

13 de Febrero de 1914). Este trabajo es un excelente comentario a la obra de Scott-James citada en la nota anterior, comentario donde sólo hay que lamentar que reflexiones sumamente juiciosas aparezcan mezcladas con aserciones insidiosas y con juicios inspirados por el espíritu de secta.

de esto fué la creación de *The Times* en 1785. El fundador de tan célebre periódico (que aún vive y es el más leído de Inglaterra), Walter el Mayor (1), supo con su genio recoger y cristalizar ese estado de opinión pública, y, desde su curso primitivo, *The Times* (cuyo solo título va contra toda suposición de ideología reaccionaria y gobernación retrógrada) representó el descontento general de las clases medias, ansiosas de democracia y progreso económico frente al *régimen* de represión y de sacrificios financieros establecido por Pitt, el *leader* de la aristocracia dominante (2). Pero el liberalismo de *The Times* fué siempre moderado y práctico, sin que nunca tocase a lo religioso, ni llegase al libelo, como había ocurrido con el semi-periodismo iniciado por Defoe en *The Shortest Way with the Dissenters*. Y un gran hecho vital estimuló el apetito de información en el grupo de referencia. Este hecho fueron las guerras napoleónicas, en que se jugaba el destino de todos los Estados europeos. La relación de tales guerras dió un gran impulso a *The Times* (3). Por otro lado, favoreció su desarrollo la invención de adelantos mecánicos que facilitaron la industria de imprimir, y por primera vez en el mundo (29 Noviembre 1814) apareció *The Times* tirado en máquina de vapor, medio poderoso para aumentar la edición de un periódico (4). Pero como esta parte de la historia de *The Times* corresponde al siglo XIX, la expondré más adelante con todo detenimiento.

(1) Walter el Segundón no actuó en la continuación del periódico de su hermano hasta comienzos del siglo XIX.

(2) Binney Dibblee, *The newspaper*, 167.

(3) Araquistain, *La prensa como fuerza social* (en *La Voz de Sonora* de 13 de Febrero de 1914.)

(4) Fuensanta del Valle, *Historia del periódico político*, 21

En otra obra (1), he hecho notar que la defensa que Voltaire hizo de la tolerancia, distinguiendo en una herejía entre la opinión y la facción, y afirmando que la religión es de Dios al hombre y la ley civil del soberano al pueblo, procedía de fuentes inglesas genuínas. En un país y en una época en que se tachaba de librepensador a quien se permitiese considerar la existencia de las *Cinco Proposiciones* en el *Augustinus* de Jansenio como cosa indiferente a la felicidad de la raza humana (2), Voltaire mantuvo la necesidad de que las negaciones más radicales pudieran mostrarse en plena luz, reproducirse públicamente y tener a su servicio libros, periódicos y sociedades organizadas como en Inglaterra. Durante su residencia en este país, el movimiento de una sociedad libre, la originalidad de aquellos caracteres, las mil formas nuevas de los *clubs* y de las sociedades religiosas, la franca discusión de las cosas públicas (3), el ingenio hecho escalón para el poder (4), la evocación que encontraban los hombres ilustres (5), la literatura fundada

---

(1) *Voltaire*, 65, 117.

(2) Condorcet, *Œuvres*, VI, 20.

(3) Sobre la libertad de la prensa y del teatro británico en aquella época, véase a lord Stanhope (*History of England*, II, 231), a Morley (*Voltaire*, 62) y al mismo Voltaire (*Œuvres*, XXXV, 37).

(4) Voltaire se lamentaba en 1725, de que, mientras él tenía que confundirse entre la multitud en Versalles, al celebrarse el matrimonio de Luis, para ganar una mísera pitanza del bolsillo privado de la reina, en Inglaterra disfrutaban de rentas pingües Swift, Hughes, Rowe, Philips, Congreve y otros muchos escritores (*Œuvres*, LXII, 140, 149).

(5) Newton falleció en 1727, estando ya en Inglatera Voltaire, el cual presenció su muerte, llorada como una calamidad pública, y circundada de tal pompa a los ojos de la nación, que

en la opinión, no de la corte, sino del pueblo, le hicieron amar la «audacia inglesa», la independencia de espíritu de aquellas gentes que «decían lo que pensaban» que comunicaban sin trabas al público cuanto querían, que censuraban abiertamente cualquier medida tomada por el rey o sus ministros (1). «Este ejemplo de Inglaterra (observaba Condoncert) (2) le demostró que la verdad no fué creada para quedar oculta como un secreto en manos de unos pocos filósofos y un pequeño número de hombres de mundo instruidos por esos filósofos y que sonríen con ellos de los engaños de que el pueblo es víctima, pero que al mismo tiempo se hacen campeones de tales engaños, cuando el hacerlo entra en el interés real o aparente de su profesión o categoría social, y están dispuestos a admitir la proscripción y hasta la persecución de sus maestros, si se aventuraran a hacer público lo que piensan. Desde el momento de su vuelta a Francia, Voltaire se sintió llamado a destruir los prejuicios de todo género de que era esclava su nación.»

Pero esa acción liberadora de Voltaire, si fué excéptica, no fué tolerante, como no lo ha sido nunca la psicología del pueblo francés, por demás compleja en este punto, y buena prueba de ello te-

no hubiera sido superada si el difunto hubiera sido, no un geómetro, sino un rey protector de su pueblo. La nación, reconocida a los trabajos científicos de Newton, le hizo un homenaje que llenó de admiración a Voltaire, y preparó en Westminter una tumba para el sabio que había descubierto la ley de gravitación universal (*Œuvres*, XXXV, 114, 197, 202).

(1) Véase a Hume (*Philosophical Works*, III, 8), para quien eso era lo que más sorprendía a los extranjeros que a Inglaterra llegaban.

(2) *Œuvres*, IV, 20.

nemos en la abierta oposición, que durante todo el siglo XVIII se manifiesta, no sólo entre los *nouvellistes* y los literatos, sino que también entre éstos y los verdaderos periodistas (1). Ya sabemos que en 1631, no había en Francia más que un periódico semanal la *Gazzette de France*, fundada por Teofrasto Renaudot, y cuyo principal interés radicaba en las noticias referentes a la salud del monarca. En 1665, vió la luz, según queda también dicho, el *Journal des savants*, y en 1762 aquel *Mercure Ga-*

(1) Literatos hubo, y no de los de ideas moderadas, sino de los más tachados de ideas disolventes, que, no ya la legitimidad de la prensa periódica, pero la misma libertad de imprenta pusieron en tela de juicio, y aun algunos, como Rousseau, la negaron de plano y abominaron de sus frutos, como se ve por este pasaje del sofista ginebrino que corresponde a la nota 18 de mi traducción de su discurso sobre las ciencias y las artes en relación con las costumbres, y que reza textualmente: «Considerando los desórdenes afrentosos que la imprenta ha causado en Europa ya, y juzgando del porvenir por el progreso que el mal hace uno y otro día, fácil es prever que los soberanos no tardarán en tomarse, para expulsar el terrible arte de sus Estados, tanto cuidado como se han tomado para introducirlo en ellos. El sultán Achmet, cediendo a las importunidades de algunas supuestas personas de gusto, había consentido en establecer una imprenta en Constantinopla; pero no bien la prensa empezó a producir, la destruyó y lanzó a un pozo sus aparatos. Dícese que el califa Omar, consultado sobre lo que debía hacerse con la biblioteca de Alejandría, respondió en los siguientes términos: *Si los libros de esa biblioteca contienen cosas opuestas al* ALCORÁN, *son malos y hay que quemarlos; si no contienen más que la doctrina del* ALCORÁN, *hay que quemarlos también, porque son superfluos.* Nuestros sabios han citado este razonamiento como el colmo de la absurdidad. Poniendo, empero, a Gregorio el Grande en lugar de Omar, y al Evangelio en lugar del *Alcorán*, la biblioteca hubiera sido quemada, y su incendio acaso constituiría hoy el rasgo más hermoso de la vida de aquel ilustre Pontífice».

lant tan maltratado por Labruyère (1); pero ambos se ocupaban exclusivamente de ciencia y de arte. El primer diario, en el recto sentido de la palabra, fué el *Journal de París*, cuya publicación se inició èn 1777. Ahora bien: no vaya a creerse que el desarrollo de la prensa (aun de la consagrada únicamente a la literatura) agradaba a los gobernantes, a los poderosos, a las *gens en place*, ni siquiera a las *gens de lettres*, sino muy al contrario. Los literatos más conocidos eran los primeros en protestar contra los periódicos. Voltaire perseguía a los que le atacaban, y la Academia Francesa no podía tolerar que los periodistas y el público se divirtieran a costa de los individuos que la formaban. Cuenta Bordeaux (2) a este propósito que, habiendo publicado el *Journal de Bruxelles*, (25 Julio 1776) un artículo de Linguet, en el cual éste se burlaba donosamente de la Academia, con motivo del ingreso en ella de Laharpe, fueron los inmortales a quejarse al Gobierno, solicitando de él que se prohibiera la entrada en Francia del citado periódico. El mi-

(1) *Les caractères*, I: *Le «Mercure Galant» est immédiatement audéssous du rien: il y a bien d'autres ouvrages qui lui ressemblent. Il y a autant d'invention à s'enrichir par un sot livre, qu'il y a de sottise a l'acheter; c'est ignorer le goût du peuple que de ne pas hasarder quelquefois de grandes fadaises.*

(2) *Les origines du journalisme* (en *Le Correspondant* de 10 de Noviembre de 1904). Este artículo (al cual ya me referí una vez antes de ahora) es un comentario a la obra de Funck-Brentano titulada *Les nouvellistes*, obra en extremo regocijante, y que nos da curiosos informes sobre los procedimientos de los *nouvellistes*, su influencia y sus medios de propaganda. Merece leerse también la *Anthologie du journalisme du XVII siécle a nos jours*, de Ginisty, libro que ofrece un interés muy grande a los que estudian la evolución de la mentalidad francesa, y que contiene datos muy valiosos y hasta muy edificantes algunos.

nisterio intervino, y obtuvo que expulsasen a Linguet de la redacción del *Journal;* pero el agudo cronista marchó a Londres, fundó los *Anales Politiques*, y la emprendió nuevamente con la docta corporación. Nuevamente también los inmortales se quejaron e hicieron gestiones cerca de Amelot, ministro de la Casa Real, y a quien, así como a todo el Gobierno, atacaba Linguet sin temor alguno en su periódico. Los inmortales estaban indignados. *L'administration peut-elle supporter l'introduction en France d'un pareil ouvrage?* Pero esta vez no lograron el mismo éxito que antes, pues, según les manifestó el ministro de la Casa Real, el monarca y su familia no leían más periódicos que el de Linguet, y no era cosa de privarles de ese pasatiempo. En compensación, la Academia obtuvo, en 1783, la supresión del *Journal de Monsieur*, redactado por Geoffroy y el abate Royon, sin otro motivo que el de haber hecho ese periódico, de una de sus sesiones, un poco respetuoso *compte-rendu.*

Los escritores y publicistas del siglo XVIII francés ponían atención a las noticias políticas de correspondencia privada, y no hacían peso de las que el periodismo les remitía, quiero decir, que juzgando por de poco tomo las informaciones de los papeles públicos y dejándolas a la confección de los negociantes o asalariados y a la curiosidad de los ociosos, mostraban tener en menos el escribir en la prensa, canonizaban a sus redactores de insipientes y ni aun a su crítica literaria y científica concedían beligerancia. Mientras en Inglaterra los «ensayistas» eran los mejores autores de la época y *The Mornin Post* (rival de *The Times* y fundado en 1772) alcanzó, desde sus primeros días, una

gran distinción literaria, y en él colaboraron con frecuencia Coleridge, Southey, Young (más tarde Wordswort y otros literatos ilustres) (1), en Francia el perínclito Montesquieu, en la CVIII de sus *Lettres persanes* se burló muy a su sabor de los *journaux* y de los *journalistes*, dirigiéndoles ataques tan insidiosos como a los *nouvellistes*, y cargando la mano precisamente sobre las publicaciones de esa índole que hacían crítica literaria o científica. Sus palabras son éstas: «Hay una especie de libros que no conocemos en Persia, y que están muy de moda aquí: los periódicos. Al leerlos siéntese uno lisonjeado en su pereza y satisfecho de poder recorrer treinta volúmenes en un cuarto de hora. En la mayor parte de los libros, apenas el autor ha hecho los cumplidos ordinarios, cuando ya los lectores se sienten llegados al extremo de sus apuros, porque él hace entrar en una materia sumergida en medio de un mar de palabras. Este quiere inmortalizarse por un *in-dozavo*; aquél por un *in-quarto;* otro, que tiene más vastas inclinaciones, no se contenta con menos que con un *in-folio*, con lo que extiende su asunto en proporción, y lo hace sin piedad, y sin tener para nada en cuenta la fatiga del pobre lector, que se desvive por reducir lo que el autor ha cuidado tanto de amplificar. Yo no sé, qué mérito habrá en componer semejantes obras, y no haría tanto, en verdad, aún proponiéndome, con plena deliberación, arruinar mi salud y a un librero.» Y a renglón seguido dice con terrible desenfado: «La sinrazón de los periodistas está en que no hablan más que de los libros nuevos, como si la verdad fuese nueva nunca. Me parece que hasta que un

(1) Véase a Binney Dibblee, *The newspaper*, 175.

hombre haya leído todos los libros antiguos, no tiene ninguna razón para preferir los nuevos. Y si los periodistas se imponen la ley de no hablar más que de las obras recién salidas del taller literario, se imponen también la ley de ser enojosos en grado sumo. Se abstienen por sistema de criticar los libros de que dan extractos, y, en efecto, ¿quien es el hombre lo bastante atrevido para crearse diez o doce enemigos todos los meses? La mayoría de los autores se parecen a los poetas, que sufrirán una tempestad de palos sin quejarse, pero que, poco celosos de sus costillas, lo son en gran manera de sus obras, respecto a las cuales no pueden admitir la menor crítica. Conviene, pues, guardarse mucho de herirles por tan sensible lado. Los periodistas lo saben tan bien, que hacen todo lo contrario: comienzan, pues, por elogiar la materia tratada, primera insulsez; y de ahí pasan a los elogios del autor, elogios forzados, por cuanto tienen que habérselas con personas de grandes alientos, prestas siempre a hacer valer su razón y a abatir a golpes de pluma a un periodista temerario.»

Así pensaba y así escribía el varón aclamado por la posteridad excelso oráculo de la ciencia jurídica y gran milagro de su época. De lo que asevera, puede inferirse cuánto era el desprecio que los grandes espíritus del siglo XVIII francés sentían por el *journalisme*, cuya vida era casi nula, por lo precaria. Pero como nota un autor (1), citado anteriormente, si el periodismo apenas existía antes de la Revolución, había, sin embargo, una *opinión pública*, y una opinión pú-

(1) Bourdeaux, *Les origines du journalisme* (en *Le Correspondant* de 10 de Noviembre de 1904).

blica singularmente poderosa y activa, que vemos manifestarse en el siglo XVIII, durante la Fronda, bajo Mazarino, y que, sumisa y dócil, bajo Luis XIV, levantó la cabeza, y murmuró, y gritó, y se agitó, durante el curso del siglo XVIII, rechazando obras teatrales, libros y hombres, haciendo fracasar la *Phédre* de Racine, elevando a las nubes el *Contrat social* deRousseau, imponiendo aNecker. Su rumor, primero sordo y neutralizado, después agudo y radical, se hizo sentir en todos los acontecimientos graves y en todos los vaivenes políticos. A partir de 1789, ella fué la que dirigió, desde el *Palais-Royal,* todos los grandes movimientos revolucionarios y las jornadas del 5 y 6 de Octubre y del 10 de Agosto.

Nos encontramos, pues, en presencia de un hecho indisputable y curiosísimo. El verdadero periodismo *político* de Francia se propagó oralmente por los *nouvellistes* antes de propagarse en letras de molde, y coexistió por siglo y medio con el empleo de la imprenta en el noticierismo y en todas las manifestaciones de la prensa, como han coexistido y coexisten el canto y el fonógrafo, la pintura y la fotografía, el buque de vela y el de vapor. ¡Y qué información tan concienzuda era la información aquella, que seguía paso a paso las noticias, y estaba enterada de todos los rumores, que, no solo en Francia, pero en el extranjero, circulaban! Comparadas con ella, las cartas de Madame de Sevigné (que, por estar escritas para la galería y pasar de mano en mano, han sido designadas como *nouvellisme écrit)* son débiles esbozos de periodismo. El *nouvelliste* era algo más completo y desde luego más profesional. El autor de la *Novellomanie* defi-

nía al *nouvelliste* como *un homme qui sait tous les jours les plus fraiches nouvelles.*

El gremio de los *nouvellistes*, que en su nacimiento y primera evolución había sido el resultado y el reflejo de una *anarquía expontánea*, al decir de Taine, acabó por ser, en el siglo XVIII, una anarquía organizada. Cada reunión de *nouvellistes* era un *club* al aire libre, y, según la expresión de Young, que los trató de cerca, *chaque heure y produisait sa brochure.* En vísperas de la Revolución, el número de *nouvellistes* aumentó con la fermentación de los espíritus, y su punto principal de reunión fué el *Palais-Royal*, donde se preparaba (y nadie ignora por los efectos de qué modo) la opinión pública (1). No sin motivo se ha observado que esta organización oral de la opinión pública es casi una revelación hoy día para quienes no han profundizado en la erudición de lo consuetudinario.

«A medida que el Estado francés se centralizaba (observa Bourdeaus) (2), nadie en provincias se contentaba ya con noticias locales, y ningún parisién se contentaba tampoco con noticias de su barrio. Se dice que la necesidad crea el órgano. Aquella curiosidad insaciable creó los *nouvellistes*, que comprendieron la necesidad de la información, e hicieron de ella un oficio, bien que, más curiosos que sus mismos clientes, este oficio no les resultaba lucrativo, sino costoso. En su respeto a la noticia y al público, se constituyeron rápidamente en

(1) Bourdeaux, *Les origenes du journalisme* (en *Le Correspondant* de 10 de Noviembre de 1904.)

(2) *Les origenes du journalisme* (en *Le Correspondant* de 10 de Noviembre de 1904.)

un cuerpo distinguido. Aquel de entre ellos que daba una noticia falsa, se hallaba obligado a desmentirla y hacer el sacrificio de su amor propio... ejemplo que nuestros periódicos están muy lejos de haber seguido.» El mismo autor llama la atención sobre lo singular y extraño de aquella organización informativa de gacetas ambulantes, cuya fuerza llegó a ser tal, que el Gobierno enviaba agentes a los lugares públicos (jardines y cafés) en que los *nouvellistes* se reunían. Había *nouvellistes policiers*, que relataban los *propos entendus*, y *nouvellistes officiels*, que acreditaban las informaciones del ministerio. El *nouvelliste* tenía sus emisarios en el extranjero, sus corresponsales en provincias, sus afiliados en la corte, en los ministerios, en las embajadas. No de otro modo las agencias o los enviados especiales comunican en nuestros días con sus periódicos. Y el campo de información era tan vasto, que muy pronto los *nouvellistes* se especializaron y cada uno eligió una rúbrica. Existieron así los *nouvellistes d'Etat*, que en nuestros días serían los periódicos políticos más considerables y buscados, porque referían la paz o la guerra. A su lado, los *nouvellistes du Parnasse* regentaban la república de las letras, divulgaban noticias necrológicas sobre los grandes escritores y decidían por anticipado las elecciones académicas. Los críticos dramáticos de nuestros periódicos eran entonces los *nouvellistes dramatistes*, llamados por Gresset *chenilles de théâtre*, y que entonces como hoy se apasionaban por tal actriz contra tal otra, porque *Paris a toujours traité paternellement ses cabotins:* ¡hubo entre ellos alguno que declaró admitir la Opera, a condición de que en la Opera no se cantase!... Po-

drían todavía nombrarse los *nouvellistes militaires* (que eran abates o viejos soldados generalmente), encargados de explicar sobre la arena los planes de campaña; los *nouvellistes voyageurs*, que informaban sobre los países remotos; finalmente, los *nouvellistes turlupins*, que tenían a su cargo las buenas palabras y los subterfugios, porque aquellos periódicos orales ni aún estaban desprovistos de la *nouvelle a la main* (1).

Durante el período revolucionario, los periódicos políticos de Francia fueron numerosísimos y la libertad de la prensa completa. Pero, desde 1796, cuando Napoleón empezó a considerarse como algo más que un mero general, estableciose una pugna entre aquella prensa que tanto influía en la acción de los hombres públicos y el nuevo poder imperativo y absorbente que empezaba a formarse. Siguiendo esta pugna desde su primera fase, no debemos perder nunca de vista el hecho principal a que el conflicto entre los representantes de la república jacobina y la moderada durante el Directorio sirve simplemente de preliminar. En 26 de Agosto de 1796, Napoleón escribía desde Milán al Directorio, doliéndose de «cuantas cosas absurdas publicaban diariamente los periódicos de París sobre el rey de Cerdeña», con que perjudicaban su campaña. Y añadía: «Quizá sería conveniente que un diario insertara un artículo desmintiendo estas falsedades ridículas.» El Directorio tenía entonces un diario a su disposición, *Le Rèdacteur*, de muy escasa autoridad, y la del Directorio sobre él no era mayor. De todas maneras, Bonaparte consiguió que los que

(1) Bourdeaux, *Les origines du journalisme* (en *Le Correspondant* de 10 de Noviembre de 1904.

lo dirigían, publicaran este suelto escrito por él: «¿Cómo se podrá alcanzar la libertad sin la Revolución, según la justa aspiración de Bonaparte, si los que están encargados de acatarla, traicionan impunemente sus intereses? Tenemos ya unos Cazalis y unos Meury, que desafían la justa indignación de los patriotas, hartos de leer, en lugar de las reuniones majestuosas de la asamblea libertadora de Italia, las sutilezas y los sofismas de abogados que cobran para mantener la prepotencia de ciertos individuos, a cambio del envilecimiento de la mayoría. Quieren encadenarnos otra vez, para corresponder a la augusta misión que les confiamos de fundar una sola nación de multitud de pueblos aplastados por la tiranía y a los que la suerte de hoy ofrece la libertad.» Esta antigua muestra del estilo periodístico de Napoleón, no suficiente para acreditarlo, responde a la indefensión a que el Directorio le condenaba. Por esto, Bonaparte siguió mandando boletines desde Italia, y se publicasen o no en París, el general los insertaba en hojas sueltas en su cuartel general, y los repartía entre las tropas. (1) En 15 de Julio de 1797, Napoleón escribía de nuevo al Directorio: «El ejército recibe una gran partida de periódicos que se imprimen en París, especialmente los peores. Pero esto produce un efecto contrario al que sus autores se prometen: la indignación llega al colmo entre las tropas... Voy viendo que el *club* de Clichy quiere pasar sobre mi cadáver para llegar a la destrucción de la república... Hay que romper las prensas de los periódicos vendidos a Inglaterra.» En realidad no había

(1) Beanier, *Napoleon journaliste* (en la *Revue des Deux-Mondes* de 1 de Agosto de 1918).

razón para poner el grito en el cielo, pues era precisamente el despotismo de Napoleón el que hacía que cada vez se conociera mejor la prensa inglesa, único medio entonces de información de lo que sucedía, y al mismo tiempo los debates de las Cámaras inglesas, los periódicos ingleses y hasta el idioma inglés, recurso necesario para entenderse los enemigos del Gran Corso con el único pueblo que éste no pudo vencer. Tanto, pues, como al idioma francés, debe atribuirse al inglés el conocimiento del periódico político y de la libertad de imprenta (1), que desde aquella sazón empezaron a difundirse por Europa.

Como el Directorio no le atendiese, Napoleón fundó en breve en Milán un periódico, y lo tituló *Le Courrier a l'Armée d'Italie.* De semejante diario no quedan rastros. Pronto le siguió otro, que se llamaba nada menos que *La France vue des l'Armée d'Italie.* Bonaparte no disimula en los artículos de este periódico que ha constituido en Italia a su alrededor una potencia con la que han de contar en lo sucesivo los realistas, los terroristas y los mismos del Directorio. En uno de sus números, escribe imperialmente: «Tal es la política de Bonaparte frente a los Estados que le rodean... La suerte del rey del Piamonte depende del general en jefe del ejército de Italia. Una palabra suya determinaría que el Piamonte dejase de ser una monarquía...» Es decir, el estilo periodístico de Napoleón en estos años era constantemente una orden casi imperial o una amenaza. El periodista no era más que el militar que esgrimía la pluma para dejar en paz un momen-

(1) Véase a Fuensanta del Valle, *Historia del periódico político*, 30.

to la espada. En Egipto, Napoleón fundó más tarde dos periódicos: uno, *Le Courrier d'Egipte*, y otro *La Décade Egiptienne*. Tras ellos vino el Consulado, y al día siguiente de instaurado, decía: «Si suelto las riendas a la prensa, no me sostendré tres meses en el poder.» De entonces son aquellas palabras suyas: «¿Qué es un periódico? Un *club* que se esparce. Un periódico obra con sus lectores a manera de los oradores de *club* sobre su auditorio. ¿Para qué impedir la propaganda que llega a cuatrocientas o quinientas personas y dejar libre la que puede alcanzar un número infinito?» Napoleón fué, en este caso, más lejos que su pensamiento, y aun se empequeñeció demasiado a sí mismo, exagerando lo que pudiera llamarse la *autoridad* de la prensa: no vió, como tan certeramente vió Balmes (1) después, que esta autoridad dista mucho de ser ilimitada, pues hasta ocurre que las campañas periodísticas infundadas resultan infecundas por completo. Todas las caricaturas del mundo no destruyen un hecho; todos los artículos de fondo no lo crean. ¿Qué pudieran las caricaturas contra Napoleón, a la vista del orden público restablecido, de la administración organizada y de las banderas tomadas al enemigo? ¿Qué hubieran valido, en cambio, los artículos de fondo de un periódico ministerial, para realzar el prestigio de otro que no hubiera sido Napoleón?

Fijándonos ahora en España, el primer espectáculo interesante que presenciamos, es la reaparición de la *Gaceta* bajo Felipe V. El público empezaba a querer enterarse de lo que ocurría, no sólo fuera de España, sino dentro de ella, y cuando la larga lucha

(1) *La sociedad*, I, 219. Véase a Arboleya, *Balmes periodista*, 8.

de sucesión, entró en su fase aguda, durante la estancia del archiduque Carlos en Barcelona y la de Felipe en Burgos, tuvieron *Gacetas*, no solo Madrid, pero también la ciudad condal, la del Cid y Zaragoza misma por algún tiempo. El movimiento resultante de la sangrienta porfía nos coloca en medio del advenimiento de la casa de Borbón, con la que penetró en una España sin letras ni artes (como sin ciencia, ni comercio, ni marina, ni ejército, ni tesoro), una oleada literaria, y nuestra patria tuvo otra vez hacienda, policía, centros de instrucción, academias (1), y la *Gaceta*, de periódico semanal que era, pasó a ser bisemanal, conservándose así hasta 1805, en que se hizo diario. Al estudiar este punto, es preciso tener siempre presente que la *Gaceta* de entonces no era un periódico oficial: sólo tenía real privilegio, que cualquier particular beneficiaba. Pero, en 1762, Fernando VI incorporó el privilegio a la corona, lo cual, si restringió un tanto la independencia ideológica del periódico, favoreció en cambio su independencia económica (en 1793, dejó al Tesoro una ganancia libre de 1.684.959 reales vellón), cuyas utilidades y rendimientos permitieron construir la Imprenta Nacional en soberbio edificio, y señalar fuertes pensiones a notables literatos de la época.

Fuera de la *Gaceta* y de algunos periódicos predominantemente literarios (el *Diario de los Literatos*, el *Mercurio Histórico y Político* de Mañer, los *Discursos Mercuriales* de Graes, *El Censor* de Camulo, el *Semanario Económico* de Araus, la *Aduana Crítica* de Flores, *El Desengañador del Teatro Español* de Moratín, el *Diario Pinciano* de

(1) Véase mi libro sobre *Jovellanos, su vida y su obra*, 68.

Valladolid, el *Semanario Literario y Curioso* de Cartagena, el *Diario de Brusi* de Barcelona, el *Hebdomadario Util* y el *Diario Histórico y Político* de Sevilla, sin contar los cinco periódicos que el incansable Nifo llegó a publicar), quizá el primer anillo de nuestra prensa diaria, por lo que a Madrid toca, sea el *Diario Curioso, Erudito, Comercial, Público y Económico*, de Ruiz de Urive, cuya portada y primera página exhumó *La Nación* recientemente (1 Febrero 1918) (1). Un mes llevaba viendo la luz pública, cuando el juez de imprenta ordenó que la primera página del periódico la ocupase la vida del santo del día, piadosa y cristiana costumbre que se observó hasta el 1 de Enero de 1759. La marcha económica del periódico no fué muy boyante. Dando saltos y tropiezos, llegó el simpático *Diario* al año 1774, en que desapareció. Apareció nuevamente en Enero de 1776, para eclipsarse en el mes de Julio del mismo año. Como si no quisiera resignarse a morir, surgió a principios del 1778, apagándose el 31 de Diciembre de 1781. Cinco años después, el súbdito extranjero Thewin solicitó y obtuvo permiso para reanudar la publicación del *Diario*, que salió nuevo, remozado y nutrido de anuncios, vislumbrándose ya el aumento del progreso material en la vida de la corte y los nuevos gustos del público. Thewin puso la imprenta y la redacción del periódico en el número 7 de la Puerta del Sol, y la pequeña hoja entretenía al público, contando anécdotas pueriles de los personajes más en boga, documentos históricos, secretos raros de artes y oficios, tiernas y dulces endechas, y burlescas letrillas de estrambote y pie quebrado

(1) Véase el apéndice E.

sobre las faltas de las mujeres o la perfidia de los maridos. Allí el fecundo y regocijado *Don Lucas Alemán* escribía sus sencillos y humorísticos romances, que eran aprendidos de memoria y recitados en las reuniones familiares. La vida en la corte en aquella época era excesivamente sedentaria. Los redactores de la hoja se veían en graves apuros para llenarla, y por más que se estrujaban el númen, no lograban encontrar asuntos propicios. El año 1790, en un suelto, la redacción pagaba ¡diez reales! a todo el que ofreciera un asunto para un artículo o una idea aprovechable. Logró arribar sin interrupción hasta el 10 de mayo de 1808, en que el Gobierno francés lo empezó a publicar con carácter oficial y conteniendo noticias políticas. El 8 de Agosto del mismo año, libre ya Madrid de la garra francesa, volvió a publicarse el periódico casi todo lleno de noticias políticas, que por entonces absorbían la atención de las gentes. Aunque después volvieron los franceses a la capital, el *Diario* no sufrió ninguna alteración. Pasó aquella época turbulenta, vino la Constitución, y el 28 de Marzo de 1829, apareció en la *Gaceta* el anuncio de que Su Majestad había concedido el privilegio de su publicación por diez años a Jiménez de Haro, mediante una retribución anual para los establecimientos de beneficencia. El periódico se dedicó entonces a publicar los avisos y noticias que recibía del Gobierno y los anuncios de los particulares. Según una nota del *Diario*, no se publicarían en adelante artículos «razonados». Cumplida la década, el periódico fué a parar a manos de Jordán, quien dobló las dimensiones de la popular hoja, que se vendía como el pan. Y el periódico esmirriado y raquítico

estaba ubérrimo y pletórico de vida. A pesar de sus muchas mejoras, en 1835, el *Diario Curioso, Erudito, Comercial, Público y Económico*, que se vendía «a dos cuartos» el ejemplar, pagaba al Estado 30.000 pesetas para los gastos de la beneficencia pública.

La historia del desarrollo de la prensa en los Estados Unidos es más interesante que en ningún otro país. No trato de descifrar el desarrollo de esa prensa, seguramente la más grande del mundo, después de la inglesa. El historiar una prensa tal y hacerla accesible en su perímetro completo, paréceme tarea que requeriría todo un libro especial, como el publicado por Hudson en 1870. Aparte éste, hay, acaso, tantos comentarios sobre el periodismo norteamericano como sobre toda la restante prensa mundial en conjunto. El número de libros cuyos capítulos especiales pueden ser consultados útilmente sobre los diferentes extremos del periodismo norteamericano, es muy considerable también. Sólo recordaré, como los más importantes, los de Gernier, Girardin, Knight, Hunt, Andrews, James Grant, Thomas, Buckingham, Raymond y Varigny. A ellos remito a los lectores deseosos de informes más amplios.

En la última mitad del siglo XVII, parece que había ya tendencia a predicar, por medio de la prensa, no solo la independencia, sino el fomento de las ideas religiosas y comerciales. En 1690, Harris publicó una pequeña hoja con objeto tan laudable y patriótico. En 1704, se fundó otra hoja mensual por Campbell, director de Correos, que había recibido el encargo de anunciar las casas desalquiladas y los buques mercantes disponibles. Esta hoja, que

se llevó a la Universidad como una de las mayores curiosidades de la colonia, vivió quince años, en los últimos de los cuales empezó a insertar noticias referentes, unas al comercio interior, y otras a la vida metropolitana. En 1710, apareció *The Boston Gazette*, que acrecentó la información de Europa, a pesar de lo difícil de las comunicaciones en aquella época. En 1721, Franklin y su hermano instituyeron un periódico más completo bajo el título de *The Courant*, que mereció las reprobaciones del clero, por su campaña en pro de la vacuna. De ese periódico emanaron ocasionalmente otros varios, a los que el Gobierno inglés trató de poner coto por medio de un derecho de timbre, derecho que duró hasta que las interpelaciones hechas en el Parlamento por Pitt, Camden y Warren, y la defensa de Franklin trageron su abolición. Después de esta soberbia victoria de la prensa, se tomó por los norteamericanos la divisa de «no debe haber impuesto sin representación», y se dejó oir el grito de Franklin: «Uníos o perecéis», de donde había de surgir en 1789 la emancipación de la gran república. Después de haberla logrado, el estado de la opinión y de los sentimientos del pueblo hicieron que la influencia del periódico aumentase día por día en la vida norteamericana. Es difícil resumir en pocas líneas los caracteres de ese pueblo, pero, de todas suertes, pueden condensarse diciendo que empezaban a ser la audacia, la independencia, la sed de oro, la actividad, el amor al cambio constante. La audacia dió lugar al deseo de nuevas empresas (compra de la Luisiana y de la Florida), la independencia al espíritu de competencia (guerra con la Gran Bretaña, conquista de Tejas y California y

anexión del Oregón y de la América rusa), la sed de oro al espíritu comercial (medidas económicas para la emacipación completa de América respecto a Europa), la curiosidad al deseo de aprender, la actividad al deseo de hacer algo nuevo. La primera consecuencia de estas orientaciones fué la completa libertad de la prensa. Tuvo a su vez esta libertad consecuencias muy dignas de estudiarse, y es dable afirmar que, en vez de haber sido el Gobierno el que dió libertad a la prensa, fué ésta la que hizo posible la marcha del Gobierno, por su gran influjo en las elecciones provinciales y la práctica, después consagrada por el uso, de entregar por completo la administración al partido vencedor. Apenas se firmó la paz, comenzó a verse que si el periodismo era libre, el Gobierno se veía sometido a su inspección, formándose, desde el primer momento, lo que se llamó el triunvirato de la prensa republicana. Este triunvirato hacía y deshacía gabinetes, y designaba las candidaturas para todos los puestos, que eran en el acto aceptadas por el poder. Una nueva actuación triunfante de aquella prensa consiguió que los federalistas fueran excluídos de los destinos públicos.

A la vez que en preponderancia política, la prensa de los Estados Unidos aumentó, a lo largo del siglo XVIII, en público, en desarrollo y en cantidad. «En 1704 (dice Vega de Armijo) (1), sólo se publicaba un periódico una vez a la semana para una población de 8.000 almas. En 1725, habían cuatro periódicos para 1.000.000 de habitantes, y su tirada era de 170.000 ejemplares. Al comenzar la guerra

(1) *Contestación a Fuensanta del Valle en el discurso de recepción en la Academia de Ciencias Morales y Políticas*, 68.

de la Independencia, en 1775, estaba representada la prensa por 37 periódicos, cuya tirada alcanzaba 1.700.000 ejemplares, y la población de los Estados Unidos era ya entonces de 2.800.000. En 1.800, existían 359 periódicos, que tiraban 22.331.700 ejemplares, para una población de 7.239.814 habitantes.» A partir de entonces, la prensa desempeñó, en todos los Estados de la Unión, un papel preponderante, y ejerció un influjo más avasallador cada día, y que en los nuestros ha llegado a constituir un mal y un motivo de inquietud para todos los hombres serios, como se verá en lugar oportuno.

CAPÍTULO VI

EL PERIODISMO EN EL SIGLO XIX

UN decreto napoleónico de 17 de Enero de 1800 confió al jefe de policía el cuidado de permitir la publicación y distribución de trece periódicos durante la guerra, y que los demás debían ser suprimidos por constituir instrumentos peligrosos en manos de enemigos de la república. Amén de esta limitación, el jefe de policía podía suprimir, sin formación de proceso, los periódicos tolerados, pero que publicasen artículos contra el pacto social, la soberanía del pueblo o la gloria de los ejércitos. No se detuvo ahí Napoleón. Apenas en el poder, concluyó con la prensa política, estableciendo la censura, no sólo en el Imperio, sino en todas las naciones que sufrían su influencia, o lo que es lo mismo, en casi toda Europa (1). Y a los que le criticaban su

(1) Ni que decir tiene que muy particularmente en Italia. El régimen a que en el siglo XVIII estuvieron sometidos los Estados italianos, hacía imposible la publicación del periódico político. Al fundarse en 1796 la República Cisalpina, se fundó con ella la prensa política, mas por poco tiempo. Restablecida la censura por Napoleón, cuando se proclamó rey de Italia se ejerció con tal vigor, que «habiendo dicho un periódico, que redactaba Lattanzi, que estaba próxima la unión del Ducado de Toscana al Imperio, fué ese escritor encerrado en una casa de lo-

proceder, respondía que la libertad de imprenta no tenía otra base que el bagaje retórico, declamatorio y ampuloso de los «bienhechores universales» sin sentido práctico ni conocimiento de la realidad.

Thiers, en su *Histoire de la Revolution Française, du Consulat et de l'Empire*, comentando las medidas que Napoleón tomó contra los periódicos, observa que estas medidas, que hubieran sido imposibles más tarde, eran entonces legales, porque la Constitución no las impedía, y la opinión, dada la turbulencia de los tiempos, las consideraba desprovistas de importancia. Aparte esto, los revolucionarios preferían a los periódicos las tribunas de las sociedades políticas. En la época del 18 de Fructidor, eran especialmente los realistas los que se aprovechaban de los periódicos, y asi los avanzados admitían como moneda corriente que se hablase de ellos con desprecio (1). ¿Qué es lo que reprochaba particularmente Bonaparte a los periódicos de aquellos días? Su intemperancia, desacierto, ineptitud y torpeza en dar al viento de la publicidad lo que constituía la base de las operaciones del ejército, la seguridad de su existencia y el éxito de la campaña. Tampoco transigía con sus apasionados juicios en política internacional, que hacían estériles los sacrificios de los que, en aras del deber, se veían obligados a mantener el honor nacional. Y el público, fatigado de tanta lucha exterior y de

---

cos, en donde por poco pierde su razón, y quedó suprimido el periódico» (Fuensanta del Valle, *Historia del periódico político*, 17).

(1) Beanier, *Napoleon journaliste* (en la *Revue des Deux-Mondes* de 1 de Agosto de 1918).

tanto desgobierno interior, coincidía con el primer cónsul en ese y otros puntos.

Por aquel entonces Napoleón escribía a Fouché: «Quisiera que los redactores de periódicos permitidos fuesen muy allegados a mi.» Mas, a pesar de de todos sus esfuerzos, no lo lograba. La clásica *Gazette de France*, fundada por Teofrasto Renaudot, y que había decaido mucho, a pesar de su privilegio, pero que, habiendo tenido que luchar con otros periódicos que le hacían competencia, había mejorado notablemente (1), se atrevió a subírsele a las barbas a Bonaparte. El 2 de Octubre de 1801 se permitió burlarse de una disposición consular, mas pagó cara su osadía. Pocos meses después *La Sentinelle de Rouen* apuntaba que el presidente del Instituto, al saludar al primer cónsul, se había inspirado en el libro XXI del *Télémaque*, y era suprimido. Y suprimidos fueron también *L'Ami des Lois*, por haberse mofado del Instituto, y *La République Démocratique*, de Auch, por haber señalado el encarecimiento de los cereales. Los castigados fueron tantos, que casi fueron todos. (2)

Bonaparte quiso substituir con *Le Moniteur* aquella prensa condenada al silencio, por querer hacer sensacionales todas las noticias, por burlarse del derecho de los ciudadanos, por haber llegado a creer que la ley nada tenía que ver con ella, y por haber

(1) Véase a Fuensanta del Valle, *Historia del periódico político*, 29.

(2) Beanier, *Napoleón journaliste* (en la *Revue des Deux-Mondes* de 1 de Agosto de 1918). En 1805, Napoleón requería a Fouché para que evitase que los periódicos, no ya publicasen, pero ni aun diesen a conocer, indirecta o embozadamente, noticias desfavorables al Gobierno constituído. Véase a Binney Dibblee, *The newspaper*, 217.

convertido (como consecuencia del último prejuicio) la libertad de imprenta en libertinaje y en calamidad pública. Los artículos de Napoleón en *Le Moniteur* son, según el propio testimonio de Thiers, obras maestras de razonamiento, elocuencia y estilo. Había en *Le Moniteur* un redactor-jefe llamado Sauvo, pero un periodista que tenía por colaborado al primer cónsul, no podía estar muy seguro de su autoridad. Bonaparte colaboraba asiduamente, pero el día que dejaba de hacerlo, estaba Sauvo muy perplejo acerca de lo que debía decir, y recurría a artículos sobre medicina. Sin embargo, el primer cónsul se fastidiaba al leerlos, y no se recataba de decirlo. A falta de artículos, Bonaparte mandaba a su periódico comunicados y mentís. Véase un ejemplo: «*L'Ami des Lois* dice que el primer cónsul Bonaparte acaba de disponer una fiesta que costará 200.000 francos. Es falso. Bonaparte sabe que con esta cantidad se mantiene una brigada medio año.» En cierta ocasión, ya bajo el Imperio, estando Napoleón en Madrid, mandó unas banderas tomadas a los españoles. La cosa fué muy celebrada en París, y la Cámara de los Diputados fué a ofrecer con este motivo sus plácemes a la emperatriz Josefina. Esta, algo emocionada y poco segura en derecho público, respondió que agradecía la visita de una asamblea que representaba a la nación. *Le Moniteur* reprodujo inocentemente las palabras de Josefina, y al leerlas el emperador desde España, mandó insertar esta rectificación solemne: «Su Majestad la emperatriz no dijo nada de eso. Conoce perfectamente nuestra Constitución, y sabe muy bien que el primer representante de la nación es el emperador, y que después del emperador viene el

Senado, luego el Consejo de Estado y luego la Cámara». Napoleón llegó hasta el punto de que al *Journal des Debats,* fundado por Baudouin (el célebre editor de las *Œuvres complétes* de Voltaire), (1) durante el Gobierno popular de 1789, y único diario político que se publicaba, pero sin poder escribir más que contra los enemigos del emperador, por la sospecha de que sus dueños, los hermanos Bertin, eran realistas, por un decreto de aquél, se le cambió su título (1815) en *Journal de l'Empire,* y se nombró un redactor en jefe; y no pareciendo esto bastante, y deseando apoderarse de los productos considerables del periódico, (que en aquel tiempo ponía en circulación 32.000 ejemplares), en 18 de Febrero de 1811, apareció otro decreto, por el que Napoleón se declaraba propietario del diario, no recibiendo los Bertin ninguna clase de indemnización por la imprenta, muebles de la redacción, dinero que había en la caja y demás de que se les despojaba, y siendo todo ello dividido en veinticuatro acciones, de las que dieciséis las repartió el emperador entre sus familiares, y las ocho restantes las destinó a aumentar el presupuesto de la policía imperial (2).

Vemos, pues, que Napoleón concluyó con la libertad de la prensa y con el periódico político, apresurándose a suprimir todos los medios de información que servían para dar unidad a la conciencia pública de los países en que dominaba. Y en realidad, ¿merecía otra cosa la prensa de su tiempo, del tiempo del *Gabinete Negro?* (3).

(1) Véase mi libro sobre *Voltaire,* 11.

(2) Fuensanta del Valle, *Historia del periódico político,* 30. Compárese con Binney Dibblee, *The newspaper,* 216.

(3) Pronunciado este nombre, el lector no necesita gran-

¿Era su ineptitud algo más que una consecuencia del prurito de hablar de lo que no se entendía, y vociferar lo que no se debía, comprometiendo torpe y vergonzosamente los intereses nacionales? Napoleón comprendió cuán importante hubiera sido para él tener un periódico que relatase los sucesos tal como deseaba, o como si fuesen por él mismo redactados, haciendo que se convirtiese en sus manos en medio de Gobierno. Por esto manifestaba a Fouché: «Removéos con más ahinco

---

des explicaciones aclaratorias. En los comienzos del siglo XIX, todo el mundo en Francia censuraba mil veces más aquel espionaje de la correspondencia que el de la policía, y uno y otro hacían ilusoria la libertad de la prensa, hasta cuando esta libertad se toleraba oficialmente. Todavía en 1821, nadie dudaba de que funcionase la siniestra oficina, aunque nadie tampoco pudiese probar que existía. El *Gabinete Negro* fué introducido en Francia por Luis XIV; con Luis XV tomó enormes proporciones; Luis XVI quiso abolirlo, y no lo consiguió más que a medias; la Asamblea Nacional de 1789 decretó su supresión, y poco más tarde el Comité de Salvación Pública se apresuró a restablecerlo; durante la etapa napoleónica funcionó sin trabas, y al caer el Gran Corso, sólo cambiaron las víctimas del sistema: en tiempos del Imperio se abrían las cartas de los realistas, y bajo la Restauración las de los bonapartistas. Por lo demás, se engañarían los que supusiesen que la Administración de Correos tomaba parte en tales villanías: los empleados correspondientes no hacían más que apartar los sobres sospechosos, y otros funcionarios extraños violaban la correspondencia; y de éstos, sólo uno, el director responsable, era en realidad el que abría y se enteraba de las cartas: los demás se limitaban a preparar la operación. Los nombres de los destinatarios afectados de sospecha y el facsimil de la letra correspondiente eran enviados a empleados especiales y las cartas substraídas llevábanlas agentes disfrazados de carteros. Veinticuatro horas en las destinadas a provincias y cinco o seis en las dirigidas a París era todo el retraso que sufrían. La prensa de la época rara vez pudo neutralizar con sus informaciones políticas los efectos directos de servicio tan infame.

para sostener la opinión. Decid a los redactores que, aunque lejos, leo los periódicos, y que si continúan en ese tono, saldaré sus cuentas. Decidles que no he de juzgarles por el mal que hayan hecho, sino por el poco bien que hicieren. Cuando ellos presentan a Francia vacilante y a punto de ser atacada, he de juzgar que no son franceses ni dignos de escribir en mi reino... Conservaré a mi lado, no a los que me alaben, que no pido elogios a nadie, sinó a aquellos que conserven un carácter varonil y un corazón francés...» Hacia el fin de su reinado, expresaba lo siguiente: «Lo que hice, debí hacerlo, porque no había más que yo entero para suceder a la Revolución y ocupar su lugar.» Frase orgullosa quizá, pero sincera, pues Napoleón sintióse siempre solo. Sintióse solo guerreando, sintióse solo gobernando, y solo también escribiendo periódicos, ya que nadie entre sus contemporáneos puso en la pluma de polemista rápido el genio que él ponía en todas sus cosas (1).

La caída del Imperio en 1814 trajo consigo la reaparición del periódico político, y desde entonces, y con alternativas de libertad y persecución, de prosperidades y malandanzas, el periodismo siguió su ruta, y se abrieron paso la prensa barata y los periódicos de gran circulación, como *L'Univers* (5.000 ejemplares), *Le Soir* (10.000), *La Croix* (150.000), *Le Petit Parisien* (450.000), *Le Petit Journal* (950.000), etc. Por iniciativa de Girardín, ya conocido desde 1831 como publicista notable, se introdujeron cambios radicales en el periodismo. Los periódicos instructivos y amenos tuvieron su

(1) Beanier, *Napoleon journaliste* (en la *Revue des Deux-Mondes* de 1 de Agosto de 1918.)

razón de ser. Preciso se había hecho oponer al periódico político y oposicionista la pica de la ilustración. Pero no bastaba publicar esos periódicos: era preciso perfeccionarlos y especializarlos para separarlos enteramente de los políticos, y así lo hizo Girardin en el *Jounal des Connaissances Utiles*, en el *Musée des Familles* y en el *Almanach de France*, obra la última que alcanzó una fabulosa edición (1.200.000 ejemplares). Como periódico político perfeccionado y especializado, fundó en 1836 *La Presse* (representante de los intereses orleanistas), a base de que el importe de la suscripción sólo sirviera para pagar la redacción y los gastos materiales, y que la ganancia proviniese de los anuncios. Para atraer más suscriptores y por ende más anunciantes, ideó publicar novelas en el folletín, departamento periodístico que hasta entonces sólo había servido para artículos de teatros, crítica literaria y cosas semejantes. El éxito del folletín excedió a todas las esperanzas que Girardin había concebido, y los novelistas más célebres de la época (Balzac, Dumas, Víctor Hugo, Sué, etc.) formaron parte de la redacción de *La Presse*, e hicieron las delicias del público parisino con los partos de su imaginación.

En el mismo año que *La Presse* fundaba Dutacq un periódico, que llegó a adquirir gran popularidad: *Le Siécle*. Cuatro lustros más tarde (1854) aparecía *Le Fígaro*, y en 1878, y gracias a *La Lanterne*, de Rochefort, se vió que la libertad de la prensa, y en general el liberalismo y la democracia, habían salido, como el oro del crisol, más purificados y brillantes de la terrible prueba a que habían estado sometidos durante el Segundo Imperio. El republica-

nismo moderado tuvo por órganos principales a *Le Temps*, *Le Matin*, *L'Eclair*, *L'Echo de París* y el *Journal des Débats*. Los periódicos socialistas y radicales de más nombradía son *L'Aurore*, *L'Humanité* (editado desde sus comienzos por el malogrado Jaurés) y *Le Bloc* (dirigido por Clemenceau). El conservatorismo está defendido, sobre todo, por *Le Gaulois*, de Meyer, y el nacionalismo crudo, con todo su bagaje boulangerista, por *La Patrie* (de Millivoye), *La Cocarde* y *L'Intransigent* (editados primero por Rochefort y después por Bailby). Excepto *Le Fígaro*, el precio de todos los periódicos de la mañana era, todavía en 1902, de 5 céntimos (1). En cuanto a la prensa de provincias es tan imperfecta como la del mismo género en España, porque no brilla en ella el único producto de la labor periodística, que es el mismo periodista, con todo su relieve político y literario. Sin embargo, hay en ese orden de periódicos algunos tan notables y leídos como *Le Dêpeche* de Tolosa, *La Gironde* de Burdeos, *L'Echo du Nord* de Lile, *Le Lyon Republicain* y el *Journal de Rouen*.

En Italia, la prensa tardó mucho en emanciparse. Bajo la dominación austriaca y de los reyes hechura del Imperio, se perpetuaron las leyes represivas, impuestas y atentatorias contra la libertad de imprenta y la dignidad del periódico, si no en todas sus prescripciones, al menos en varias de ellas. Y esto fué suficiente para malearlas, llegándose al extremo de suprimir totalmente la prensa política, o tratar a sus redactores con espantosa crueldad, como en el caso de los periodistas napolitanos que tomaron parte en la Revolución de 1820. No sucedía

(1) Binney Dibblee, *The newspaper*, 218.

entonces lo que en la antigua Roma, cuando las autoridades, al perseguir a los propagadores de noticias, acrecentaban su crédito, y es necesario llegar a 1832 para encontrarnos con *La Giovane Italia*, de Mazzini, literato ligurio perteneciente a la escuela romántica, personaje «vivo, aunque tranquilo, altivo y generoso, verdadero como el acero y de ideas y palabras límpidas como el agua», al decir de Carlyle (1). Sin embargo, todavía este periódico hubo de imprimirse en Marsella, e introducirse subrepticiamente en Italia. En 1834, apareció el *Messagiero Torinense*, y en 1847, el *Risorgimento*, redactado por Baldo y por Cavour. Pero, en general, la prensa política arrastró vida lánguida durante todo el siglo XIX, y todavía en 1892 nuestro Vega de Armijo podía afirmar que la prensa no tenía en Italia la importancia que en otros países, por no conducir (con raras excepciones) a abrir las puertas de los altos puestos del Estado, y que su publicación era tan corta, que los periódicos no se sostenían sino por el auxilio del Gobierno o de los partidos. La prensa de provincias sólo representaba los intereses locales, y la importancia de los periódicos dependía de la que tenían sus corresponsales de Roma, pudiendo citarse como principales *La Perseveranza*, *Il Secolo* (1866) y *La Corriere della Sera* (1876), de Milan, e *Il Pungolo*, de Nápoles. En Roma, por el contrario, existía en la prensa la vida activa que faltaba en provincias, y todos los partidos tenían sus órganos batalladores como *La Riforma*, *L'Italia*, *Capitan Fracassa*

(1) Hay un magnífico retrato del mismo en el *Lorenzo Bertoni*, de Buffini, donde se le introduce bajo el nombre de *Fantasio*. Véase a Garnett, *The literature in Italy*, XXIV.

L'Opinione, *Fanfulla della Domenica*, *La Tribuna*, *Il Popolo Romano*, *L'Osservatore Romano*, *Il Messaggero*, *Il Diritto*, *La Capitale* y otros, que alcanzaban, al final del siglo XIX, el número de 126, de los cuales 48 eran conservadores, 45 liberales, 4 radicales (con tendencias republicanas), 8 comerciales, 1 de intereses marítimos, 2 científicos, 5 de Crispi, 7 clericales, 1 forense y 5 republicanos.

Ya queda insinuado que, entre nosotros, el periódico político no nació hasta la guerra de la independencia. Las Cortes de Cádiz habían decretado la libertad de imprenta, excepto en materias religiosas. Veinte de sus artículos proclamaban omnímoda libertad de escribir e imprimir en materias políticas (1). Algunos hombres ilustrados se mantuvieron en este último terreno, relativamente neutral para entonces, sin perjuicio de ser más o menos afrancesados. Pero hubo otros que no se contuvieron en este límite, y contra ellos se había pronunciado ya algún tiempo antes Jovellanos, de 66 años de edad en aquella sazón. Frente a los mantenedores de la libertad de imprenta, el alucinado intendente Calvo de Rozas y el plácido canónigo Morales que con ronco acento y ademán dramático pedían que se concediera al pueblo esa franquicia, Jovellanos preguntaba para qué la quería entonces. ¿Para expresar libérrimamente su pensamiento? Pero ¿qué pensamiento? Ninguno, porque no lo tenía: quería sólo el derecho de protestar contra todos, y nada más. ¿Qué sabía el pueblo lo que era la libertad

---

(1) Vélez, *Apología del altar y del trono*, I, 97. Toreno, *Historia de la guerra y revolución de España*, 303. Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles*, III, 446. Castro, *Cádiz en tiempo de la guerra de la independencia*, 126.

de pensar? Confundíase por aquellos incautos plagiarios de la Revolución Francesa la *libertad de imprenta* con la libertad de decir lo que a cada cual e viniere en gana, sin traba ni cortapisa alguna. Ni siquiera, por vía de precaución, exigían aquellas formas de decoro y respeto que se deben a todos en sociedad.

Atento en toda ocasión Jovellanos a lo que él llamaba *medios lícitos de expresión*, y que hacía depender del grado de cultura que posea un pueblo, afirmó que esos medios no se otorgan, ni de Real Orden, ni por ministerios de fueros, constituciones o códigos, sino que se adquieren y elaboran en el largo transcurso de los siglos. Conforme a la fiel y reciente interpretación de su comentarista Somoza (1), Jovellanos creía que el error fundamental de la *libertad absoluta de imprenta*, así como el del *sufragio universal* y otras panaceas semejantes, provenía de que los inspiradores de tales ideas fueron gente de estudio, gabinete y biblioteca (filósofos, economistas y políticos), pero sin contacto con las multitudes. Lo que creían para sí lícito, por su aprendizaje largo y tenaz, imaginaban facilísimo extenderlo a todos, sin medir las consecuencias de tal desequilibrio. La libertad de la prensa trajo su abyección, la universalidad del sufragio su corrupción, y cuantas libertades se imaginen, se den y se consignen en Constituciones y Códigos, serán hueras y falsas, como no estén basadas en una selecta educación y en una gran cultura. Pero precisamente el error grosero de los políticos, economistas y filósofos ha sido creer que

(1) *Cartas de Jovellanos y lord Holland*, I, 63. Véase el apéndice F.

la *libertad* fuera condición necesaria para obtener un Gobierno y una cultura superiores, cuando la condición precisa es, ha sido y será siempre, la sujección, el duro aprendizaje y la confianza en el propio esfuerzo y en la propia voluntad, no la consignación de la firma en ridículos papeles. Ser libre, es querer serlo. Dominar las pasiones, avasallar la fantasía, perseverar en el trabajo, confiar en sí propio: tal es la verdadera fórmula del progreso humano. En lugar de patrocinar el pensamiento propio, y ponerlo bajo la salvaguardia de un nombre honrado, de un sentir noble y de un lenguaje digno, se cobijó aquella libertad bajo el anónimo, y adoptando la forma colecticia, se creyó apta para titularse *legítima representante de la opinión pública*. Y ¿qué resultó? Hablen por nosotros los desafueros de la prensa, su procaz lenguaje, su desentono, y por último, su soez mercantilismo.

Los sucesos de Europa bajo Napoleón interesaron mucho en toda España, y especialmente interesaron en Cádiz, que era donde residía el Gobierno. Allí vieron la luz periódicos y libelos políticos, unos proselitistas e intransigentes, de índole polémica y efímera vida (como *El Conciso, La Tertulia, El Patriota en las Cortes, El Tribuno, El Duende, Robespierre* y el *Diccionario crítico-burlesco* de Gallardo), otros de condición más moderada (como *El Ciudadano Constitucional* de Sánchez Barbero, *La España Vindicada* del poeta y diplomático Colón, el *Diario Mercantil* de Jérica, y *El Redactor General* de Alcalá Galiano, Fernández Sardinó y el marqués de Miraflores, que profesaron verdaderos principios de Gobierno), y algunos absolutistas (como *La Atalaya de la Mancha, el Diario de la*

Tarde, el *Diccionario Manual* y las *Cartas del «Filósofo Rancio»*, pseudónimo del Padre Alvarado, célebre polemista de la época) (1). Pero éstos y otros varios periódicos, que se publicaron de 1810 a 1814, quedaron obscurecidos por la serena silueta del *Semanario Patriótico* de Quintana, lleno de ideas generosas, adornado de sentimientos nobilísimos, dechado de liberalismo serio, modelo de crítica ilustrada, y en cuya composición tomaron parte hombres tan ilustres como Capmany, Muñoz Torrero, el conde de Toreno y otros muchos. En *La España Moderna* de Marzo de 1904, publicó nuestro ilustre crítico Pérez de Guzmán cierto interesantísimo artículo sobre *El magisterio de la prensa en España*, en el cual se pronuncia decididamente contra la tiranía que, a su entender, ejerció el antiguo régimen en la esfera a que alude el epígrafe del mismo, abogando con la mayor energía en pro del espíritu de noble rebeldía de aquellos perínclitos varones, espíritu que representaba en semejante orden de cosas la independencia del individuo contra la opresión restrictiva de las instituciones tradicionales. «Todos los colaboradores que Quintana pudo congregar junto a sí, primero en Madrid, despues en Sevilla, más tarde en Cádiz, dejaron a la posteridad un documento irrefragable de la elevación de su patriotismo y de la moderación de sus procedimientos, sin abjurar por ello de la fe profunda con que lanzaban sus miradas al porvenir. Quintana quiso hacer de la lectura del *Semanario Patriótico*, más que una palanca de movimientos galvánicos, una escuela permanente de educación

(1) Véase mi reedición crítica de *Las Cartas Inéditas del «Filósofo Rancio»* 6, 11.

política, que preparase a los espíritus para recibir con serenidad y emplear con decoro las conquistas del derecho, que se habían convertido en necesidad suprema del nuevo régimen constitucional en los onerosos errores y en el vergonzoso desamparo en que había incurrido la soberanía patrimonial del trono. Ni el canónigo Navas, ni el joven Lista, ni el ilustrado Tapia, ni el sabio Antillón, ni el consecuente Alvarez Guerra, a pesar de las sentencias que algunos sufrieron después de la reacción, se separaron ya más de aquella línea de conducta... El *Semanario Patriótico* legó al futuro un prestigio invulnerable, porque en sus cortas páginas atesoró todo el sentimiento levantado de la conciencia y de la dignidad nacionales y toda la majestuosa aspiración de la libertad y de la justicia, con toda la parsimonia de la disciplina y del orden y toda la amplitud de una culta tolerancia. Acaso algunos de sus redactores, los que emigraron a Francia, pudiéron escapar de las represalias del obscurantismo, y combatidos por las necesidades dobles de la vida y de la prescripción, debieron a los estímulos de su propio trabajo el honor de inmaculadas reputaciones y la lección de útiles enseñanzas. Fué más provechoso aquel primer magisterio de civismo y de ecuanimidad que lo que aprendieron en el modelo de otros países, y en él contrajeron los hábitos de aquella templanza y moderación de criterio que dieron base a una escuela de educación política, la cual, a pesar de las violentas vicisitudes de que ha estado preñada la pretérita centuria, subsiste todavía.»

Durante la guerra de la independencia, no hubo ciudad libre de la invasión francesa en que no se

publicase un periódico, pero fué en Cádiz, como indicado queda, donde la producción tomó mayores proporciones. Las Cortes de Cádiz fomentaron en gran manera, y por necesidad de su misma actuación e influjo, el periodismo político. Vergara (1) ha escrito una de sus páginas concienzudas sobre esto por el siguiente tenor: «Apenas habían empezado las sesiones, en la del 5 de Octubre de 1810, propuso Oliveros que *hubiera un periódico destinado a publicar las sesiones de las Cortes, con el nombre de* PERIÓDICO DE LAS CORTES. La Cámara lo aprobó en el acto por unanimidad, y al día siguiente, a instigación del mismo Oliveros, se nombró una comisión de tres diputados que examinaran las propuestas que se presentasen para el periódico cuya confección se había acordado. El propio Oliveros figuró en la citada comisión, de la que formaron parte Argüelles y Capmany, los cuales no tardaron en presentar al Gobierno (el 11 de Noviembre siguiente) un plan para establecer el *Periódico de las Cortes*, que fué aprobado después de discutirse minuciosamente, resolviéndose que se designara un redactor que revisase los manuscritos antes de imprimirlos. La comisión propuso para redactor al canónigo Navas, de San Isidro el Real de Madrid, colega de Oliveros e individuo de la Suprema Junta de Censura; pero casi todos los diputados catalanes y valencianos, que deseaban que

(1) *Los diputados eclesiásticos en las Cortes de Cádiz*, 13, 15, 21. Compárese con Villalba-Hervás, *Ruiz de Padrón y su tiempo (introducción a un estudio sobre historia contemporánea de España)*. Labra, *Muñoz Torrero y las Cortes de Cádiz* (conferencia en el Ateneo de Madrid durante el curso de 1885 a 1886). Comenge, *Antología de las Cortes de Cádiz*, I, 228.

se nombrase para el citado cargo al Padre Villanueva (Jaime), suscitaron la cuestión previa de si era o no compatible el empleo de redactor del *Diario de Cortes* con el de individuo de la expresada Junta. Decidida la cuestión en el sentido de la incompatibilidad, se eligió al Padre Villanueva por 63 votos. Después de una proposición, que fué desechada, acerca de si los regulares debían ser excluídos de los cargos en las Cortes, se nombró la comisión inspectora de la publicación del *Diario*, en la que figuró el eclesiástico Creus, comisión de mucha importancia, porque era la encargada de formar el extracto de lo que había de insertarse en el periódico oficial de la Cámara... El canónigo Morales defendió la libertad de imprenta en una notable *Memoria*, y la Cámara ordenó que se publicara, disponiéndose lo mismo respecto al proyecto de decreto que acerca de tan importante asunto presentó el intendente Calvo de Rozas, y en la Comisión que se designó para que preparase los trabajos que habían de ser la base de la discusión de la libertad política de imprenta, figuraron los eclesiásticos Oliveros, Muñoz Torrero y Gallego, muy conocidos por sus ideas liberales. Cuando empezó el debate, se opusieron, entre otros, a la concesión de la libertad de imprenta, por considerarla absurda e irreligiosa (1), el docto eclesiástico Morrós, diputado por Cataluña, y Rodríguez de la Bárcena,

(1) Cinco Obispos que, huyendo de los franceses, se refugiaron en Mallorca, redactaron la célebre *Carta Pastoral*, en la que acusaban a las Cortes de irreligión y abuso de poder. Sus argumentos teológicos fueron refutados por Villanueva (Joaquín Lorenzo, ayudado por su hermano Jaime), en el opúsculo intitulado *Las angélicas fuentes o el tomista en las Cortes*. Véase mi reedición crítica de *Las Cartas Inéditas del «Filósofo Rancio»*. 7.

clérigo también; pero otro sacerdote ilustre, Gallego, diputado suplente por Zamora, les contestó defendiéndola con elocuentes frases, y lo mismo hicieron el teólogo Oliveros y el venerable Muñoz Torrero, sin que los reparos que pusieron Creus y alguno más fueran obstáculo para que las Cortes aprobaran el decreto sobre la libertad de imprenta, que se publicó y empezó a regir en seguida, apareciendo a su sombra gran número de obras y periódicos que sustentaban opiniones políticas de todas clases. Sin embargo, apenas se había aprobado la parte fundamental de la ley, empezaron a suscitarse cuestiones sobre faltas o delitos de imprenta, siendo la primera a propósito del comentario que se publicó en el número 39 de *El Conciso* sobre una petición presentada a las Cortes por Villanueva (Joaquín Lorenzo), en la que solicitaba que se redactase un decreto exhortando al reino a la penitencia. El asunto quiso llevarse a la Regencia para que señalase el tribunal que había de entender en él. Y habiendo dado el citado periódico una explicación que satisfizo a Villanueva, éste suplicó a la Cámara que se cortase el incidente, sin perjuicio para los intereses del autor de *El Conciso*, y así se hizo. Más importancia tuvo la denuncia que se presentó en las Cortes contra el número 2 de un periódico rotulado *La Triple Alianza*, en el que se insertaban proposiciones heréticas, que escandalizaron a todos los buenos católicos. Los que creían que la Asamblea debía intervenir en todo, pidieron que ésta procediese contra el autor, y algunos diputados reclamaron que se quemase el citado papel por mano del verdugo; pero los partidarios de la libertad de imprenta sostuvieron que no era la Cámara

la llamada a mezclarse en estos asuntos sino la Suprema Junta de Censura, a la que correspondía enviar al tribunal respectivo las publicaciones en que se faltase a la ley de imprenta; y después de larga discusión, en la que intervinieron, además de ilustres oradores laicos, los eclesiásticos Aner, Dou, Cañedo, López, Gallego, Alcocer, Morrós, Villanueva, Creus y Muñoz Torrero, se impuso el buen sentido con que éste planteaba todos los asuntos, y se acordó que se pasase a la Suprema Junta de Censura el número 2 de *La Triple Alianza*; y sin embargo, la denuncia no pasó después a ningún tribunal, dándose, como vulgarmente se dice, carpetazo a tan debatida cuestión. Con motivo del enconado pleito que se sostuvo por la publicación del *Diccionario crítico-burlesco* de Gallardo, obra que fué condenada por diez obispos, y prohibida su lectura, oirla leer o retenerla, con censuras graves, hubo en las Cortes acaloradas discusiones, en las que intervinieron, entre otros eclesiásticos, Gallego y el absolutista Ostalaza, diputado suplente por el Perú, clérigo insigne por su elocuencia, su tenacidad y su desenfado, y que llegó a exclamar encarándose con los periodistas que asistían a las sesiones, al observar la atmósfera favorable a Gallardo, que *eran unos charlatanes, que habían tomado por oficio el escribir, en lugar de tomar un fusil* para defender la patria amenazada en su independencia por los ejércitos de Napoleón, y que querían imponerse al Congreso vergonzosamente. La solución que dieron las Cortes al asunto relacionado con la publicación del *Diccionario crítico-burlesco*, provocó una protesta, que, con el título de *Carta Misiva*, redactaron y firmaron 30

diputados absolutistas, la cual denunció Zumalacárregui a la Asamblea para que, aplicando el castigo oportuno, se evitaran abusos y expresiones subversivas. Se nombró una comisión especial que entendiera en este asunto, y a propuesta de ella pasó a la Regencia, que a su vez lo remitió a la Suprema Junta de Censura, la cual averiguó que la *Carta Misiva* la había entregado el presbítero Mollé, firmando el original, que le había dado para su impresión, Ros, doctoral por Santiago y diputado a Cortes por Galicia. El expediente pasó después de esta averiguación al Tribunal de Cortes, que procesó al canónigo Ros, al que por mayoría se privó de asistir al Congreso durante seis meses. Amen de ello, se le apercibió de que en lo sucesivo se abstuviera de publicar escritos de la naturaleza de la *Carta Misiva*, y se dispuso que pagara las costas del proceso. Ros reclamó contra la sentencia, y quiso alzarse de ella, pero la Cámara acordó que estaba bastante discutido aquel enojoso asunto, y que no había lugar a deliberar más acerca de él. También el inquieto clérigo Ostolaza escribió algunos artículos, que se insertaron en *El Censor General* y en el *Diario de la Tarde*, y aunque fueron denunciados con sujeción al reglamento de libertad de imprenta, se sobreseyeron con pronunciamientos favorables, las causas que se le formaron con este motivo».

Para las páginas que van a leerse, y para otras que vendrán después, hácese aquí necesaria una observación. Cuando tras la rabiosa reacción de 1814 a 1819 vino la no menos rabiosa revolución de 1820 a 1823, pocos fueron los periódicos (si exceptuamos *La Miscelánea* de Burgos, *El Universal*

de Ayta Caborreluz, Narganes y Galdeano, y algún otro) que conservaron el debido respeto a los fueros de la dignidad, de la decencia y del buen sentido: la mayor parte eran textos terminantes de exaltación revolucionaria, de glorificación de los principios subversivos, de apología franca de los hombres que los ponían en acción y de ataques personales e injuriosos a los políticos y periodistas que defendían la causa del orden y las ideas moderadas. *El Zurriago* de Mexia, por ejemplo, fué un verdadero y continuo pasquín difamatorio, soez en su forma, brutal y tabernario en sus campañas y propagandas políticas, y cuya redacción revela la manera del libelista procaz, vulgar e iracundo, que, para juzgar o criticar al adversario, repite, con odiosa monotonía, los más abominables insultos. Pérez de Guzmán (1) describe el liviano ideal realizado por aquel periódico, por estas palabras: «*El Zurriago*, que repartía plumas de ganso para *El Universal*, de pelícano para *El Espectador*, de pájaro-mosca para *El Indicador*, y de avestruz para el *Diario de Madrid*, y que al mismo Argüelles le calificaba de liberticida y le llamaba ¡el fatal Argüelles!, regalaba apodos de ambicioso a Miñano, de fatuo a Burgos, de insolente a Almenara, de fariseo a Melón, de desvergonzado a Lista y de desfachatado y grosero a Gómez Hermosilla. Para encauzar las ideas, los colaboradores de los periódicos que parecían sospechosos a los exaltados y a los intransigentes, procuraron que el arduo trabajo de sus plumas les constituyese en una cátedra permanente para ense-

(1) *El magisterio de la prensa en España* (en *La España Moderna* de Marzo de 1904.)

ñar buen sentido, siendo los primeros a quienes tenían que dirigirse en esta obra de misericordia los mismos que les aseteaban con sus sátiras y diatribas, pues no para otros que para estos escritores *El Censor* proponía, con fecha de 18 de Agosto de 1821, y entre los temas de sus bien meditados artículos, asuntos como el siguiente: *De la importancia y utilidad de los periódicos; de la protección que debe dispensárseles por los Gobiernos liberales; de la imparcialidad con que han de estar escritos, y de las obligaciones de sus redactores*» (1). Con todo, la excesivamente fecunda producción periodística de 1820 a 1823, como su anterior más inmediata de 1808 a 1814, ni fué el modelo ni fué la cátedra del periodismo español del siglo XIX. *El Conservador*, que se fundó el 17 de Marzo de 1820, como órgano oficial de la *Sociedad Patriótica* formada en el *café Lorencini*, dejaba de publicarse en Septiembre del mismo año, acusando a sus demás colegas de la corte, con quienes contendía, que era imposible hombrearse con «escritores tan ignorantes, que, faltos de toda instrucción, desconocían hasta el propio idioma en que se expresaban». *El Zuriago* tildaba a los redactores del *Diario Nuevo de Madrid* de no saber ni el *musa, musae*, y aconsejaba a su director que volviese a su antiguo oficio de sastre, pues no servía para periodista, «aunque se hubiese hecho *nacional de Caballería*, empresario del *café y botillería de la Madre Patria* y contertulio de la *Fontana de Oro*». *El Censor* veía con pena la prodigalidad de periódicos que se fundaban para morir casi antes de nacidos, y que «en-

(1) *El Censor*, tomo X, número 55.

tre los infinitos que se han publicado y publican, fuesen tan pocos los que estuviesen escritos con la dignidad, imparcialidad y juicio que requiere esta clase de publicaciones, siendo espectáculo degradante el de sus redactores, que entre sí se despedazaban con indecentes dicterios e inventivas». Y agregaba: «Los nombres de *gacetero*, *periodista* o *folicularío*, que se les da a los que los escriben, son calificativos de desprecio, hasta el punto que han llegado a constituir un baldón y una injuria para el que los recibe» (1). Después de aquellas luchas, que no sembraron más que odios, el periodismo no había nacido entre nosotros aún. La cátedra del escándalo y la malignidad, como había previsto Jovellanos, no educó sino para la degradación y el delito (2).

Durante los diez años que mediaron desde 1823 hasta la muerte del rey, los absolutistas exaltaron el bien inmenso que éste había producido y el mal incalculable que había evitado al concluir con el periódico. El mismo Gómez Hermosilla, el autor de *El Censor* (con Lista y Miñano) durante el período constitucional, el afrancesado de la guerra de la Independencia, fingía entonces escrúpulos de haber sido antes periodista (3). Y tomándole por la palabra su adversario el Padre Vidal (4) (absolutista tan ilustrado como furibundo) definía a los periodistas como «gente que suele tener mucha facilidad y destreza para echar al público composicio-

(1) *El Censor*, tomo X, número 55.

(2) Pérez de Guzmán, *El magisterio de la prensa en España* (en *La España Moderna* de Marzo de 1904.)

(3) *El jacobinismo*, discurso preliminar, 37.

(4) *Origen de los errores revolucionarios de Europa*, 349.

nes literarias, y mucha mayor para hacer variar de vestido y traje el sistema de sus opiniones, según les conviene.» Y añadía: «En la época de la abolida Constitución, hubo en el reino una peste de ellos, que causaron gran daño, y lo hubieran causado mayor, a no ser que la inmensa mayoría del pueblo español educada sobre otros principios, ya no les creía, teniendo ellos que disimular sus errores, e impugnarse unos a otros mutuamente, para ganar algún crédito, pero fundándose siempre sobre las bases constitucionales, que habían sacado de los malos libros de sus estudios: bases, que, aun ahora, tienen algunos (1) el atrevimiento de querer excusar y defender.» Esto escribía el Padre Vidal en 1827, cuando, después de la invasión de los *Cien Mil Hijos de San Luís*, y la vuelta de Fernando VII a su deseado absolutismo, no tenía límites el furor de los realistas contra los liberales; cuando no se toleraba a la prensa ocuparse de política, aunque sí discutir medidas administrativas y económicas (2); cuan-

(1) Se refiere principalmente a Gómez Hermosilla.

(2) La afición que una parte del público español (bastante numerosa por desdicha aun en la actualidad) demostró por la lectura del *Diario de Avisos*, modelo perfecto de ese género de prensa *indiferente*, no independiente, que todavía abunda, y cuyos productos se destinaban a protejer los establecimientos benéficos, era el síntoma más grave y manifiesto de atonía intelectual en que vivía ese público bajo Fernando VII. A instancias de la primera esposa de éste, se fundó, en 1828, *El Correo Literario y Mercantil* (redactado por Carnerero, Peñalver, Bretón de los Herreros y Rementeria), donde por primera vez se dieron a conocer detalladamente los ferrocarriles y se presentó un informe a la moderna del fallecimiento de Moratín en la capital de Francia, pero que sólo se refería a cuestiones de intereses mercantiles y generales o de «vaga y amena literatura.»

do apenas existía en España otro periódico digno de este nombre que la *Miscelánea del Comercio y de las Artes* de Javier de Burgos. ¡Qué tiempos y qué hombres los de aquella segunda reacción, más violenta y más sombría que la primera! Baste recordar algunas fechas y nombres: en Noviembre de 1823, Riego; en Agosto de 1826, Bessieres; en 1828, los horrores del conde de España, en Cataluña; en Octubre de 1830, Chapalangarra, en las vertientes del Pirineo; en Mayo de 1831, Mariana Pineda, en Granada (¡ejecutada por bordar una bandera!); en Diciembre del mismo año, Torrijos, en Málaga; por último, el maestro Ripoll, muerto en la hoguera de la Inquisición de Valencia, postrera víctima inmolada a la barbarie religiosa. «En los pueblos (dice un autor notable) (1), se cogía a los liberales, y se les apaleaba a la luz del sol, y se les sometía a que un mal rapista les quitase el bigote y la barba en seco, o se les zambullía en los pilones de las fuentes, o cruelmente se les asesinaba, en tanto que Fernando VII reía las *graçias* y repetía con su *camarilla* que *era preciso concluir con los negros hasta la cuarta generación.* Para estos crímenes no había justicia ni leyes: más bien eran fomentados y amparados por la autoridad del monarca. Y continuando la reacción su triste marcha, viéronse sujetos al juicio de *purificación*, además de los militares y empleados, los catedráticos y estudiantes de las Universidades, por cuyo motivo muchos de éstos no pudieron continuar sus estudios, por ser de familias liberales. Quedaron cesantes miles de funcionarios y multitud de viudas sin pen-

(1) Fuente, *Reyes, favoritas y validos*, 220.

siones.» No hubo esperanzas de paz hasta que el rey enfermó y se creyó a las puertas de la muerte. El decreto de amnistía de María Cristina de Nápoles fué el iris de la regeneración, y todas las demás cosas ambicionadas (desde la reapertura de las Universidades y la creación del Real Conservatorio de Música y Representación hasta la fundación del Ministerio de Fomento y perfeccionamiento del de Hacienda) se dibujaron como por encanto en el horizonte. «¿Cómo no había de aparecer el periodismo?», pregunta su historiador español más ilustre (1). El decreto de amnistía se firmó por la reina el 6 de Octubre de 1832, y el de Noviembre los dos Carnerero, Alcalá Galiano y Grimaldi ponían en circulación el primer número de la *Revista española*, y el 16 del mismo mes su *Boletín del Comercio* la Junta del Real Consulado de Madrid, llamando a su colaboración, así financiera como literaria, a Fermín Caballero, a Estébanez Calderón, a Gil de Zárate y a Bretón de los Herreros, todos jóvenes de espléndidas esperanzas. Hasta la sátira acudió al palenque, mas no la sátira personal y de pasiones políticas, sino contra las costumbres sociales que envejecían y degeneraban en anacrónicas. Otro joven literato, de ánimo resuelto y abierto espíritu, la sustentaba, y tras el pseudónimo de *El Pobrecito Hablador* (2), que era

(1) Pérez de Guzmán, *El magisterio de la prensa en España* (en *La España Moderna* de Marzo de 1904).

(1) *El Pobrecito Hablador, revista satírica de costumbres, etcétera, etc., por el bachiller Don Juan Pérez de Munguía.* Publicáronse catorce números desde Agosto de 1832 hasta Marzo de 1833, todos ellos considerablemente mutilados por la censura. Véase a González-Blanco (Andrés), *Larra*, 34.

a la vez el nombre de su periódico, se descubría el genio crítico de Larra, que empezaba a revolotear con propias alas. Algunos sospecharon que *El Pobrecito Hablador* sería secuela de *El Pobrecito Holgazán* de Sánchez Barbero, durante la guerra de la Independencia en Cádiz, y que en Larra podría esconderse aquel espíritu político de *El Conciso*, que tantos suspiros costó a su infortunado autor en las prisiones de Ceuta. Pero Larra, aunque liberal por temperamento, había templado las alas de su genio en otro ambiente de más nobles idealidades: su musa era el sarcasmo, no la iracundia. En la época en que vivió, cuando, según sus propias frases, «no había periódicos bastantes en Madrid, acaso porque no había tampoco lectores bastantes» (1), él fué uno de los pocos que, por

(1) *Obras completas*, 548 (edición de 1886). En esta edición, hecha por Montaner-Simón, se incluyen las obras inéditas hasta 1886, son a saber: *Nueva colección de artículos de crítica teatral, Tratado de sinónimos de la lengua castellana, El conde Fernán González y la exención de Castilla* (drama histórico en cinco actos y en verso) y *Poesías inéditas*. Muy recientemente (1918), un gran diario madrileño. *El Sol*, tuvo la feliz iniciativa de publicar en su *Biblioteca* las obras no coleccionadas aún de aquel español representativo, que, desde el 24 de Marzo de 1809 hasta el 13 de Febrero de 1837, anduvo por la vida, sujeto curiosísimo, risa trágica, alma humorística y doliente. *Postfígaro* se titula el primer volumen de esos artículos, no honrados todavía con la compañía de sus hermanos, los otros artículos, los diversos trabajos, las hojas del folleto semanal, «la proteica forma de una labor reveladora de las dificultades que en aquellos tiempos (1830 a 1837) se ofrecían al ingenio para comparecer ante el público». Ortega Munilla, *Fígaro redivivo* (en *Nuevo Mundo* de 25 de Octubre de 1918). Si estas dos series de obras inéditas unimos a las anteriormente editadas, reconoceremos cuan injusto se muestra el Padre Ibeas, en su noticia crítica de BIBLIOTECA NUEVA y de IDEARIO ESPAÑOL (publicada en *España y América* de 15 de Junio

su humorismo, logró atraer con éxito la atención del público. No ha mucho abrí un libro de Larra. Era una miscelánea crítica, que leí de estudiante y había olvidado, y que todos los lectores conocen seguramente: la *Colección de artículos dramáticos, literarios, políticos y de costumbres* (publicados en

---

de 1919), al escribir: «No me parece obra de gigante la realizada por González-Blanco (Andrés) en esta compilación. *Larra escribió poco*, así que espigarle con algún tino es muy fácil, tanto más cuanto que a la vista se puede tener, sin gran esfuerzo, la edición completa de las obras del infortunado escritor». ¿Escribió poco aquel singular personaje, que cuando apenas había cumplido los 28 años tuvo a bien suprimirse, agujereando su cráneo de un tiro de pistola? Basta comparar su fecundidad con la de Balmes, que vivió diez años más que *Fígaro*, para juzgar equitativamente en este pleito. No: Larra, cuando se suicidió, dejaba bastantes libros para colocar su nombre entre los más ilustres de la literatura española. Esto por lo que atañe a la cantidad. Tocante a la calidad, anotaré la no menos injusta aserción de Alomar, cuando pregunta: «¿Ocupa Larra verdaderamente un lugar en el ideario español? ¿Son ideas precisamente lo que de él ha sobrevivido? ¿Qué adquisiciones definitivas acumuló para nuestro tesoro espiritual, qué idoloros familiares encerró en el sagrario de la patria para las descendencias? No, no son ideas lo que hay que buscar en sus páginas amargas...» No continúo, porque me dolería tratar con merecida dureza a dos críticos tan eminentes y a los que tanto admiro. Consignar tales cosas, equivale a juzgarlas; más, para que frente a tan injustamente destempladas voces no falte la de un hombre ajeno de toda sospecha, traigamos aquí las palabras del ilustre Menéndez Pelayo (*Obras de Lope de Vega*, X, 57), quien dice, hablando de *Fígaro:* «No sólo *tuvo más ideas que ningún español de su tiempo*, sino que acertó a dar forma, en cierto modo poética, a su concepción pesimista del mundo y a su concepción siniestra, pero transcendental, de la vida». Muy bien calado tenía el espíritu de *Fígaro* el discretísimo Menéndez Pelayo, mucho mejor sin duda que los actuales iconoclastas y supresores de jerarquías, que, sin haber hojeado quizá sus obras, las ponen por modelo de inconsistencia y superficialidad.

los años 1832, 1833 y 1834 en la *Revista Española* y *El Observador*.) Recorrí varios de estos artículos, y, al acabar, sugestionado por la intensa ironía, por la penetrante amargura, por la profunda sencillez con que allí se tratan los principales problemas de la actualidad de entonces, hube de fijarme muy particularmente en las páginas que al periodismo se refieren. He aquí una (1), que puede pasar por modelo de la burla corrosiva que se escondía cabe la sátira romántica de aquel período: «No cabe negar que un periodista es un sér bien criado, si se atiende a que no tiene voluntad propia; pues sobre ser bien criado, debe participar también de calidades de los más de los seres existentes; ha menester, si ha de ser bueno y de duración, la pasta del asno y su seguridad en el pisar, para caminar sin caer en un sendero estrecho, y agachar, como él, las orejas cuando zumba en derredor de ellas el garrote. Necesita saberse pasar sin alimento semanas enteras como el camello, y caminar con la frente erguida por medio del desierto. Ha de tener la velocidad del gamo en el huir para un apuro, para un día que Dios disponga lo que él no haya puesto. Ha de tener del perro el olfato, para oler con tiempo dónde está la fiera y ladrar á los pobres, y ha de saber dónde hace presa, y donde quiere Dios que hinque el diente. Le es indispensable la vista perspicaz del lince, para conocer en la cara del que ha disponer lo que él debe poner; el oído del jabalí para barruntar el *rúnrún* de la asonada; se ha de hacer, como el topo, el mortecino, mientras pasa la tormenta; ha de saber andar,

(1) *Obras completas*, 327.

cuando va delante, con el paso de la tortuga, tan menudo y lento que nadie se lo note, que no hay cosa que más espante que el ver andar al periodista; ha de saber, como el cangrejo, desandar lo andado, cuando lo ha andado de más, y como de esas veces ha de irse sesgando por entre las matas a guisa de serpiente; ha de mudar de camisa en tiempo y lugar, como la culebra; ha de tener cabeza fuerte como el buey, y cierta amable inconsecuencia como la mujer; ha de estar en continua atalaya como el ciervo, y dispuesto como la sanguijuela a recibir el tijeretazo del mismo a quien salva la vida; ha de ser como el músico, inteligente en las fugas, y no ha de cantarle contralto mas que escriba con trabajo; y a todo, en fin, ha de poner cara de risa como la mona. Esto con respecto al reino animal. Con respecto al vegetal, parécese el periodista a las plantas en acabar con ellas un huracán sin servirles de mérito el fruto que hayan dado anteriormente; como la caña, ha de doblar la cerviz al viento, pero sin murmurar como ella; ha de medrar como el junco y la espadaña en el pantano; ha de dejarse podar cómo y cuando Dios disponga, y tomar la dirección que le dé el jardinero; ha de pinchar como el espino y la zarza los pies de los caminantes desvalidos, dejándose hollar de la rueda del poderoso; en días obscuros ha de cerrar el cáliz y no dejar sus pistilos como la flor del azafrán; ha de tomar color según le den los rayos del sol; ha de hacer sombra, en ocasiones dañina, como el nogal; ha de volver la cara al astro que más calienta como el girasol, y es planta muerta si no; seméjase a las palmas en que mueren las com-

pañeras, empezando a morir una; ha de servir para comer, como para quemar, a guisa de piña; ha de oler a rosa, para los altos, y a espliego para los bajos; ha de matar halagando como la hiedra. Por lo que hace al mineral, parece el periodista a la piedra en que no hay picapedrero que no le quite una esquirla y que no le dé un porrazo; ha de tener tantos colores como el jaspe, si ha de parecer bien a todos; ha de ser frío como el mármol debajo del pie del magnate; ha de tener los pies de plomo; ha de servir como el bronce para inmortalizar hasta los dislates de los próceres; lo ha de soldar todo como el estaño; ha de tener más vetas que una mina y más virtudes que un agua termal. Y al cabo de tanto trabajo y de tantas calidades, ha de saltar, por fin, como el acero en dando con cosa dura».

Después de leer la pintura, hecha tan acerbamente por Larra, y considerar el fatigoso trabajo que pesa sobre los periodistas, se explica que éstos, en medio de la anarquía general de la publicidad, se erigiesen en representantes los más temerosos de la falsa opinión y de la mala prensa. La verdad no viene por sí sola a la vida: es «como el agua filtrada, que no llega a los labios sino a través del cieno» (1). En este cieno, y sirviéndoles la prensa de cultivo, se forman esos prostituídos mentales que son los malos periodistas. Larra encomia y propone como modelo de buen periodista a Addison. «El fué el primero que en Inglaterra dió el ejemplo con admirable profundidad y perspicacia, y si ninguno logró superarle, no dejó, con todo, de tener felices imitadores» (2). No fué Larra

(1) *Obras completas*, 550.
(2) *Obras completas*, 514.

por cierto uno de estos felices imitadores. Aparte visibles reminiscencias de Montesquieu (las *Cartas de las Batuescas* continúan la descendencia española de las *Lettres persanes*, cuya filiación más conocida está en las *Cartas marruecas* del coronel Cadalso) (1), el abolengo británico de la «manera» de Larra habría que buscarlo en Swift. En la sardónica risa y biliosa gracia del eclesiástico irlandés, dean de la catedral de San Patricio, está todo lo que el ingenio de nuestro autor tiene de pesimista y de acre. Defoe ejerció sobre él escaso influjo. Y en cuanto a Jonhson, ni siquiera le siguió Larra en aquel su indeficiente anhelo de remontar lo más posible los comienzos del periódico, buscando si este objeto se fabricaba en Grecia y en Roma, si fué producido por la Edad Media industrial etc. Para Larra, la prensa es un producto de la manufactura de los tiempos modernos: lo que primero se nombró *gaceta*, y luego se llamó *diario*, hoy, más ampliamente, se dice *periódico*. «Convencidos (escribe Larra) (2) de que el perió-

(1) Alomar, en el elegante prólogo que puso a la obra de González-Blanco (Andrés) sobre *Larra*, sostiene (a mi juicio, con razón) que la influencia de Montesquieu, tan común en la España de principios del siglo XIX, es en *Fígaro* potentísima. Larra (*Obras completas* 513) creía que Cadalso fué un imitador, «si débil, justamente apreciado», de Montesquieu. Sabido es que las *Lettres persanes* fueron seguidas de numerosas imitaciones, de las cuales sólo las *Cartas peruanas* lograron sobrevivir. Tal éxito alcanzaron, que, según cuenta el mismo Montesquieu, llegó el caso de que los libreros no abrían la boca, hablando con literatos, si no para decirles: *Hágame usted cartas persas*.

(2) *Obras completas*, 386. Compárese con el profesor Saldaña (*El periodismo como obra de juventud*, 1): «Aparece (el periódico) en la vida moderna, vocacionada por la historia, gran estimadora del suceso y valoradora del tiempo. Que eso, la *historia del día*,

dico es una secuela indispensable, si no un síntoma, de la vida moderna, esperarían tal vez aquí mis lectores una historia de esta invención, una seria disertación sobre los primeros periódicos, y acerca de si debieron o no su primer nombre a una moneda veneciana que limitaba su precio. Nada de eso. Sólo diré que los primeros periódicos fueron *gacetas;* no nos admiremos, pues, si, fieles a su origen, y si, reconociendo su principio, los periódicos han conservado la afición a mentir, que los distingue de las demás publicaciones desde los tiempos más remotos; en lo cual no han hecho nunca más que administrar una herencia. Es su mayorazgo: respetémoslo como a los demás, puesto que nos hallamos a esta altura todavía».

La primacía del romanticismo satírico es incuestionable en Larra. Sus artículos más vulgarizados: *Todo el año es Carnaval, El día de difuntos, La Nochebuena de 1836, Yo quiero ser cómico,* etc., son, en cuanto crítica objetiva, idénticos a sus autocríticas como periodista, a su artículo *Ya soy redactor*, por ejemplo: siempre nos encontramos ante un monólogo, en cuyo desarrollo brillan por igual el *ingenio* español, el *esprit* francés y el *humour* británico. Véase cómo habla en tono zumbón de las «ventajas» de la censura (1): «Un artículo en blanco es susceptible de las más favora-

---

la última escisiparidad de la historia, que sucesivamente fracciona su contenido en edades, éstas en períodos, los períodos en épocas, y pasa del estudio de las dinastías al de los reinados, llega a los años y se detiene en los días... la historia contemporánea en rigor y actual en absoluto, el diagrama de la existencia cotidiana... eso es el *diario*».

(1) *Obras completas*, 320.

bles interpretaciones. Un artículo en blanco es un artículo en el sentido de todos los partidos, es cera blanda a la cual puede darse a voluntad la forma más adaptada al gusto de cada uno. Un artículo en blanco es, además, picante, porque excita la curiosidad hasta un punto difícil de pintar. ¿Qué dirá? ¿Qué no dirá? En un mundo como éste, de ilusión y de fantasmagoría, donde no se goza sino en cuanto se espera, es indudable que el hacer esperar es hacer gozar. Las cosas, una vez tocadas y poseídas, pierden su mérito; desvanécese el prestigio, rómpese el velo con que nuestra imaginación las embellecía, y exclama el hombre desengañado: *¿Es esto lo que yo anhelaba?...* Semejante sistema de hacer gozar haciendo esperar, del cual pudiera citar en el día algún sectario famoso, es evidente, y por él nunca podrá entrar en competencia con un artículo en blanco un artículo en negro. Este ya sabemos lo que puede querer decir, aunque no sea más que haciendo deducciones del color.» En el mismo tono habla Larra (1) de los «modos de esquivar» la censura oficial: «Quiero escribir un artículo, pero no quiero que me lo prohiban, aunque no sea más que por no escribir dos en vez de uno. ¿Y qué hace usted?, me preguntarán esos perturbadores que tienen siempre la anarquía entre los dedos para soltársela encima al primer ministro que trasluzcan: ¿qué hace usted para que no se lo prohiban? ¡Qué he de hacer, hombres exigentes! Nada: lo que debe hacer un escritor independiente en tiempos como éstos de independencia (2). Empiezo por poner al frente de

(1) *Obras completas*, 379, 405.
(2) «¡Independencia! Más aún. Lo que piensa el crítico peda-

mi artículo para que me sirva de eterno recuerdo: *Lo que no se puede decir, no se debe decir.* Sentada en el papel esta provechosa verdad, que es la verdadera, abro el reglamento de censura, pero no me pongo a criticarlo, ¡nada de eso! No me compete. Sea reglamento o no sea reglamento, cierro los ojos y venero la ley, y la bendigo, que es más. Y continúo: *Artículo 12. No permitirán los censores que se inserten en los periódicos: 1) Artículos en que se viertan máximas y doctrinas que conspiren a destruir o alterar la religión, el respeto a los derechos y prerrogativas del trono, el Estatuto Real y demás leyes fundamentales de la monarquía.* Esto dice la ley. Ahora bien: doy el caso que se me ocurra una idea que conspira a destruir la religión. La callo, me la como, no la escribo. Este es el modo... Que no pasan las *sátiras* e *invectivas* contra la autoridad; pues no se ponen tales sátiras e invectivas. Que las prohiben, aunque se *disfracen* con *alusiones* o *alegorías*, pues no se disfrazan. Así como así, ¡no parece sino que es cosa fácil inventar las tales alusiones o alegorías!... Los *escritos injuriosos* están en el mismo caso, aun cuando vayan con *anagramas* o en otra cualquiera forma, *siempre que los censores se convenzan de que se alude*

---

gógico o sociólogo (que eso debe ser el buen periodista) es tal vez algo más fuerte: *valor* ante las represalias futuras posibles, ausencia de ambiciones no cifradas en el mérito, limpieza de codicia para los futuros y gratos favores, es decir, *desinterés.* ¿Y qué significa desinterés? Una cosa todavía más grave (porque vamos, de una en otra, por esta transformación algebraica del pensamiento moral, a una cuestión que es excesiva quizá): significa *heroismo.* ¡Si será difícil hablar hoy de los hombres! Y el periodista ha de hablar siempre *en, de, con, por, sin, sobre...* los hombres». (Saldaña, *El periodismo como obra de juventud,* 13).

a personas determinadas. En buen hora: voy a escribir ya; pero llego a este párrafo y no escribo. Que no es injurioso, que no es libelo, que no pongo anagrama. No importa: puede convencerse el censor de que se alude, aunque no se aluda. ¿Cómo haré, pues, para que el censor no se convenza? Gran trabajo: no escribo nada: mejor para mí, mejor para él, mejor para el Gobierno: que encuentre alusiones en lo que no escribo. He aquí el sistema: he aquí la gran dificultad por tierra. Desengañémonos: nada más fácil que obedecer. Pues entonces ¿en qué se fundan las quejas? ¡Miserables que somos!... Los *escritos licenciosos*, por ejemplo. ¿Y qué son escritos licenciosos? ¿Y qué son costumbres? Discurro, y a mi primera resolución nada escribo: más fácil es no escribir nada que ir a averiguarlo... Buenas ganas se me pasan de injuriar a *algunos soberanos y Gobiernos extranjeros.* Pero ¿no lo prohibe la ley? Pues chitón... Hecho mi examen de la ley, voy a ver mi artículo: con el reglamento de censura a la vista, con la intención que me asiste, no puedo haberlo infringido. Examino mi papel: no he escrito nada, no he hecho artículo, es verdad. Pero, en cambio, he cumplido con la ley. Este será eternamente mi sistema: buen ciudadano, respetaré el látigo que me gobierna, y concluiré siempre repitiendo: *Lo que no se puede decir, no se debe decir...* En los países en que se cree que es dañoso que el hombre diga al hombre lo que piensa, lo cual equivale a creer que el hombre no debe saber lo que sabe, y que las piernas no deben andar: en los países donde hay censura, en esos países es donde se escribe para otro, y ese otro es el censor. El escritor que, lleno ya un pliego de

papel, lo lleva a casa de un censor, el cual le manifiesta que no se puede escribir lo que él ha escrito ya, no escribe ni siquiera para sí. No escribe más que para el censor. Este es el único hombre en quien yo disculparía que escribiese un libro de memorias, y hasta que escribiese un memorial. A mayores tonterías puede obligar una prohibición. Estoy muy lejos de querer decir que yo haya escrito nunca para otro en este sentido, porque, aunque es verdad que he tenido relaciones con varios señores censores, por otra parte muy beneméritos, puedo asegurar que en cuanto he escrito nunca he puesto una sola palabra para ellos, no porque no crea que no son muy capaces de leer cualquier cosa, sino porque siempre acaban por establecerse entre el censor y el escritor etiquetillas fastidiosas y dimes y diretes de poca monta, y, a decir verdad, soy poco amigo de cumplimientos. Los de los censores me hacen el mismo efecto que le hacían al portugués los del *casteçao*. El cuento es demasiado sabido para repetirlo. Esto sería no escribir para nadie...» En el mismo libro (1) de que he transcrito los párrafos anteriores, aparecen ya todos los lugares comunes del género posterior de crítica periodística, como puede juzgarse por esta muestra (relativa a las «secciones» de un periódico): «Artículos de *Política*. Los habrá. Estos, en no entendiéndolos nadie, estamos al cabo de la calle. Y eso no es difícil: sobre todo, quien no los ha de entender es el censor. Oposición: eso, por supuesto. A mí, cuando escribo, me gusta tener siempre razón... De *Hacienda*. Largamente, pero siempre en bro-

(1) *Obras completas*, 387.

ma, para nosotros será un juego esto: no nos faltará a quien imitar. Los asuntos de cuentas sólo son serios para quien paga, pero para quien cobra... De *Guerra*. También daremos artículos, y en abundancia: buscaremos primero quien lo entienda y quien sepa hablar de la materia: por lo demás, saldremos del paso, si no bien, mal: nunca serán los artículos tan pesados como el asunto... De *Interior*. Hasta los codos. Desentrañaremos esto; y tanto querremos hablar de esta materia, que no nos detendremos en enumerar lo que se ha hecho: sólo hablaremos de lo que falta por hacer... De *Estado*. Aquí nos extenderemos sobre el *statu quo* y sobre el Estatuto, y nos quedaremos extendidos: ni moveremos pies ni pata... De *Marina*. Esto es más delicado. ¿Ha de ser *Fígaro* el único que hable de eso? No me gusta ahogarme en poca agua... De *Gracia y Justicia*. He dicho muchas veces que yo no soy ministerial: haré, por tanto, justicia seca. ¡Ojalá que me dejen también hacer gracias!... De *Literatura*. En cuanto se publique un libro bueno, lo analizaremos: por consiguiente, no seremos pesados en esta sección... De *Teatro Español*. No diremos nada mientras no haya nada que decir. Felizmente, va para largo... De *Actores*. Aquí seremos malos de buena fe... De *Música*. Buscaremos un literato que sepa música, o un músico que sepa escribir: entretanto *Fígaro* se compondrá como se han compuesto hasta el día los demás periódicos. Felizmente, pillaremos al público acostumbrado, y él y nosotros estamos iguales... *Modas*. En esta sección hablaremos de empréstitos, de intrigas, de favor, en una palabra, lo que corre... a la *dernière* siempre... De *Costumbres*. Por supuesto, malas: lo

que hay: escribiremos como otros viven sobre el país. *Fígaro* hablará, bajo este título, de paciencia, de tinieblas, de mala intención, de atraso, de pereza, de apatía, de egoismo, en suma, ¡de nuestras costumbres!... *Anuncios.* Queriendo hacer lo más corta posible esta parte del periódico, sólo anunciará las funciones buenas, los libros regulares, las reformas, los adelantos, los descubrimientos. Ni se pondrán las pérdidas, ni menos todo lo que se vende entre nosotros. Ello sería no acabar nunca.»

En esta elegante e irreverente manera de tratarlo todo en intimidad y a todos de tú, Larra es admirable: sintió él como nadie, y antes que nadie, la declinación de la raza española, y su burla constante y amarga iluminaba todas las cuestiones sobre que discurría, aun aquellas en que todos solemos ser tan superficiales. Cuando leemos el libro *De 1830 a 1836 o la España desde Fernando VII hasta Mendizábal* (resumen histórico-crítico, publicado primeramente en París, y dado a luz en castellano, con las variaciones que Larra creyó oportunas, en 1836), asombra considerar su clarividencia, su instinto profético, y hasta qué punto los acontecimientos subsiguientes han venido a evidenciar los aciertos del articulista. Aun hoy, después de tantos lustros, se leen con agrado y enseñan mucho esos artículos, compendio ideológico de una época de decadencia mental, en la que partidos y Gobiernos, opinión y nación, competían en la prosa y en el olvido de los ideales de la patria. Hablando de *Postfígaro*, el volumen editado por *El Sol*, admirablemente prefaciado por Cotarelo y cuyo título se debe a Cavia, el glorioso continua-

dor de Larra en el periodismo español moderno, dice Ortega Munilla (1): «Para la generación presente, los artículos de *Fígaro* que se contienen en ese volumen son inéditos, como si acabara de publicarlos el escritor genial. Debieran haber producido entre los aficionados a las letras una emoción extraordinaria, semejante, a lo menos, a la que se manifestó en Francia al publicarse hará seis años una colección de artículos, fragmentos de artículos y cartas de Stendhal. Aquello fué un acontecimiento en el mundo de la inteligencia gala... Aquí nadie ha sentido la menor emoción al ver como se removía la lápida del olvidado sepulcro, y si yo propusiese ahora el homenaje nacional a *Fígaro*, se quebrarían en carcajadas hasta las piedras de los arroyos. ¿Quién se ocupa ahora de honores póstumos? ¿Quién de remembranzas justicieras?»

Como literato, Larra es el clasicismo que se renueva, el romanticismo que se inicia, un puente de oro entre el agotado período clásico y la nerviosa impetuosidad romántica importada por la Revolución. Sobre este puente, en que el Renacimiento bárbaro cunde y el retorno a los temas medioevales y cristianos se consolida, pasa la silueta trágica de *El Doncel de Don Enrique el Doliente* (1834), historia caballeresca del siglo XV, que, dicho sea con lealtad, es de poco agradable lectura, porque no conmueve, como las obras similares de Walter Scott (2), Víctor Hugo, Vigny y Dumas

(1) *Fígaro redivivo* (en *Nuevo Mundo* de 25 Octubre de 1918).

(2) Será tal vez exagerada la semejanza que Piñeyro (*El romanticismo en España*, 16) atribuye a *El Doncel* con las novelas de Walter Scott: por más cierta estimo esta otra afirmación del distinguido crítico: «Tiene *El Doncel* enteramente la apariencia de una novela de Walter Scott: el mismo corte, el mismo andar

(1), ni tiene por ende resonancia en el ánimo de los lectores (2). Para el teatro, llegó a hacer obras tan anodinas como *Los infieles* (juguete cómico en tres actos y en verso, en colaboración con Serra), infe-

---

lento de la narración, diálogos largos, capitulos sin título, siempre precedidos de un epígrafe en verso, tomado generalmente de alguna balada o romance antiguo, y al principio de la obra una rápida ojeada sobre la historia y las costumbres de la época en que pasa la escena. Pero la semejanza real ahí termina: argumentos, personajes, episodios, todo lo demás es enteramente español, aunque haya juicio de Dios como en *Ivanhöe*, pasadizos que se rompen como en *Kenibvort* y algún otro detalle que recuerda al novelista escocés».

(1) Entre los imitadores españoles de Walter Scott (descontando las raras y poco notables excepciones de imitadores concienzudos), los más siguieron las huellas de Dumas, y soltaron las riendas de su desbocada fantasía en libros de monstruosa invención, que sólo conservaban de la historia algunos nombres y algunas fechas, escogiendo por campo de sus ficciones los lances y aventuras caballerescas de los siglos medios, o, a lo sumo, de las centurias décima sexta o décima séptima, épocas que, por lo remotas, se prestaban a una representación más arbitraria, en que los anacronismos de costumbres podían ser más fácilmente disimulados por el vulgo de los lectores, atraidos tan sólo por el prestigio misterioso de las edades lejanas y poéticas. Distinto rumbo tomó Larra, y distintos fueron sus procedimientos, aunque *El Doncel* sea novela harto endeble, si se la considera como cuadro histórico. Muy claro es el juicio de Menéndez Pelayo *(Obras de Lope de Vega*, X, 58), excelentísimo en el talento y en el saber: «De tales ingenios nada puede desdeñarse, y, además, Larra ponía, hasta en sus obras menos inspiradas, un sello de distinción y buen gusto, que basta para recomendarlas».

(2) Esta novela de Larra es histórica, ciertamente, y aun puede calificarse de *historia anovelada*, por ser muy exigua la parte de ficción que en ella interviene; pero, por las condiciones especiales de su argumento, difiere en gran manera de las demás obras de su género publicadas entonces en España. La razón de esto léese en una antología literaria de mucha erudición y doctrina, cuyos son estos renglones: «Lo que distingue a *El*

liz imitación de un *vaudeville* francés de poco fuste. Entre las obras cómicas y dramáticas que Larra escribió, figuran en preferente lugar *No más mostrador* (comedia original en dos actos y en prosa), *Roberto Dillon o el católico de Irlanda* (melodrama de gran espectáculo en tres actos y en prosa), *Don Juan de Austria o la vocación* (comedia en cinco actos y en prosa), *El arte de conspirar* (comedia en cinco actos y en prosa), *Un desafío* (drama en tres actos y en prosa), *Macías* (drama histórico en cuatro actos y en verso) (1), *Felipe* (co-

Doncel de otras frías y cansadas rapsodias pseudocaballerescas que por aquel tiempo pulularon, es (aparte la pulcritud y singular esmero del estilo, que es más castizo que en el resto de sus obras) la llama de la pasión culpable y misteriosa que por todo el libro serpea, y que en realidad lo inspiró. Bajo el transparente disfraz del siglo XV, hay una novela íntima, demasiado histórica por desgracia para su autor. No brotó de pura imaginación literaria, como tantas otras de su género, sino que se realizó intensamente en la vida con fatal y trágico desenlace, no muy diverso del que había imaginado el poeta» (Menéndez Pelayo. *Obras de Lope de Vega*, X, 59).

(1) El protagonista de este drama es el mismo que el de *El Doncel*, y el mismo que el de la comedia de Lope de Vega, *Porfiar hasta morir*, impresa en 1638, incluida por Hartzenbusch en el tomo III de su *Colección Selecta*, y traducida al francés en 1829 por Angliviel de la Beaumelle con el título casi literal de *Persévérer jusqu'á la mort*. Por no pocos críticos se ha hecho cargo a Larra de plagio, más o menos embozado, de obras anteriores, ya de Lope de Vega, ya de Bances Candamo y sus dos colaboradores (cuyos nombres ignoramos) en las *Comedias escogidas* (1704). El ilustre Menéndez Pelayo *(Obras de Lope de Vega*, X, 3) tiene por demasiado atrevida la opinión de esos autores y da razones probables. Según ellas, podemos justificar en parte las acusaciones antedichas, sin por ello pretender que Larra haya conocido *Porfiar hasta morir*, ni se haya inspirado en la comedia de los tres ingenios. Las únicas reminiscencias que en el *Macías* se advierten son de un drama transpirenáico anterior en

media en dos actos y en prosa), *Partir a tiempo* (comedia en un acto y en prosa) y *Tu amor o la muerte* (comedia en un acto y en prosa). Todos los esfuerzos de los reivindicadores de oficio, como tantos hay actualmente, no lograrán persuadir al público de los lectores de que se conmueva o regocije con las producciones citadas. Larra fué ante todo un periodista, y aquí está la gloria que no le arrebatará crítica alguna.

Poco más hay que notar en este breve compendio de la manera y de la personalidad de Larra. Al traducir las *Paroles d'un croyant*, del abate Lamennais, con el título de *El dogma de los hombres libres*, nuestro autor le puso un prólogo, donde aborda el problema religioso con absoluta seriedad y gran elevación de miras. «En la naturaleza misma (declara) (1) se funda la necesidad de la religión, puesto que todos al nacer entramos a formar parte de un orden de fenómenos anterior al hombre e indestructible y superior, no sólo a su fuerza, sino a su propia inteligencia. Orden sobrehumano e inmutable que revela un poder mayor existente, y que a la par impone una ley universal, emanada de

pocos años al de Larra: el de Dumas, *Henry III et sa cour*, estrenado en 1829. Un autor americano, Piñeyro (*El romanticismo en España*, 25, 27), propone, entre otras, esta razón, a saber: que no sólo es análoga en los dos primeros actos la situación de los personajes, sino que en el acto tercero las escenas principales parecen venir directamente del *Henry III et sa cour* hasta en las frases y locuciones, y en el acto cuarto y último el parecido alcanza al mismo desenlace. Muchas de las concordancias son en efecto, tan positivas, y convienen entre sí algunos pasajes con tal exactitud, bien en la pauta de la acción, o ya en los giros y conceptos, que no dejan resquicio a la duda.

(1) *Obras*, 339 (edición de Valencia de 1885).

él, ley grabada en toda sociedad aún con anterioridad a su existencia, ya que lo está en el corazón de todo hombre, a saber: la justicia. La religión, pues, como dogma de los deberes del hombre para con el Sér Supremo prexistente a él en el mundo, y como fuente de la moral, y la justicia, como dogma de los deberes de los hombres entre sí, y como fuente del orden, constituyen la base de todo estado social». En una época en que la literatura en boga, hasta entre las damas del melindre, eran el *Emilio* y el *Contrato Social*, de Rousseau, el *Sistema de la naturaleza* del barón de Holbach, *La religión* de Diderot y *Las ruinas* del conde de Volney (1), esas nobles afirmaciones de Larra contrastan con aquel excepticismo mundano en que se envolvían la negación radical más o menos velada y el *dilettantismo* filosófico y estético. La fe de Larra fué siempre española neta: la posición de su espíritu en orden al problema religíoso, franca. Fe ingenua, práctica y robusta en lo fundamental de la religión; fe vacilante, indefinida y convencional respecto de los dogmas y del culto positivo. Se ha recordado que Larra era un perfecto afrancesado por su educación, por sus costumbres y aficiones, por la índole misma de su ideología y de su arte, y que no habló el español hasta los nueve años, instruído como fué en un colegio de la nación vecina; pero se ha recordado también cómo llegó después a asimilarse el carácter español, y a dominar el idioma que no balbucieron sus labios untados de leche. Y hay que confesarlo: no sólo la lengua que usaba el

---

(1) Véase a Pérez de Guzmán, *Páginas de la historia del periodismo* (en *La España Moderna* de Enero de 1904.)

gran satírico, sino su genio, su personalidad moral y literaria, era castellana y castiza pura (1). En religión, su tendencia es *realista*, como la de Séneca (2). Si no desprecia la teología, por lo menos no hace ningún caso de ella. Aspira a recobrar las creencias cristianas por motivos éticos y sociales, le preocupa ante todo el enigma del bien y del mal, y pone su mayor esfuerzo en buscar un criterio seguro y firme, mediante el cual sepamos cuando nos dirigimos a uno u otro. Era un Aristófanes sin ligereza, un Horacio sin *bonhomie*, un Juvenal sin indignación, un Quevedo sin picardía, un Voltaire sin mordacidad, un Heine sin epicureismo, un Courier sin estrépito, un «estoico bromista», por decirlo de este modo. Larra fué, a pesar de ello, cristiano, y en un momento de ansiedad de luz, su alma se abrió a la palabra fulgurante del abate Lamennais, cuyo sentido bíblico se correspondía con el sentido fundamental de la sátira romántica. No será fuera de propósito citar aquí un retazo de crítica, según le trae Alomar, hombre versado en esta materia, y de quien he tomado la idea anterior. Dice así el ardiente publicista: «En la historia de nuestra heterodoxia, Larra es el representante de aquella nueva infiltración de protestantismo en la raza latina: semilla protestante bien diversa, en la tradición francesa, del ascetismo de Port-Royal, que fué la más literaria de las formas que revistió en Francia la protesta. El romanticismo religioso tenía que producir una nueva corriente de heterodoxia individualista o revisión de la fe por el libre

(1) González-Blanco (Andrés), *Historia de la novela en España*, 89.

(2) Véase a Bonilla, *Historia de la filosofía española*, I, 20.

examen, porque la escuela romántica se corresponde con lo que llamaríamos Iglesia septentrional o bárbara, por oposición de raza al clasicismo de la Iglesia latina. Después de la piadosa poetización litúrgica de Manzoni, tan italiano, y la brutal identificación de la Iglesia con la Restauración vengadora y conservatista, que representaron Bonald y Demaistre, el romanticismo religioso fué depurándose, inclinándose a su natural condición de protesta, ya que la ritualidad idolátrica de Roma debía ser a los ojos de todo partidario del nuevo idealismo una forma pagánica, una desvirtuación análoga a la del neoclasicismo. Lacordaire (en sus primeros tiempos), Lamennais y Lamartine, son los modelos de ese cristianismo esencialmente poético, proselitista, fuerza histórica que recogía los principios de la Revolución y los purificaba de su levadura esparciota y romana para devolverlos a la corriente libertadora y humanitarista del Evangelio. Pero sobre esa piedad, flotaba, como una nube, el peso de la renovación filosófica; y contra la tranquilidad de la fe ejercían una triple agresión el escepticismo inglés, la negación enciclopedista y el racionalismo alemán. Una palabra, que hoy ha perdido su valor trágico, representaba esa lucha de corrientes en el gran río del pensamiento humano: la duda. Ella correspondía exactamente a la naturaleza mental, estética y moral de nuestro *Fígaro*».

Tratándose de un escritor genuino y verista como Larra, sus escritos, poesías y prosas, son datos más demostrativos e importantes, para descubrir y reconstruir su personalidad y espiritualidad, que las noticias biográficas, generalmente falsas o in-

completas (1); y para nosotros la labor literaria del hombre trágico que por propia voluntad bajó a la tumba, siendo joven, es un espejo admirable de su ánimo, un reflejo de la esencia más honda de su espíritu y la última palabra de su desesperada filosofía. En su obra, con ser tan profunda e intensa, dominan ante todo las desdichas interiores y las penalidades afectivas del autor, revelándose en ella las condiciones psicológicas que constituían su existencia mental y los medios de que disponía para expresar con la palabra sus pensamientos, sus sentimientos y sus relaciones con la realidad, tanto en el sentido de la naturaleza que le rodeaba, como en el de la sociedad en que brillaba, sociedad en que el acierto era igual al error, y que le produjo el enojo de vivir. No fué elegida ni artificial la situación, ni tampoco el momento en que la acerbidad de las ilusiones del artista, desencantada en el desengaño, cortaron trágicamente su carrera intelectual: la una y el otro se produjeron espontá-

(1) «Tengo yo, en mis recuerdos infantiles, la impresión dolorosa de Larra. Una discreta señora, unida a mí por vínculos de parentesco, había conocido y tratado al folletista de *El Duende Satírico del Día*. Esta señora, que ocupa en mi corazón lugar predilectísimo, referíame, hace muchos años, siendo yo mocito, rasgos y anécdotas de Larra. Y al leer el magnífico prólogo de Cotarelo, han surgido en mi memoria los ecos de aquella voz amada y la primera emoción de la tristeza literaria, en la que se unen los aplausos del público y la desesperación del que los recibe. En cuanto al suicidio de Larra, sé cosas a que no puedo referirme, porque aún quedan sobre la tierra herederos de los amores tempestuosos que le llevaron a la tumba. Casi todo lo que se ha escrito acerca de esa catástrofe es falso o incompleto. Años hace que intenté una historia exacta, y alguien que tiene sobre mí autoridad me lo impidió». Ortega Munilla, *Fígaro redivivo* (en *Nuevo Mundo* de 25 de Octubre de 1918).

neamente, como en Leopardi (1), y sin que él mismo conociese lo que podía importar al juicio de los lectores presentes y futuros, si se exceptúa lo que mira a la forma, en la cual aparece siempre escrupuloso y rebuscado. Toda su producción, reducida a un sumario, al comienzo de un sumario genial y sublime, en el cual quedaban muchas cosas por explicar, se resiente de ese vicio de origen. El prosaismo que le circundaba, forma asediante e invasora de la ignorancia ambiente, le hacían representarse como inadaptativa su posición en el mundo de que formaba parte: no dependía de él cambiar esa posición, a menos de callar y de no escribir. Por esto, con razón ha podido decir un periodista ilustre (2): «Dos retratos de Larra tengo ante mi vista: el que encabeza el volumen de la *Biblioteca de «El Sol»*, y el que se destaca en la primera página de la edición parisiana de Baudry (1857). Son muy distintos estos retratos. En el que acaba de aparecer, Fígaro resulta un joven elegante, ni más ni menos que los otros de su tiempo, aquellos de quienes Mendizabal decía: *Desamortizándose de los bienes del clero, acabando con la mano muerta y recogiendo a la mocedad ilustrada, convertiré yo a la nación tétrica de los frailes en la primera nación de Europa.* En el de la edición parisiana de Baudry, Larra es el hombre del suicidio, el que no había de encontrar en la vida la solución de sus problemas espirituales... Si hoy resucitase, habría de suicidarse nuevamente.»

Continuando ahora la historia general del perio-

(1) Véase a Sergi, *Leopardi*, I, 117.

(2) Ortega Munilla, *Fígaro redivivo* (en *Nuevo Mundo* de 25 de Octubre de 1918).

dismo español en la pasada centuria, diré que el 1 de Enero de 1834 se fundó el *Diario de la Administración*, de Pacheco y de Olózaga, cuya crítica política era como «un puñal envuelto en un suntuoso manto» (1). El 21 del mismo mes salió a luz otro periódico todavía más literario que politico, *El Siglo*, de Núñez Arenas, cuyos principales colaboradores eran Espronceda, Pastor Díaz, Ros de Olano, García de Villalta, Ventura de la Vega y el duque de Frías. El 1 de Abril, Pacheco presintió la próxima caída del *Diario*, y se dispuso a continuar el magisterio de la naciente prensa, que ya había ensayado en 1820 en *La Miscelánea*, creando un nuevo periódico político. El mismo Pacheco escribió el prospecto, y prohijó para él el título de *El Universal*, no en recuerdo de los que llevaron el mismo nombre en 1814 y en 1820, y mucho menos porque «le halagara la vana presunción de *omniscio*», sino porque, «enemigos irreconciliables él y sus colaboradores de toda suerte de esclavitud, había formado el designio de examinar y presentar discutidas, con la racional y prudente libertad sancionada por los fueros de la razón, todas las cuestiones enlazadas con los verdaderos intereses del trono, del Estado y de la patria.» Su dogma se encerraba en esta lacónica frase: «La *utilidad* será la firme base sobre que procuraremos levantar nuestro edificio.» «Su programa (dice Pérez de Guzmán) (2) abarcaba todos los problemas políticos del Gobierno, todas las cuestiones sociales y todas las manifestaciones de la cultura intelectual y del arte.

(1) Picatoste, *Las frases célebres*, 205.
(2) *El magisterio de la prensa en España* (en *La España Moderna* de Marzo de 1904).

Se hallaba de acuerdo con Lista, al cual, después de haber peregrinado, al terminar las campañas de *El Imparcial* y de *El Censor*, por la *Gaceta de Bayona*, en 1828, y por *La Estafeta de San Sebastián*, en 1830, el conde de Ofalia, durante su breve ministerio, lo había nombrado director de la *Gaceta de Madrid.* Pero Burgos cayó del ministerio de Fomento el 17 de Abril, y debiendo influir este acto, así en su posición personal como en la de los que había tomado por colaboradores, *El Universal* cesó de publicarse el 18 de Mayo, para resucitar el 10 de Junio, con un nuevo nombre, con un nuevo director, con una nueva redacción y con un nuevo programa. El nombre de este periódico, en lo sucesivo, fué el de *La Abeja*; el nuevo director fué Pacheco; a la nueva redacción afluyeron sucesivamente, como escritores políticos, Bravo Murillo, Donoso Cortés, Gironella, González Llanos, Hernández de la Rua, Oliván, Pérez Hernández, Ríos Rosas, Roca de Togores, después marqués de Molins, siendo el poeta de redacción, que entonces suplía la ausencia de folletín, Bretón de los Herreros.» No quedó en *La Abeja* ni un sólo nombre que recordara la antigua falange del elemento afrancesado, ni de Francia otros servicios que los de imprenta, pues ya para *El Universal*, a quien sustituía, se habían traído de París «prensas llamadas mecánicas, cuyo uso hasta ahora ha sido desconocido en España, y son las únicas que hay de esta especie.»

De poderoso estímulo a los jóvenes, cultos y fervorosamente monárquicos redactores de *La Abeja* había servido la aparición, en 1 de Mayo del dicho año, de un periódico que, bajo el mo-

desto, práctico y falaz título de *El Eco del Comercio*, ocultaba intenciones batalladoras y amparaba todo un programa de avanzado progresismo. Este periódico, que duró quince años (vida bien larga en la prensa de aquel entonces), tuvo por director al insigne conquense Fermín Caballero, *tomista* renegado, escritor de valía, biógrafo de Melchor Cano, tipo simpático y original de estudiante español de otros tiempos, que abandonó la teología por la geografía, la metafísica por la agricultura, el latín por el francés, el derecho canónico por el liberalismo radical. En Fermín Caballero concurrían prominentes cualidades: inteligencia privilegiada, elocuencia avasalladora, entereza para la ejecución pronta de sus determinaciones, firmes modales, habilidad para ganar amigos. Por desgracia, tales cualidades estaban obscurecidas por pretensiones a la infalibilidad ideológica, carácter dominante, desprecio a las opiniones agenas, teológica inclinación (¡resabios de seminario!) a las sutilezas, afición exagerada a las minuciosidades, ningún respeto a los gobernantes y a los adversarios políticos.

Contra tan temible enemigo riñó rudas batallas Pacheco. Amén de críticas literarias, crónicas teatrales, divagaciones amenas y poesías variadas, el director de *La Abeja* se hizo principalmente notar por sus artículos de fondo, firmados, como los otros, con sus iniciales, y que, a la vez que acusan lo asiduo e intenso de su labor política, ofrecen anticipadamente el tono dogmático del periodismo posterior. Una de las singularidades que más admiramos en aquellos artículos de fondo, es que, si tomamos cualquier pasaje de su texto, nos pare-

cerá escrito recientemente por una diestra pluma, después que el estilo editorialista ha participado del cambio del lenguaje político y parlamentario. Diríase que adivinó el modo cómo habían de escribir los periodistas políticos en lustros posteriores: raros términos de los que usa se han anticuado por completo. En cuanto a la parte recreativa del periódico, Bretón de los Herreros hacía el gasto. Hombre de ingenio y de gran amenidad de dicción, aderezaba las *letrillas* dominicales del folletín con todo género de atavíos festivos. En ocasiones afectaba fatiga de su estro para llenar bien su misión, y en una sobre todo se encaró a éste respecto con el público. No es posible reproducir tan largo alegato, pero no quiero omitir algunas de las más graciosas estrofas:

¡Vaya, que es faena
que me causa pena!
¡Vaya, que es muy duro!
¡Vaya, que es apuro!
¡En cada semana...
¡Jesús, qué polilla!
con gana o sin gana
dar una letrilla!

A una pluma seria
hoy sobra materia:
¿quién no hace un orondo
discurso... de fondo?
Y si escribe en gringo
¡oh, qué maravilla!
¡Mas cada domingo
dar una letrilla!

Bien se deja entender que las concesiones hechas a la imprenta durante la regencia de María

Cristina, como consecuencia del decreto de amnistía y reapertura de las Universidades, no fueron precipitadas y decisivas, sino graduales y lentas: se hicieron con restricciones, primero, y, después, con más amplitud. Estas restricciones, sin embargo, resultaron inútiles, y por todas partes se vió a los jóvenes patricios ilustrados, con entusiasta apresuramiento, fundar y redactar, en casi todas las poblaciones importantes, periódicos que propagasen sus ideales políticos. Establecióse, pues, poco a poco, y no sólo en Madrid, sino en provincias, una prensa muy mejorada en la parte material y elevada a una altura que hasta entonces no había alcanzado en la parte ideológica; pero es importante observar que esto fué resultado de un impulso espontáneo de la juventud más que efecto de la lenidad del poder. Por el contrario, el Gobierno procuró, durante algún tiempo, contrarrestar aquellas tendencias, que, en realidad de verdad, no siempre correspondían a impulsos nobles, antes era frecuente tuviesen por móvil el convencimiento de ser el periodismo medio seguro de distinguirse y de dar brincos hacia los empleos y sinecuras. Entonces la prensa equivalía a un cascabel; constituía un auxiliar poderoso en la carrera política y aun administrativa; las plumas servían como armas de asalto; quien no tuviera aptitudes trepadoras, no podía ejercer el periodismo. El periódico era por lo común un medio, y rara vez un fin. Con un artículo se agraviaba a un ministro, y, lo que resultaba todavía más inmoral: con un artículo podía derribarse a un Gobierno (1).

Por aquella misma época, el eximio filósofo Bal-

(1) Salaverria, *El periodismo* (en *A B C* de 18 de Febrero de 1916.)

mes entraba en la vida de la política activa. Balmes fué a la letra el Addison español, así por lo bondadoso de su espiritualidad y lo discreto de su política, como por haber sabido conciliar las vulgaridades del orden periodístico con las sublimidades del pensamiento filosófico. Y sin embargo, pocos publicistas de altura aparecen más desdeñados u olvidados que él en la actualidad. Sería curioso preguntar: ¿quién defiende a Balmes hoy? Krausistas y positivistas le han despreciado a porfía. Los humoristas le han hecho blanco de sus sátiras. Hasta ciertos católicos parecen desdeñarle actualmente. Refiérese del difunto Salmerón que oyendo un día a cierto discípulo suyo citar a Balmes, con la anteposición del título de «gran filósofo», se apresuró a decirle que no había sido tal, sino sólo un «gran crítico». Unamuno ha ido más lejos: no contento con calificar de «endeble» toda la obra balmesiana, donosamente se viene burlando de los que quieren hacernos pasar por un gran filósofo al escritor de Vich, «que no fué más que un periodista excelente.» Y a un canónigo de Oviedo le he oído declarar que la fama de Balmes era un verdadero absurdo; sus libros, pedestres composiciones de un espíritu de bajo vuelo; sus mejores opiniones, sofismas burdos sin importancia metafísica, religiosa, ni social.

Me confieso íntimamente convencido: este es el país clásico de los viceversas. Encumbrar a una personalidad científica a los cielos para en el espacio de una mañana arrojarla sin escrúpulo a los abismos, es aquí conducta corriente, una especie de juego con que se consuelan los publicistas de hoy de no haber alcanzado la celebridad e influen-

cia de sus colegas de otrora. ¿Cuál es, con respecto a Balmes, la causa de este cambio de criterio, y por qué se oculta como medianía nacional a un publicista de quien nuestros antepasados han hablado con tremolante admiración? ¿Somos menos contentadizos que nuestros padres, o bien, sólo hemos progresado en el filosofismo subjetivo y pesamos el valor de los pensadores en arbitrarias balanzas? Después de tantos contemporáneos ilustres, como admiraron la labor de Balmes durante su vida o le biografiaron entusiastas después de su muerte (Corcuera, Quadrado, Roca Cornet, Ferrer Subirana, García de los Santos, Joaquín Pecci, Toreno, Martínez de la Rosa, Locordaire, Augusto Nicolás, Donoso Cortés, Lahoz, Brunelli, Affre, Blanche-Raffin, etc., etc.), únicamente entre los contemporáneos el joven profesor Bullón se ha atrevido a dedicarle (1903) un estudio crítico; el elocuente predicador católico Collell ha emprendido una verdadera campaña de rehabilitación científica del presbítero vicense; el sacerdote Baranera ha juzgado con entusiasmo su obra apologética y social; el francés Leclère ha examinado (1900) la teoría de Balmes acerca del conocimiento; el exdiputado a Cortes Elías de Molins ha retratado (1906) el ambiente político de su época; y Roure, finalmente, ha emprendido (1910) una reconstrucción sintética de la labor balmesiana.

De estos autores, merecen los dos últimos mención muy particular, lo uno por ser los que más recientemente han escrito, y lo otro por ser sus obras las más extensas, detalladas y decisivas que en este terreno se conocen. La de Elías de Molins sobre *Balmes y su tiempo* ofrece la particularidad de no

estudiar en el publicista de Vich más que al periodista y al político. Verdaderamente, razón tiene para admirarse el discreto exdiputado de que, quien tanto conoció a los hombres, se entregara con inconcebible ardor a defender una causa política; y sin embargo, bien pudiera explicarse este *frenesí* práctico por el ambiente de la ciudad en que Balmes vió la luz. Pey-Ordeix, el célebre periodista que del sacerdocio pasó al más extremo radicalismo y que en Vich nació también, no ha mucho que en un artículo épicamente cantó las excelsitudes de esa ciudad. A los de Vich los barceloneses los llaman *lanudos*, o sea borregos: mote que parece desmentido por la pléyade de hombres de pró que en los mismos días que corren traen a la ciudad condal y hasta a la patria española hechas una grillera. Pues aun prescindiendo del inmortal Verdaguer, nacido a seis kilómetros de Vich, influencia popular nunca vista ejercen hoy en Barcelona hombres que militan en campos tan opuestos como el Padre Lloverola, el Padre Manresa, el Padre Blanch, el provisor Palmarola, Abadal, jefe de la *Lliga*, Gabarró, el protoapóstol de la enseñanza laica, Porter, el pretenso inspirador del anarquismo internacional... y el diablo sabe cuantos más. Pero volvamos al propósito.

Decía que la obra de Elías de Molins ofrece la particularidad de no estudiar en el publicista de Vich más que al periodista y al político. El autor pone tintes de época y de individual carácter; cuenta con sinceridad y justa expresión y con honrado acento de verdad; sabe quitar años de en medio y colocarnos a distancia de contemporaneidad con lo pasado en el tiempo. Después de examinar la si-

tuación política general de España y los sucesos que la provocaron, examina el papel que entonces desempeñó Balmes como periodista de alto bordo y sus doctrinas generales a este respecto, haciendo ver como aquel hombre ilustre, al condenar la fórmula de «todo o nada» y adoptar la de «si no todo, algo», rechazando así la fórmula de las oposiciones ciegas, condensó en breves términos el verdadero pensamiento de la nación. Entonces, según Balmes, habría el *maximum* de civilización, cuando coexistiesen y se combinasen en el más alto grado la mayor inteligencia posible y el mayor bienestar posible en el mayor número posible. Balmes llenó la más noble y principal misión de su destino como sér inteligente, aplicando su espíritu a conocer la verdad y a darla a conocer a los demás; y al final de su vida pudo decirse asimismo, con la conciencia tranquila: «No has pisado el linde prescrito por la ley, ni has exasperado los ánimos, ni contribuído a que se vertiera una gota de sangre, ni a que se derramara una sola lágrima.»

Las ideas de Balmes, de Roure, colocan a su autor en muy alto puesto entre los críticos filosóficos. Roure ha publicado ya un libro sobre *La vida y las obras de Balmes* y prepara otro sobre *Balmes y la España moderna*. En el que me ocupa, examina con gran competencia y por muy jugoso modo las ideas literarias, filosóficas, politicas, religiosas y sociales de Balmes, deduciendo que éste no fué sólo un intelectual o un pensador solitario, sino un hombre de acción por medio del pensamiento, un amante sincero y apasionado de la verdad y un excelente patriota. Dechado de nobleza y elevación en todos sus escritos, rendía el culto más

desinteresado a la ciencia, libre o vencedor de las sugestiones del amor propio y de la codicia de todo beneficio material, y mostraba profundo amor al progreso moral y al bienestar de los pueblos. Metódico, claro y profundo, como buen filósofo, llegaba en su examen a lo más esencial en las cosas, desplegando un criterio propio, independiente y original; y en todas las cuestiones, en las prácticas como en las especulativas, en las históricas como en las filosóficas, en las políticas como en las sociales, parecía el buen sentido hablando. Como publicista, trató siempre al adversario con respeto, y con admiración cuando la merecía; su tendencia era conciliadora y atrayente, sin abdicar, empero, de ningún principio fundamental, y empleando la mayor energía cuando el caso lo demandaba. Y al hacerse el intérprete del más completo y alto sentido de la vida humana, preconizó constantemente, con la palabra y con el ejemplo, con la inteligencia y con la voluntad, en la forma que consentían su temperamento, su condición y su carácter, la unión de la idea con el sentimiento, la unión del verbo con la fuerza y con la acción.

A estas conclusiones llega la crítica de los admiradores imparciales, serios y templados de Balmes, tan en contraste con la otra crítica de aquellos de sus detractores insidiosos, irónicos o atrabiliarios de que empecé por tomar nota. En cuanto a mí, no tengo intención de discutir el valor de las apreciaciones lanzadas en pro o en contra de la transcendencia de la labor balmesiana. Solamente quiero representar con exactitud su vida, exponiendo de paso sus ideas generales. Sin reservas ni distingos reconozco lo que en aquella

obra hay de endeble; creo que Balmes no fué un gran filósofo original, sino un buen escritor filosófico; opino que la extraordinaria difusión de sus libros en el público español que lee y piensa, así como la decidida aceptación de sus ideas por multitud de apologistas de acá, se deben a ser su metafísica *prude*, doméstica, de cómodo manejo, secuela del «sentido común», *catalana*, para decirlo en una palabra; hasta sostengo que la labor que se impuso estuvo, en definitiva, limitada a decir en alta voz lo que pensaban muchos, y más de uno, ciertamente, hubiera podido dilucidar mejor que él, tanto desde el punto de vista de las ciencias sociales como de la historia y la ideología. Pero dice un proverbio francés que *comparación no es razón*, y una comparación de posibilidad menos prueba aún. Balmes ha realizado una gran misión patriótica, ha sido por cerca de una centuria el maestro de muchos españoles ilustrados, ha cultivado en una época de turbación política los altos estudios filosóficos, ha juzgado con vigorosa templanza las mismas doctrinas que no conformaban con las suyas: esto es lo esencial para nuestro objeto, y aquí está la gloria que nadie le arrebatará.

La vida de Balmes nos muestra como se desarrollaron en él los diferentes motivos que hicieron originarse su obra. Nació el 28 de Agosto de 1810, en Vich, de una familia de católicos muy estrictos. Según su propia declaración, recibió de su madre, mujer de costumbres austeras, agraciada con dotes psiquicas superiores a su rango, una educación moral, que explica su vocación filosófica. Adolescente todavía, Balmes experimentaba ya esas melancolías indefinidas y vagas que son el peor su-

frimiento de los temperamentos nerviosos; y por hábito impuesto, tanto como por ingénita idiosincracia, empezó a apartarse del trato de los hombres.

Gracias a una beca, cursó sus estudios en el Seminario de Vich, continuándolos en la Universidad de Cervera, que siempre consideró como el gran solar de una corporación verdaderamente científica. A una de sus cátedras hizo oposiciones, apenas graduado en Teología, y después a una prebenda de la catedral de Vich, sin éxito en ninguno de los dos casos. Ordenado de sacerdote, volvió a la Universidad de Cervera, donde estudió Cánones, desempeñando al mismo tiempo (en calidad de substituto) la cátedra de Sagrada Escritura, recibiendo el grado de doctor (que se llamaba de *pompa* en el lenguaje universitario) el 7 de Febrero de 1835, y leyendo con tal motivo un discurso referente a la *Reforma de la enseñanza.*

Balmes pasó diez años de su primera juventud sin publicar una sola obra. Veintinueve tenía (1839), cuando envió su primer opúsculo intitulado *El celibato del clero*, al certamen sobre este tema abierto por un periódico de la corte, *El Madrileño Católico.* El opúsculo, que llamó mucho la atención, fué premiado contra las esperanzas del autor mismo. Al año siguiente (1840), sacó a luz cuatro trabajos más: las *Observaciones sociales, políticas y económicas sobre los bienes del clero*; (1) la

(1) La impresión de este opúsculo se hizo en Vich, y a pesar de la oscuridad del punto de la publicación y del autor, informa el propio Balmes que hablaron de dicho escrito muy favorablemente los periódicos de Madrid de todos colores, incluso la *Gaceta.* En la *Revista de Madrid* se publicó también un artículo muy favorable, cuyas iniciales parece era las de Pidal, ministro entonces de la Gobernación.

traducción, en extracto, de las *Máximas* de San Francisco de Sales, ordenadas para todos los días del año; las *Consideraciones políticas sobre la situación actual de España;* y por último, *La religión demostrada al alcance de los niños.*

Nombrado, en 1841, individuo numerario de la Academia de Buenas Letras de Barcelona, su oración inaugural versó sobre *La originalidad.* Muy pronto sintió gran interés por la sociología y fundó una notable revista, *La Civilización,* secundado por Roca Cornet y Ferrer Subirana. En ella trabajó hasta 1843, en que por su cuenta y riesgo publicó otra revista semejante, *La Sociedad,* que se conserva reunida en dos gruesos volúmenes en cuarto. Según él mismo refiere, el Gobierno debidamente informado, se abstuvo de molestarle por la aparición de *La Civilización,* y cuando al plantear *La Sociedad,* se le denunció la fundación de esta revista como un proyecto político de intenciones subversivas, tomados nuevos informes, le dejó tranquilo, sin incomodarle en nada y guardándole siempre la consideración de que le hacía digno su inocencia.

Los que consideran a Balmes periodista aún más acreedor a la admiración que Balmes pensador, se fundan principalmente en la *prueba del tiempo* (1), que hizo de sus *Escritos políticos* el anticipo de una triste historia. Adivino, explorador vidente de lo futuro, supo en el año 1841 lo que iba a ocurrir en los años sucesivos. Al reaparecer en 1847 los proféticos artículos, la consistencia de sus comentarios a la situación política de España se comple-

(1) Véase a Arboleya, *Balmes periodista,* 41.

tó sobre las lagunas del olvido, convirtiéndose estudios políticos de aplicación directa a las circunstancias del momento pasado (especialmente a las por que entonces atravesaban los españoles) en vaticinios cumplidos con pasmosa exactitud. Valientemente afirmó el canónigo Arboleya (1) (aún exponiéndose a que su afirmación pareciese a muchos por completo inaguantable) que Balmes se sintió siempre y fué más que nada periodista político. Y sin embargo, «ni por sus escritos, la mayoría de ellos redactados a vuela pluma y todos con sinceridad maravillosa, ni por sus conversaciones más íntimas, ni por sus cartas particulares, podemos averiguar a qué partido pertenecía: prueba de que ninguno se debe gloriar de contarle entre los suyos. Si quisiera hacer una parodia más de cierta frase mil veces parodiada, diría que Balmes ha sido el más filósofo de nuestros políticos y el menos político de nuestros compatriotas...» Al coleccionar como queda dicho, en 1847, los artículos de unos siete años, no tuvo que explicar un error, ni un juicio equivocado o aventurado. ¿A qué se debe esto? No cabe duda: a la independencia en las apreciaciones, a la fijeza en las convicciones y a la claridad en las ideas de que a todas horas dió indiscutibles pruebas el notable pensador y periodista (2).

El protestantismo comparado con el catolicismo en sus relaciones con la civilización europea es un libro de erudición, que reclamó de Balmes más tiempo y más trabajo que los mencionados anteriormente Lo comenzó en 1842 y no lo aca-

(1) Arboleya, *Balmes periodista*, 42.
(2) *Balmes político*, 19.

bó hasta 1844, cuatro años antes de morir. Ha sido, pues, con la *Filosofía fundamental*, la principal ocupación de sus últimos años. El tomo I se publicó en 1842, y a seguida Balmes emprendió un viaje a París con su editor, quien se proponía dar allí a luz la obra traducida al francés. De París pasó a Londres, donde hizo gran acopio de materiales para la composición de los tres tomos siguientes, consultando el tesoro bibliográfico y paleográfico del Museo Británico.

Terminada en 1844 la impresión de los cuatro tomos que componen *El protestantismo*, se retiró por treinta días a la casa de campo de un amigo suyo, y viéndose sin libros ni medios idóneos para redactar obras de cierto alcance, halló en esta interrupción de sus trabajos ordinarios la ocasión oportuna de escribir un tratado de lógica popular que sirviese de antídoto contra los errores del vulgo y a él de distracción en aquel mes de ocio. Dicho tratado se llamó después *El criterio*, y su éxito excedió a todas las esperanzas y modestas pretensiones en que fué concebido. Al poco tiempo fundaba en Madrid uno de los más curiosos y en aquel tiempo célebres periódicos, *El Pensamiento de la Nación*, cuyo programa conciliador y generoso era la unión, por medio de un casamiento, de las dos familias dinásticas. A pesar de la íntima concordancia en que se encontraba con el insigne Quadrado (su colaborador en *El Pensamiento*) para admirar las monarquías católicas fuertemente constituídas, y a pesar del detenido y optimista estudio que había hecho del reinado de Felipe II, tenía, sin embargo, clara conciencia de que estas épocas era difícil renovarlas. La experiencia le de-

mostró cuán peligroso es intervenir en asuntos donde median de antemano las pasiones políticas, y no sólo vió su proyecto fracasado, sino que hubo de escribir una *Vindicación personal*, contestando a los numerosos e insidiosos ataques que de todas partes le dirigió la prensa periódica sobre la cuestión relativa al matrimonio de la reina. Todavía tres años más tarde (1847), su opúsculo sobre Pío IX le produjo nuevos sinsabores.

Después del viaje de 1842, hizo Balmes otros dos a la capital de Francia: uno en 1845 y otro en 1847. El primero lo prolongó hasta Bélgica, donde, entre otras lumbreras del episcopado católico, conoció y trató al entonces Joaquín Pecci, nacido en el mismo año que él y llamado más tarde a ocupar el Solio Pontificio bajo el nombre de León XIII. Del segundo viaje, hecho después de una estancia en el balneario de Ontaneda, no volvió sino para morir.

En sus últimos años vivía tan reconcentrado y tan absorto en sus pensamientos especulativos que despreciando todo el resto, como hombre que tenía consagrada toda su alma y toda su voluntad a las cosas meramente espirituales, se ocupaba poco de sí mismo y menos todavía de los demás. No quería pensar nunca en los intereses y cuidados del mundo, ni siquiera en su alimento. No por ello abandonó la composición de opúsculos sobre *El modo como los eclesiásticos deben conducirse con los incrédulos*, *La indiferencia social en materias religiosas*, *La religiosidad de la nación española*, *El Padre Ravignan*, *El Instituto histórico* y algunos versos y fragmentos literarios y matemáticos. Tam-

bién colaboró en publicaciones como *La Fé* y *La Unidad Católica.* Todos estos ensayos se hallan reunidos en las dos colecciones de *Escritos políticos* y *Escritos póstumos.* La colección intitulada *Miscelánea religiosa, política* y *literaria,* es incompleta.

En los postreros momentos de su vida, Balmes trabajaba en unas *Cartas a un seminarista* y había esbozado el plan de una *Teología dogmática,* obras que quedaron sin concluir. Durante algún tiempo fué profesor de matemáticas (sobre las que preparaba una obra basada en un tratado de trigonometría que tenía escrito y en el estudio del cálculo infinitesimal) en Barcelona. Allí publicó, en 1846, el importante libro que se intitula *Filosofía fundamental,* (cuatro tomos), exposición de todos los conceptos científicos primarios, desarrollada con arreglo al método dialéctico. El conjunto de sus teorías acabó de terminarse por la aparición de sus *Cartas a un escéptico en materia de religión,* por las segundas ediciones (muy corregidas) de *El protestantismo* y *El criterio,* y por la impresión de los cuatro tomos de su *Filosofía elemental.*

Si es digna de admiración esta enorme fecundidad de un escritor que sólo tuvo nueve (escasos) años de vida científica comprobables (ya se ha dicho que empezó a publicar en 1839 y falleció en 1848), el hecho se explica quizá por la rapidez verdaderamente prodigiosa con que sus obras redactaba; y esta rapidez pudiera a su vez explicarse por el gran número de horas que al trabajo dedicaba cada día. Treinta le costó escribir *El Criterio*; veintiocho el tomo I de la *Filosofía elemental*; y a traducir esta obra al latín consagró diez horas diarias. El inglés lo aprendió en París en menos de

dos semanas; y descansaba de su ruda labor de meditación ocupándose en aprender el hebreo. Cuatro años pasó, en cambio, sin leer otros libros que la *Summa theologica* de Santo Tomás y el *Génie du christianisme* de Chateaubriand, que llegó a poder recitar palabra por palabra; y su memoria debió ser, en efecto, prodigiosa, pues en muchos seminarios españoles ha quedado en proverbio. Como latinista fué un prodigio también; y con la misma facilidad que a Santo Tomás y Chateaubriand recitaba palabra por palabra a Tito Livio, Ovidio, César y Cicerón. Conoció, además, el italiano; pero le fueron desconocidos el alemán y el griego.

La Real Academia Española eligió a Balmes para ocupar el sillón que había dejado vacante Torres Amat, el ilustre historiador eclesiástico, cuando el presbítero vicense se hallaba ya en las fronteras de la eternidad. Su muerte traspasó el puesto a Mora, distinguido literato andaluz. Público fué el duelo de los españoles, que lamentaban ver a aquel hombre insigne arrebatado a su patria en lo mejor de la vida. Balmes murió, en efecto, el 10 de Febrero de 1848, cuando aún no había cumplido los 38 años de edad.

Expresamente para combatir el *Cours de l'histoire générale de la civilication européenne* del ilustre Guizot, escribió Balmes *El protestantismo comparado con el catolicismo en sus relaciones con la civilización europea*. Esta adición de «en sus relaciones con la civilización europea» es ya característica. Balmes no combate el protestantismo como Bossuet en el respecto de las variaciones dogmáticas, ni como Belarmino desde un estricto

punto de vista teológico: combate a Guizot, y a Guizot solamente. Por esto su obra me parece inferior, no digamos a la muy reciente del dominico alemán Deniffle sobre Lutero y el luteranismo, sino a la que por la misma época publicaba otro católico tudesco, el célebre Doellinger, sobre la Reforma. Empero considerada como obra de oportunidad y de polémica, la de Balmes tiene indiscutible importancia. Y así como en los combates de Ariosto, cuando dos ilustres héroes vienen a las manos, los demás combatientes dejan las armas y contemplan la lucha en silencio, así también los que entonces hubieran podido abordar el mismo tema, se callaron cuando el venerable calvinista de la Sorbona y el fogoso presbítero español, convertidos en adversarios por diferencias de raza y de educación científica, pero unidos en la seriedad y en la sinceridad históricas, empezaron a discutir sobre la libertad y los reyes, sobre el progreso y el papado.

Justo es reconocer que el sentimiento cristiano y la dignidad filosófica de Guizot, fueron útil contrapeso y ejercieron notable influencia en Balmes. El cual, lejos de reducir su crítica a una controversia apasionada, remonta atrevidamente su vuelo, y sabe señalar al protestantismo causas proporcionadas a la magnitud del cambio. Y si decididamente lo combate y de sus frutos abomina, es con la fe ilustrada y no pedantesca, de un espíritu escogido y no orgulloso, y con una ciencia cristiana no anticuada y manida, si no fresca, viva, llena de las emanaciones saludables del régimen liberal. Nada hallamos en el autor de *El protestantismo* de la sequedad metafísica ni de los entusiasmos fanáticos

que otrora poéticamente se albergaran en el cerebro monacal y caballeresco de un Calderón o de un Lope: Balmes es en todo y por todo un hombre de su siglo. Si conocía y apreciaba la historia y la enciclopedia escolásticas, aquel gran edificio simétrico de doctrinas y de pruebas bajo el que Santo Tomás pudo congregar a todas las almas activas y a todos los espíritus pensadores, no por eso dejó de usar las armas de combate de la vida moderna, en condiciones de igualdad, sin exageraciones ni imposiciones que fuesen una perpetua petición de principio.

La obra de Balmes es una de las que yo todavía leo y consulto con fruto, y una también de las que ha hecho la delicia de la generación anterior. En el extranjero tuvo, a su aparición, un éxito que pocos libros españoles han alcanzado. Con esto y con declarar que mi personal opinión está por completo de acuerdo con la de la casi unanimidad de los críticos, así ortodoxos como heterodoxos, creo haber fijado concretamente, tan concretamente como conviene, el preciso alcance y el exacto mérito de la producción balmesiana.

En *El criterio* expresó Balmes todas sus observaciones mundológicas y todos los caminos diferentes que siguió su pensamiento en lógica y moral. La obra está redactada en un estilo popular y se ha vulgarizado considerablemente. Su notable singularidad le aleja de toda comparación con el resto de sus libros. Propónese Balmes examinar allí en qué medida cada uno de los errores humanos es un obstáculo a la armonía de la vida, para indicar después los medios a su parecer eficaces para disminuir el mal uso de la razón. La razón es un ins-

trumento de saber y de obrar; pero conviene probar un poco la construcción de este instrumento antes de usarlo, y una vez experimentado, se ve que, perfecto o imperfecto, siente más placer ante las acciones meditadas que ante las aventuras intelectuales; más ante la reflexión serena que ante la operación obsesiva.

El criterio es la más preciada flor del buen sentido catalán. La manera como trata de arreglar la vida no es la antigua manera de la más alta eficiencia militar propuesta por fin a la raza, ni la medioeval manera de la más alta eficiencia moral propuesta por fin al individuo. No quiere hacer héroes, ni ascetas, ni entusiastas, ni tímidos. Los que creen que pocos hombres son dignos de la experiencia, por dejarse corromper por ella la mayor parte, encontrarán en las máximas criteriológicas de Balmes un cordial enérgico contra tan desconsoladora prevención.

Entiéndase, sin embargo, que estas excelencias de pedagogía social que reconozco en el popular pensador, no se encuentran en todos sus libros, ni en los más siquiera. Las *Cartas a un escéptico* que de *El criterio* hubieran debido ser particular aplicación, no pasan de ser un alarde dialéctico tan interesante como especioso. La teología del Seminario y la filosofía de la Edad Media habían llenado el cerebro de Balmes de fórmulas abstractas y de argumentos verbales; no le bastaba contemplar en el orden de la intuición activa la verdad sublime y sagrada, ni le interesaba su vital transcendencia, ni la buscaba por ella misma; siempre le pedía una premisa y una conclusión. Y justamente, gracias a este exclusivismo grandioso heredado de los

escolásticos, preparó otra filosofía cristiana más racionalista que la que a la sazón privaba en todos los centros ortodoxos de Europa. Así redactó una *Filosofía fundamental*, tendente al ontologismo, cosa nueva y contraria a los procedimientos de los *fideistas*, sus maestros, que ajustaban su filosofía a la tradición. Estos puritanos purísimos, inmaculados, *sine labe concepti*, que tronaban con la más santa indignación contra la razón humana, jamás hallaron en Balmes apoyo. En este concepto, y en este tan sólo, puede llamarse a Balmes un escolástico.

Así como en *El protestantismo* se propuso su autor oponer a las ideas liberales del siglo las ideas morales de los siglos católicos, en la *Filosofía fundamental* se propuso combatir, con la ontología dualista de los cartesianos ortodoxos, el criticismo y el panteismo germánicos. Aunque su crítica peque a veces de superficial, es siempre notoria la grande y elevada condición. En la misma crítica, Balmes es un polemista leal que dice cosas a primera vista añejas, pero que no lo son sino porque nos hemos ido desacostumbrando a oirlas. Y hoy más que nunca conviene repetir que ni siquiera se puede plantear que Dios y el alma no existen, sin que resplandezca en el razonamiento algún asomo de la armonía que Dios ha establecido en el universo y en el alma, que es también un universo con su orden y emana del manantial y fuente de todo orden. Al negar lo divino y lo anímico, los ateos y los materialistas no hacen sino encadenar pensamientos, armonizar y ordenar razones, y manifestar en sí mismos el principio de todo pensamiento y de toda razón.

La Filosofía elemental corresponde más todavía a esta tendencia cartesiana. En ella defiende Balmes el teismo y el espiritualismo con gran imparcialidad y amplitud. No traza límites a la razón humana, pero la manda detenerse y someterse a la revelación en el orden sobrenatural. Una vez admitido este punto, el resto de su doctrina se desarrolla lógicamente. No puede, pues, reprochársele el sostener una tesis y hacer obra apologética exclusiva. Unicamente se echa de menos, en ésta como en la anterior obra, que haya pasado en silencio o más bien ignorado los resultados de la investigación alemana en filosofía de la historia, en lógica transcendental y en estética. A Kant, Fichte y Schelling les leyó, pero muy parcialmente, una sola obra de cada uno, y sin entenderlos ni interpretarlos bien. A Hegel sólo le conoció por livianas referencias, y de Herbart ni aun llegó a tener noticias

Ha sido, pues, el malogrado ingenio un publicista atractivo, popular, fecundo, en quien era el periodismo verdadera vocación, pero de la cual se indemnizaba por medio de la metafísica, asociando la enciclopedia especulativa a la religión, orientando a ésta hacia la sociedad y dando a la política un amplio sentido filosófico. Maestro en la polémica y laborioso hasta el mayor extremo, hombre fué de talento cultivado, de memoria feliz, de variada y escogida lectura, capaz de escribir en estilo, si no correcto, claro y agradable. El largo trabajo de Balmes, todo al servicio de la cultura, sólo acabó con su muerte el 10 de Febrero de 1848.

La importancia de Balmes no reside, sin embar-

go, en su filosofía. No consiguió afianzar y llevar a la perfección su sistema racionalista, como tampoco Donoso Cortés consiguió llevar a la perfección su tradicionalismo absoluto. Cayó en varios errores, dejó en suspenso muchos problemas fundamentales; ni en historia ni en metafísica aportó ideas nuevas; aún en ciencia social fué más un vulgarizador que un creador. Para hacer justicia a Balmes, hay que apreciar su labor en conjunto. Fecundo como nadie y discreto como pocos, su labor quedará en la memoria de los españoles como uno de los más loables esfuerzos realizados al comienzo de la pasada centuria para conciliar en tesis armónica la fe y la vida, lo ideal y lo positivo, la religión y la ciencia, la Iglesia y el Estado, la libertad y la autoridad. Pero como Balmes se granjeó una reputación más sólida y duradera fué como periodista, y principalmente como periodista político. Burch afirma que Balmes, en este orden, no desmerece, antes su personalidad se realza si le comparamos con el Balmes literato, matemático, filósofo, teólogo, apologista y polemista, que todos admiramos (1). En efecto, no sólo disertó extensamente sobre la prensa, dando sobre ella opiniones tanto más notables cuanto que el dinamismo de la política española de su tiempo ofrecía notables analogías de al de ahora; no sólo se conquistó el dictado honroso de político al modo sabio, periodista activo y maestro de periodistas, redactando *El Pensamiento de la Nación* en las condiciones y de la manera que acertó a redactarlo, sino que su periodismo reunió la tercera cualidad que para ser

---

(1) Arboleya, *Balmes político*, 2.

tal requiere, conviene a saber: que su conocimiento del público a que se dirigía era perfecto, siendo lisa y llanamente su conducta la más hermosa actuación de sus magníficas enseñanzas. Para instalar estas enseñanzas en el centro, gastó sin duelo en el solar, haciéndose cuenta que tenía en los malos políticos españoles hijos enfermos a quienes debía atender más que a los sanos. Ya en sus *Consideraciones políticas sobre la situación de España*, de 1840, y en los artículos publicados en las revistas de 1842 a 1843, reveló su perfecto conocimiento de la situación del país: tenía ya su ideal, pero entonces era sólo un publicista (1). Al salir a la palestra como político, durante el período en que ocuparon el poder los moderados, necesitó un instrumento para la lucha, y fundó *El Pensamiento de la Nación*. Balmes comprendía que el periódico es un resultado fatal de nuestra civilización, como lo son la democracia, el sufragio, el industrialismo, la libertad de palabra, y que discutir o renegar del periódico en su forma presente, equivale a refutar la civilización. «Las luchas de la prensa periódica son una necesidad a que deben sujetarse todos los partidos y todas las opiniones. Que sea, como se ha dicho, la lepra de las sociedades modernas, o que se la considere como uno de sus más preciosos esmaltes; que se parezca, como se ha dicho también, a la lanza de Aquiles, curando con un extremo las heridas abiertas con el otro, o que las deje sangrando, sirviendo sólo a exasperarlas, lo cierto es que la prensa es un hecho, y un hecho indestructible». Así se expresaba el eximio filósofo Balmes en sus *Escritos polí-*

(1) Elías de Molins, *Balmes y su tiempo*, 138.

ticos. «Vuélvase la vista en todas direcciones (añadía), y en todas partes se observará el mismo hecho. Una asociación política está incompleta, mejor diré, desarmada, si no cuenta con un periódico que la defienda; un ministerio siente flaquear el terreno que pisa, si no alcanza a tener en su apoyo algunos órganos de la prensa. La diplomacia no puede preparar y ejecutar acertadamente una combinación si no posee un periódico que, según las oportunidades, declare, indique, ceda, proteste a manera de plenipotenciario sin credenciales públicas, pero de autoridad reconocida. Por la prensa insinúa un monarca sus voluntades; por la prensa se avisan los conspiradores; por la prensa se hacen los partidos sus declaraciones de guerra, su señal de rompimiento de hostilidades, sus treguas, sus reconciliaciones, sus alianzas; por la prensa ataca la calumnia o increpa la justicia; por la prensa se vindica la inocencia o desmiente sin rubor el crimen desvergonzado. A la prensa acuden las doctrinas disolventes y las conservadoras, las venenosas y las saludables. La prensa se encarga de la estadística del vicio y de los anales de la virtud. La prensa proclama la religión y la irreligión. De la prensa salen lecciones desesperantes y palabras consoladoras; de la prensa resultan el amor y el odio, la paz y la guerra, la luz y las tinieblas, la verdad y el error, el bien y el mal.» Tiene razón Balmes: hay en la prensa periódica, como en todo lo humano, lo digno y lo indigno, lo bueno y lo malo, lo útil, lo ocioso y lo baladí. En el Gobierno de las naciones, en la política militante y activa, la prensa periódica es arma de ataque y de defensa, refleja la batalla, las peripecias de la lucha; refleja también el medio

ambiente en que se vive, y es anémica en un país flojo, de relumbrón y retórica y de frases pulidas en un país hueco por dentro, y más maciza en una nación reflexiva, con mucha substancia gris en el cerebro del lector... Balmes fué a Madrid y no estuvo solo. A su lado estuvieron personas respetables por muchos títulos, al frente de las que se encontraban el duque de Osuna, el marqués de Viluma, el duque de Veragua, Tejada, Isla, quienes fueron los auxiliares decididos de aquella grande y fecunda empresa, pues entendían del mismo modo que Balmes todas las cuestiones políticas y sociales. La independencia de Balmes, director del periódico, fué ilimitada, por tener todos ciega confianza en el que era la expresión viva y elocuente de sus ideales (1). El título del periódico no pudo ser más expresivo. Para justificarlo decía Balmes en el prospecto: «¿Tiene la nación un pensamiento propio? ¿Será posible formularlo como norma de organización social y base sólida de Gobierno? Creemos que sí.» El programa era «fijar los principios sobre los cuales debe establecerse en España un Gobierno que ni desprecie lo pasado, ni desatienda lo presente, ni pierda de vista el porvenir; un Gobierno que, sin desconocer las necesidades de la época, no se olvide de la rica herencia religiosa, social y política que nos legaron nuestros mayores; un Gobierno firme sin obstinación, justiciero sin crueldad, grave y magestuoso sin el desdén del orgullo; un Gobierno que sea como la clave de un edificio grandioso donde encuentren cabida todas las opiniones razonables, y donde se respeten todos los intereses legítimos: he aqui el objeto de nuestra

(1) Elías de Molins, *Balmes y su tiempo*, 141.

publicación.» Balmes terminaba así el prospecto de *El Pensamiento de la Nación*: «No nos lisonjeamos de atraernos numeros prosélitos, que a tanto no llega nuestra vanidad; mas abrigamos alguna esperanza de oir de boca de nuestros adversarios: *No pensamos como vosotros, pero no podemos negaros rectitud de intención, convicciones sinceras y profundas, expresión leal y decorosa.*» «Este bellísimo prospecto (dice su discípulo y colaborador en *El Pensamiento*, García de los Santos), que sólo Balmes podía escribir y realizar, se cumplió en todas sus partes, excepto en lo de atraerse pocos prosélitos, pues, a los pocos números, la publicación adquirió una celebridad extraordinaria, y con el tiempo fué leída por todas las personas que se ocupaban de política, sin excepción de partidos ni de clases.» Balmes escribió *El Pensamiento de la Nación* durante tres años (Enero de 1842 a Diciembre de 1846). También contribuyó eficazmente Balmes a la fundación de el diario *El Conciliador*, que dirigió el excelente escritor Quadrado. He aquí algunos párrafos de la misión que señaló a *El Conciliador*: «Sostener los buenos principios en toda su pureza, quitándoles la acritud que los hombres con sus errores y pasiones hayan querido darles en la aplicación; acomodarse al espíritu del siglo, sin desviarse un ápice de los eternos principios de la moral, ni de cuanto nos enseña y prescribe la religión católica; conservar en lo posible lo antiguo, sin desdeñar demasiado lo nuevo; fijar el punto en que se hayan de estrechar la mano las instituciones de los tiempos anteriores con las del siglo XIX; determinar el desarrollo que se haya de consentir al elemento popular, para que no dañe a la unidad y

fuerza de la monarquía; señalar los medios con que se hayan de buscar en la sociedad los elementos que encierra de Gobierno, para hacerlos subir cual fecundante savia hasta las regiones del poder; en una palabra, formular un sistema verdaderamente nacional.»

En Febrero de 1844, Balmes (1), escribía: «Antes, la prensa se desbordaba, lo mismo en la capital que en las provincias, de una manera asombrosa. Ahora, las observaciones que dirige al Gobierno, lo mismo en las provincias que en la capital, son asaz comedidas, y la oposición (si alguna se hace) es en un tono algo más decoroso. Antes, el ciudadano que tenía el antojo de publicar una hoja volante e insultar a las autoridades del modo que más cumplía a sus intentos, humor o capricho, lo realizaba sin peligro y sin que nadie le viniera a la mano; los periódicos que habían hecho su depósito y llevaban el escudo del editor responsable, tronaban contra el Gobierno todos los días, sin más riesgo que la remota probabilidad de la denuncia y con muy próximas probabilidades de merecer la indulgencia del Jurado; los más elevados funcionarios hacían profunda cortesía a los redactores de un periódico y se veían precisados a entrar con ellos en minuciosas explicaciones sobre los actos de autoridad. Ahora, el Gobierno es bastante fuerte para emplear un significativo laconismo, que contrasta notablemente con la condescendencia de otros tiempos: el señor jefe político se dirige al editor responsable, y le dice: *Dejará usted de publicar desde este día el periódico...*»

¿Qué influencia ejerce el periódico norteameri-

(1) *Escritos políticos*, 172.

cano sobre la opinión pública? Juderías (1) asegura que «los periódicos ejercen en los Estados Unidos mucha más influencia que en Europa. En ninguna parte del mundo tiene la prensa un auditorio más constante que en los Estados Unidos. Allí todos leen; allí hasta el más pobre dispone de los medios necesarios para adquirir un periódico; allí el temor a perder el tiempo es de tal naturaleza que todos quieren que el diario, no sólo les informe, sino que les indique la línea de conducta que tienen que seguir, la manera cómo deben de pensar... El poder que allí tiene la prensa consiste precisamente en esto. El norteamericano es un gran lector de periódicos, porque suele ser un hombre culto. En Europa, las clases medias y altas leen mucho, pero no así las bajas. En los Estados Unidos, se lanzan al público todos los años más de 5.000.000.000 de ejemplares de periódicos de todas clases. En 1896, había 20.000 periódicos en la Unión, y en la actualidad pasarán de 25.000.»

Con el título de *The American Newspaper* ha publicado (en Chicago y en 1909) Rogers, escritor norteamericano de agudo poder crítico y de amplia cultura, un libro interesante en extremo. En él, se hace la misma pregunta que Juderías, y responde por este tenor: «Al estudiar la influencía del periódico norteamericano, debemos tener en cuenta su influencia sobre el lector de educación y de inteligencia medias, su influencia sobre los lectores ignorantes, su influencia sobre la vida nacional. En primer término, cúmpleme decir que el norteamericano se interesa generalmente por la conduc-

(1) *La prensa en los Estados Unidos* (en *Nuestro Tiempo* de Enero de 1912).

ta del Gobierno y por la política. La influencia que ejercen los periódicos desde este punto de vista es enorme. El resultado de las elecciones particulares y nacionales depende en gran parte de la actitud de la prensa. Y es que la prensa, en vez de ofrecer al público informaciones imparciales de los hechos y noticias exactas de los candidatos, desnaturaliza los primeros y da informes completamente falsos respecto de los segundos. El resultado de todo ello es que los hombres que pudieran desempeñar mejor los cargos públicos, no los pretendan siquiera, temerosos de la enemiga de la prensa. El candidato que tiene en contra suya los periódicos de la localidad, cuenta con pocas o ninguna probabilidad de éxito. Los funcionarios públicos quedan, pues, sometidos a la tutela de los periódicos, carecen de verdadera independencia y se convierten en meros delegados, a menos de exponerse a que un periódico saque a relucir detalles de su vida privada e invente, en contra suya, cosas que al instante creen la generalidad de los lectores. El abuso de que son objeto los hombres públicos en los Estados Unidos por parte de la prensa, es una de las más lamentables consecuencias de la libertad de nuestras instituciones. Como si esto no fuera bastante, ejercen una influencia decisiva sobre las Cámaras y fomentan la aprobación de los proyectos de ley que más le convienen, haciendo creer a sus lectores que las defendieron en *meetings* que nunca llegaron a celebrarse. No faltan periódicos que predican constantemente la conveniencia de burlar las leyes o de hacer caso omiso de ellas. La actitud de los periódicos es a veces profusamente revolucionaria; predican la violencia, y todo esto contribuye a rebajar

los gustos del público, a excitar las imaginaciones enfermizas y a despertar brutales impulsos. En los Estados Unidos, la libertad de que goza la prensa ha hecho que los periodistas se figuren que no están obligados por las mismas leyes que los demás individuos, y en efecto, escondido detrás del periódico, se cree a cubierto de toda censura, abusando de la ley y desafiándola. Con harta frecuencia desafían nuestros periódicos a los jueces y les intimidan, discuten los fallos, amenazan a los abogados, y contribuyen a crear en el pueblo una extraordinaria falta de respeto a la justicia y a la ley. No puede calcularse el daño que se hace al pueblo, dándole a entender constantemente que los magistrados, sobre todo los federales, están vendidos a los ricos, y que éstos hacen y deshacen a su antojo, porque la consecuencia natural es que el pobre experimente enojo hacia el rico y que surja con notable fuerza la lucha de clases, el odio entre unas y otras. Pero no todos han de ser defectos, ni todos han de ser vicios. También la prensa tiene sus virtudes. La prensa ha prestado un inmenso servicio promoviendo la reforma municipal, fomentando la municipalización de servicios, reclamando la alimentación sana, pidiendo que las calles se limpien, oponiéndose a los latrocinios y a los abusos en los ayuntamientos... Aparte esto, publican los periódicos útiles informaciones acerca del mercado de trabajo, de las reformas industriales, de la situación económica de determinadas clases, de la acción de las sociedades obreras... Y sobre todo y por cima de todo, el periódico ha contribuído poderosamente en los Estados Unidos a la difusión de la cultura en el sentido más amplio que puede

darse a esta palabra. Las ideas de los norteamericanos de inteligencia media acerca del arte las deben a los periódicos, y lo mismo ocurre con sus juicios acerca de los últimos libros, de los últimos dramas, de la poesía más reciente. La prensa norteamericana solicita la colaboración de los grandes escritores, y la retribuye generosa y espléndidamente. Un explorador célebre cobró no hace mucho 900 *dollars* por un artículo, y un predicador de fama percibió a razón de 2.000 *dollars* al año por un sermón mensual. Los periódícos ofrecen premios a las mejores contestaciones a los acertijos, a las cartas mejor escritas que reciben, a las frases más agudas e ingeniosas que se les envían. Discútense en ellos los *sports*, la alimentación más conveniente, la mejor manera de arreglar una casa, el modo más práctico de ir bien vestido. Todas las preguntas que se les hacen se publican y reciben pronta contestación. Durante los meses de Junio, Julio y Agosto, muchos periódicos sostienen oficinas de información que facilitan a los lectores noticias exactas de la manera mejor y más práctica de pasar el verano, de los precios de los hoteles, del coste de los viajes...» En una palabra: la influencia del periódico como medio educador es enorme y variadísima, pero no resultará completa mientras siga publicando las trivialidades que ahora inserta, mientras siga haciendo lo que ahora hace.

CAPÍTULO VII

ESTADO ACTUAL DEL PERIODISMO EN EL MUNDO

CUANDO el historiador, después de haber seguido hasta aquí la marcha del proceso del periodismo que se desarrolla en el orbe civilizado, se detiene un momento y reflexiona sobre la significación de ese proceso en lo presente, es casi inevitable que se forme lentamente en su espíritu la convicción de la extraordinaria importancia de un elemento social que es en nuestros días el que mueve, dirije, domina y hasta *crea* la opinión pública. Al mismo tiempo, se impone a su inteligencia la visión sintética de la conjunción de hechos que determinaron las necesidades imperiosas de donde había de surgir el descubrimiento de un medio generalizador que creara un nuevo orden de comunicaciones continuas, o casi continuas, entre los pueblos de un mismo origen o entre los relacionados por grandes vínculos de intereses. El periódico romano fué, según se ha visto, una publicación aristocrática, un lujo de las familias opulentas, que disponían de un corresponsal o redactor, como pudieran disponer de un médico o de un bibliotecario. El periódico escrito del siglo XVI fué un oficio para sus propietarios, que eran a la vez re-

porters, escritores y editores, que explotaban directamente su trabajo, y que lo enviaban a un círculo de clientes, de quienes recibían una remuneración especial. El periódico moderno es una empresa capitalista, o, para hablar con Bücher (1), una fábrica de informaciones en que existe una división del trabajo, muy avanzada, bajo una dirección única, y en que están ocupados, mediante salario, un gran número de personas (corresponsales, redactores, tipógrafos, correctores, maquinistas, porteros, etc.)

Como se ve, el camino recorrido por el periodismo para llegar a su estado actual ha sido largo y penoso. ¿Qué queréis? Ninguna institución social, ninguna creación humana, ha llegado a alcanzar *per saltum* la plenitud de su desarrollo. Aun las ciencias más antiguas, y por razón de su método más fáciles, más asequibles a la inteligencia del hombre, las ciencias del cálculo, han tenido que pasar por tan lento y gradual proceso: se empezó por contar por los dedos, y se ha llegado a las matemáticas transcendentes, a la geometría de lo infinito. Lo mismo ha sucedido con la prensa: se empezó por la carta y la circular, y se ha llegado a los grandes periódicos de información que se publican tres y más veces por día.

Los historiadores y sociólogos que se han ocupado en meditar este asunto han establecido una serie de conclusiones que bien podemos reducir a tres: 1) la organización del servicio de informaciones periodísticas viene en cada época determinada por la situación económica general; 2) en la actualidad, sigue siendo el factor económico el que decide de la calidad de la mercancía periodística, da-

(1) *Etudes d'histoire et d'économie politique*, 211.

do el estado de concurrencia que hoy existe en el mercado de la publicidad; 3) lo que distingue a nuestros periódicos de los antiguos y ha hecho tan enorme su influencia y tan admirable su organización, ha sido el perfeccionamiento del arte mecánico y la ayuda eficacísima que les prestan los demás medios de comunicación: el ferrocarril, el correo, el telégrafo y el teléfono.

¿Debemos, pues, nosotros, los periodistas, echar en cara a nuestros editores lo que echan en cara a sus patronos los obreros? No avanzaré tanto, en verdad; pero dígaseme: ¿no apena ver al capitalismo en contacto con la vida intelectual? ¿No conduele ver al periódico, esta gran conquista de la civilización moderna, dependiente, no de los lectores, no de los consumidores de la mercancía, no tampoco de nosotros los productores, y sí en manos de los grandes negociantes de la publicidad, de los gobernantes y políticos? El periódico ¿no evolucionará? ¿Estará destinado a ser, en su mercantilismo presente, la forma más elevada y la última palabra del servicio de información? Si esto nos tiene deparado la Providencia, cerremos los ojos para no verlo.

Para un historiador comprensivo y reflexivo, este cambio entraña multitud de consecuencias. Es algo más que un acrecentamiento en la organización del sistema de *reportage* y en la rapidez en la expedición de las noticias: déjase entrever en él una transformación del contenido del periódico, especialmente por la multiplicación de los anuncios, y el indicio de una influencia que, ejercida en vasta escala sobre la opinión pública, concede a la prensa un papel principal en la dirección del destino de

los pueblos. El *reportage* del siglo XVI estaba bien organizado para la época, empero faltábale ser como el moderno reunión de fuerzas individuales que, dentro de la división del trabajo, contribuyen a un designio común. La *publicación* periodística de entonces era negocio puramente editorial: por eso su estilo se parecía al de los monjes medioevales autores de cronicones. El estilo del periódico moderno es unas veces crítico, otras apasionado, pero siempre revela las ideas del partido que defiende su tendencia política o religiosa. Otra variante no menos digna de ser tenida en cuenta concierne a la *redacción*, que convierte al propietario del periódico moderno, no en simple vendedor de informaciones y noticias, sino que también en un efectivo comerciante de las opiniones del público. Finalmente, el método de los *anuncios* (que eran privados antes) ha alcanzado en nuestros días un desenvolvimiento poderoso merced a lo que se llama las expediciones de anuncios. Esa mezcla nefanda de arte y de industria en que se coloca en la misma plana la crítica de un libro científico y el anuncio de una mercancía grosera, y ese hablar a un tiempo de los grandes intereses de la humanidad y de los intereses de un negociante en petróleo, parece con razón a muchos inequívoco síntoma de decadencia.

La prensa lleva en sí misma el germen de todos sus vicios y de todas sus corrupciones. A medida que han ido creciendo las necesidades, el peso de un periódico no era soportable para uno solo, que tenía que acudir al apoyo de su partido, al de sus amigos y aun al de sus enemigos, entregándose, por último, para salvarse de la ruina, a empresas industriales, con sus accionistas, gerentes, consejos de

administración, etc. Así, mezclado el negocio a una labor de ideas, las ideas se contaminan en sus manifestaciones del interés que al negocio es inherente, y la prensa se convierte cada día en más industria editorial, más sociedad anónima, más cupón, más renta. Desde la cuarta plana hasta los reclamos, todo se ha hecho mecánico y anónimo, como la sociedad empresaria, perdiendo el periódico, en cuanto propiedad, el carácter íntimo y a veces familiar de otrora.

Y ahora, viniendo a nosotros mismos, a nuestros defectos como informadores y comentaristas de la vida pública, ¿tan libres estamos de pecado que podamos tirar la primera piedra? ¿O es el ambiente en que vivimos el que con frecuencia anquilosa y empobrece nuestras energías espirituales? Convengo gustosamente con los apologistas de la prensa en que ésta es un bien inapreciable, y que fuera necedad criminal despojarse de ella para siempre, como quieren los reaccionarios, sin consultar y pesar las consecuencias de tan desesperado y formidable sacrificio. Mas nótese que si la prensa es un bien social, el periodista es un hombre, y el nombramiento de periodista no se alcanza por oposición, ni siquiera por un certificado de aptitud. ¿Me han entendido los lectores? La cultura: he aquí la cualidad suprema del periodista. Sin la cultura, la libertad de la prensa sería el mayor abuso de la autoridad moral e intelectual más grande; sería un instrumento de perfección puesto en manos de un insensato; sería, para hablar con Souvestre, «la libertad de prensar a la multitud.»

Añádase a esto el aspecto frívolo del ingenio español, que todavía se hace más frívolo a causa de

la incultura. Un agradable escritor francés, notable y luminoso, Bougand, decía a este propósito que, con una prensa degenerada o insulsa, Grecia misma habría perdido los dones del ingenio. Pues ¿a qué se reduce la política para los desconocedores del derecho? ¿Qué es la ciencia para los que ignoran sus rudimentos y no ven por doquiera más que la razón del más fuerte, la verdad convencional? ¿Qué el arte para talentos que se arrastran por el fango? Dadles un periódico: les basta para matar una o dos horas, y además ¡que no sea demasiado formal! Así como en cierta época de nuestra historia hubo de caerse de nuestras debilitadas manos la antigua y pesada espada española, del propio modo, habiéndose la frivolidad enseñoreado de nuestros ingenios, hubo de verse al soberbio y grueso en folio ceder su puesto al en cuarto, todavía magestuoso, y éste al noble en octavo. Pero su reinado ya desfallece: el pequeño en dozavo, el pobre en dieciochavo, tan buscado en el último siglo, son ya sobrado pesados para nuestras empobrecidas cabezas. Hoy priva la hoja suelta, el periódico que engolosina al lector por medio de un frívolo atractivo: el folletín. Pero ¿qué digo? Hubo tiempo en que el periódico grave, verdaderamente político, no concedía a la frivolidad de los lectores sino el folletín. Hoy el periódico entero se ha transformado en folletín. Nada de sociología, nada de artículos formales, nada de noticias científicas: chismes de café, historietas picantes, anécdotas de actrices, comadrerías de bastidores. La publicación bajo forma de libro pierde terreno de año en año, y ello es tan notorio, que, aun por lo tocante a la novela, tenemos, como testimonio de mayor excep-

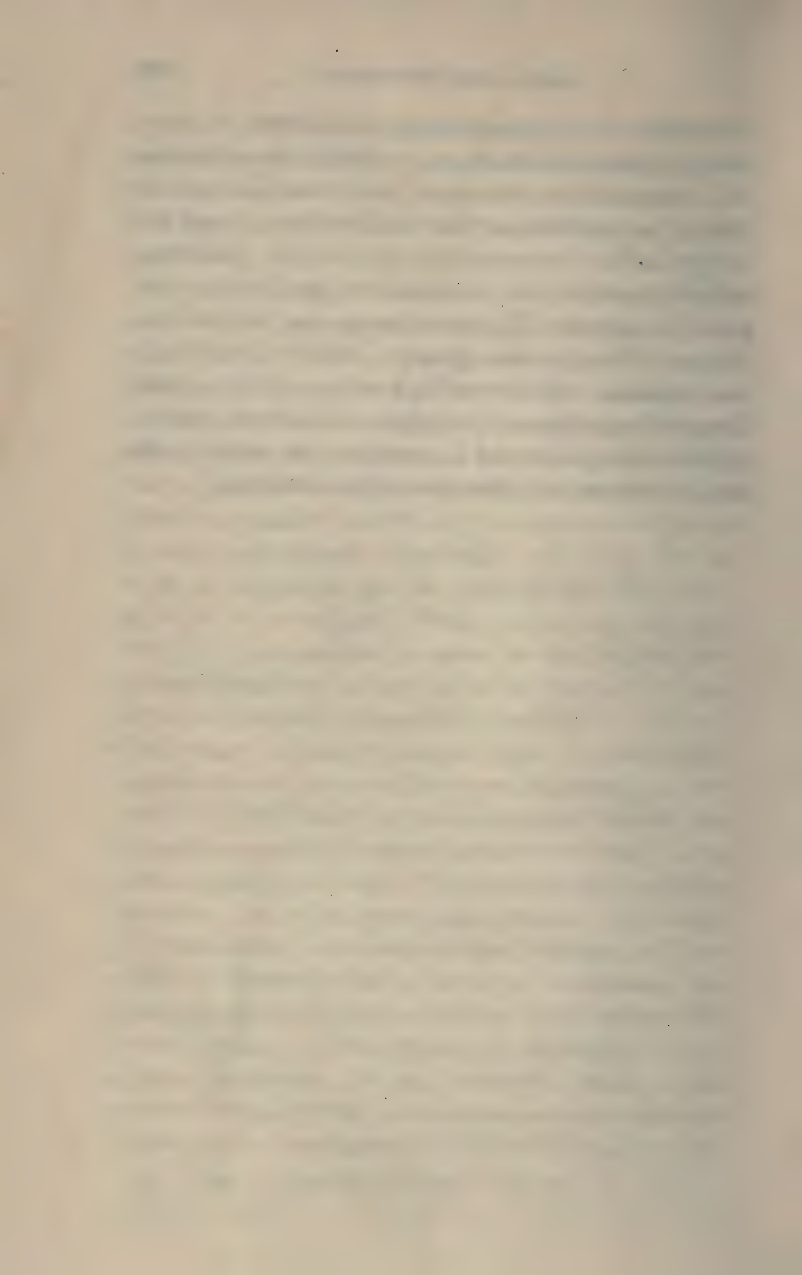
ción, el del célebre novelista transpirenaico Julio Verne. El cual, interrogado en 1902, por un redactor del *Daily Mail*, de Londres, acerca de la novela, contestó: «Yo no creo que haya novelas, al menos en forma de libros o de volúmenes, dentro de cincuenta o de cien años. La novela será en todas partes suplantada por el periódico diario, que ha tomado su puesto en las naciones progresivas». El redactor objetó: «Pero ¿y el cuento y la novela descriptiva y la novela histórica y la novela psicológica?» Julio Verne replicó impertérrito: «Todas desaparecerán. No son necesarias, y aun ahora mismo, su mérito y su interés van rápidamente declinando. Como recuerdos para la historia, el mundo archivará sus periódicos. Los periodistas han aprendido a dar a la noticia diaria un color y una viveza tal, que su lectura proporcionará a la posteridad una sensación más exacta que la que podrían darle la novela descriptiva y la novela histórica. En cuanto a la novela psicológica, esa dejará de existir pronto, y morirá de inanición. Nadie admira más que yo al más grande de los novelistas psicólogos que ha tenido el mundo, a Maupassant. Pues éste, como todos los verdaderos genios, previó la tendencia de las ideas, presintió las necesidades de la humanidad, y escribió sus cuentos en el más reducido espacio posible: sus espirituales estudios son psicología concentrada. También la harán los Maupassant del porvenir, pero la harán en el periódico, no en libros, y, como ustedes los periodistas dicen, cristalizarán en la noticia del día toda la psicología del mundo en que viven. La verdadera y real psicología está ahí, pues más verdad y más realidad pueden sacarse de las re-

vistas de los tribunales, de la sección de accidentes ferroviarios, de lo que la multitud hace y el periodista cuenta a diario, que no de la ficción de un novelista empeñado en trazar la psicología de un pueblo.»

Se ven aquí perfectamente indicadas las consecuencias del acrecentamiento de la cultura literaria de los periodistas, acrecentamiento que he señalado antes de ahora, y que constituye termómetro excelente del cambio sufrido en los gustos del gran público. Las protestas que la anterior profecía levantó entre los novelistas profesionales de varios países, no pueden modificar la exactitud de algunas de las proposiciones enunciadas por Julio Verne, ni las conclusiones que de ellas deduce. Recordemos que ya en la Edad Media, sobre todo en Francia (1), el equivalente de nuestras novelas, las canciones históricas, las canciones de guerra y de sátira, los *Sirventais*, cumplían el oficio de los periódicos, y que los bravos del siglo XIII se calumniaban entre sí, como si tuvieran la prensa a su disposición. No puede leerse una línea de historia, sin convencerse uno de que no hemos inventado nada, ni aun nuestros defectos. Y no es maravilla que, con relación a lo futuro, esta vieja armonía del narrador novelesco y del narrador periodístico se convierta en absorción del primero por el último. Considerada desde el punto de vista de la curiosidad y del interés, la novela pasa, y el periódico la suplanta día por día. De aquí a medio o a un siglo, no tendremos novela, o al menos, no será ésta tal como hoy la conocemos. Admitiendo, pues, el va-

(1) Véase a Saint-Marc Girardin, *Souvenirs de voyayes et d' études*, II, 213.

ticinio de Julio Verne, aunque sin derivar su moraleja hacia dominios a que no tendió en el ánimo del autor, pueden afirmarse dos cosas: 1), que la historia se escribe hoy tan rápidamente y con tal vertiginosidad se amontonan los hechos, que pronto los hombres y las mujeres no tendrán tiempo para leer novelas; 2), que se acogerán por ende a los periódicos, como género literario más fácil, más cómodo, más asequible y más conforme para llenar el vacío que el fenómeno acabado de señalar dejará en la eterna sed de cuentos de amor y de vida inherente a la flaca naturaleza humana.



CAPÍTULO VIII

PORVENIR DEL PERIODISMO

SIENDO el periodismo en nuestra sociedad una profesión lógica, noble y realmente libre, cada vez más debe apartarse de esas groseras pasiones políticas que se desbordan sin respeto a la urbanidad y a la decencia. Para que la prensa pueda cumplir su excelsa misión social, es menester que se aisle en absoluto de las bastardas ambiciones de las empresas anunciadoras, del abyecto espíritu de adulación, de la consigna política, del gubernamentalismo esclavizante. Hemos visto, en el capítulo anterior, que la prensa es hoy uno de los grandes resortes de cultura y uno de los medios más poderosos de educación y de divulgación popular. Ahora importa proceder de la historia y de la actualidad de esta institución a sus destinos y modificaciones futuras. Para apreciar éstas y su importancia sobre lo que nos ha enseñado nuestra investigación relativamente al origen del periodismo, seguiré el método que me parece más sencillo y eficaz, a saber: resumiré tales modificaciones según apuntan al presente, reuniendo las observaciones y atisbos de los sociólogos contemporáneos, interpolados con los síntomas y hechos que yo mismo he notado y recogido, y comunicando

libremente mis propias reflexiones. Por este medio espero poner a los lectores al corriente de cuanto pueda interesarles sobre materia tan discutida, pero no ilustrada aún competentemente. Partiendo de la impresión general de nuestro viaje a través de los pueblos y de las edades, impresión en la que la prensa aparece siempre estrechamente unida al estado político y social, cuyo reflejo constituye, todos nuestros estudios anteriores acerca de los *annales* romanos, de *servicio postal* de la Edad Media, de los *zeitungen* germánicos, de las *gacetas* italianas, de los *essayists* ingleses, de los *nouvellistes* franceses, etc., nos llevan a la misma conclusión: la necesidad de volver en gran parte a las sanas tradiciones del periodismo clásico.

Oigamos algunas palabras del interesante estudio de Costa (1), apologista de la prensa periódica, sobre la transcendencia social de ésta. Me parece que Costa acierta en su semblanza. «La prensa periódica, la noble cultivadora de la idea, que imita con sus líneas apretadas de escritura al cultivador del suelo, el cual, juntando pacientemente surco a surco, como el poeta sus versos, escribe cada día sobre la haz de la tierra una estrofa de ese poema inmortal que cantó Virgilio, más grande que la *Odisea* y que el *Ramayana*, y que por la noche, al transmitir a sus hijos el caudal de la sabiduría popular recibido por tradición en refranes, cantares, romances, enigmas, fórmulas y cuentos, no se olvida de enseñarles la identidad substancial que existe entre la labor del que ara y siembra la tierra y la del que cultiva esos otros

(1) *Crisis política de España*, 45. Véase a García Mercadal, *Costa*, 41.

campos espirituales que llamamos periódicos, con aquella aguda adivinanza, más vieja que el viejo Guttenberg: *tierra blanca, simiente negra, cinco bueyes a una reja*, siendo *tierra blanca* el papel, *simiente negra* la tinta, *cinco bueyes* los cinco dedos de la mano, y la *reja* la pluma, esa pluma con que el sabio va trazando surcos y enterrando en ellos simiente de doctrina, de que brotan de siglo en siglo, como bendecida cosecha, las civilizaciones».

Ya a fines del siglo XVIII, en la época más crítica de su carrera político-militar, expresó Napoleón repetidamente los sentimientos que le inspiraban la prensa y sus redactores, sentimientos que fueron los que conservó toda su vida. A los periódicos los creía influyentes y a los periodistas despreciables. Comprobando la existencia de un poder que suponía estaba en malas manos, soñaba constantemente en apoderarse de esa arma, unas veces haciendo redactar a su gusto los periódicos, otras creando órganos oficiales que discutiesen con los de sus enemigos y detractores. Según la *Histoire secréte du Directoire*, Napoleón acostumbraba a decir que «cuatro periódicos valen tanto como cien mil hombres armados.» Para mal suyo, él mismo experimentó la verdad de sus propias expresiones. Llamaba la «quinta gran potencia» al *Rhein Merkur*, desde cuyas columnas el valiente escritor católico Görres lanzaba frases de fuego que encendían el ardor patriótico en el alma de los alemanes, y levantaban al país en masa contra el enemigo. Ese periódico fué, efectivamente, quien le aniquiló en Waterloo, más que los ejércitos de los aliados (1),

(1) López Peláez, *Una limosna para la prensa*, 22.

Suspicacia mía no más, reparo sin fundamento acaso parezca al lector, pero tengo para mí que deberíamos andar más cautos en calificar de periodistas a muchos de nuestros cofrades que a la sombra de este nombre respetable desautorizan y desacreditan nuestra honrada institución. Yo soy un convencido de la necesidad apremiante en que ésta se halla de conseguir que su acción no sea ya sólo informativa, ni aun sólo política, sino que también científica, cultural, como hoy se dice; de la conveniencia inclusive de que se funde en España una Academia de la prensa, la Academia de los periodistas: pues qué, ¿no trataron hace años de fundar en Madrid su Academia los poetas... los poetas cuya influencia en la marcha de las sociedades es incomparablemente menor?

Hoy, en cualquier capital, europea o americana, son muchísimos más los periodistas que los verdaderos escritores, y aun los que son escritores, no son siempre periodistas. ¿Ni cómo podía ocurrir de otro modo? Expulsada progresivamente de los diarios la literatura, reducida la política a una rúbrica como otra cualquiera, y limitado el campo de cada articulista por la división del trabajo redaccional, el periodista es un empleado sin libertad de espíritu ni iniciativa propia. El mal viene de muy antiguo. Así eran estudiantes fracasados (abogados sin leyes, médicos sin clínica, literatos sin letras, filósofos sin verdad) los viejos periodistas; y hay muchos viejos periodistas de veinte a treinta años en las redacciones de Madrid: los *malos periodistas*. Refiriéndose a ellos, a los malos periodistas, no a los buenos, dijo un día el profesor Saldaña (1) que

(1) *El periodismo como obra de juventud*, 4.

en ciertos casos, *el periodismo es el equivalente de la prostitución en el hombre.* Aplicación nueva de una vieja ley social.

El porvenir del periodismo está interinamente ligado al porvenir de la *libertad de la prensa.* No hay por qué subrayar la represión que se ha efectuado desde los tiempos, todavía muy recientes, en que semejante libertad, como hecho y como derecho, tenía valor de cosa indiscutible. Los demócratas europeos más convencidos se han visto obligados a reconocer que, a causa del desorden general engendrado por la pasada guerra, todos los clásicos dogmas liberales se hallan amenazados de disolución. El bolcheviquismo europeo, en Rusia como en Hungría, en Alemania como en Austria, en varias naciones neutrales, y ¡triste es decirlo! en España misma, ha proclamado muy alto que la libertad de la prensa ha acabado, al menos por ahora, y que será detentada en favor de los obreros y en daño de las demás clases sociales. ¡En España se ha llegado al sindicalismo periodístico!... Fácil es concebir que esta práctica, continuada en gran escala durante algunas generaciones, puede conducirnos a un estado de espantosa tiranía y hasta de profunda degeneración de la prensa periódica. No me propongo, para no perder la serenidad que a los trabajos específicamente históricos debe acompañar siempre, ocuparme aquí en tan triste asunto, tanto más cuanto que a él dedicaré un nuevo libro, que deberá ser mirado como complemento indispensable de éste, y que, con el título de *La crisis actual de la prensa periódica*, daré muy pronto a la luz. Hasta condesciendo a confesar que de la nueva lamentable situación tie-

ne no poca culpa la prensa periódica misma, que, desde comienzos del siglo, cada vez venía divorciándose más de la verdadera opinión pública. No soy el primero en poner el dedo en la llaga. ¡Cuántos disgustos no ha tenido que sufrir Maura, en su vida parlamentaria anterior a la guerra, por haberse atrevido a confesar la fragilidad de la armonía entre la prensa y la opinión! Pero es horrible pensar que, cuando, después de largos y penosos esfuerzos, España había llegado a lo que más puede apetecer un gran pueblo, la consolidación de la libertad de la prensa, secuela necesaria de la libertad de pensamiento, asome la *censura roja* su hedionda cabeza, para someternos a un despotismo de publicidad odioso e insoportable. Volvamos, pues, por los fueros de estos derechos legislables y de estas libertades intangibles.

La libertad de pensamiento, o como otros la llaman, de conciencia, está fundada, y los mismos reaccionarios no lo niegan, en la idea metafísica de *la individualidad*. «La persona, como agente jurídico (dice el profesor Posada en el tomo I de su *Tratado de derecho político*), tiene en sí misma su propia esfera de derecho, la cual resulta de su finalidad racional y de la actividad libre que pueda desplegar para cumplirla, y en esa esfera de derecho, sólo ella, esto es, sólo la persona, está: 1) en situación de apreciar la condicionabilidad libre necesaria; 2) en situación de definirla; 3) en situación de efectuarla adecuadamente. El común sentir, con certero instinto, verdadero a veces, señala esto, que no suele verse claro en política, cuando afirma que *sabe más el loco en su casa que el cuerdo en la*

agena, y la Iglesia, sin perjuicio de obrar como sus representantes quieran, consagra nuestra idea al reconocer la imposibilidad de vigilar materialmente la conciencia de cada cual y contentarse con las apreciaciones exteriores y con las declaraciones manifiestas.» Los teólogos, en efecto, repiten, con Bonald, que «reclamar para el espíritu la libertad de pensamiento, es tan absurdo como reclamar para la sangre la libertad de circular en las venas». Se les ha contestado que también se puede impedir a la sangre circular en las venas quitando al individuo el alimento. Este alimento, este «pan del espíritu,» ¿podría ser otra cosa que la libertad, principio de toda caridad, de todo deber y de todo derecho? ¿Y no es por la libertad misma por donde a la verdad se llega? Cierto que Prisco, en su *Filosofía del diritto fondata nella etica*, cree haber descubierto una razón contra la libertad del pensamiento, en que «la libertad, antes de pertenecer al pensamiento, es función de la voluntad.» ¡Graciosa ocurrencia! Esta es una de las salidas de que tantos ejemplos nos ha dado Santo Tomás, y por donde suelen escaparse los hombres de más talento, cuando quieren justificar un principio erróneo. Y, si no, arguyamos de la misma manera. La libertad no es facultad del pensamiento; y como sin pensamiento no hay ciencia, la ciencia no es obra nuestra, ni nos pertenece la actividad libre que en ella desplegamos. El pensamiento no tiene libertad; y como sin libertad no hay veracidad ni voluntad de lo verdadero, la verdad no es propia de seres libres, y la moralidad científica no depende de la libertad científica. Es difícil defender una doctrina más absurda. *Veritas liberavit vos*, decía

con razón Jesucristo; pero si la verdad nos hace libres, sólo la libertad nos hace veraces, y viviéndola y realizándola es como se evita la inmoralidad del error y se consolida la responsabilidad de la ciencia. «Jamás (decía el obispo Sidonio, en sus *Epistolae*) sufriré la servidumbre del espíritu: me parece que se rebaja demasiado el que está obligado a ocultar su pensamiento». Bástale al creyente sincero detestar en su interior lo que piense como falso: con esto se librará de la peligrosa tentación de confundir lo pensado con lo verdadero. Por el contrario, cuando la extensión subjetiva del pensamiento está reconocida como verdad posible, es cuando se cumple aquello de que el sujeto pensante no debe percibir lo que redundaría en perjuicio de su perfección y de su dignidad. *Hay cosas que vale más no ver que verlas*, decía Aristóteles, refiriéndose a la inteligencia divina, a lo que él llamaba el «pensamiento del pensamiento»; pero la inteligencia humana no es pensamiento puro, y necesita, para llegar a la verdad, trabajar sobre todos los objetos cognoscibles, sean inofensivos, sean peligrosos. Más diré: jamás hubiera existido sin aquellos objetos. La verdad supone la duda, o mejor todavía, la negación de su posibilidad antes del trabajo del espíritu que la busca. Por eso las grandes inteligencias dogmáticas han sido generalmente pensadores apasionados e infecundos, al paso que la ciencia ha encontrado representantes de primera talla en hombres mediocres en lo que cabe, pero dotados de un criterio libre, despreocupado y personal. La verdad estricta está rigurosamente conforme con la veracidad del sabio; los errores mismos llevan en la significación de sus

consecuencias el germen de nuevas verdades; y el pensamiento humano, en las inagotables riquezas de su libertad, parece uno de esos enormes y singulares árboles del Trópico, cuyas ramas dan nacimiento a una flor cada vez que cae su fruto (1).

Pues si la libertad de pensamiento es innegable, ¿qué diremos de la libertad de palabra? Los reaccionarios, como hemos visto, no niegan la primera como hecho, pero ven en la segunda un peligro para el derecho que los creyentes tienen a la verdad y al bien. ¡Rara consecuencia! Se nos concede el pensamiento, y se nos priva de exponerlo en la palabra. Mas ¿qué es la palabra? El pensamiento convertido en sonido. ¿Y qué es el pensamiento? La palabra espiritual e interior. Luego la libertad de pensamiento, expresado por la palabra hablada o escrita, no debe depender del capricho de la Igle-

---

(1) D'Annunzio, en *Le vergini delle rocce*, cree encontrar en la persona del fundador del cristianismo la primera tendencia contra la amplitud del pensamiento. «No temía Jesucristo (dice) a los chacales famélicos, pero temía a los pensamientos. Su mano descarnada sabia amansar a los bestias salvajes, pero cualquier pensamiento ardiente y dominador, como los que van errantes por el desierto letal, le habría devorado. Cuando el ángel malo le condujo a la cúspide de la montaña, y con el dedo le señaló las comarcas fértiles escalonadas, y le indicó la dirección de los varios reinos del mundo, y las corrientes profundas y vertiginosas del deseo humano, él entornó los párpados: no quiso ver, no quiso saber.» El lector habrá comprendido el secreto de la contradición que hay entre la realidad y las afirmaciones de D'Annunzio. Este secreto es que el sofista italiano, aunque habla en todo el pasaje de los *pensamientos*, los confunde lastimosamente con las *pasiones*. Lo que Jesucristo repudió siempre fueron las dominaciones terrenas: a lo que cerró sus ojos fué a la ambición del poder, no a la ambición de la verdad. Recuerde, si no, D'Annunzio su diálogo con Pilatos en el pretorio.

sia, ni de la voluntad del Estado, que ha tomado a aquella sus absurdos procedimientos de la «censura previa» y de la «previa autorización», o los más recientes de las «advertencias» y de la «supresión», olvidando que el correctivo de la opinión pública es la ley más eficaz que contiene y reprime los errores que se cometen por medio de la prensa. No es, pues, censurable la diversidad de criterio de los periódicos, ni existen delitos de imprenta, siendo bárbaro e injusto señalar, para la corrección de sus faltas, penalidad diferente de la común, puesto que el derecho de publicar el pensamiento supone la responsabilidad personal. En los abusos que se han cometido, conviene no olvidar sistemáticamente las anomalías de la condición humana. Al lado de estas anomalías, funestas en resultados, abundan las ventajas que de la libertad de la prensa se obtienen, nacidas sólo de su influencia en todas las clases sociales y aun en los mismos hombres de Gobierno. ¿Quién, por ejemplo, ignora que en la Francia liberal de Luis Felipe, después de la revolución de 1830, la misma policía, en sus detenciones, no obraba precisamente con entera libertad, porque la libertad de la prensa coartaba un tanto la suya?(1) Algunas prisiones arbitrarias, denunciadas por los periódicos, hicieron entonces mucho ruido, hasta en las Cámaras, e infundieron cierta timidez a la prefectura. Atentar a la libertad individual, era entonces un hecho grave, y a la prensa se debió que las autoridades se reportasen en este punto. Los clericales no se cansan de declamar contra semejante influencia, porque ha venido a

(1) Véase a Víctor Hugo, *Les misérables*, II, v. 10.

mermar la suya, y todos los días y a todas las horas nos están mostrando cómo cunde con las publicaciones libres la semilla de la inmoralidad. ¡En cambio, no recuerdan que, en el siglo XVI, cuando la permisión de obras y periódicos era cargo de la Inquisición, los mismos que con tanta dureza condenaron los tratados del Brocense y quisieron castigar a Fray Luis de León por su traducción en verso del *Cantar de los Cantares*, dejaban que circulasen y se hicieran numerosas ediciones de la *Celestina, Thebaida* y *Lozana Andaluza!* Hay más: la Inquisición mostró con los libros de caballerías una indulgencia que Menéndez Pelayo (1) califica de verdaderamente inexplicable, no sólo por los pasajes lascivos que casi todos ellos contienen, sino por las irreverencias y profanaciones de que no están exentos algunos, como el *Tirante*. Pero es lo cierto que, por tolerancia con el gusto público o por desdén hacia la literatura amena, en los reinos de Castilla y Aragón corrieron libremente: ni uno sólo se encuentra prohibido en el *Indice* del cardenal Quiroga (1583), que es el más completo de los del siglo XVI (2). Bastante más severa se mostró con ellos la legislación civil, aunque no en el grado y forma que lo solicitaban los procuradores de las Cortes de Valladolid de 1555, en su petición 107, petición que no fué atendida, y su misma generalidad

(1) *Orígenes de la novela*, I, 285.

(2) La *Caballería Celestial de la Rosa Fragante* (1554) del valenciano Jerónimo de San Pedro (o más bien, Sempere) es una alegoría mística, y se prohibió por razones teológicas. La traducción del libro italiano de Caviceo *Il Peregrino* (1527), hecha por Hernando Diaz (y que ya corría de molde antes de 1527) no es libro de caballerías, sino una novela erótica. Veáse a Menéndez Pelayo, *Orígenes de la novela*, I, 238, 340.

y violencia se oponía a que prosperase, porque siempre fué temerario contradecir de frente el gusto público. Por lo demás, no vaya a creerse que, siendo como soy acérrimo partidario de la libertad de imprenta, incurra en aquella pudibundez ya registrada por lord Macaulay (1), al refutar a los que no querían que se imprimiesen los autores clásicos indecorosos. «Cuesta trabajo creer que, en un mundo tan lleno de tentaciones como el nuestro, un hombre, que hubiera sido virtuoso, si no hubiese leído a Aristófanes y a Juvenal, se haga vicioso por haberlos leído. El que, expuesto a todas las influencias de un estado social como el en que vivimos, teme exponerse a las influencias de algunos versos griegos y latinos, se asemeja mucho al reo que pidiese permiso a los *jerifes* para taparse con un paraguas desde la puerta de Newgate hasta la horca, porque la mañana estaba lluviosa y temía constiparse».

Me llevaría muy lejos de mi propósito actual el tratar de inquirir, siquiera someramente, hasta qué punto y en qué sentido la libertad que, para hacer la oposición y ejercer la crítica se debe conceder a la prensa, puede ser objeto de represión por parte del poder público. Todo esto sería discusión de muy poca miga para cuantos conciban una actuación de la prensa de tal índole que, sin embarazar el desarrollo intelectual, evite el que se consuma en luchas estériles la inteligencia del país, se insulte sin cesar al Gobierno, se alarme continuamente a los ánimos, se ponga en peligro la tranquilidad pública, se ofenda a la moral, se ataque a las reputaciones mejor sentadas, y se extienda la difama-

(1) *Essays*, X, 146.

ción hasta lo sagrado del hogar doméstico. Pero tampoco quiero dejar de hacer notar la ceguera de «aquellos que creen que, con romper el manómetro cuando indica un peligroso aumento en la presión de una caldera de vapor, se impide que llegue a estallar ésta, como si el manómetro fuese una mera válvula de seguridad, o que, para evitar tormentas, se deba hacer añicos barómetros y termómetros» (1). Y así proceden esos que quisieran perseguir, o someter al menos a prevención, a lo que, periodísticamente, no suele ser sino la obra generosísima de no callar la verdad. ¿Hay, por otra parte, alguien que desconozca, no ya la ineficacia, pero la contraproducencia de prohibiciones de esa índole? Nunca circularon en Roma con tanta profusión los rumores alarmantes de toda clase, como cuando se impedía que murmurasen las gentes: *prohibite sermones, ideo que plures*. Abranse, pues, todas las puertas, para que entre la luz, y para que piense todo el mundo y lance a la publicidad su pensamiento. Este radicalismo parecerá duro a los enemigos de la prensa, y se les antojará acaso subversivo. Pero, ya en 1845, un espíritu tan moderado como Balmes (2) rechazaba, desde el punto de vista periodístico, la oposición violenta al «espíritu de las sociedades modernas, que no ha dejado de introducirse y alimentarse algún tanto entre nosotros. Empeñarse en contrariarlo abiertamente, empleando un sistema de prevención y represión semejante al de épocas anteriores, sería exponerse a conflictos con poca esperanza de buen éxito.»

(1) Unamuno, *Inducción y desmàn* (en *El Liberal* de 19 de Enero de 1920.)

(2) *Escritos políticos*, 284, 490, 634.

Poco antes había dicho: «Esta nueva arena de combate, abierta para las naciones modernas, se halla abierta también en España. Se la podrá reducir, se la podrá sujetar a determinadas condiciones, se podrá fijar el género de armas, pero, de un modo o de otro, será necesario aceptarla, entrar en ella y luchar. La doctrina y el partido que cuenten con mejores adalides, tendrán sobre sus rivales más ventaja, y los triunfos que en la prensa se alcancen o las derrotas que se sufran, tarde o temprano producirán sus efectos en el orden social y político. A las ensangrentadas lizas han sucedido las columnas de los periódicos, y a las lanzas, las plumas: antes era necesario batirse, y ahora es indispensable escribir». En otro lugar (1), refiriéndose al sistema de prevención y represión, «que existe ya en pocas partes del mundo», escribe: «Si alguien pretendiera que sólo en esos países existe verdadera prudencia, y que en todos los demás se yerra, se podría replicar que ésto equivale a expedir a la mayor parte de las naciones civilizadas el título de imprudentes, lo cual, a más de ser bastante atrevido, es del todo inútil, pues el género humano sigue su camino sin cuidarse mucho de protestas impotentes.»

Con ser Inglaterra el país donde la prensa gozó

(1) *Pío IX*, x. Adviértase que Balmes sabía por experiencia hasta qué punto y en qué sentido es arbitraria la censura. Baste decir y saber que *El Pensamiento de la Nación*, a pesar de haber sido redactado todas las semanas bajo gobiernos despóticos y contra ellos, y después de dos años de vida tan activa, y en millares de columnas que trataban de las cuestiones más delicadas de la política española, no fué denunciado, en una sola palabra, más que una vez, y ésta ¡por el *índice* del año II!

siempre de más libertad, tuvo, desde el principio, dos enemigos natos: la Iglesia y el Estado. La primera, fundada en la gerarquía, apoyo del orden establecido, hostil a los disidentes, temía de la prensa la propagación de los errores morales, religiosos y dogmáticos; al segundo, partidario rígido de la regla, le amedrentaba la audacia liberal de las opiniones, las probables incitaciones sediciosas en lo político, y más de una vez trató a los periodistas como malhechores públicos. No obstante, la vitalidad positiva y la permanencia indudable del principio de donde emanaba el progreso representado por la libertad de imprenta, se conservó en las capas de los austeros puritanos, y muy señaladamente en el gran poeta Milton, cuyas lucubraciones a este propósito son las que causan impresión más profunda en el ánimo. En todas sus obras en prosa, y especialmente en su *Areopagítica*, atacó ante el Parlamento la censura, obra del Parlamento (1). No quería que la pluma de un censor asalariado insultase con su aprobación la primera página de sus libros. Aborrecía esa mano ignorante y autoritaria, y proclamaba la libertad de pensar. «¿Qué ventaja tiene un hombre sobre un niño de escuela, si no nos libramos de la férula más que para estar pendientes del puntero de un *imprimatur* y si obras pensadas y serias no pueden darse a luz sin la autorización tardía e improvisada de un censor distraido, como si fuesen temas de un muchacho de gramática sometido a su pedagogo? Cuando un hombre escribe para el público, llama en su auxilio a toda su razón y a toda su reflexión; medita, inquiere, indaga; ordinariamente consulta con

(1) Véase a Taine, *Histoire de la littérature anglaise*, II, VI, 4.

los más juiciosos de sus amigos. Hecho todo esto, procura informarse acerca de lo que escribe tan bien como el que más de los que le han precedido. Si, en ese acto supremo de su celo y de su madurez, ninguna edad, ninguna diligencia, ninguna prueba anterior de su capacidad, pueden eximirle de sospecha y desconfianza, a menos que exponga todas sus meditadas investigaciones, todas sus largas vigilias, todo su esfuerzo y trabajo, ante la mirada ligera de un censor, que quizá es mucho más joven que él, que quizá es muy inferior a él en discernimiento, que quizá no ha sabido nunca lo que es escribir un libro, de suerte que, si el autor no se ve condenado o desatendido, debe aparecer en la impresión como un novicio supeditado a su preceptor, con la mano de su censor a la espalda de su título, como prueba y garantía de que no es un corruptor o un idiota, todo eso no puede ser más que un deshonor o una degradación para el autor, para el libro, para los privilegios y la dignidad de la ciencia.»

La libertad de imprenta es la base del Gobierno representativo, y por ello fué una de las primeras que se hicieron paso entre los Gobiernos más moderados: nuestras Cortes del año 12 la proclamaron y establecieron cuando nadie pensaba, ni como en un sueño, en la libertad de cultos. Lo mismo sucedió en Francia a comienzos del pasado siglo. «No quiero (exclamaba Chateaubriand) que, si nacen Copérnicos o Galileos, pueda el censor, de una plumada, relegar al olvido un secreto que el genio del hombre haya arrancado a la sabiduría de Dios.» Así que con maravillosa razón acrecentó el mismo autor, monárquico y legitimista en una pieza:

«Todo lo que se dirije a suprimir la libertad de la prensa, atenta a la inteligencia humana, demuestra un horror profundo a la democracia, a la razón y a la luz, y tiende a considerar el pensamiento como un mal o una llaga social.» «La censura (decía también Danou) es esencialmente parcial, siempre lo fué y no puede menos de serlo: es la arbitrariedad absoluta.» Por último, Royer-Collard se expresaba sobre el particular en estos términos: «Fué una imprevisión suma, en el gran día de la creación, esto de dejar al hombre libre e inteligente en medio del universo: de aquí han procedido el mal y el error. Pero a bien que una sabiduría más profunda ha venido a enmendar la falta de la Providencia, a restringir su liberalidad y a hacer a la humanidad, sabiamente mutilada, el servicio de elevarla a la feliz inocencia de los brutos.» Esta es la conclusión de Chateaubriand, pero aquí envuelve una rechifla terrible.

En los periódicos, unas veces se hace un artículo sólo para una frase, que es su título, y otras veces éste explica el sentido incompleto de aquel, de tal modo que, en los tiempos de la previa censura, borrar el título y dejar íntegro el artículo, era desarmar el periódico. Así discurría el veterano polígrafo Picatoste (1), no sin harto fundamento, y añadía: «Las épocas de represión de la prensa abundan en frases célebres. El buen periodista preferirá siempre la ley Nocedal a todas las leyes de libertad absoluta de imprenta; porque con ésta desaparece la intención del artículo ante la licencia del escritor, y la belleza de la forma ante la exageración de las ideas; el periódico se hace eco de

(1) *Las frases célebres*, 243, 245.

cualquiera y pierde su importancia; la impunidad anula el mérito del periodista; se establece la puja entre lo extraordinario del fondo y lo libre y descarado de la forma, y el buen escritor no es oido siquiera... Sin embargo, esas frases escritas en la oposición, como hijas del entusiasmo o del despecho, suelen ser después un remordimiento miradas desde el poder. Muchos ministros se han perseguido a sí mismos como periodistas. González Bravo multó desde el Gobierno esta frase suya copiada literalmente: *El bello ideal de la justicia humana es ahorcar a un ministro*... Los gobiernos tiránicos y reaccionarios han perseguido con verdadera terquedad y monomanía algunas frases y palabras. A veces era permitido escribir algunas con letra minúscula y eran perseguidas con letra mayúscula, y al contrario: la fiscalía variaba la puntuación cambiando los puntos en comas, y viceversa. ¡Un capitán general persiguió mucho más: persiguió lo que él llamaba escrito en blanco!... Recuerdo que, en cierta ocasión, se me prohibió publicar un artículo sobre las relaciones entre la política y la ortografía, y sólo pudo ver la luz mutilado horriblemente y presentado como traducción del inglés. Una frase contra una familia, escrita en las esquinas de Madrid, creó la alarma e hizo apercibir la artillería: *Para el domingo Cepedita se casa.* Hubo quien vió estallar la revolución ese domingo, y la policía creyó haberla evitado con hacer unas cuantas prisiones... Las pasiones políticas se condensan en Inglaterra en sus sangrientas caricaturas, que suplen con frecuencia la mayor parte de las veces la falta de arte con su profunda significación. Una frase bajo una caricatura es una luz que la ilumina con

sangrientos colores. Otras veces se hace de modo que la frase brote de todos los labios al ver la caricatura. En Francia, se emplean más los equívocos y los *calembours*. Y en Italia, y especialmente en Roma, la frase política tiene un campo propio en los pasquines, que son frases, la mayor parte de las veces llenas de veneno. A ellos acuden todos los romanos, desde el mismo Papa al último mendigo. Los odios políticos y religiosos, los rencores personales, las envidias, las venganzas, los celos amorosos, tienen un desahogo en los pasquines, que hieren sin compasión todas las reputaciones, y penetran en el seno de la vida privada. Los hechos diarios de la vida encuentran siempre un ingenio que los juzga en una sola frase, que es un pasquín.»

La prensa, por regla general, cae siempre del lado de la libertad, por una razón concluyente entre otras, porque la libertad es la vida de la prensa. De ahí que todo periodista sea instintivamente partidario de la libertad, y que, aunque sus opiniones políticas y religiosas le lleven a apoyar una tiranía por la cual aquellas estén protegidas, o se halle dispuesto a consentir un despotismo que mantenga la paz, debe sin embargo, manifestar su reprobación mediante cierta restricción en su propia facultad de producir, y esta concesión inevitable implica todo lo demás. Una de las razones principales a que obedece este hecho es el espectáculo del gran progreso de la prensa periódica en los países en que domina o se ha conquistado sólidamente la libertad de imprenta. La supresión de la censura en Francia, a mediados del siglo XIX, dió un gran impulso al periodismo. La abolición de las licencias en Inglaterra, bajo el reinado de Guillermo

y María, hizo que los diarios aumentasen en número, tamaño e influencia. En los Estados Unidos, la libertad absoluta del periódico justifica el enorme desarrollo de la prensa (1).

La prensa se ha convertido en nuestros días en una fuerza imponente. El periodista, que por medio de su rotativo habla a diario con miles de personas, lleva en sí una responsabilidad que iguala, por lo menos, a la del parlamentario y a la del gobernante, precisamente porque habla a diario, mientras que el parlamentario y el gobernante sólo lo hacen alguna que otra vez. Así, el periodista que se dé cuenta de su enorme responsabilidad, querrá que su profesión asuma la calidad de un sacerdocio, tal como la medicina debiera serlo, tal como lo es el ejercicio del culto religioso. Por lo menos, con esa garantía de responsabilidad, el nombre de periodista podrá llegar a ser tan honroso cuanto socialmente útil sea el periódico en que escriba.

Si la prensa es un sacerdocio, sacerdote es el periodista. Oígase bien, *sacerdos*, esto es, sacro dote o presente hecho por el destino a los ignorantes, y mejor todavía, *sacerdos, quasi sacra dons*, que da al porvenir las cosas sagradas de la humanidad, y a la humanidad las cosas sagradas del porvenir. ¿Y cómo había de ser de otro modo, siendo la idea lo que dirige al mundo, siendo la palabra lo que puede cambiar al mundo, y siendo la prensa la palabra puesta al servicio de la idea? Anatole France tenía razón para considerar la palabra como el único adversario capaz de combatir con la fuerza. Sin ella, el mundo pertenecería a los brutos arma-

(1) Véase el apéndice G.

dos. ¿Quién los tiene a raya? Sola, desnuda y sin armas... la *idea.*

¡Y aún se dice que hay delitos de ideas, que el pensamiento delinque! ¡Y en afirmación tan ridícula se funda la distinción de los reaccionarios entre la buena y la mala prensa!... ¡Prensa buena y mala!... No, no hay prensa buena ni mala, sino prensa culta e inculta, educada e ineducada. Discutir si hay buena o mala prensa, me parece lo mismo que discutir si un triángulo es blanco o negro, verde o azul. Ilústrese al periodista, y la prensa será la poderosa palanca intelectual que traiga al pueblo a disfrutar de todos los beneficios de la civilización. Porque el pueblo no se engaña: lo que sueña, lo encuentra racionalmente enseñado por la prensa. Y la prensa no se equivoca: lo que racionalmente enseña, lo encuentra soñado, entrevisto, deseado, ardientemente creido por el corazón de las multitudes.

No hay delitos de ideas, porque el delito viene de la libérrima voluntad del hombre y la idea del ejercicio de la razón. Y el hombre como sér racional no es libre para rechazar la idea que le parece más conforme con la verdad, con la substantividad de las cosas, con las leyes de la inteligencia. ¿Es un bien? ¿Es un mal? Es una realidad, y esto basta a nuestro propósito. Acúsese, pues, a la prensa de contribuir a los delitos divulgando ideas: acaba de verse cuán apasionadas son tales declamaciones, toda vez que nuestra institucion está inspirada en el más vivo interés por la libertad, por la multiplicación y facilitación de los conocimientos, por la unidad social, por la aproximación de las clases, exaltación del derecho, intereses económicos, propagación del arte y dignificación de la humanidad.

APÉNDICE A

CRÍTICA SATÍRICA DE LOS *NOUVELLISTES* POR MONTESQUIEU (EN LAS *LETTRES PERSANES*)

CARTA CXXX

RICA A ***

Voy a hablarte en esta carta de una cierta nación que se llama los *nouvellistes*, los cuales se reunen en un jardín magnífico, donde su ociosidad está ocupada siempre. Muy inútiles son al Estado, y sus discursos, de cincuenta años a esta parte, no han tenido un efecto diferente del que hubiera podido producir un silencio de la misma duración. Sin embargo, se creen considerables porque hablan de proyectos magníficos y tratan de grandes intereses.

La base de su conversación es una curiosidad frívola y ridícula; no hay gabinete tan misterioso que no pretendan penetrar; no serían capaces de consentir en ignorar cosa alguna; saben cuantas mujeres tiene nuestro sultán y cuantos hijos engendra anualmente; y aunque no gasten dinero en mantener espías, se hallan minuciosamente informados de las medidas que deben tomarse para humillar al emperador de los turcos y al de los mongoles.

No bien han agotado el presente, se precipitan en lo porvenir; y marchando a la vanguardia de la Providencia, la previenen con respecto a todos los pasos de los hombres. Conducen un general como por la mano; y después de haberle elogiado por mil tonterías que no ha hecho, le preparan otras mil que no hará nunca.

Hacen volar los ejércitos como grullas, y caer las murallas como cartones; tienen puentes en todos los ríos, veredas secretas en todas las montañas, almacenes inmensos en las arenas ardientes; no les falta más que el sentido común.

Un hombre con quien yo me hospedo, recibió cierta

carta de un *nouvelliste*, y como me ha parecido singular, la he conservado. Hela aquí:

Señor:

Rara vez me engaño en mis conjeturas sobre los asuntos del tiempo. El 1 de Enero de 1711 predije que el emperador José moriría en el decurso del año. Cierto que, como estaba muy bueno, creí que me expondría a rechiflas si me explicaba de un modo muy claro, lo que hizo que me sirviese de términos un poco enigmáticos; pero las personas que saben razonar, me entendieron perfectamente. El 17 de Abril de dicho año murió, en efecto, de enfermedad variolosa.

Tan pronto se declaró la guerra entre el emperador y los turcos, fuí a buscar a nuestros señores por todos los rincones de las Tullerías; les congregué junto a la fuente, y les predije que se verificaría el sitio de Belgrado, y que sería tomada la ciudad. Fuí bastante dichoso para que mi predicción se cumpliese. Cierto que, hacia la mitad del sitio, aposté que sería tomada el 18 de Agosto de 1717, y que no lo fué hasta el siguiente día; pero ¿quién no ha perdido a ese juego alguna vez?

Cuando ví que la flota de España desembarcaba en Cerdeña, juzgué que se apoderaría de esta isla: lo dije, y resultó exacto. Lisonjeado por este éxito, añadí que la tal flota iría a desembarcar en Fimal para emprender la conquista del Milanesado. Como encontré resistencia a hacer recibir esta idea, quise sostenerla con gloria, y aposté cincuenta pistolas, que también perdí, porque ese diablo de Alberoni, a pesar de la fe en los tratados, envió su flota a Sicilia, y engañó a la vez a dos grandes políticos: el duque de Saboya y yo.

Todo esto, señor, me desconcertó tanto, que he resuelto predecir siempre y no apostar nunca. Otrora no conocíamos en las Tullerías la costumbre de las apuestas, y el difunto señor conde de L. muy a regañadientes las soportaba; pero desde que un tropel de petrimetres se ha mezclado entre nosotros, no sabemos ya donde tenemos la mano derecha, y apenas abrimos la boca para declarar una noticia, cuando uno de esos caballeretes propone apostar en contra.

El otro día, como abriese yo mi manuscrito, y acomodase mis anteojos sobre la nariz, uno de esos señoritos

fanfarrones, estimando con justeza el intervalo de la primera a la segunda palabra, me dijo: «Apuesto cien pistolas a que no.» Fingí no haber atendido a esta extravagancia, y tomando de nuevo la palabra con voz más fuerte, exclamé: «Habiéndose enterado el señor mariscal de***...» «¡Falso! (replicó él.) Vos nos cargais siempre con nuevas extravagantes, y no hay sentido común en todo eso.» Yo os ruego, señor, seais servido de prestarme treinta pistolas, porque os confieso que semejantes apuestas me han arruinado. Adjunta os envío copia de dos cartas que he dirigido al ministro.

Soy, etc.

CARTA DE UN «NNUVELLISTE» AL MINISTRO

Monseñor:

Nunca ha tenido el rey un súbdito más celoso que yo. Yo fuí quien obligué a uno de mis amigos a ejecutar el proyecto que había formado de un libro para demostrar que Luis el Grande era el más Grande de todos los príncipes que han merecido el nombre de Grande. Después trabajé largo tiempo en otra obra, que honrará más todavía a nuestra nación, si Vuestra Grandeza quiere concederme un privilegio. Mi propósito es probar en ella que, desde el comienzo de la monarquía, los franceses no han sido vencidos jamás, y que lo que los historiadores han dicho hasta ahora de nuestras derrotas, son verdaderas imposturas. Me he visto obligado a corregirles en muchas ocasiones, y me atrevo a lisonjearme de que brillo muy especialmente en la crítica.

Soy, monseñor, etc.

Monseñor:

En vista de la pérdida lamentable del señor conde de L., os suplicamos tengais la bondad de permitirnos elegir un presidente. En nuestras conferencias reina el desorden, y los negocios del Estado no se tratan con la misma ponderación que en lo pretérito; nuestros jóvenes viven sin tener consideración alguna a los antiguos, y entre sí sin disciplina; nos hallamos ante un verdadero consejo de Roboam, en que los muchachos se imponen a los viejos. En vano les insinuamos que éramos apaci-

bles poseedores de las Tullerías veinte años antes de que ellos viniesen al mundo, y creo que acabarán por expulsarnos de allí, y que, obligados a abandonar esos lugares, donde tantas veces hemos evocado las sombras de los héroes franceses, tendremos que ir a celebrar nuestras conferencias en el Jardín del Rey, o en otro lugar más apartado. Soy...

París, 2 de la luna de Gemmadi, 2, 1719.

APENDICE B

ORDENANZA DE LOS REYES CATÓLICOS ESTABLECIENDO LA LIBERTAD DE IMPRIMIR LIBROS EN ESPAÑA

PETICIÓN 97

PARA LOS QUE TRAEN LIBROS

Considerando los Reyes, de gloriosa memoria, cuánto era provechoso e honroso que a estos sus Reinos se truxiesen libros de otras partes, para que con ellos se ficiesen los hombres letrados, quisieron e ordenaron: que de los libros non se pagase alcabala, y porque de pocos días a esta parte, algunos mercaderes nuestros, naturales y extranjeros, han trahido y cada dia trahen libros mucho buenos, lo cual, por este que redunda en provecho universal de todos, e ennoblecimiento de nuestros Reinos; por ende, ordenamos e mandamos que, allende de la dicha franquiza, de aquí en adelante, de todos los libros que se truxeren a estos nuestros Reinos, así por mar como por tierra, non se pida, nin se pague, nin lleve almoxarifazgo, nin diezmo, nin portazgo, nin otros derechos algunos por los nuestros Almoxarifes, nin los Desmeros, nin Portazgueros, nin otras personas algunas, así como las cibdades e villas e lugares de nuestra Corona Real, como de Señoríos e órdenes e behenias; más que de todos los dichos derechos o almoxarifazgos sean libres e francos los dichos libros, e persona alguna non la pidan, nin lleve, so pena que el que lo

en contrario ficiese, caya e incurra en las penas que caen los que piden o llevan imposiciones debedadas; e mandamos a los nuestros Contadores mayores, que pongan e asienten el traslado de esta ley en los nuestros libros e en los cuadernos, e condiciones con que se arrienda los dichos diezmos e almoxarifazgos e derechos.

APÉNDICE C

COMIENZOS Y PRIMERAS VICISITUDES DE LA *GACETA* ESPAÑOLA EN LOS SIGLOS XVII y XVIII, CONFORME A HARTZENBUSCH *(APUNTES)*.

1661

1.—RELACIÓN O GAZETA DE ALGUNOS CASOS PARTICULARES, ASSI POLÍTICOS COMO MILITARES, SUCEDIDOS EN LA MAYOR PARTE DEL MUNDO, HASTA FIN DE DICIEMBRE DE 1660.

Dice al final: «Con licencia en Madrid por Julián de Paredes, impresor de libros en la Plaçuela del Angel, año 1661.» Publicada después con otros títulos en varias imprentas hasta el año de 1697 en que se titula *Gazeta de Madrid*, nombre que aún conserva.

No es mi ánimo escribir un artículo histórico sobre la *Gaceta* de España: pediría esto mucho tiempo y muchos conocimientos que yo no poseo. El muy erudito y distinguido literato Fernández-Guerra dió a luz un precioso trabajo sobre esta materia, que se publicó en la *Gaceta* de 1 de Enero de 1860. Me limitaré, pues aquí a ordenar una breve nota bibliográfica, relativa a este primer periódico español, y sólo hablaré de aquello que haya visto y llamádome la atención.

Comenzó esta publicación en el año 1661 con el título mencionado al principio, en un pliego de cuatro hojas sin paginación de $0^{m}, 169 \times 0^{m}, 109$, que tiene la signatura A. Este papel es apreciable por aparecer como primera impresión de índole periodística hecha en Espa-

ña a imitación de las *gacetas* que se imprimían cada semana en Italia, Flandes, Francia y Alemania. Dice el mencionado papel que dará mensualmente las noticias. De dicho año he visto ese número y once más, de numeración seguida, con el mismo pie de imprenta.

De Madrid, con el mismo título y por el mismo impresor, he visto ocho números de 1662. El segundo de este año está reproducido psr Bernardo Nougués, junto al molino de la Rovella. Ignoro el lugar de la impresión, pero creo debió ser en Valencia. El número VIII de la *Gaceta* impresa en 1663, dice: *Gazeta nueva, de los sucesos políticos y militares de la mayor parte de la Assia y Europa, hasta fin de Diciembre del año pasado de 1662.* Después de esta *Gaceta* no he vuelto a ver ningún número hasta el año 1667. El primer papel que he visto tiene el título de *Gazeta ordinaria de Madrid*, y es del 4 de Julio (domingo) de 1667. Principia este número con foliatura nueva y con la signatura A, lo cual parece estar indicando que suspendió por algún tiempo su salida. La segunda *Gaceta* es de 10 del mismo mes (sábado), y continúa publicándose en este día de la semana hasta el 28 (miércoles); la siguiente es del martes 3 de Agosto, publicándose desde este día los martes de cada semana. Todas estas *Gacetas* carecen de pie de imprenta.

La *Gazeta ordinaria de Madrid* de 1678, 79 y parte del 80, sigue saliendo los martes por Bernardo de Villa-Diego, impresor de Su Majestad. La última *Gaceta* que he visto del año 1680 corresponde al 2 de Abril. Hay en el ejemplar que he tenido presente una nota manuscrita, letra de la época, en la cual se dice que cesaron de imprimirse con este número las *Gacetas*. La *Guía de Forasteros* de 1870 dice que «por orden superior expedida en Abril de 1680, se mandó que no se imprimiesen ni corriesen más Gacetas, exceptuando los *Avisos* y *Relaciones de Sucesos*, que continuaron publicándose en Madrid, en la Imprenta Real por Mateo de Llanos, impresor de Su Majestad en Barcelona, Zaragoza y Sevilla.»

Difícil es averiguar si siguió o no publicándose el periódico mencionado: únicamente puedo decir que la primera publicación periódica que he visto semejante a las *Gacetas*, después de la últimamente referida, es del martes 16 de Noviembre de 1680, y se titula *Nuevas or-*

dinarias de los sucesos del Norte, papel de doce páginas. La paginación principia con aquel día lo mismo que las signaturas de los pliegos. Después siguen en este año publicándose esos periódicos los martes en la imprenta de Villa-Diego con el nombre de *Nuevas Ordinarias* y *Nuevas Singulares.*

El martes 18 de Enero de 1684 aparece el periódico *Gazeta General del Norte, Italia y otras partes.* En Madrid: por Lucas Antonio de Bedmar y Valdivia, impresor de los reinos de Castilla y León. Trae, entre otras noticias, una orden de Su Santidad mandando reformar los trajes de las mujeres, bajo pena de excomunión. Los periódicos siguientes de este año vuelven a tener el nombre de *Nuevas Singulares* y *Noticias Singulares.* Unas se hallan impresas por Armendáriz, otras por Bernardo de Villa-Diego, y otras por Antonio Román. Este impresor principia a figurar constantemente desde el folio 129.

Los años 1685, '87, 88 y 89 están representados por el papel titulado *Relación histórica de la liga sagrada contra turcos.*

En 1670 toma dicho papel el nombre de *Noticias Ordinarias,* y con él continúa hasta el segundo número (2 de Abril de 1697) en que se llama *Gazeta de Madrid,* trayendo al final unas noticias relativas a esta población.

Desde 1699 en adelante figura como impresor Antonio Bizarrón.

Desde 1710 (30 de Diciembre), el impresor es Juan de Ariztia o Aristia, hasta que el número XXXVIII del año 1737 (17 de Septiembre) se da a luz en la imprenta de la *Gaceta,* calle de Alcalá.

El segundo número (12 de Enero de 1762) advierte que el periódico se formará, imprimirá y venderá por cuenta de Su Majestad, para que el público lo tenga con mejor papel y con noticias más frescas; también se dirige a los autores, diciéndoles que sus obras se anunciarán gratis, sin necesidad de dar un ejemplar, como antes era necesario.

Sigue publicándose por el *Rey Nuestro Señor* los años sucesivos, hasta que en 1778 y en el número XXXVII (11 de Septiembre) principia a salir los viernes, además de los martes como hasta aquí, y no ofrece alteración en su

salida hasta el 18 de Junio de 1808, en que comienza a salir diariamente.

APÉNDICE D

NOUVELLISTES AFAMADOS DE LOS SIGLOS XVII Y XVIII, CON ARREGLO A LA EXPOSICIÓN DE BOURDEAUX, *LES ORIGINES DU JOURNALISME* (EN *LE CORRESPONDANT* DE 10 DE NOVIEMBRE DE 1904).

La gloria de los periodistas es rápida y efímera, y también lo fué la de los *nouvellistes*. Sin embargo, la historia ha conservado los nombres de dos de ellos: el conde de Lionne y Métra. Bajo Luis XIV, el conde de Lionne fué un creador, que organizó el *nouvellisme* y lo condujo a un raro grado de perfeccionamiento. Favorito de la corte, conocía antes que nadie los resultados de los consejos de gabinetes, y mantenía corresponsales que seguían a los ejércitos (como hacen actualmente, cuando hay guerras, nuestros grandes periódicos), dando las noticias en las Tullerías con una seguridad maravillosa. Murió en 1716. Montesquieu habla de él con respeto en las *Lettres persanes.*

Lo que hizo en el siglo XVII un gran señor adinerado, intentó hacerlo en el siguiente siglo un burgués modesto, obscuro y de pocas rentas. El bonachón Métra era un genuino burgués, huésped habitual de la terraza de los Fuldenses, que se hospedaba en el callejón del Delfín, cerca de las Tullerías, y ocupaba un humilde empleo en los arrendamientos. Una herencia de 10.000 libras de renta le dió independencia económica. Inmediatamente, abandonó su empleo para consagrarse a las *nouvelles*, porque aquel digno funcionario no vivía más que de curiosear. Su retrato, que conservamos, nos lo muestra nada bello, con una faz colorada y una nariz enorme, «una nariz monstruosa, roja, apuntalada, llena de excrescencias, fortificada por la naturaleza», una nariz que hubiese consolado a Cyrano de la suya, una nariz tan grande, añade Salabery, que «Métra habría podido no ver más allá de ella, sin ser tonto». Pe-

ro, precisamente, quería ver más allá, mucho más allá, y consiguió su objeto por su habilidad y su obstinación. Aquel buen hombre diplomático y astuto se convirtió en una especie de Agencia Havas, cuyas informaciones tenían vigor de autoridad, y que recibía las confidencias de los embajadores, cuyas noticias comentaba con arte. Lo que más le atraía era la política extranjera. Por mucho tiempo fué el intérprete de la burguesía clarividente y ponderada, y murió en 1786. Su nombre gozaba de favor tal, que se le dió a la famosa *Correspondance Secrète*, con la que no tuvo relación alguna.

Un conde de Lionne o un Métra podían bastarse a sí mismos, porque su crédito garantizaba sus palabras. Pero los *nouvellistes* de menor notoriedad hubieron de someterse, para ser escuchados, a cierto formulismo. Se organizaron en asambleas, tuvieron su presidente, su interrogador, su escribano, y se reunieron a determinadas horas. El presidente abría y ordenaba los debates. El interrogador, como su nombre indica, atraía la atención de los *nouvellistes* sobre las diversas cuestiones de actualidad. El escribano registraba las observaciones que los *nouvellistes* hacían. Después se abordaban las *nouvelles á l'étamine* (novedades que había que pasar por el tamiz de la crítica), y el presidente daba, al fin, lectura de aquellas que, bien comprobadas, habían sido reconocidas como verídicas. Entonces el público podía venir a escuchar las nuevas aportadas por aquel periodismo oral; pero ¿en qué salas de redacción? Nada menos que en los sitios más frecuentados de París (1). Se comenzó por comunicar las no-

(1) Lo que aquí dice Bourdeaux del periodismo oral parisino, se daba también en el Madrid del siglo XVII. Los curiosos acudían a las *Gradas* y a las *Losas* de Palacio, arsenal de noticias y chismes, porque allí venían como en aluvión cuantos sucesos civiles y particulares acontecían en España y en los Estados de Flandes. Gustoso me es trasladar aquí, entre otras, la pintura que de semejante periodismo oral nos da, en su patraña cortesana intitulada *El sombrero del rey*, la ingeniosa pluma del celebrado Diego San José. «Era aquello una Bolsa de noticias, en donde se cotizaban todas, así las que daban fe de los acontecimientos transcendentales para la vida de la nación y los intereses de la Corona, como los acaecimientos privados de la villa. Allí se supo el triunfo memorable de San Quintín y la catástrofe de la Invencible. Allí llegó de Portugal la mala nue-

ticias en el Puente Nuevo, que fué el más antiguo paraje de reunión. «El flujo y el reflujo de los habitantes y de los extranjeros (decía Mercier) se concentran de tal modo en ese paraje, que, para encontrar las personas a quienes se busque, basta pasear por él una hora cada día.» Drogueros, bailarinas, cantantes, poetas y *nouvellistes* habían hecho de él su tribuna y congregaban allí tantos clientes que el tránsito casi se interrumpía. Tallemant des Réaux coloca en dicho paraje la historia del buen poeta picardo Mailliet, cuyo talento competía en lo considerable con lo vacío de su bolsa. Furetière le pone en escena en su *Roman bourgeois*.

...Mailliet demeure au lit
Durant qu' un ravadeur lui panse son habit.

Ahora bien: queriendo hacer fortuna, Mailliet se entendió con una cantante del Puente Nuevo. ¿Cuánto pagaríais, señorita por la canción más bella?» «Un escudo de buena marca, señor, pero si fuese muy bella, muy bella, me extendería hasta cuatro libras». Mailliet aseguró que sería la más bella del mundo. Se puso a la labor, rimó, emborronó cuartillas, y su composición se imprimió en papel magnífico. La canción valía cuatro libras a buen seguro, pero, a fuer de verdadero artista, el poeta se contentó con un escudo. Y en el Puente Nuevo, ante chocarreros y patanatas, la joven se puso a cantar todas aquellas maravillas. ¡Ay, todo el talento del poeta, realzado por las gracias de la cantante, no lograron que la canción se vendiese por una modesta moneda de calderilla! La cantante, que allá se iba con el poeta en punto a bienestar económico, reclamó cerca de él con una energía tan demostrativa, que el hombre tuvo mie-

va del pastelero que se hizo rey, y a poco la prisión de Fray Miguel de los Santos, que dió con la muerte afrensosa cuenta de sus intrigas. Allí súpose primero que en parte alguna el mal fin que en el lugar llamado Camarín de la Virgen hubo una noche Escobedo, secretario de don Juan de Austria y enemigo de Antonio Pérez, y casi un siglo después se conmovió el público intensamente con la muerte de Villamediana. Puede decirse que aquellas *Gradas* famosas, sin las cuales el Madrid de antaño no pareciera la Corte de Castilla, eran el espejo del mundo, porque todo acaecimiento, historia o superchería, tenían pulido espejo en su vasto enlosado.»

do. Gombaut, el poeta de la corte, invocado como árbitro, pronunció una admirable sentencia, pues las dos partes quedaron satisfechas por igual. Decidió que el poeta guardaría su escudo, pero que él, Gombaut, daría un escudo a la joven.

He citado esta anécdota para dar idea de las costumbres de la época. Desde el tiempo de Mazarino, sobre todo, el Puente Nuevo quedó entregado por completo a los *nouvellistes* y a las cantantes. Allí se preparaban folletos con gran frecuencia prohibidos, y la batahola era tan grande, nos asegura Berthaud, que puso a la ciudad de París en versos burlescos, que

un vendeur de gazettes
S' est trouvé pris dans les charrettes
Qui l' ont pressé jusqu' a tel point
Qu' elles ont rompu son pourpoint
Déchiré toute sa chemise
Et fait tomber sa marchandise.

Desde el Puente Nuevo, los *nouvellistes* trasladaron su residencia a la galería del *Palais-Royal*. A los mercaderes ambulantes, esta galería añadió el cortejo de los lenceros y de los libreros establecidos en puesto fijo, y que apremiaban a los compradores sin moratoria, así como también todo el mundo judicial, abogados, magistrados, alguaciles y litigantes de ambos sexos. Los del sexo bello eran amables solicitantes, que, como dice un autor, «persuadidas de que sus jueces eran hombres antes que magistrados, procuraban que su primer movimiento fuese para la cliente, y el segundo para la justicia.» Con esta turba charlatana y bulliciosa, los *nouvellistes* estaban bien seguros de la rapidez de transmisión de sus noticias. Donneau de Vizé refiere *qu' au Palais, Ariste dit à un nouvelliste que la reine avait accouché d' un garçon: quand il rentra, la nouvelle l' avait précéde au logis.*

Buscando espacio más idóneo que aquellos lugares tan frecuentados, los *nouvellistes*, que hasta entonces habían perseguido al público, comprendieron que el público, por haber tomado gusto a la información, les seguiría por donde quiera que fuesen. Para obviar este inconveniente, invadieron los claustros abiertos de los grandes conventos de París, y se instalaron en los Celestinos, cerca del Arsenal, y en los Franciscanos, cerca

del Observatorio. Y los curiosos, más numerosos cada vez, hasta allí, en efecto, les siguieron. Los Franciscanos fueron principalmente ocupados por los *nouvellistes* de la oposición. Una relación de la policía secreta, en 1725, menciona que ya entonces germinaban propósitos revolucionarios: «Acaparamiento, carestía del trigo, maniobras del Gobierno, amotinamiento de los guardias franceses, los reyes son tiranos, los pueblos están capacitados para gobernarse bajo un régimen de república, los aristócratas no tienen fe ni ley, la religión no es más que una máscara para los príncipes y un freno para los pobres.» ¿No es sorprendente descubrir, en una relación de policía, que ya en 1725 se trataba en Francia de república? En 1726, el Gobierno se sintió tentado a cerrar aquel *Club des Grands Cordeliers*, pero estimó que valía más se reuniesen allí que no en un lugar privado menos accesible a la vigilancia. Semejante asamblea de *nouvellistes* fué, durante todo el siglo XVIII, un círculo revolucionario, y es conocido el papel que jugó en la tormenta final.

Habiéndose convertido los Franciscanos en un casino político, los *nouvellistes* trasladaron muy pronto sus oficinas a los jardines que la munificencia de París les entregaba. Pero cada uno de los jardines guardó su especial carácter. El Luxemburgo, por más distanciado del centro, se convirtió, en breve tiempo, en el *Journal des Débats Littéraires*, y no fué por ello el jardín menos animado. Ducamp d' Orgas nos lo describe así:

Les uns, a Luxemburg, accourus de concert,
Malgré le mauvais temps méprisent le couvert.
Vous voyez en hiver la troupe desolée
Courir avec fureur dans cette grande allée
Et vouloir surmonter par ce burlesque effort
Le chagrín que leur cause un cruel vent du nord.
Plus on le sent fácheux, plus on se précipite,
Et, plusieurs, sans manteaux, tont gelés et transis
De la moitié du corps paraissent rétrécis.

Corrían de la avenida de los Suspiros a la avenida de los Carmelitas, y si el invierno les expulsaban de ellas, en ellas reaparecían más numerosos y más vibrantes con los primeros brotes de la primavera. Sus discusiones literarias se exaltaban a veces hasta tal punto, que los adversarios venían a las manos.

Ainsi nos deux champions déjá défigurés
Ne sont plus reconnus qu' á leurs nez bigarrés.

En el Luxemburgo, se conversaba sobre el libro a la moda, sobre la pieza teatral aplaudida, sobre la muerte próxima de tal o cual académico, sobre los infortunios de este poeta y las vicisitudes de aquel crítico. Las mismas mujeres quisieron mangonear en las asambleas de los *nouvellistes.* En una relación de 18 de Noviembre de 1725, el inspector de policia Pommereux señala en el Luxemburgo una compañía de mujeres que intervenían en la confección de noticias: era ya el periódico *La Fronde.*

El jardín de las Tullerías puede considerarse a la vez como periódico político, diario de moda, gaceta mundana y revista de *sport*. Porque las Tullerías eran frecuentadas por todo el gran mundo. Se entraba en ellas por seis puertas, y en ellas se encontraba puestos de limón, juegos públicos, umbrías arboledas y la incomparable terraza de la Orangería. En la gran avenida, en 1695, un lacayo de comedia (de la comedia *Les promenades de París*, debida al verbo de Mongín) enseña a su amo como se juega al hombre a la moda: «Poned este sombrero bajo el brazo, el peine en la mano, haced aflojar vuestro justillo, el estómago despechugado. ¡Ea! El aire brusco, vivo y disipado. ¡Bien! Ya no os falta más que un bigote, un tonillo de falsete y acreedores que os pisen los talones, para tener todas las partes de un hombre galante.»

En el siglo xviii, el Todo París (ese Todo París obscuro y misterioso que persiste a través de las edades) se paseaba por las Tullerías con elegante *toilette.* «La incomodidad de estos paseos (decía un gracioso algo cáustico) prodúcenla insectos varios: moscas en verano, mosquitos en otoño, y en todo tiempo *nouvellistes.*» Norvins anota los temas de conversación: la política de Catalina de Rusia, el genio de Federico el Grande, los intereses de la Compañía de las Indias, la ópera nueva, el juego de la reina, las anécdotas de la corte, las intrigas de bastidores, los sermones del abate Lenfant o del misionero Beauregard, la cubeta de Mesmer y los misterios de Cagliostro, las pequeñas casas de los grandes señores, las carreras de Vincennes, los globos de Montgolfier y las ascensiones de Pilâtre du Rosier, que

pereció al querer atravesar el Canal de la Mancha en un aerostato. Era el mismo *bric-à-brac* que hoy día: se quería saberlo todo sin profundizar nada, y a este anhelo proveían entonces los *nouvellistes*, como en la actualidad los periodistas.

Los *nouvellistes* «formaban parte de las Tullerías con el mismo título que sus estatuas», y se beneficiaban de la moda del jardín. La gaceta política se forjaba sobre la terraza de los Fuldenses, en las cercanías de la iglesia de los Fuldenses, muy frecuentada, y en la que los domingos, a la una, se decía la misa elegante. Los ecos mundanos se recogían a orillas del río. Cada género de *nouvellistes* tenía su clientela titular, y una clientela por cierto muy encopetada. «Después de nuestras comidas en casa de Madame Geoffrin (escribía el abate Morellet), marchábamos casi siempre a las Tullerías, para adquirir noticias clandestinas del Gobierno y filosofar a nuestro arbitrio. Cuando la abandonábamos, Madame Geoffrin nos decía: *Apuesto cualquier cosa que vais a las Tullerías a comadrear.*»

Pero el más famoso de los jardines de noticias fué el *Palais-Royal*. «En este país (declaraba Mercier en sus *Entretiens du Palais-Royal)*, se creería no existir si no se pidiesen noticias a cada persona que se encuentra.» El hermano del rey de Prusia, con motivo de su viaje a París, aseveraba: «El *Palais-Royal* es una oficina de correspondencias, un despacho de direcciones, donde se habla a todos los extrajeros como si se tratase de un vecino.» Y Mercier, acrecentando, concluía: «Allí se realizan quimeras, se fabrican tratados, se destituyen ministros, se hace vivir y morir a los soberanos a capricho, se pretende conocer las operaciones de las cortes y saber el secreto de los gabinetes.» Esto ocurría ya en el siglo XVII. Los *nouvellistes* se agrupaban entonces en pelotones, en gremios. Y que no tomaban en broma el crédito que creían se debía a sus noticias, pruébalo cierta aventura que data de 1709. «Un normando, por haber hecho del refinado, del burlón y del excéptico, corrió el peligro de ser ahogado. No queriendo creer lo que era efectivamente falso, abandonó un pelotón de *nouvellistes* sacudiendo la cabeza. A seguida se levantó contra él clamoreo terrible, e incontinente se consultó lo que debía hacerse con su persona. Decidióse arrojar-

le al agua, y como intentase escapar, sus jueces le siguieron apedreándole, de suerte que hubiera perdido la vida, si dos guardias del duque de Orleans, que acertaron a pasar por aquellos parajes, no le hubiesen salvado, fingiendo detenerle para hacer que le castigaran.»

Así, a su grupo social, a la sociedad local, a la vida en familia, cada cual substituía los intereses generales. La vida interior y la vida privada cedían el paso a la vida pública. A medida que la Revolución se aproximaba, el *nouvelliste* ganaba en importancia, en autoridad, en crédito, y satisfacía el afán de curiosidad, que crecía día por día.

APÉNDICE E

FACSIMILE DEL PRIMER NUMERO DEL PRIMER PERIODICO DIARIO MADRILEÑO

DIARIO CURIOSO ERUDITO Y COMERCIAL

PUBLICO Y ECONOMICO

Por Don Manuel Ruiz de Uribe, &c.



CON PRIVILEGIO DEL REI N. S.

y todas las Licencias necessarias.

EN MADRID En la Imprenta del DIARIO, calle de las Infantas, cerca de los Capuchinos de la Paciencia. Año de 1758.

Num. 1.

DIARIO NOTICIOSO, CURIOSO-ERUDITO. Y COMERCIAL PUBLICO Y ECONOMICO

Febrero à 1. de 1758

ARTICULO PRIMERO

A los Sabios, Doctos, y Erudiditos, bien intencionados de España.

MUY Señores mios, y à quienes debo [illegible] obsequio, y amor con la sencillez mas fina, y menos afectada. El empeño que he tomado sobre mis ombros con el [illegible] del nuevo Diario Curioso-Erudito, y Comercial Publico, y Economico es empressa mucho mas grave de lo que [illegible]

[illegible]

APÉNDICE F

ADVERTENCIAS DE JOVELLANOS A LORD HOLLAND SOBRE LA LIBERTAD DE IMPRENTA, SEGÚN LA ÚLTIMA REVISIÓN DEL TEXTO, PUBLICADA EN EL TOMO II DE LA OBRA DE SOMOZA: *CARTAS DE JOVELLANOS Y LORD HOLLAND SOBRE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA (1808 a 1811).*

El día 25 de Septiembre de este año de 1910 fué muy señalado, como aniversario de la instalación de nuestra desgraciada Junta, y como primero de las deliberaciones de nuestras Cortes, *¡utinam felices!* Habíanse abierto el día anterior. Nada diré de sus resoluciones, que hasta ahora parecen buenas, aunque algo precipitadas. Mucho que celebrar, porque al fin han consagrado la *libertad de imprenta,* aunque no sé todavía cómo está concebida la ley. No por eso dejaré de decir que la resolución me parece muy precipitada, y que temo que los primeros que se aprovecharán de esta libertad, para enredar y turbarnos acá y en América, serán los franceses. Esta libertad no puede ser buena sino bajo de una buena Constitución, y para que lo sea la nuestra, no debe empezar por aquí. Dirá Vm. que sin ella no se puede formar una buena Constitución, mas yo creo que sí. No son luces adquiridas de repente las que deben sugerir su plan: luces, estudios, observaciones hechas muy de antemano deben concebirlo, proponerlo, demostrar su bondad y obtener su sanción. Fuera de que, hablando en general, Vm. debe reconocer que no somos muy sabios en política, y que sin escritores, sin imprentas, sin compradores de libros, la luz que nos puede venir por este medio, es escasa y tardía.

La ley, pues, será buena y obrará su efecto en adelante, pero en el día puede ser dañosa, si nuestro enemigo, con los poderosos medios que tiene en la mano, compra escritores que perviertan la opinión pública y perturben la paz interior, cosa no muy difícil, pero muy peligrosa en medio de la actual fermentación y exaltación del espíritu público.

Quisiera yo hablar a Vm. de Cortes, pero ¿cómo, tan lejos de ellas, y con noticias tan retardadas de sus sesiones? Desde luego me dá mucha pena su organización, no porque no haya adoptado la Regencia la que nosotros acordamos (de que le habrá pesado mucho), sinó por la forma libre y confusa en que se constituyeron. Han confirmado interinamente la Regencia (que han renovado muy luego), pero dejando un poder ejecutivo puramente nominal, pues que no le han dado ninguna intervención en la confirmación de las leyes, ni *veto*, ni sanción, ni revisión, ni nada. Quedó, pues, aquel poder, no sólo débil, sino refundido sustancialmente en el legislativo. Se han constituído en una sola Cámara, sin establecer ninguna especie de doble deliberación, y como las más de sus resoluciones se han tomado al golpe, y a consequencia de una discusión momentánea, y no preparada ni meditada de antemano, es de temer que, si siguen así, puedan resultar algunas de grave inconveniente. Háile ya, en quanto al juramento compuesto de seis artículos, y, sin embargo, acordados al golpe. En el primero, que declara la *soberanía de la nación*, sin explicación alguna, destruye nuestra antigua Constitución, y aunque envuelve un dogma generalmente reconocido por los políticos en la teórica, era cosa muy grave para presentarlo desde luego a una nación que no lo conocía, ni penetraba su extensión en la práctica. Pedir de antemano el *reconocimiento de la Constitución que se hiciere* de una Constitución no conocida, y que los mismos que la han de hacer no han ideado ni discutido todavía, parece cosa poco cuerda, sobre no necesaria; porque aun hecha y presentada esta Constitución, todo ciudadano tendrá el derecho de jurarla o no, y de pasar a vivir bajo de otra, si aquella no le conviniere. Hase, sin embargo, jurado a paso llano, por todo el mundo, y sólo el marqués del Palacio propuso algunas dudas mal digeridas, y sostenidas por él, y con demasiada severidad

tratadas por la asamblea. Pero Vm. me dirá: las Cortes han declarado la *libertad de la imprenta*, y esto vale por todo. Permítame que diga que en esto tampoco estoy contento, no porque repruebe esa libertad (que teníamos ya acordada en la Comisión de Cortes, como Vm. vería en la *Memoria* impresa de *Morales*, que le envié de Sevilla), sino porque la resolución me parece muy anticipada. Esta libertad será buena, como parte de una Constitución ya hecha, y que sea buena también; pero antes temo que no lo será. Me dirá Vm. que, para que lo sea la nuestra, debe *empezar* por aqui; pero con su licencia diré que sólo debe *acabar*. Vm. sabe que la política no es todavía una ciencia, y que, sea lo que fuere, *somos muy novicios en ella*. Vm. sabe que las teorías políticas, que solo conocen algunos, no bastan para hacer una buena Constitución, obra de la prudencia y la sabiduría ilustrada por la experiencia. Las ideas de Juan Jacobo y de Mably, y aun las de Locke, Harrington y Sidney, &., de que están instruídos los pocos jóvenes que leen entre nosotros, son poco a propósito para formar la Constitución que necesitamos. No tenemos, por tanto, que esperar las luces que nos faltan de la libertad de la imprenta, y tenemos, más bien, mucho que temer, si nos vienen de afuera: que no se descuidarán nuestros enemigos de aprovecharse de este medio para difundir las que nos dañen, ni de comprar instrumentos que las apoyen. Todo esto ¡oh mi buen amigo! me llena de aflicción y me tiene en sobresalto. Mi deseo era preparar, por medio de nuestro plan, una Constitución modelada por la inglesa, y mejorada en cuanto se pudiese; y a esto se dirigía la forma que ideábamos para la organización de la asamblea. ¿Podrá Vm. esperar ya este bien para la España?

APÉNDICE G

DIFERENCIAS ENTRE EL PERIODISMO INGLES Y EL PERIODISMO NORTEAMERICANO, TAL COMO LAS EXPONE REYES EN *EL SOL* DE 28 DE MARZO DE 1918.

Son cuatro las principales funciones del periódico: primera, la información; segunda, la opinión (editoriales); tercera, la publicidad, y en cuarto lugar puede ponerse el servir de tribuna pública.

En estas mismas páginas he dado algunas noticias sobre el desarrollo del periodismo inglés. Me falta añadir que, al definirse claramente las funciones del periodismo, se produce una bifurcación entre los procedimientos ingleses y los norteamericanos. El contraste entre unos y otros nos servirá para comprenderlo mejor.

Exagerando rasgos, como inyecta el anatomista una vena para poder estudiar su curso, diré que en el tipo norteamericano domina la función informativa, mientras que en el inglés la función editorial resalta con singular importancia. El malogrado Arbouin, aplicando el precioso método que le sirvió para estudiar la prensa italiana y la alemana con una facilidad tan difícil, se hubiera complacido en trazar la psicología media de las dos grandes naciones de lengua británica, conforme al testimonio de sus periódicos. Hubiera opuesto el afán de la noticia escandalosa (afán un tanto bárbaro de aquel pueblo un tanto infantil) al gusto, más mesurado y correcto, por apreciar y medir una opinión, gusto propio de un pueblo ya tan castigado de las letras y de la lógica, que llega, a través de su humorismo continuo, a una perpetua e indefinible disolución de la cultura. Abrir los ojos para presenciar una explosión, sentir el escalofrío del peligro, arrojarse a todas las hazañas del sal-

vamento: he aquí lo norteamericano. Asimilar una opinión ajena, reaccionar después, pesarla, revertirla, volatilizarla, al fin, entre una sonrisa o un ceño: he aquí lo inglés.

Entre las noticias, hay que distinguir las que se refieren a simples sucesos de las que alguien llama *noticias de fantasía.* Son éstas las que atañen a cuestiones económicas, a los deportes, la Real Casa, la vida de sociedad, las modas, y hasta el arte, la música, el teatro y la literatura. El periódico norteamericano prefiere, en general, confiar las noticias de fantasía a un profesional del periodismo, el cual las redacta de una manera algo mecánica y prescindiendo cuanto puede del *yo.* El periódico inglés, en cambio, prefiere confiarlas a un aficionado del periodismo, annque escriba caprichosamente y no sepa prescindir de su *yo,* con sólo que tenga autoridad en la materia de que se trate. El público británico prefiere que le hable de *foot-ball,* no un *reporter* oficial, sino un campeón de *foot-ball.*

En cuanto a las simples noticias, se adquieren, ya mediante los agentes particulares de cada periódico *(reporters* y corresponsales), ya mediante las agencias de noticias, que datan de mitad del siglo XIX y están representadas, en los Estados Unidos, por la *Associated Press* y, en Inglaterra, por la *Press Association.* El anhelo de poner coto a los esfuerzos, muy costosos a veces, de la competencia, así como ciertas crisis producidas cuando el servicio de telégrafos pasó a poder del Estado, determinaron la formación de estas agencias de noticias. Merced a ellas, las potencias del periodismo vinieron a quedar ligadas por un compromiso de equilibrio, al menos en cuanto a los grandes capítulos de la información mundial.

Para la obtención de noticias por conductos particulares, la prensa inglesa ha procurado la mayor habilidad de sus agentes; la prensa norteamericana, la mayor organización del sistema y la multiplicación de agentes. Se cuenta de un *reportero* de *The Times* que logró entrar a cierta sala de sesiones secretas y tomó nota de cuanto se dijo sin sacar las manos de los bolsillos del chaleco, cuyos forros había arrancado previamente, teniendo el lápiz en la mano derecha y una tarjeta en la izquierda. En 1875, Alemania preparaba cierta presión militar sobre Francia.

Los tratados se concertaban sigilosamente. Blowitz, corresponsal de *The Times*, se las arregló para obtener la comunicación de todos los acuerdos mediante un procedimiento ingenioso: cambiando todos los días sombrero con su informante, hoy en un casino y mañana en un teatro, y sin saludarle nunca ni darse por conocido de él; ocultas en el sombrero iban las preciosas comunicaciones, y de ahí, a las columnas de *The Times*. Fué un golpe sonadísimo, de gran transcendencia en la política internacional.

Claro es que en los Estados Unidos no se ignoran estos procedimientos de habilidad personal. Al contrario, el *film* americano (tosca representación popular de la realidad) nos tiene hastiados de *reporters detectives*. Pero es curioso notar que los orígenes del género son ingleses, no norteamericanos. En cambio, son genuinamente norteamericanos los orígenes del método que consiste en la organización de un verdadero ejército de *reporters*.

He aqui los datos que sobre esto nos proporciona Given, en *The making of a newspaper*. Dentro de la ciudad en que se publica el periódico, existe una docena de sitios que pueden considerarse como escenarios de noticias sensacionales. En cada uno de estos sitios hay un centinela fijo del periódico, cuyo talento consiste en sorprender todos los secretos de la casa. Además, los hospitales, cuarteles de policía y bomberos y otros lugares semejantes pueden proporcionar ocasionalmente noticias de importancia. Estos lugares son recorridos de tiempo en tiempo por verdaderas patrullas de cazadores de noticias.

Así, pues, tenemos, en primer lugar, unos centinelas y unos cazadores de noticias. Unos y otros se limitan a sorprender el suceso y a comunicarlo a su periódico telefónicamente en la forma más precisa y más breve, porque el transcurso de cada segundo les está robando la ocasión de hacer nuevas presas. Todos estos agentes no escriben, pues, una sola línea. Sus comunicaciones telefónicas llegan al periódico en la forma de un pequeño enigma o acertijo. Ejemplo: 9.ª *sección, 10,35 a. m.: 916 Franklin Street, fuego. Huéspedes ausentes. Un niño herido escalera. Lavandería china del bajo hecha cenizas, Senador Lodge descolgóse por la ventana...* Para resol-

ver estos enigmas, hay otro cuerpo especial de agentes (y es el segundo), que van siendo enviados por el redactor-jefe a los lugares del suceso, a medida que las noticias telefónicas llegan a la redacción. Estos agentes tienen que completar los datos que han recibido y darles forma narrativa. Si el asunto lo merece y se trata de un periódico matinal, por ejemplo, el redactor puede tomarse el tiempo conveniente para sazonar su historia; pero si su periódico publica varias ediciones al día, el redactor se limita a tratar separadamente cada nueva fase del suceso que logra sorprender, y se presenta en la redacción con intervalos regulares para entregar sus borradores y recibir nuevas órdenes. Estos borradores pasan a otro cuerpo (y van tres), que está encargado de zurcir los retazos y corregir de primera mano la forma reescribiendo lo que sea necesario. Y de aquí los papeles pasan todavía a un cuarto grupo, el de los correctores generales, que suprimen lo malo, aderezan lo bueno, concilian contradicciones, tachan palabras o conceptos prohibidos y ponen los títulos. Y todavía después el relato que éstos entregan queda sujeto a cierta inspección superior de conjunto; y, ya publicado en la primera edición, corre el riesgo de desagradar al propietario del periódico y ser suprimido en las ediciones posteriores.

Lograr una noticia única, o alcanzarla antes que los demás, es, ya se sabe, el honor del periódico. Malo cuando el director se pasa de listo, como sucedió con un periódico inglés de segunda fila, en tiempos en que las regatas apasionaban más que hoy en día. Hizo el tal tirar dos ediciones de antemano, decidido a poner su periódico en primera fila a todo trance: en una edición anunciaba el triunfo de Oxford, y en la otra el triunfo de Cambridge. Pero ese año quiso la suerte que sucediera lo que no había sucedido nunca: hubo empate.

FIN

INDICE



